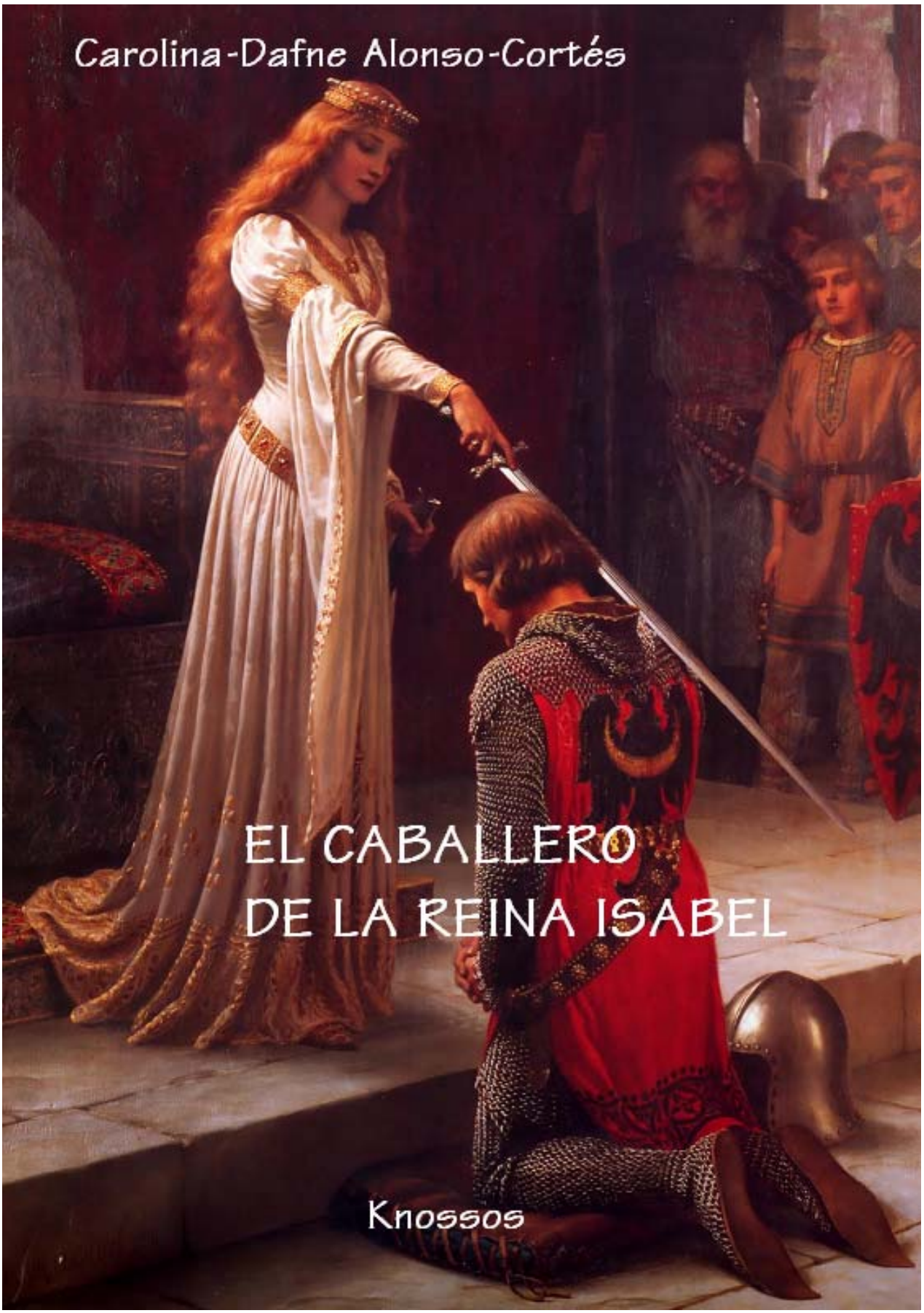

Carolina-Dafne Alonso-Cortés

EL CABALLERO DE LA REINA ISABEL

Knossos

Carolina-Dafne Alonso-Cortés

EL CABALLERO DE LA REINA ISABEL

Knossos

Copyright: Carolina-Dafne Alonso-Cortés Román.
alonsocac@ono.com
Editorial KNOSSOS. Madrid, 2013
www.knossos.es
D.L. M.7582-2013
ISBN: 978-84-940045-7-5

ÍNDICE

I. En Honor a la Verdad
II. Mi Padre
III. Con Mi Madre, en Arévalo.
IV. Las Gentes de Castilla
V. El Reinado de Enrique
VI. En la Corte de Enrique
VII. Mi Cuñada
VIII. Alfonso
IX. El Primer Amor
X. Mi Caballero
XI. Vientos de Boda
XII. Reencuentro
XIII. Una Importante Decisión
XIV. Fernando
XV. La Boda
XVI. Primeros Sobresaltos
XVII. Amores de Fernando
XVIII. Adiós a Mi Hermano Mayor
XIX. Problemas con Fernando
XX. Mis Hijos
XXI. Una Gran Familia
XXII. Primeras Batallas
XXIII. La Conquista de Málaga
XXIV. El Heredero
XXV. A las Puertas de Granada
XXVI. Conquista de Granada
XXVII. Ritos Desconocidos
XXVIII. Los Judíos
XXIX. Las Guerras de Italia
XXX. Las Indias

XXXI. Mi Vida en la Corte
XXXII. Las Obligaciones de una Reina
XXXIII. Bodas de Isabel
XXXIV. Viaje a Aragón.
XXXV. En el Reino de Aragón.
XXXVI. Mi Príncipe
XXXVII. Con la Iglesia Hemos Topado
XXXVIII. Caminos
XXXIX. Miguel
XL. Juana
XLI. Seguridad en Castilla
XLII. Flandes
XLIII. Gonzalo
XLIV. Juana Otra Vez
XLV. Catalina
XLVI. Desvelos
XLVII. Testamento
Epílogo
Nota del Transcriptor
Índice
Personajes relacionados con Isabel

-Y en la eternidad, más allá del tiempo, donde no existe el sufrimiento podréis quizá besar mis manos, Capitán...

Eduardo Maquina: El Gran Capitán.

De mediana estatura, muy blanca y rubia,
los ojos verde azules, el mirar gracioso,
la cara muy hermosa y alegre...

Hernando del Pulgar, *Retrato de Isabel.*

I. EN HONOR A LA VERDAD

Me desperté sobresaltada, con un martilleo en las sienes. El viento del norte azotaba los muros y oí un resbalar de cascos en el puente levadizo, seguido de voces masculinas. Al mismo tiempo, alguien aporreaba el portón.

-¡Ah del castillo, abran!

-¡Ni que quisieran echarlo abajo! -suspiré.

Un criado que había atravesado el patio, desde torre hasta la muralla, abrió la contrapuerta y los gritos dejaron de oírse. Lo mismo ocurrió ayer, cuando unos mensajeros vinieron a anunciarme que el cardenal Cisneros estaba a punto de hacerme una visita.

-Será por ver si he redactado ya mi testamento, y querrá prepararme a bien morir -le dije a Fernando. -Y hasta es posible que venga ya de luto. Como buen fraile, come de lo ajeno y guarda lo suyo; por eso mis damas lo llaman fray Pedir y fray Nodar.

-No sabe ya dónde escarbar -gruñó él. -Viene con muchos credos y salves, pero lo que busca es nuestro dinero, y secarnos la bolsa. -Yo sonreí.

-No hay que enfrentarse con la Iglesia, marido. Pues, aunque no haya papa excomulgado, no faltará alguno que nos excomulgue...

***

Dicen que una mala noche la pasa cualquiera, pero yo las paso todas. Durante estos últimos días no he podido abandonar la cama; aún así, algunos extranjeros han venido a visitarme y los he recibido; y, aunque me sentía mortal, he tratado de atenderlos lo mejor posible.

A principios de julio ya se supo en algunas ciudades el aprieto en que estaba, y organizaron procesiones y rogativas para mi curación. Desde que estoy en Medina duermo menos que nunca y cada día como menos, por lo que he adelgazado mucho. Pero, aunque mi salud va de mal en peor, aún me sigo ocupando de los asuntos del gobierno.

Esta mañana el cardenal hizo su aparición en mi alcoba; iba ajustándose los hábitos que el aire había alborotado.

-Buenas, señora -dijo. -Nos habéis dado un buen susto.

Traté de sonreír. Tenía yo puesta una camisa de dormir de lienzo blanco, y la cubrí discretamente con la colcha.

-Os hacía fuera de Castilla -le dije. Él esbozó una mueca que pretendía ser amable.

-Tenéis que firmar unas cartas para el extranjero -indicó.

Sin más preámbulos, me tendió recado de escribir. Le mostré un asiento cercano. En cuanto pude, le devolví las cartas firmadas.

-¿Está bien así? -Les dio un vistazo con sus ojos agudos.

-Desde luego, señora -afirmó, con una inclinación. Se dio la vuelta y, santiguándose, abandonó la alcoba.

***

Empezaré diciendo que vine al mundo en uno de los palacios reales de Madrigal de las Altas Torres; y reconozco que siempre he deseado morir aquí, en Medina del Campo, donde mi padre mandó construir este castillo de la Mota.

Más tarde ordené yo que lo ampliaran, hasta dejarlo como está. Asentado sobre una pequeña colina tiene el aspecto de un navío de guerra, con sus cuatro recintos de fosos, sus muros de ladrillo, barbacana y plaza de armas, troneras y arpilleras. Lo rematan cuatro garitas de atalaya almenada, que flanquean los ángulos de la torre.

De esto hace ya más de veinte años. Al mismo tiempo mandé colocar a la entrada mi escudo junto al de mi marido; cerca fundé la iglesia de santa María la Real, y no reparé en gastos, pues encargué a los mejores pintores que decoraran los evangeliarios y salterios.

En el castillo preparé estancias de recibo y salones, así como un gran comedor; todo lo adorné con arcones de nogal y bargueños taraceados en nácar y bronce. En el refectorio hice colocar una mesa alargada de grueso tablero y cajones con tallas, y un armario con celosías en las puertas, para que se ventilaran las comidas. Además, dispuse a mi gusto dormitorios y habitaciones para el servicio

Pues bien, ya estamos en el mes de noviembre, y he cumplido cincuenta y tres años. Tanto tiempo en la corte, que acorta la vida, y tanto cabalgar, dicen los médicos que me han acarreado esta hinchazón de piernas y estas pústulas que están acabando conmigo. Me agradaría volver a respirar al aire libre, montar a caballo, como siempre he hecho.

Pero un día me sentí maldispuesta; me vinieron unas fiebres tercianas, de forma que apenas he podido escribir, y tengo mi correspondencia atrasada. Luego me han sangrado dos veces y estoy algo mejor: he llegado a andar unos pasos, y hasta me senté en el estrado con mucha alegría para ver danzar a mis damas. De todas formas, sé que no voy a sanar del todo de esta enfermedad.

Aunque mis vestidos son corrientes, pues no suelo usar en ellos más que paño de lana, todavía me agrada deslumbrar a los nobles y al pueblo si lo aconseja el protocolo, luciendo hermosos trajes y valiosas alhajas.

Desde aquí distingo un oratorio, todo de concha, dentro de un camarín adornado con damascos moriscos; para alegrarme la vista han extendido delante un rico tapete de terciopelo carmesí, y al pie de mi cama una alfombrilla de vivos colores. Veo que han dispuesto sobre una de las sillas un brial de raso morado con castillos y leones, por si me quisiera vestir, con labores recamadas en oro, esmaltes y perlas, y una diadema con una delicada toca.

Sé que todo es cosa de Beatriz Galindo, a quien llama la Latina; con ella estudié latín, para poder entenderme con los embajadores extranjeros, de forma que he llegado a hablarlo y a escribirlo con bastante facilidad.

Por su edad, Beatriz puede ser mi hija, pues aún no ha cumplido los treinta. Procedía de Salamanca; en cuanto se vino conmigo la nombré camarera mayor, y autoricé su matrimonio con un caballero de mi corte.

Ella nunca fue hermosa, ni siquiera en su juventud. Tiene el cabello liso y el rostro pecoso, pero en sus rasgos hay algo que atrae y sus ojos, muy vivos, denotan un ingenio poco común. Además de ser mi profesora ha sido amiga y consejera, tanto en los momentos difíciles como en mis más notables empresas.

De tiempo en tiempo, un oficial llega ante mi cámara; ahí se detiene y cuchichea con mi camarera. Quizás ella le diga que no se me puede inquietar, porque estoy muy enferma. Más tarde, Beatriz se asoma en silencio para observarme, o toma asiento en el sillón con respaldo de cuero, mientras yo me hago la dormida.

Anoche llevaba un candil en la mano derecha, y un tazón humeante en la otra.

-Os traigo un poco de caldo -dijo, con voz de terciopelo. -Tomadlo despacio.

Me pareció que la sopa contenía pequeños trozos de gallina, y no la rechacé.

-No me apetece, pero al menos estará caliente.

-Coméis muy poco de un tiempo a esta parte, Isabel -observó. -¿No os encontráis bien?

-Bueno, podría estar peor.

Hoy, como siempre, me ha visitado el médico. No es ninguna eminencia, aunque le pago por serlo, pues mis ministros me lo dan por bueno y algunos de ellos, si cayesen malos, seguro que no se ponían en sus manos. A otros los rechazaron por no aumentar los gastos de la corte; en fin, que Dios es el que sana y el médico el que cobra, y el mío por el hecho de serlo tiene derecho a servirse de varios coches y carruajes.

Le cuesta subir las escaleras y llega jadeando ante mi puerta. Hoy le he dicho al verle entrar:

-Señor, volvedme de ese lado, que de éste ya estoy asada. -Él ha movido la cabeza.

-Majestad, nunca pierde el humor.

-Es lo único que me queda -he contestado yo.

Se acercó a mi lecho, y noté de cerca su resuello.

-Hay que repetir las sangrías -me dijo. Yo arrugué el ceño.

-Me tratáis como si fuera una homicida. -Él inspiró profundamente.

-Perdonad un instante, señora. He de auscultar vuestro corazón.

Le he rogado que en lugar de sangrías, purgas y ventosas, me prescriba un poco de vino, que llaman caldo de parras.

-Es de más sustancia que el de gallina y aplaca mejor el hambre -le he dicho, por si no lo sabía. -Además, según dicen, abriga más el peor jarro que el mejor abrigo. -Él no me ha hecho caso alguno:

-Nada de vino puro, son órdenes estrictas.

A cambio, me ha recetado una tisana y un jarabito, despidiéndose hasta mañana.

***

Voy a hacer sonar mi cimbalillo por dos veces para que acuda mi otra Beatriz, la Bobadilla. Es también mi camarera mayor y me acompaña ahora, como siempre lo ha hecho. Ha sido para mí como una sombra luminosa: la mejor consejera y amiga que he tenido, y casi una segunda madre, pues me lleva más de diez años.

Siempre fue hermosa y de linda disposición, desde que vivía conmigo en Arévalo. No era

yo más que una chiquilla cuando entró a mi servicio, como hija del alcaide del castillo donde nos habían encerrado a mi hermano Alfonso, y a mí. Desde entonces fuimos inseparables.

También, con el tiempo, le proporcioné un buen marido: se trataba de un judío converso llamado Andrés de Cabrera, alcaide del alcázar de Segovia y camarero mayor de mi hermanastro Enrique, de quien custodiaba el tesoro real.

Su matrimonio ha resultado venturoso y sereno: aunque algo mayor, el elegido tenía un aspecto arrogante, valor probado y una acreditada honradez.

Esta semana, Beatriz ha mandado colgar del muro pinturas con escenas religiosas, cerca del sillón de roble tallado donde suele sentarse el rey. Hace un rato me ha traído el agua para hacer mis abluciones y ha dicho que mañana solazarán mi almuerzo con música. Le he rogado que no me sirvan ajos, pues siempre los he odiado, y la última vez estuve a punto de tragarme uno envuelto en perejil. Así que tuve que escupirlo, aunque llegara el villano disfrazado de verde.

-Señora, os veo mejor -ha dicho al entrar. Yo me he puesto seria.

-Pronto tendréis que trasladarme -le he contestado. -Sabes muy bien que quisiera morir en la casa que tengo en la plaza del pueblo, la que tiene una huerta frente a la ventana, con agua clara y abundante. -Ella me ha dado la razón.

-Es mucho más alegre que este viejo castillo.

-Como comprendo que se acerca mi fin, antes de dejar este mundo quiero escribir algunas cosas, pues tengo mucho que recordar -he suspirado yo.

Ayer trataba de animarme. Para ello, estuvo halagándome con recuerdos de un tiempo pasado, un tiempo que se pierde en una oscura nebulosa, como se esfuma la imagen de mi juventud. Ella celebraba mi perdida belleza:

-No negaréis que despertabais amores encendidos en moros y cristianos -sonrió, complaciente. Yo fruncí el ceño:

-¿A qué viene eso ahora? ¿Qué me vas a pedir?

–No digo más que la verdad. Entre otros muchos, el alcayde moro Cadi Haya estaba loco por vos. -A mi pesar, me eché a reír.

-Pero, ¿qué estás diciendo? -Ella insistió:

-No os hagáis de nuevas. Lo estaba y, desesperado por no poder conseguiros, corrió a buscar la muerte en la batalla de Ronda.

Me quedé pensativa. Ese caudillo musulmán había sido alcayde de Almería, y era hombre de mucho valor. Defendió Baza durante más de seis meses, y la entregó bajo honrosas capitulaciones. Su hijo, que tomó el nombre de don Alonso, fue también un valiente guerrero. Oí de nuevo la voz de mi amiga:

-Al final, tuvo que casarse con la princesa Ceti Meriem, hermana del rey de Granada...

-Vamos, deja eso ya.

-Ya se comentaba que Gonzalo de Córdoba os profesaba más admiración de la que convenía a un vasallo, aunque él procuraba guardar su secreto -añadió ella, suspirando. -Tenéis razón, señora, ¡hay tantas cosas que recordar!...

-Por eso debo empezar cuanto antes -he dicho, cerrando los ojos. -¿Puede ser algo así?

:

-*Yo, Isabel, reina de Castilla, ya muy fatigada por mis muchos cargos y cargas, algunas demasiado pesadas, estando en Medina del Campo he caído en cama con una dolencia con la que llevo muchos días batallando. Ya me acerco al término de mi reinado y de mi vida, pues mi cuerpo es de barro como los demás, molida como estoy de tanto ir y venir por los caminos...* - Ella ha afirmado, pensativa.

-Cierto es que no pocas veces habéis vestido coraza y tomado la espada, acompañando a los soldados en algún combate -Yo asentí:

-He procurado acudir a batallas, a audiencias judiciales y firmas de tratados, siempre de aquí para allá... todo con gran esfuerzo por mi parte. -Ella me interrumpió:

-Por mi fe, que habéis recorrido sin descanso todos los caminos de España, cabalgando desde Sevilla hasta Valencia, de Córdoba a Bilbao, de Galicia a Segovia...

Se inclinó un momento y me arregló el cabello, mientras yo me dejaba hacer.

-No os asustó siquiera el paso del Puerto de Guadarrama, a lomos de caballo y bajo una violenta nevada -prosiguió, animada. -No olvidaré un mes de diciembre, en que salíais de Toro con un pequeño séquito...

-Atravesamos el puerto nevado, por el Espinar, haciendo parte del camino de noche, con la ayuda de hachones encendidos -rememoré. -Nunca había pasado tanto frío.

-En aquella ocasión, yo os acompañé. -La observé con afecto.

-Estabas siempre allí, en los peores momentos... por eso quiero que me ayudes a escribir mis recuerdos.

-Así lo haré, aunque pienso que no necesitáis ayuda. -Rechacé la idea con un gesto.

-Siempre se necesita ayuda, bien puedo equivocarme en algo. -Ella sonrió.

-Lo veo difícil.

-Puede fallarme la memoria...

-No lo creo, Isabel.

Hubo un largo silencio, y seguí, pensativa:

-Tuve cinco hijos, con muy poca fortuna. El único varón, que hubiera podido reinar, murió a los diecinueve años. -Asintió.

-Dijeron que a causa de su insaciable ardor en la cama...

-Es cierto. Los médicos me recomendaron lo apartara por algún tiempo de su esposa, para rehacer la energía que derrochaba a diario con ella, y que lo iba consumiendo poco a poco.

Me detuve de nuevo, y suspiré:

-No tuve más varones... y eso no es bueno para una reina. -Ella sonrió, divertida:

-Hasta el más humilde pechero se siente orgulloso si es capaz de tener varios hijos varones. Eso lo convierte en hidalgo, aunque el pueblo se burle diciendo que es un *hidalgo de bragueta*...

-Así es -dije, y continué: -Más tarde murió mi hija Isabel, reina de Portugal. -Ella recordó con añoranza:

- Y ocurrió la muerte de vuestro nieto Miguel, que os consolaba de las otras.

-Desde entonces he vivido sin placer, lo que ha acortado mi salud y mis días...

Un paje había entrado con un candelabro, y aguardé a que saliera.

-Fernando y yo no nos conocíamos antes de casarnos -rememoré. -A menudo hemos tenido problemas, bien por razones de estado, o porque le gustan demasiado las faldas... No tienes más que ver que ha tenido cuatro hijos naturales. -Mi amiga asintió:

-Recuerdo que el primero nació el mismo año de vuestro casamiento. Lo tuvo de una tal doña Aldonza. -Yo entorné la mirada.

-Más tarde nacieron tres niñas. Sus madres fueron una mujer de Tárrega, otra vizcaína y, por fin, una señora portuguesa. - Beatriz se encogió de hombros.

-Así ocurre siempre: la esposa ha de ser fiel, pero el hombre hace lo que quiere.

En cierto modo, traté de disculpar a Fernando:

-Hay que reconocer que él ha actuado siempre con cierta discreción. Eso no quita para que lo sorprendiera yo en los pasillos magreando a alguna de mis damas...

Beatriz ha salido; me he levantado con trabajo, y desde la ventana, a través de la noche, he divisado las estrechas y polvorientas rutas por donde llegan las gentes a Medina, desde Tordesillas y Cuéllar, desde Olmedo y Pedraza. Recorren la villa que alberga templos y hospitales y, llegados al centro, admiran mi palacio con su patio claustrado y sus jardines.

Oigo sonar las campanas de los templos vecinos, y a los caballeros del correo real cruzar bajo el arco del puente levadizo, donde campean nuestras armas. He contemplado este paisaje muchas veces: el castillo con su plaza de armas, la torre del homenaje, y el ancho foso que invade la maleza. Y un cielo negro arriba, tachonado de estrellas.

Hace tiempo, el viento levantaba las faldas cuando atravesábamos el puente. El aire era finísimo, pasaba encañonado entre los muros, ululando en el foso y batiéndolo todo a su paso. Se despeinaban los cabellos, y era tanta la fuerza del viento que hubiera podido arrastrarnos, y hacernos volar como hojas desprendidas de los árboles. En cambio, ahora...

Noto que mi vida se va apagando poco a poco; mi lecho de ébano se alza sobre una tarima y está cubierto de colchas y almohadones; hubiera preferido uno modesto sin cortinas ni dosel, de madera clara, en lugar de éste que es tan oscuro y triste.

***

Hace frío hoy. El cielo está gris, y creo que va nevar.

Mi vida oficial es demasiado conocida, así que he de confesar los secretos que se esconden bajo mis atuendos reales.

En fin, como es natural en los hombres el querer conocer los sucesos que ocurren en todos los tiempos y lugares, sacaré fuerzas de flaqueza y, en honor a la verdad, trataré de relatar los hechos que marcaron mi vida.

Y, ¿qué puede importarme lo que digan después de mi muerte?

II. MI PADRE

Debo decir que el rey mi padre fue más amante de las artes que del ejercicio de las armas, y más amigo de músicos y poetas que de resolver los problemas de estado. Evocaré el penoso destino que tuvo mi madre: su recuerdo, aunque desgarrador, me resulta entrañable y cercano.

Fue él, don Juan II de Castilla, un hombre alto y de rostro agradable. Era apuesto, con una melodiosa voz, cosa normal en nuestra familia; y tenía una barba suave y rizada que me gustaba acariciar Me gustaban también sus ojos de un verde azulado, casi transparente; a él le debo el color de los míos.

Su madre, mi abuela doña Catalina de Lancaster, era nieta de don Pedro el Cruel. Había nacido en Inglaterra y se casó a los quince años con mi abuelo, que apenas tenía nueve. Fue una mujer alta y erguida, con los cabellos rubios, a quien yo me parezco mucho. Ambos tenían unas manos y pies tan hermosos que llamaban la atención, lo que yo he también he heredado.

Mi padre había accedido al trono a la edad de dos años, bajo la regencia de su madre y su tío. Ella lo mimó demasiado, y al cumplir los catorce lo declararon mayor de edad.

En mi niñez, oí comentar a algunos caballeros:

-Tenemos a un rey inútil para la guerra, y que intenta halagar a sus nobles concediendo posesiones y títulos -decían. -Algunos de sus gestos, como el de recogerse el manto, son casi femeninos.

Otros salían en su defensa, y se referían a él con respeto:

-Es un hombre muy culto -afirmaban. -Es aficionado a los libros, protege las artes y las ciencias...

Siempre a la misma hora lo oía entrar en el patio de armas. Oía gritar a sus hombres y el chirriar de la puerta, que luego se cerraba de golpe. Se desprendía del alto sombrero adornado de plumas, y junto con la capa lo dejaba en manos de un lacayo. Dentro de la gran sala, se aproximaba un momento a la gran chimenea donde chisporroteaban las brasas, colocaba cerca ambas manos y las frotaba una contra otra. El maestresala, que lo había oído entrar, acudía con las pantuflas guateadas; él entraba en su cámara, y en el primer asiento se dejaba mudar el calzado. Un paje aguardaba silencioso, mirándolo; tomaba las botas embarradas que le habían quitado y se las llevaba para lustrarlas.

Muchas veces recibía a caballeros nobles que se inclinaban ante él en la sala del trono, o lo rodeaban en el patio de armas. Sólo el condestable don Álvaro de Luna lo visitaba a solas cada día, siempre a la misma hora con meticulosa exactitud, entraba sin llamar y él lo recibía en la penumbra.

-Ha estado siempre sometido a la voluntad del contestable -oí decir a un oficial mientras otro asentía, burlón:

-Es su ministro favorito. Es natural, entró a servirlo con dieciocho años, cuando el rey no había cumplido los cuatro...

Cierto es que dejaba el gobierno en manos de sus validos, mientras él se entregaba a sus caprichos, sobre todo a la caza. Fue su reinado muy largo, y uno de los más desgraciados que ha tenido Castilla.

Pasado el tiempo, supe que don Álvaro había llegado como paje al palacio real. Era muy agraciado: delgado de cuerpo y de apariencia distinguida, entretenía al pequeño con sus juegos, pues cantaba y bailaba muy bien. Luego pasaba las noches durmiendo a los pies de su cama.

Se convirtió en un hombre despierto y valiente, que cabalgaba y esgrimía como nadie. Por otra parte fue ambicioso y astuto, tanto que llegó a tener al joven rey en sus manos, de manera que accedía a firmar todo lo que él le presentaba. Hasta se llegó a hablar de sortilegios y hechicería.

-De tal forma ha llegado a dominar su voluntad que lo tiene hechizado, igual que hace con las mujeres -comentaban los nobles, recelosos. -Y aunque lo han desterrado de la corte tres veces, otras tantas ha vuelto, pues el rey lo reclama.

Había casado mi padre a los catorce años con doña María de Aragón, de quien tuvo a Enrique, mi hermano mayor. Éste tenía veinte años cuando nuestro padre enviudó. Luego, aconsejado por don Álvaro, el rey se prometió a mi madre, Isabel de Portugal.

-Es hija de Juan de Portugal y de su esposa, Isabel de Braganza; por tanto, prima del rey portugués -se dijo en la corte. -Es al parecer una hermosa adolescente trigueña, de largas trenzas y figura de sirena... En fin, que nuestro rey se ha enamorado locamente de ella.

Combatían al privado otros nobles, como el almirante de Castilla y el conde de Benavente; no obstante, él llegó a forzar a mi padre para que la tomara como esposa, y hasta fue a buscar a la novia a su país de origen. No sospechaba el caballero que, pasado un tiempo, su protegida se volvería contra él. Tres años después se celebraron los esponsales. Entre las gentes del pueblo, todo eran comentarios:

-Ella tiene quince años y el novio casi le triplica la edad, pues ya ha cumplido los cuarenta y tres. Además, es muy bella, mientras que él está ya para pocas aventuras -decían.

-No es raro, pues muchos se casan pasados los cuarenta con verdaderas chiquillas. Y veinte años después ya son viejos, mientras sus mujeres siguen lozanas...

-Claro, y dejan viuda a la joven, para que críe sola a sus hijos.

De todas formas, y a pesar de la diferencia de edad, ella lo amaba mucho. Su boda se celebró en Madrigal de las Altas Torres, y asistió el poeta Gómez Manrique. Era entonces corregidor de Toledo y estaba casado con Juana de Mendoza, que sería con el tiempo una de mis damas predilectas. A la boda acudió don Íñigo López de Mendoza, primer marqués de Santillana, un venerable caballero que les dedicó una canción con motivo de su matrimonio.

Había entrado la novia con su séquito por la puerta de Cantalapiedra y recorrieron a caballo las calles, de donde se habían retirado los carros. Lucía un sencillo vestido de raso blanco, completamente descotado; por el contrario, llevaba un soberbio collar de esmeraldas y diamantes, y unos largos pendientes a juego con el collar.

Desde un principio, el rey se quedó prendado cuando la vio. Más tarde, en la gran sala con vistas al campo de Castilla, tomó su laúd y estuvo festejando a novia.

***

Se mostraba don Álvaro tan posesivo que se atrevía a estar presente cuando mis padres se iban a la cama. Y él, temiendo perder el favor de su esposa, se fue poniendo en contra de su favorito.

Ya por entonces era Madrigal una villa bien fortificada. Poseía viejas murallas en forma circular, varias torres cuadradas y gruesos muros de cal y canto, con cintas de ladrillos. Estaba situada a cinco leguas de Medina, y cerca de Arévalo, ambas ciudades defendidas por recios y hermosos castillos, pertenecientes a mi padre.

Le había él ofrecido a la novia la villa como dote, junto con la ciudad de Soria; mi madre se apresuró a aceptarla y la escogió para casarse. Después, la eligió también para su residencia. Cuatro años después, a últimos de abril, nací yo en un antiguo palacio que ella mandó acondicionar.

Vine al mundo un día de jueves santo sobre las cinco de la tarde. Parió ella con mucho dolor y, tras el difícil parto, se entristeció de tal manera que no dejaba de llorar. Me bautizaron en la cercana iglesia de san Nicolás, mientras en Castilla se sucedían muchas turbulencias y sangrientos motines.

Enseguida me confiaron a una nodriza que se llamaba María López y era una dama de mi madre, también portuguesa.

-Es una niña preciosa -comentaban. -Mirad, va a ser blanca y rubia, con los ojos entre azules y verdes. -Mi madre intervino:

-Lo cierto es que se parece a su abuela paterna, doña Catalina -dijo con tristeza.

La noticia le llegó al rey, que estaba en Madrid y viajó de inmediato, de forma que el viernes comunicaba la buena nueva a los nobles y a todos sus vasallos.

-Podéis alegraros conmigo -declaró, satisfecho. -Después de veinte años de tener un solo varón, me ha nacido una hija...

Según me dijeron, tras el parto mi madre enfermó del espíritu, y no le hablaba a nadie que no fuera su esposo. Como otras mujeres, permaneció inmóvil para guardar la cuarentena: días y días sangrando, con una larguísima hemorragia que parecía no fuera a terminarse nunca.

A los dos años y ocho meses nació mi hermano Alfonso, en el mes de diciembre y también en Madrigal. Dejaba yo con ello de ser la sucesora al trono de Castilla, tras mi hermano Enrique, ya que el puesto correspondía ahora al recién nacido.

Aquel año lo pasamos en Valladolid. En primavera, mi madre se encontraba mejor: me ayudaba a armar pequeños altares, adornándolos con pensamientos morados y amarillos, mientras mi hermano menor dormía en la cuna. Era un niño tan dócil que podía quedarse horas y horas sin llorar.

Por el contrario, las siervas criticaban en torno al fogón a mi hermanastro Enrique, doliéndose de su mal aspecto y de su falta de limpieza.

-El mayor, que es el heredero, tiene un carácter terrible. Al parecer, su padre lo teme más que lo quiere -afirmaban.

Nunca olvidaré aquella gran cocina. Habían colgado en las paredes ristras de ajos con sus pajas trenzadas, junto a los atados de rojas guindillas. Conservaban el tocino añejo cubierto de sal. Había cestos llenos de membrillos; su piel era suave y estaba cubierta de pelusa. Las siervas guisaban los corderos y me guardaban las tabas.

-Las frotáis con un paño de lana, y así brillarán -me decían.

La cocinera agarraba con fuerza el soplillo de esparto, que era redondo y plano y con un mango de madera; lo agitaba ante el hogar, y el fuego se avivaba. Veía yo salir una cascada de brasas incandescentes, hasta que los puntos de fuego que se apagaban y cubrían el suelo con un polvillo de ceniza.

Aquella vieja sierva había ayudado a guisar en la boda de mis abuelos. Todavía tenía fuerzas para dar vueltas y vueltas a una cuchara de madera, mientras el líquido hervía con burbujas doradas.

-Ahora os asaré unas castañas -decía. Les daba un corte y las metía en el horno, y pronto empezaban a explotar como balines.

Fuera el tiempo era frío, y los vientos ululaban entre los torreones. Las criadas solían apiñarse en torno a una mesa redonda, porque la cocina era demasiado grande y estaba abierta a todos los vientos.

-Hay que darle una firma al brasero de cuando en cuando, para que no se apague y conserve el calor -me decían, y con la badila formaban un montículo con las cenizas, por encima del carbón de orujo.

En el buen tiempo, asoleaban la ropa en el patio; la extendían en las losas de piedra y si se secaba la rociaban otra vez con agua jabonosa. La enjuagaban con agua limpia y abundante, y cuando soltaba el jabón la prendían de los alambres y la sujetaban con pinzas de madera.

Siempre fui una niña grande y tranquila, y notaba que la gente me miraba al pasar, acompañada de mis cuidadoras:

-Es la hija del rey y de su segunda esposa, doña Isabel de Portugal -comentaban.

***

No he olvidado a don Álvaro de Luna, aunque era yo muy niña cuando murió. Por entonces él era ya maduro, casi anciano, pero derrochaba vitalidad y andaba siempre rodeado de músicos y poetas. Lo recuerdo con una túnica bordada, cerrada con un broche de piedras preciosas; pendía de su cadera una daga con puño de oro, y sus largas piernas iban embutidas en calzas de rico terciopelo.

-De no ser nadie, ese ambicioso ha ascendido hasta la más alta jerarquía, y se ha convertido el hombre más rico de la corte -decían. Y otros murmuraban:

-La reina aborrece al favorito, pues se entromete en sus intimidades. No sería extraño que lo haga morir en alguna emboscada, o que mande prenderlo y lo lleve al cadalso...

No se equivocaron. Rayaba don Álvaro en los setenta años cuando, azuzado por ella, ordenó mi padre su muerte.

-Está previsto que sea ajusticiado en la plaza mayor, el día dos de junio -oí decir a una señora.

No era raro que llegaran compañías modestas, que daban funciones de teatro; en estas ocasiones se colocaban bancos, y se montaba un pequeño escenario. Aquel día, todo el mundo se había preparado para asistir al espectáculo en la plaza mayor. Por la mañana vi a mi madre muy seria, y a mi padre que la observaba con tristeza.

-Estaréis a mi lado durante la ceremonia -le dijo.

-Así lo haré, señor -repuso ella, sin alzar la vista del suelo.

El sangriento episodio tuvo por testigos a los principales nobles de Castilla. Mi padre mostraba una gran alteración, y muchos jornaleros abandonaron su trabajo para observar la escena.

Yo me había escabullido, aprovechando el nerviosismo de mi nodriza; de esa forma pude ver cómo Don Álvaro subía, resuelto, las gradas del cadalso. Era muy apuesto para su edad; llevaba el cabello gris hasta los hombros y la ropa adornada con piedras preciosas. Todos los demás permanecían inmóviles, casi sin respirar, mientras él los miraba con descaro, sin perder su insolente sonrisa. El verdugo se dirigió a mi padre con una reverencia:

-Mi señor, espero vuestra orden -indicó. Él sonrió con amargura.

-Vamos, acabemos de una vez.

No pude desviar la mirada. Boquiabierta, vi cómo el verdugo hundía el puñal en el cuerpo y separaba la cabeza del tronco. Rodó la cabeza sobre el tablado, y él la agarró por los cabellos para mostrársela a la gente.

Mutilaron sus miembros, y expusieron sus restos durante varios días a las miradas de los curiosos. Acudían allí los judíos y moriscos del arrabal, así como escuderos y campesinos que llegaban como en romería a participar en la fiesta.

-Al final, los frailes de san Francisco han tenido que recaudar limosnas para enterrar por caridad sus restos -oí decir.

A mi padre le faltó tiempo para cabalgar hacia el castillo del ajusticiado y apoderarse de todas sus riquezas; pero no las disfrutó mucho tiempo, pues a raíz de aquello quedó muy abatido y enfermo, y sin ganas de probar bocado.

Un día, estábamos sentados a la mesa. Bebíamos vino en las comidas, desde el más viejo hasta el más joven, y de postre tomábamos dulces y frutos variados. Nos servían a veces una miel blanca y endurecida, con grumos de azúcar, que se quedaba adherida a la orza de barro. Poníamos un poco en el plato y la mezclábamos con agua, hasta que se deshacían los grumos.

-Se llama hidromiel -me había dicho mi padre. -Ya la tomaban los romanos.

Se deleitaba conmigo porque era su única hija. Me cogía en las rodillas para que cabalgara en sus piernas, y yo me hacía la ilusión de que estaba montando a caballo.

-Primero al paso -me decía. -Luego al trote, y al final al galope...

Entonces daba yo grandes botes, y nos moríamos de risa. Pero en aquella ocasión, mi padre no reía; lo observé un momento, y me pareció que estaba muy triste.

-¿Qué os ocurre, señor? -le dije, abrazándole.

-No puedes entenderlo, eres muy niña todavía -me contestó con voz herida.

-Yo no quiero que estéis disgustado -insistí, y él me acarició suavemente el cabello.

Entonces, mi madre habló con acritud:

-Isabel, las niñas no hacen preguntas.

Supe que algo había cambiado, y permanecí cabizbaja. También a ella la notaba extraña, pues ya no me acompañaba por la noche a mi alcoba. Y tenía miedo de andar a oscuras por los corredores; un miedo difuso, sin saber por qué...

***

Antes, ella había sido una mujer alegre. Llevaba siempre puesta una gargantilla de perlas desiguales que había heredado de su madre, y ella de la suya. Me gustaba ver los abalorios que guardaba en una arqueta, aquellas bolitas transparentes, tan suaves. Reflejaban la luz en sus pequeñas entrañas, y era muy gracioso romper el hilo que las sujetaba, poner la mano debajo y recoger la cascada de luces violeta, azules y amarillas.

-Las ensartaré en otro hilo, para hacerme collares -le decía yo.

Eran las doce de la mañana cuando sonaban las campanadas de la iglesia, las de la ermita y las del convento de monjas. Las damas soltaban las labores y cruzaban las manos.

-Es la hora del ángelus -decía mi madre, santiguándose.

Me hacía una trenza con todas las hebras de hilo que había en mi cestillo de labor: verdes, azules o de un rojo encendido. Cuando ya estaba hecha tiraba de un hilo de color, sin que la trenza se deshiciera.

-De esa forma podrás conservar en orden el costurero -solía decirme.

Tenía ella un dedal de plata con franja de esmalte, y en el esmalte flores diminutas.

-Me gusta ese dedal -le insinuaba yo, y ella sonreía.

-Tienes los dedos demasiado menudos.

A menudo, cocía unas margaritas amarillas que ella llamaba camomila; con este agua me aclaraba el cabello, que se ponía más claro y brillante.

-Eres muy bonita, Isabel -me decía.

De noche ponían las siervas candiles en el antepecho de las ventanas. Eran de hierro y humeaban: por encima se alzaba la fina columna de humo, y la luz de la llama temblaba. A veces, ella me tomaba en sus brazos:

-Te llevaré a tu alcoba, querida.

Una mujer venía todos los días al castillo a repasar la ropa, y era sorda como una tapia. Llevaba una trompetilla de madera para que le habláramos al oído y, según decía mi madre, era desconfiada como todos los sordos.

-Ten cuidado, siempre cree que estamos hablando de ella -me advirtió.

-Vive sola en una casa vieja -me contaba mi aya. -Está pegada a la muralla, y es demasiado húmeda. La reina le dice que se venga a vivir al castillo, pero ella no quiere.

***

Desde la muerte de don Álvaro, mi padre era incapaz de dominar su inquietud. Por eso viajaba a menudo desde Valladolid a Ávila, o de Segovia a Medina del Campo. Una tarde, su mayordomo mayor entró de súbito en la sala donde estábamos nosotras.

-Sabed que acababa de llegar un mensajero a palacio -le dijo a mi madre. -Ella se puso pálida.

-Hacedlo pasar -indicó.

El correo se inclinó en una profunda reverencia y habló con voz firme.

-El rey, vuestro esposo, quiere veros, señora.

-¿Qué le sucede al rey? -Él bajó la mirada.

-Señora, don Juan... ha enfermado.

Ella se santiguó. Su rostro se contrajo en un rictus doloroso, y vi lágrimas en sus ojos.

-¿Es cosa de cuidado? Decidlo, por favor. -Él carraspeó.

-Habéis de armaros de valor para una terrible noticia, señora. Lo cierto es que vuestro esposo... está muy grave. Quiere veros, y me ha pedido que venga a buscaros. -Ella no disimuló su sobresalto.

-¿Qué puedo yo hacer?

-Yo os acompañaré -se ofreció el caballero.

Nadie se atrevía a respirar. Cuando el emisario salió, se oyó el chirriar de una puerta y un sonido de cascos en el patio.

***

Al cabo de dos días, mis padre pudieron reunirse. Supe que ella intentaba reprimir los sollozos mientras le besaba las manos. Él la acarició con suavidad.

-¿Sabéis una cosa? -musitó a su oído. -Bien hubiera yo preferido nacer hijo de un labrador, antes que ser hijo de rey. -Ella trató de sonreír.

-¿Qué decís, mi señor? -Mi padre insistió:

-Os juro que hubiera preferido nacer de un aldeano, y ser fraile del Abrojo, en lugar de rey de Castilla...

Me contaron que, antes de morir, él lanzó un gran suspiro:

-Dios, perdóname...

Poco después les llegó a todos la noticia de que había fallecido el rey de Castilla.

-Ha muerto víctima de los remordimientos -murmuraba la gente.

Desde entonces nuestras estancias se volvieron muy tristes, y mi madre también. Yo misma le di la noticia a mi hermano, aunque apenas podía entenderme:

-Querido Alfonso -lo abracé. -He de deciros que nuestro padre ha muerto.

Vi cómo cubrían el féretro con un rico tisú con las armas reales y se lo llevaban en andas, rodeado de hachones de cera.

-Ha perdido a su esposo demasiado joven -decían las damas. -Estaba muy enamorada, tanto que alguien la ha oído decir que antes hubiera querido perder a sus hijos...

***

En la iglesia se respiraba el humo del incienso y de las velas encendidas, mientras una música solemne quedaba prendida en los muros de piedra. El obispo lanzó agua bendita en gotas menudas sobre el féretro, y sobre los bancos encerados:

-Dies irae...

En un reclinatorio sollozaba mi madre. Dejaba yo caer las gotas de cera en mi pequeña mano, gotas ardientes que se enfriaban y se endurecían.

Parecía que en aquella iglesia se hubieran congelado varios siglos de frío; estaba incrustado en las maderas de los bancos, y hasta en los mantos de las imágenes. Afuera también lo hacía, un frío que hacía blanquear las losas del porche. Nuestro hermano Enrique estaba ocupado en una partida de caza cuando recibió la noticia:

-Señor, ha fallecido vuestro padre -le dijo un emisario. -Sus últimas palabras fueron que protegierais a su hija, y a su hijo menor, que son vuestros hermanos.

-Está bien, me ocuparé de eso...

Después de esta muerte quedó mi madre con mucho sentimiento y cayó en una enfermedad muy grave y larga, de la que nunca pudo curar. Durante algún tiempo se ocupó en los asuntos del reino, pero después Enrique se hizo cargo de todo.

Según dijo quien lo sabía, poco antes de morir estuvo mi padre tentado de entregar la corona a mi hermano menor, porque no estaba satisfecho de su primogénito. Pero, finalmente, no lo hizo.

En cuanto a mí, dejó una buena suma de dinero para mi dote y señaló como mi territorio la ciudad de Cuéllar. De esta forma pasé, de ser hija del rey, a hermanastra del nuevo soberano.

***

Por entonces, ya Enrique había anulado el matrimonio con su primera esposa, Blanca de Navarra, y gestionaba una segunda boda con Juana, princesa de Portugal. Después, desobedeciendo a nuestro padre, nos dotó pobremente a nosotros, nos puso bajo vigilancia y trató a la reina viuda con muchas ofensas y agravios.

-En cuanto lo han proclamado rey, ha apartado a los dos infantes y a su madre de la corte, y los ha enviado a Segovia -se decía en Castilla.

Fuertemente custodiados por los guardias, solíamos pasar la mayor parte del día en lo más alto de la torre del Homenaje. En invierno hacía frío y el suelo se cubría de escarcha. Sólo se nos permitía bajar durante la noche, cuando todo parecía seguro.

Aguardábamos sentados en un banco, solos enmedio del patio de armas. Cuando el cielo amagaba tormenta y se cubría de nubarrones, ambos permanecíamos muy quietos, porque sabíamos que antes o después la tormenta estallaría encima, y entre el zurriar de los granizos y el batir de la lluvia llegaría el estruendo. Bramaba el trueno cada vez más cerca, y los resplandores lo inundaban todo con una blanca luz.

Después de retenernos tres años en el alcázar, Enrique ordenó que nos llevaran con la reina a Arévalo, en la provincia de Ávila.

-Será lo mejor para todos -trató de convencernos. -Os acompañará vuestra madre.

Partimos de madrugada, atravesando a pie la ciudad. Cuando cruzamos los porches de la plaza mayor, iba yo dando yo una mano a mi madre enferma, y la otra a mi hermano pequeño. Más tarde nos subieron en un carro, y avanzamos sobre los surcos nevados; los

sirvientes se colocaron a ambos lados, tirando de las riendas, mientras varios caballeros nos seguían.

Llegamos a un bosquecillo donde unos leñadores cortaban ramas para calentarse. Se habían agrupado en torno a la hoguera, y el humo se extendía debajo de los árboles; se frotaban las manos y hablaban acaloradamente.

Uno de nuestros criados nos preguntó en voz baja si serían ladrones, y el caballero que nos conducía le contestó que parecían gente de bien. Los saludó, y ellos correspondieron:

-Salud, señores. ¿Adónde se dirigen? -preguntó el más robusto, y él contestó:

-Venimos de Segovia, y vamos para Arévalo.

-Van un tanto descaminados. Tiren por allá, si no quieren perderse -nos dijo, señalando.

Seguimos deprisa y no tardamos en llegar a Arévalo, una villa situada en alto y rodeada de barrancos. Al entrar, vimos grandes caserones oscuros y tristes.

Se ha terminado el viaje -nos dijo el caballero, inclinándose.

Hacía un rato que nuestra madre no despegaba los labios. Vi que el castillo se hallaba en un extremo, aislado del pueblo; dentro de los muros, coronados de almenas, el patio estaba abierto a los vientos de norte, y a ambos lados se había acumulado la nieve.

Se abrió un gran portón, y apareció un hombre que nos invitó a entrar. Mientras nos adentrábamos en el interior, noté que el pánico me helaba la sangre. Alfonso susurró en mi oído.

-¿Es aquí donde vamos a vivir?

Yo asentí, tomando su mano para darle ánimos, mientras nuestra madre gemía:

-¡Don Álvaro, don Álvaro!

Parecía un alma en pena, con su toca negra y largo manto. Era su mal de alma y cuerpo, y se había entregado a una tristeza que la llevaría a la locura, pues se sentía responsable de la muerte del valido, y por tanto del fallecimiento de su esposo.

-No tenéis que preocuparos, madre -le dije, besándola. -Cuidaremos de vos.

-Que Dios os lo pague...

No pudo seguir, porque el llanto la ahogaba. Por fin, pudimos entrar en la torre.

De allí en adelante, ella no dejó de fatigarse con continuas lágrimas y repetía, enloquecida:

-¡Don Álvaro, don Álvaro!

Años después, cuando yo reinaba, hice trasladar los restos de este caballero y de su esposa, doña Juana de Pimentel, a una hermosa capilla que se llamó del Condestable, en la catedral de Toledo. Fue una manera de desagraviarlo.

Y supe entonces que un rey no debe tener favoritos, sino solamente vasallos.

III. CON MI MADRE, EN ARÉVALO

Todo en ella denotaba una gran distinción. Era muy esbelta, caminaba erguida y sonreía apenas; llevaba el hermoso cabello rubio recogido en una trenza alrededor de la cabeza.

-Me educaron para ser reina -afirmaba. -Aunque no lo creas, estampé mi firma en un importante documento cuando apenas sabía escribir...

En su testamento, mi padre le dejó encomendada la custodia, administración y crianza de sus dos hijos, mi hermano Alfonso y yo. Desde que Enrique nos envió al castillo de Arévalo, permanecimos allí durante varios años. No sufríamos privaciones, pero tampoco teníamos lujos ni halagos; nos criamos sin ningún regalo, lo que no suele ocurrirles a los hijos de los grandes señores. Me gustaba leer, y a los diez años ya había leído más que muchas personas mayores. A los doce leía versos de los poetas cortesanos.

Aunque la reina fue nuestra tutora, siempre estuvo asistida a distancia por el obispo de Cuenca y el prior de Guadalupe. Su caballero de confianza se llamaba Gonzalo Chacón, Señor de Casarrubios y Comendador de Montiel.

Provenía de la casa de don Álvaro de Luna; había sido su joven camarero, y tenía treinta años cuando se vino con nosotras. Él se encargaba del mantenimiento de las casas, la torre y los corrales, la huerta y otras muchas cosas, pues era además despensero mayor, maestresala, y mayordomo de la reina.

Teníamos nuestra pequeña corte: damas de compañía, dueñas con cargos en palacio, y criadas hidalgas. Las más consideradas servían a mi madre, en su cámara y en su vida privada.

También nos atendía Clara Alvarnáez, nuestra camarera mayor, otra dama origen portugués que se había casado con Gonzalo Chacón. Había sido aya de mi madre, que la nombró Caballeresa de Santiago. Aunque ya no era joven, conservaba toda su energía y buen humor; vestía con sencillez, y peinaba sin ostentación sus cabellos castaños

Nos acompañaba mi nodriza, María López, que seguía siendo en aquel tiempo una mujer sana y vigorosa. Ella permaneció conmigo hasta su vejez; ya muy anciana, y en correspondencia a sus desvelos, mi esposo y yo le concedimos una buena pensión que cubría con largueza sus gastos.

Si vivíamos con gran sencillez no era por falta de dineros, sino por la aversión que había tomado mi madre a las costumbres de la corte. La asignación real hubiera permitido mucho más, ya que la renta marcada en su contrato matrimonial ascendía a más de tres millones de maravedíes al año. Además, mi padre le había cedido a Alfonso el maestrazgo de la orden de Santiago y el cargo de condestable de Castilla, con las rentas de varias ciudades; yo, por mi

parte, tenía las de Cuéllar. Aún así, estaban los viejos muros del alcázar ruinosos, carcomidas las puertas, y enmohecidas las rejas por falta de pintura. El suelo era de tierra oscura y con desniveles, de modo que había que andar con cuidado de no tropezar.

Vivía con nosotros mi abuela materna, Isabel de Braganza, que había sido infanta de Portugal. Fue siempre una mujer menuda y nerviosa, aunque de inteligencia no vulgar. Cuando se casó era muy joven, y cuando tuvo el primer hijo no había cumplido los veinte años.

-Es pequeña, pero le luce mucho el arreglo -decían las criadas.

Tampoco a ella le había gustado nunca la ostentación cortesana. Vestía de luto desde que se quedó viuda; no obstante, su aspecto era delicioso, con sus cabellos blancos que habían sido rubios, y los ojos de una azul pizarra, hermosos todavía. Padecía reúma, sobre todo en invierno.

-Siempre he dicho que no hay nada peor que una casa sin sol -suspiraba, recogiendo su libro de horas. -Odio estos castillos tan viejos...

La abuela guardaba en sus arcones vestidos antiguos de terciopelo y cuentas de cristal. Tenía el carácter pacífico y unas manos de oro: hacía paños de aguja y colchas de ganchillo, y se levantaba con trabajo apoyada en su bastón. Le gustaba jugar a los naipes y hacía trampas descaradas, no para engañar a nadie sino para hacernos reír. Y la sonrisa no la abandonaba nunca. Empezó pronto a perder el cabello, lo que la inquietaba mucho.

-Parece que me voy quedando un poco calva, pronto me asomarán los malos pensamientos -decía. -En fin, habrá que resignarse...

Doña Clara Alvarnáez se encargaba de dirigirlo todo en la casa: ayudaba al marido controlando las ropas, la limpieza y los guisos.

No se hacía de menos por trabajar en la cocina, ni por limpiar legumbres. Yo la ayudaba a pelar los guisantes, pero a menudo quedaban mermados, y no llegaban para cuajar una tortilla.

-Son tan dulces y tiernos... -me disculpaba yo.

La cocina era grande, tenía horno de leña y una larga campana de humos. Sobre una larga repisa estaban los cacharros de cobre, y hueveras de bronce para los huevos pasados por agua. Había una romana colgada de las vigas del techo, y era una larga barra por donde resbalaba la pesa.

-Sabemos el peso cuando la barra se pone horizontal -me informó doña Clara.

Siempre había lagartijas en torno a la luz. Aguardaban quietas, ajenas a cualquier ruido y movimiento, aplastadas sobre el muro acechando su presa. A veces se colaban en los cuartos por las ventanas, y entonces eran los gritos y los aspavientos.

Era doña Clara quien asaba el lechazo en las solemnidades, aunque la ayudaban las siervas. En la mesa lo servían crujiente, ni crudo ni demasiado hecho, en un punto que dominaba como nadie.

-Hay que estar en todo, si quieres que las cosas salgan bien -rezongaba.

Mandaba traer aguardiente y lo echaba en un frasco grande de cristal, con una boca

ancha por donde metía las guindas. Al principio estaban coloradas, pero luego se oscurecían y engordaban; cuando estaban borrachas las sacaba con una cuchara de madera, y reventaban en la boca.

***

Siempre estuvimos los dos hermanos juntos, por lo que congeniamos mucho. Los padres franciscanos se encargaron de nuestra formación y nos educaron sin caprichos.

-Harán de vos una mujer fuerte y activa -me dijo Gonzalo Chacón, y mi madre asintió:

-Aprenderás a hablar correctamente el castellano, así como a escribirlo con soltura -me indicó. -Estudiarás además poesía, historia y filosofía. -Me pareció que la abuela se removía en su asiento. Hizo señas de que me acercara.

-Puede que no sea tan aburrido -dijo, ladeando la cabeza. -A lo mejor te enseñan también música y pintura. No puedes quejarte.

Y es que la abuela me comprendía, y por eso la veneraba. Lástima que tuviera que asistir a clase en el convento, aprender tantas cosas como enseñaban los frailes, y que me apartaran por un rato de ella.

-No, si no me quejo -le decía.

Yo sabía leer y escribir, pero mi hermano tuvo que aprender. Los primeros cuadernos de palotes tenían unos pequeños recuadros y allí debía pintar el palote; luego no eran más que dos rayas paralelas y tenía que unirlas, hasta que una sola raya servía de guía. Al final no había raya ninguna, y debía escribir a palo seco, lo que no resultaba fácil. Al principio le salían las letras derechas, luego se iban tumbando poco a poco, y acababan torciéndose a derecha e izquierda.

-Vamos, ven, yo te ayudaré -le decía.

Mi madre tenía la mirada perdida, y hablaba con tristeza:

-Por suerte, has heredado de tu padre la afición a las letras. Te gustará conocer la historia de tus antepasados, que hallarás en el cancionero. No olvides que desciendes de la dinastía inglesa de los Plantagenet, de los Trastamara, y sobre todo de la casa portuguesa de Avis -añadía altanera, seguramente por ser la suya propia. La abuela sonreía:

-Cierto, te sentirás muy ufana de estar emparentada con san Luis, rey de Francia, con Guillermo el Conquistador y con Fernando el Santo... No son malos parientes.

En efecto, antes de cumplir los doce años ya devoraba todos los libros que caían en mis manos. Teníamos más de cuatrocientos en nuestra biblioteca, y entre todos era mi preferido el libro de Buen Amor, del arcipreste de Hita.

Los padres franciscanos nos enseñaban a pintar; sobre todo, fray Martín de Córdoba me ayudaba a trazar bonitas miniaturas en pergamino.Era un hombre flaco, casi esquelético, de larga nariz. Aparentaba unos treinta años y tenía un cabello fuerte, oscuro y liso.

Solía yo leer en castellano, pero me gustaba tanto el latín que quise tomar lecciones.

-Conozco a la persona apropiada -intervino la abuela. -Se llama fray Lorenzo y, según dicen, es un fraile mendicante muy sabio...

-Es muy conocido, por haberse criado en Arévalo -la apoyó Gonzalo Chacón. -Todos lo tienen por varón de mucha doctrina y santidad, y será un buen maestro para la princesa.

Pasaba yo el tiempo que podía aprendiendo las tareas de la casa y distraída con mi hermano, con el que compartía juegos, riñas inocentes y hasta secretos infantiles. En la sala principal teníamos una gran chimenea con bancos a los lados, y delante una mesa con varios escabeles. Oía crepitar el hogar, me acercaba con cuidado de no quemarme con las brasas y me apoyaba cerca. Desde allí, me gustaba ver en la pared los reflejos que lanzaban las llamas.

Era nuestra mesa un simple tablero con caballetes, que se cubría con un lienzo. Solía usar mi madre una hermosa silla decorada con marquetería mudéjar, con asiento de cuero, y en otras más pequeñas nos acomodábamos nosotros.

-Vamos, acercaos al fuego, vais a coger frío -rezongaba la abuela. -Yo tengo que apañar unas calzas...

Apañar, vocablo entrañable con resonancias de niñez. No decía arreglar sino apañar: hay que apañar tal cosa o tal otra, está rota y hay que apañarla. Apañar un buen postre, un conejo con tomate, o la casa para recibir al obispo.

La abuela cosía sentada en una pequeña silla de aneas, desde donde miraba trastear a las mozas. El asiento era liso por arriba, pero por debajo se veían los nudos y las trabazones. Zurcía con primor, cogía la tela del revés y pasaba la aguja con puntadas diminutas. Volvía a pasar y repasar hasta que se tapaba el agujero, siempre por el revés.

Todos sus zapatos tomaban una forma personal. Todos acababan teniendo la misma, y no porque se torcieran, que también se torcían, sino porque la piel se estiraba del lado del juanete, ya que sufría de los huesos. Así, aunque yo viera los zapatos vacíos, era como si estuviera viendo sus pies.

En las arquetas guardaba sus zarandajas y la calderilla, metida en un cestillo. Nunca le tocamos el dinero; cuando necesitábamos alguno, metía los dedos en la faltriquera y nos daba unas cuantas monedas, que gastábamos en chucherías.

Andaba zarceando por todos lados: abría las arcas donde siempre veía las mismas cosas, revolvía las cestas de labores, subía al sobrado donde estaban los arcones llenos de trajes de seda y de terciopelo labrado.

Su alcoba estaba al final de la sala. Su cama era alta, rematada con piñas, y el somier acolchado apoyaba sobre correas cruzadas. Habían puesto otros dos colchones encima, y por eso la cama resultaba tan alta. La colcha era de damasco rojo. Un arca de talla muy fina, con cerraduras y bisagras de hierro, le servía a la vez de banco y de armario.

-¿Qué guardáis ahí, abuela? -le preguntaba yo, curiosa.

-¿Qué te importará a ti?

Nunca pude saberlo. Por las noches ella corría las cortinas, formando una pequeña cámara. Al pie de su cama estaba el escabel donde yo me sentaba, y un sillón de hierro forjado con aplicaciones de bronce. Por encima quedaban las buhardillas, que nos gustaba frecuentar.

***

Adoraba yo a mi hermano menor. Nuestras habitaciones quedaban al fondo de un ancho corredor, cerca del dormitorio de mi madre. Casi todo el año dormíamos desnudos, pues éramos insensibles a los cambios del tiempo, tanto en invierno como en verano.

En el pueblo, las mujeres nos relataban hechos lúgubres acerca del final de don Álvaro.

-Dicen que vuestra madre fue la culpable de su muerte -susurraban.

Entre todas las damas y dueñas que formaban nuestra pequeña corte era mi preferida doña Beatriz de Silva que, siendo muy joven, acompañó a mi madre desde Portugal. Había sido su doncella, y era tan hermosa quela pretendieron todos los nobles de Castilla. Sus ojos eran negros y enormes, tenía el cabello ondulado y oscuro y una tez clara y luminosa. Las malas lenguas decían que había sido la amante del rey. Tanto fue así que mi madre la había encerrado en uno de sus ataques de celos, según me dijeron.

Hubiera querido ser monja, por lo que se pasaba horas y horas en la iglesia, y siempre decía que había errado su vocación. Ella me enseñó el portugués, y le gustaba dirigirse a nosotros en la bella lengua portuguesa. Iba camino de los cuarenta años y seguía velando por nuestra seguridad. Yo le cogía la mano, y me sentía segura:

-Cuando sea mayor, quiero que continuéis a mi lado -le decía.

Ignoraba yo que con el tiempo le regalaría el palacio de Galiana, en la ribera del Tajo; allí fundaría un convento junto con doce compañeras, y allí murió con fama de santa, el mismo año en que conquistamos Granada.

-Iremos hoy a visitar el palacio de la Plaza Real -nos decía. -De camino, podréis jugar con los niños del pueblo.

Alfonso batía palmas, encantado:

-Jugaremos a tabas, y a echar nueces en un hoyuelo... o a pares y nones con rabos de cereza -decía.

Jugaban los más pequeños al alquerque, que llamaban tres en raya, mientras los mayores practicaban el juego de pelota, o se entretenían con los naipes. En Arévalo conocí a los moriscos, pues vivían muchos por allí.

-Ocupan la Aljama, en el Arrabal -me informó nuestra dama de compañía. -Habitan algunas callejas junto a la plazuela de san Andrés, cerca del río Arevalillo, y obedecen a un alfaquir.

-¿Un alfaquir?

-Sí, es un hombre sabio en las leyes de su pueblo...

Frecuentábamos también la judería; llamaba la atención del extranjero que visitaba España que, en un lugar tan reducido, vasallos de otras religiones pudieran convivir en paz con los cristianos. Sabía yo que mi padre, años atrás, había promulgado un decreto en que amparaba tanto a judíos como a musulmanes.

***

Cuando más distraída estaba, venía a reclamarme un fraile para que tomara mi lección, o rezara algunas oraciones. Clara daba unos golpecitos en la puerta.

-Fray Lorenzo os espera -decía. -Me ha encargado que no os demoréis.

Mi profesor era un hombre pequeño y cetrino con una larga barba y el cabello grasiento. Me recibía con una sonrisa desdentada.

-Vaya, ya estáis aquí. Hoy tengo mucha prisa...

Era entonces entrar en el claustro, pisar las piedrecillas y los huesos formando dibujos. Me detenía junto a la imagen del santo de Asís, miraba su cara pálida y brillante, sus hábitos oscuros y los zapatos desgastados de tanto pasar y repasar las manos tantas generaciones de novicios. Oía el chasquido de una puerta, veía la silueta de un monje que caminaba con la cabeza baja, sonreía al pasar y subía deprisa las escaleras.

El ecónomo era un fraile grueso, de tez aceitunada, que caminaba con dificultad y siempre al compás del ruido que hacía el manojo de llaves. Tenía unos ojos negros y agudos, y unas grandes cejas.

Me gustaba estudiar, pero también me atraían los trabajos manuales, en los que mostraba gran habilidad.

-Lo mismo borda en oro sobre terciopelo, que ilustra pergaminos -se ufanaba la abuela.

A veces, mi madre nos llevaba a visitar la iglesia de san Juan de los Reyes, que era una especie de fortaleza. Corríamos Alfonso y yo entre los soportales de la plaza, o atravesábamos los puentes sobre los ríos Arevalillo y Adaja, que rodeaban la ciudad. A la orilla del Arevalillo había una iglesia que llamaban la Lugareja, y allí visitábamos a las monjas bernardas, que eran sus amigas.

Tenían rejas las ventanas y dentro de las rejas celosías, era imposible ver nada dentro y se adivinaban perfumes a cera y a rosas marchitas, y también olores a refajos de monja. Había que tirar del cordón de la campanilla, y un sonido como de cristal rompía el silencio. Quedaba vibrando, había que aguardar un minuto y oías las pisadas de la hermana portera.

-La monja tiene más categoría que la casada, porque ella se ha desposado con el Señor -nos dijo mi madre una vez. Yo moví la cabeza.

-Pero en la corte no se aprecia demasiado a las monjas. ¿Por qué? -Ella apretó los labios.

-El mundo es injusto -dijo con suavidad. -Por eso hay tantos pobres.

De los niños y niñas que convivían con nosotros en el alcázar, mi preferida era Beatriz de Bobadilla. Allí la vi por vez primera vez: por una extraña coincidencia, el nombre de Beatriz ha sido siempre una constante en mi vida.

Tenía una alegría contagiosa. Su padre, don Pedro, era alcaide y gobernador del castillo; su madre atendía a la abuela, junto con varias damas portuguesas. Fue para mí una hermana mayor, y había de ser mi mejor amiga y aliada. No puedo olvidar cuántos problemas, cuántas intrigas se han resuelto gracias a su ayuda.

-Tenéis el caballo ensillado, y ha ordenado mi padre que sea con la mejor montura -me dijo el primer día. Se lo conté a la abuela.

-Es una jovencita muy alegre, y muy lista -explicó. -Además, es linda y saludable. Tiene algunos años más que tú, pero te gustará.

Con frecuencia salíamos ambas por las cercanías de Arévalo, a lomos de caballo o de mula.

-Se os da muy bien la equitación, Isabel -me decía. -Vais a ser una gran amazona.

Yo hacía galopar a mi corcel tras el suyo, tratando de alcanzarla. Escoltadas por algunos caballeros recorríamos el camino a Medina del Campo, a Olmedo, e incluso llegábamos a Segovia.

En el castillo me ayudaba en mis actividades, cosiendo y pintando conmigo. Así, de cuando en cuando, podía regalarle a mi madre un brial que yo misma había bordado, y a mi abuela estandartes y adornos para su capilla privada. Aún hoy, se conserva en la catedral de Granada un misal que yo iluminé por entonces. También pasábamos horas enfrascadas en los libros, sobre todo en los de caballerías.

-Conoce ya las obras de Petrarca y Boccaccio -presumía la abuela, y fray Lorenzo asentía:

También va dominando el latín. No sólo lo entiende muy bien, sino que traduce libros latinos al castellano -decía con orgullo.

Quizá, por el hecho de haber nacido en jueves santo, mi vida solía estar rodeada de extraños prodigios; y es que nunca he podido evitarlos, aunque tampoco los provoqué. Desde niña me atraían las historias de duendes y trasgos, y estaba convencida de que ellos me hablaban en casa por medio de golpes, señales y risas. A veces me parecía oírles tañer guitarras y cascabeles, entonando bonitas canciones.

Me dijo Beatriz que ella también los oía, y me estuvo relatando historias de demonios caseros que vivían con las familias sin asustarlas; ella los llamaba duendes y trasgos y, según decía, eran contrahechos y jugaban con los animales y los niños.

-Todos tienen grandes pies, hacen ruidos y tiran con piedras sin herir con ellas -aseguraba. -Quitan las ropas de las camas o vuelcan las mesas, pero si les llevas la contraria llegan a quemar los graneros. -La abuela afirmaba, con aire misterioso:

-Por eso nunca debéis jugar con los duendes ni seguir sus consejos, aunque os parezcan buenos.

Sería un producto de mi imaginación, pero a menudo los oía quitar y poner platos, jugar a los bolos y tirar piedras al tejado.

-Algunos viven en las montañas o cuidan de los animales -me dijo una sirvienta. -Un capitán me aseguró que en su compañía había cuatro, que cuidaban de cuatro caballos, les echaban de comer y les rizaban las crines. Pero si se enfadaban provocaban lluvias y granizo, con gran cantidad de rayos y truenos...

Charlábamos mucho durante las interminables noches de invierno; por eso supe que llamaban trasgos a unos hombrecillos negros con trajes colorados, que tenían los ojos muy verdes y eran cojos de la pierna derecha.

-Siempre están riendo, y entran por la chimenea del castillo para beberse nuestra leche -nos dijo Beatriz, y Alfonso se sobresaltó.

-¿Entran en el castillo?

-Pues claro que sí. Desparraman la harina y esconden los cubiertos. -La abuela, que estaba cosiendo, le dio la razón:

-Saben imitar los gritos de cerdos y gallinas, y desde las copas de los árboles lanzan piedrecillas a mi ventana -carraspeó. -Nunca pude verlos, pero sé que van vestidos con cortezas de alisos puestas del revés y cosidas con hiedra.

-A veces, cuando estamos dormidos se echan sobre nosotros y nos aplastan de tal forma que no nos dejan respirar -dijo Beatriz. -Me contó mi padre que en ocasiones se visten de frailes, que él los ha visto con lucecitas verdes para alumbrarse por las noches, y uno tenía las orejas tan grandes como abanicos. -La abuela afirmó:

-Los hay con cara de niño o de viejo, y algunas veces forman tanto ruido que despiertan a todo el mundo. -Y añadió, misteriosa: -Siendo yo joven, tuvieron los criados que encerrarlos en los sótanos de nuestro caserón, para que no robaran las joyas de mi madre y las convirtieran en carbones...

Así pasábamos el tiempo. Buscando a los duendes trastabillaba yo en los sótanos; sentía el olor reconcentrado a gatos y me iba, apagando el candil. Había dejado puesta la llave de hierro, y al salir daba dos vueltas a la cerradura.

***

Todas las primaveras, los caballeros fijosdalgo representaban funciones en Nuestra señora del Prado: había procesiones, iluminaciones y máscaras, y acudíamos todos a la fiesta de toros y cañas.

Detrás de los toros venían los curas con sus mantos, y tras de ellos los niños cantando, bailando y tocando los panderos. Una vez vi a un hombre disfrazado de toro, con cuernos y rabo, cubierto con una manta de colores.

Se repartía luego la carne de los toros entre los vecinos, llegaban mozas muy bien ataviadas ofreciendo los panes benditos y todos danzaban al son del arpa y la guitarra, de la flauta y el tamboril. Bailaban también los sacerdotes, muchas mujeres embozadas, y algunas damas que se disfrazaban de aldeanas. Mi nodriza se burlaba:

-Como van cubiertas y nadie las conoce, en vez de bailar con sus maridos, lo hacen con los novios de otras -reía. -Vamos para allá, que al final les darán a los niños pan con queso, vino con rábanos y otras golosinas. Los recogeremos para Alfonso.

Durante el carnaval, los mozos arrojaban ceniza y se permitían confianzas con las doncellas. Con las limosnas que sacaban compraban un carnero y lo llevaban por las calles lleno de moños y cintas; luego lo guisaban y lo repartían entre todos.

Nunca he olvidado las fiestas que daban comienzo después de la pascua: allí desfilaban hombres y mujeres sobre bestias llenas de collares, con cascabeles de plata y campanillas. Nos gustaban a todos nosotros, y también a doña Clara, la esposa de Chacón:

-Me han dicho que al sábado que viene harán mascaradas delante de la ermita -nos decía. -Podremos llegar a caballo o a pie, y hasta mezclarnos con los gitanos. Han instalado puestos donde venden aceites para el rostro y untos para el cabello, las manos y los dientes...

-Yo no quiero ir -se asustaba mi hermano pequeño.

Pero a mí siempre me gustaron los gitanos; tanto, que hubiera querido pasar unos días en una carreta con ellos. Admiraba su vida, aunque fueran gentes sin ley: vivían al aire libre, no les importaban las normas sociales, y disfrutaban de lo que tenían sin muchas ceremonias. Además, sus espectáculos nos sacaban de la rutina. Doña Clara estaba de acuerdo:

-No los atormenta el miedo a perder la honra, como nos ocurre a nosotros -decía. -Los árboles les dan fruta de balde, el monte les da leña, los ríos peces y los vedados caza. No tienen que comprarse una casa, pues viven en cuevas o en sus carromatos.

En cambio, fray Lorenzo los detestaba. Se santiguaba, exclamando:

-¡Son embaucadores y embusteros! Leen en las manos, haciendo creer a la gente ignorante que conocen el porvenir. Parece que vinieron al mundo para ser ladrones -sentenciaba, y yo le respondía:

-Los llaman embaucadores porque son más listos que nosotros, que nos dejamos engañar. Además, distraen a la gente...

-Son expertos en quiromancia, y conocen las artes mágicas -nos dijo Beatriz. -He oído que están preparando un número con volatineros, y podríamos ir.

Asistimos en grupo: mientras unas gitanas mostraban sus cuerpos en danzas exóticas, iban los gitanos saltando, vestidos con sombreros de flores y agitando palos con vejigas. Las más viejas leían la suerte en las manos.

-Conozco a una que hace conjuros para ligar y desligar amores -aseguró mi amiga. -Vende oraciones para ganar al juego de naipes, e incluso para encontrar tesoros. Puede espantar las moscas y ratones, encantar serpientes o juntar a todos los lobos de una comarca.

Se lo conté a la abuela, y ella lo confirmó.

-En mis tiempos había una gitanilla que se entendía con los pájaros -me dijo. -Pasaba el invierno con los dedos hinchados y rojos, llenos de sabañones. -Doña Beatriz de Silva se santiguó deprisa:

-Ay, Señor...

Hasta nuestros criados conocían conjuros contra tormentas, cierzos y tempestades. A veces alguno hablaba en otra lengua, y entonces decía mi madre que estaba poseído del demonio, por lo que llamábamos al cura.

Permanecimos en Arévalo hasta que cumplí los doce años; mientras, en el castillo las torres se desmoronaban y las baldosas del suelo basculaban. Nuestro jardín estaba cada vez más descuidado, pues mi madre había perdido el gusto por las flores.

-No me llegan las rentas para pagar a un jardinero -se disculpaba, aunque sabíamos que no decía la verdad.

IV. LAS GENTES DE CASTILLA

A menudo veíamos urracas en los caminos de Castilla; tenían el vientre blanco, las alas negras y una cola muy larga, y avanzaban a pequeños saltos. Beatriz dijo que también se llamaban maricas, o picazas.

-Suelen robar las cosas brillantes, para guardarlas en sus nidos.

En el pinar arrancábamos trozos de roña, que era la corteza de los árboles. Con una navajilla nos entreteníamos en tallar pequeñas figuras, y era fácil porque la madera estaba blanda. Todo lo manchábamos con aquel polvillo colorado que se desprendía, y ya en el castillo la abuela me mandaba al patio a rematar mi obra.

Como en otras villas del reino, había en Arévalo dos ferias que servían para reactivar la economía y el comercio; se celebraban durante veinte días, a fines de primavera y verano. La de primavera solía instalarse ante uno de los palacios que teníamos en el pueblo.

Enmedio de la plazoleta estaba el rollo o columna de piedra, donde ahorcaban a un hombre en cada uno de sus cuatro brazos. Los veíamos allí con las caras moradas y fuera un palmo de lengua, mientras los cuervos y otros pájaros graznaban alrededor.

-Lo hacen para escarmiento de pecadores -había dicho mi aya.

-Será para no desperdiciar el sitio -pensé.

La vereda partía del lugar, bajaba zigzagueando hacia el valle y giraba una y otra vez hasta encontrar el camino de herradura; caminábamos por allí hasta la ermita, y en primavera el campo se llenaba de amapolas.

En Cuaresma no sonaban las campanillas, sino las carracas, que rompían el silencio cuando el monaguillo las hacía girar. El monago era un niño menudo, de cara rosada y cabellos como el lino, y sus cejas y pestañas eran blancas también.

Luego me dijeron que era albino, y que la luz le dañaba los ojos. Pasaba en la iglesia como una sombra de acá para allá, arreglando las flores en el altar y estirando los manteles, encendiendo las velas y colocando los incensarios. Cogía el matacandelas que tenía una pequeña mecha en el extremo, y prendía con ella las velas más altas, que empezaban a lucir.

En verano, las bestias pateaban a las moscas verdes y tornasoladas. Agitaban las crines y volteaban las cabezas, y las niñas corríamos por la calle empinada, pavimentada de piedras redondas. Acudíamos a la fuente a beber y el agua fría nos salpicaba los brazos y las piernas, y se colaba por el descote hasta la cintura.

Las criadas del castillo mantenían las maderas cerradas y el zaguán permanecía en penumbra. Gozábamos del frescor del jardín; fuera el sol derretía las piedras, las bestias

cansinas resbalaban bajo el sol y sus cascos resonaban en el silencio de la calle. Un asno pequeño vivamente enjaezado avanzaba entre piedras ardientes con un morisco encima; llevaba éste la cabeza doblada sobre el pecho, las piernas colgando, y los pies calzados de alpargatas casi tocando el suelo.

En pleno invierno, la cellisca azotaba las desnudas laderas. El cielo estaba gris, golpes de viento hacían resonar el abismo como un órgano. Iban las parrandas pidiendo el aguinaldo, desde el castillo se oían las zambombas y las panderetas. El grupo se detenía, tocando y bailando, y pasaban el sombrero de pastor para recoger las monedas.

***

Mi hermano Alfonso me preguntó una vez qué era lo que más me gustaba en el mundo, y yo le contesté que ir a las fiestas de Medina del Campo.

No era yo una niña presumida, ni me preocupaba en exceso por los vestidos. En Arévalo galopaba con un manto de lana para defenderme del frío; llevaba un pequeño sombrero, y debajo una pañoleta anudada a la barbilla, que me cubría el cabello y orejas.

Me divertía de forma especial asistir a las ferias, sobre todo a la de Medina, pues allí acudían gentes de toda Castilla, y hasta de Europa y Asia.

Llegaban cómicos de la lengua, pordioseros de oficio y truhanes, y se mezclaban con los saltimbanquis, bufones y magos. Era un extraño espectáculo para nosotros, habituados al silencio y la soledad del castillo de Arévalo. Entre la multitud solíamos mezclarnos con jóvenes conversas, con moriscas y esclavas. Allí me enteré de que existían mujeres marginadas: lo eran sobre todo la ramera y la bruja, sin olvidar a las madres solteras.

A fuerza de relacionarme con ellos llegué a aborrecer a los magos y adivinos, pues me parecían parlanchines, mentirosos y vagos. Siempre evité a los hechiceros, y a las mujeres que leían en las líneas de la mano la buena o la mala ventura.

En una ocasión, mi amiga y yo visitamos a una anciana en Medina que, según decían, hacía milagros y expulsaba demonios, por medio de jaculatorias y letanías. Beatriz me había informado:

-Esa no es peligrosa. Otras dan mal de ojo, y son los niños más pequeños los que corren más peligro. Por eso, las madres les cuelgan dijes y amuletos para protegerlos, y pequeñas higas de coral.

Llegaban a Medina actores callejeros, a los que llamaban zaharrones y hacían gestos groseros y ridículos; daban funciones en la gran plaza cuadrada, rodeada de soportales, y seguían a las procesiones, revueltos con los chiquillos. Vestían con pieles y se adornaban con cencerros y cuernos de vacas; algunos llevaban el rostro cubierto con pellejos de cabrito, con agujeros para los ojos y la boca, haciendo ademán de espantar a las mozas o esparciendo ceniza de un saco.

Fue en Medina donde advertí por primera vez cómo derrochaban su dinero los nobles de Castilla, mientras los pobres se morían de hambre. Semejantes alardes habían sido frecuentes en los años del privado don Álvaro de Luna, y continuaban durante el reinado de mi hermano

Enrique. Lo mismo Alfonso que yo nos mostramos indignados por tantos excesos; Beatriz, en cambio, no parecía extrañarse.

-Asistí aquí a una boda donde mataron cuatro mil pares de gallinas, dos mil carneros y cuatrocientos bueyes, que sirvieron en ricas vajillas de plata dorada -nos dijo. -Los habían traído en doscientas carretas, que luego quemaron como leña. -Yo mostré mi disgusto.

-Pues, ¿sabes lo que creo? Que esos excesos arruinan a muchas familias. Y que tantos gastos en peinados, afeites y teñidos, hacen afeminados a los hombres.

-En eso tenéis razón. Además, las mujeres de menestrales y oficiales procuran imitar las elegancias de los ricos, gastando más de lo que tienen y cayendo en la miseria...

En ocasiones fuimos testigos de los abusos que ejercían los señores con relación a sus sirvientes.

-Los tratan como a bestias -observé, y doña Clara me dio la razón.

-Es cierto, pues les dan comida asquerosa y los obligan a vivir en lugares inmundos, sin ninguna ventilación, donde se mezclan con los cerdos.

-¿Es posible tal cosa?

-Os lo aseguro, aunque eso no lo hacemos nosotros, ya que mi esposo cuida de su bienestar -afirmó. -Lo peor es que muchos siguen practicando la costumbre de la pernada con las criadas jóvenes, por parte del señor y de los hijos del amo...

***

Es sabido que hay brujas en Castilla, como en todas partes, pues han quemado en Francia en los últimos tiempos a miles de ellas. También las hay en Inglaterra y Alemania, tanto hombres como mujeres. Decían en Medina que andaban las brujas de noche haciendo danzas y convites y, después de darse con ungüentos, saltaban por la chimenea y se marchaban por los aires. Mi abuela me explicó:

-Llegan así a muy lejanos lugares, donde se reúnen en orgías con el demonio en forma de cabrón, y allí lo besan en lo más maloliente de su cuerpo.

-¡Ay, abuela!... -Ella hizo un gesto afirmativo.

-Sí, no te asustes. Otras, cuando se untan, caen al suelo como muertas y, aunque las serraran o quemaran, ellas no lo notarían. -Mi nodriza asintió con viveza.

-Oí decir de una que salía de noche por la ventana, volando en una escoba a dos palmos del suelo, toda desgreñada y con unas pobres faldetas. -Doña Clara se había levantado, y acercó las manos al fuego que ardía en la chimenea.

-Es cierto -murmuró. -Aseguraban que en un prado bailaba con cinco diablos bajo la dirección del mayoral, al tiempo que recogía flor de hiedra para hacer sus conjuros. Tenía su casa llena de lenguas de víbora y sogas de ahorcado, espinas de erizo y corazón de ciervo, todo para remediar los amores. -Yo hice un gesto de asco.

-Qué horror... -Beatriz intervino, al tiempo que mordisqueaba un trozo de queso:

-Aunque las gitanas tengan fama de hechiceras, las peores brujas son las que viven en el campo. Ellas arruinan las cosechas, propagan enfermedades y acuden a los aquelarres la

noche de los sábados.

Mi abuela asintió:

-Se las acusa de ser las culpables de las grandes desgracias que sufren los pueblos...

***

Junto a la villa de Medina pasaba un riachuelo escaso de agua y arboleda; de camino me galanteaban los jóvenes, pues decían que era yo muy agraciada. De tanto montar a caballo me había vuelto fuerte y recia; con todo, no había perdido la lozanía de mi piel, ni mi color rosado. En los viajes cantábamos siempre, hacíamos recuento de todos los cantares conocidos hasta enronquecer.

A menudo te tropezabas con ensalmadores y santeros. Eran los que curaban enfermedades y componían huesos rotos con la única herramienta de sus oraciones, sus imágenes milagrosas y sus supersticiones.

-Algunas mujeres son buenas curanderas, con mucha fama como sanadoras de huesos -nos decía Clara Alvarnáez. -Pero, siendo muy codiciosas, extienden el negocio a los hechizos y los filtros de amor.

Cerca del río Adaja, medio hundidas, estaban las antiguas casas de los pastores. Las tenadas de adobes estaban derruidas, y de alguna quedaba poco más que los cimientos. En tiempos se guardaban allí las ovejas, y ahora jugábamos a escondernos, saltando los muretes.

Había solares donde vivían gitanos y gente sin vivienda; algunos enfermaban, y morían. Iban con un carro a recogerlos, y se los llevaban en cajas de pino sin pintar. A uno lo habían metido en una caja demasiado pequeña y no podían encajar la tapa; a cada paso al carro saltaba, y asomaban los pies.

En el camino nos cruzábamos con algunos pecheros, unos pocos hidalgos y numerosas monjas y frailes. Veíamos también ermitañas, y algunas prostitutas. Cerca, en el río, las criadas lavaban la ropa de las monjas, y los siervos pescaban truchas para los miércoles y viernes de vigilia. En realidad, había en esta villa más conventos que en toda la comarca.

-Hay muchas monjas por aquí -le dije a doña Beatriz de Silva, y ella asintió.

-Las hay que prefieren eso a quedarse solteras. A algunas las lleva al convento su propia familia, buscando aliviar un problema económico. Las llaman monjas desesperadas -sonrió.

-Pues sería mejor quedarse en casa. -Ella se encogió de hombros.

-La soltera está mal considerada, pues es una carga para la familia, y un peligro mientras es joven y bonita. Luego pasa de soltera a solterona, y eso todo el mundo lo desprecia. Sólo, que las mujeres pobres no pueden ingresar aquí; al no tener dote, no pueden entrar en un convento. -Yo la entendí muy bien.

-Tampoco pueden conseguir un marido, ¿verdad? -Ella afirmó:

-Sólo pueden servir de por vida, en una casa o en una fundación religiosa. Otras se dedican a la prostitución, piden limosna y, cuando son viejas, ingresan en algún hospicio.

Hablaron de un tal Andrés de Heredia, que había nacido con la parte viril escondida y

oculta. Desde un principio lo tuvieron por mujer, y le pusieron en el bautismo el nombre de Andrea. Luego, habiendo cumplido los catorce años lo metieron en el monasterio de monjas de santo Domingo el Real, de Madrid. Tiempo después, haciendo fuerza para cargar una canasta de ropa sintió una mudanza en sus partes; después de este suceso le nacieron barbas, por lo que conocieron que era hombre y lo sacaron del monasterio.

Como sabía leer y escribir, sus padres hicieron que aprendiese gramática. Y, como había hecho votos religiosos, tomó el hábito en el convento de santa Catalina, de la misma orden de santo Domingo.

***

Una vez, Gonzalo Chacón nos llevó con él a Toledo, con gran alegría por nuestra parte; Clara, su esposa, alegó para no acompañarnos que necesitaba dormir, porque estaba rendida.

Está la ciudad situada en un monte, muy fortificada y rodeada por el río Tajo, que corre por un profundo valle. Vimos la catedral, costeada con el botín obtenido de los sarracenos después de la conquista. También visitamos con él la judería.

-Aquí es donde viven los hebreos. Algunos se dedican a la ciencia, especialmente a la medicina, y casi todos a los negocios y al comercio. Pero nadie quiere tener en su familia a ninguno de ellos.

-Pues en mi familia los aprecian -dije, y él asintió.

-Esa tolerancia la muestran el rey y el señor, pero no es compartida por el pueblo.

-O sea, que se alejan del pueblo y confían en el rey -intervino mi amiga. Él afirmó con seriedad:

-En algunas ciudades, el rey ha de colocar la judería junto al alcázar regio, para que, en caso de motín popular, los guardias reales puedan protegerlos. -Beatriz espoleó su montura.

-¿Hay muchos en España? -preguntó, curiosa.

-Alrededor de los doscientos mil, en su mayoría viviendo en la corona de Castilla.

Me quedé pensativa, mientras él seguía explicando:

-El pueblo piensa que el judío se enriquece a su costa, embaucando con su astucia al rey. Las cortes de Toledo pidieron que llevaran una señal colorada en el hombro derecho. Ordenaron también que los moriscos vistieran un manto verde sobre la ropa, o al menos lucieran una insignia de paño en forma de media luna. -Alfonso lo observó, con sus grandes ojos inocentes.

-¿Ninguno se convierte? -preguntó.

-Otros se han convertido, y los llaman cristianos nuevos -dijo él. -Esos pueden emparentar con la nobleza, lo mismo que ocurre con los moros conversos.

No permitió que visitáramos el barrio de las mujeres públicas, que estaba acotado por alguaciles y vigilado por algunos guardas. Las que vimos por los alrededores llevaban mantillas cortas, de color amarillo, sobre las faldas.

-Está prohibida la entrada a las gentes armadas, para evitar escándalos -nos dijo como excusa, echando mano a un puñal que llevaba.

-Y nosotros, ¿no podemos entrar? -preguntó en tono de burla Beatriz. -Le he oído a mi padre quela casa de la mancebía es un negocio lícito, que no mancha la honra del que lo visita. Y que la prostitución en las ciudades es un alivio para el clero. -Él pareció escandalizarse, pero mi amiga no se dio por aludida.

-Hasta creo que tienen su patrona, que es santa María Magdalena -prosiguió. -En este día suelen asistir a misa y allí se les echa un lucido sermón, donde también acuden señoras de copete...

Yo conocía el tema por la abuela que, al contrario de mi madre y sus damas, no evitaba dar su opinión al respecto. Cuando alguien lo mencionaba en la corte, atendía a la conversación sin perderse un detalle. Además, no se mordía la lengua.

-La esclava suele acabar en puta -la oí decir. -A muchas, es su propio amo quien la lleva a la prostitución. Lo corriente es que la sirvienta, cuando acude al burdel, dé una parte de las ganancias a su amo.

-¿Por qué se permiten los burdeles, abuela? -Ella chasqueaba la lengua:

-Dicen que son un mal menor. Hay en ellos la obligación de visitar a las mujeres cada ocho días, para mandar al hospital a las que están enfermas. Se las prohíbe faenar en los días festivos, y lo mismo en cuaresma.

-Mucho sabes -suspiraba mi madre, moviendo la cabeza. Yo la miraba, fascinada, y doña Beatriz hacía respetuosamente la señal de la cruz. Ella proseguía:

-La justicia impide el trato con las mujeres públicas durante la semana santa. En esos días, las prostitutas salen de la ciudad, más allá del río...

Mientras hablaba de estas cosas, su expresión no podía ser más inocente.

-Hija, una es muy vieja -me decía. -Ya sabes, como el diablo...

Tampoco Beatriz ignoraba el asunto, ya que su padre solía ser muy liberal en sus conversaciones.

-Las hay que cobran sesenta cuartos -me explicaba. -Es la tarifa de las venidas a menos, frente a cinco ducados que suelen cobrar las importantes. Éstas viven independientes, y reciben en casa propia.

Mi madre intervenía, con una sombra de turbación en los ojos.

-Por muy devotas que sean esas mujeres, no les permiten llevar a la iglesia almohada ni cojín, así como tampoco usar escapulario. Y por las calles no pueden andar en coche ni en carroza, ni tener escuderos...

-¿Y si quieren casarse? -La abuela tenía contestación para todo:

-El remiendo del virgo es una solución. Esto de los virgos, unos los hacen de vejiga y otros los curan con puntos. Hacen con esto maravillas. En mis tiempos, cuando vino aquí el embajador francés, tres veces vendió por virgen a una criada que tenía. -Yo la miré, asombrada.

-¿Es posible, abuela?

-Como te lo digo. Una conocida de mi madre lo sabía muy bien -ladeó la cabeza. -Ella tenía varios oficios: lavandera, perfumera y maestra en rehacer virgos.

-¿Y cómo aprendió todo eso? -Ella inspiró profundamente.

-Se lo enseñó una parienta que tenía en Ávila -contestó. -Decían que pasaban de mil los que había cosido en esa ciudad...

V. EL REINADO DE ENRIQUE

Fue mi hermanastro Enrique uno de los hombres más robustos que he conocido, con los hombros anchos y la cara muy grande. Tenía las narices romas, no de nacimiento sino a causa de un accidente; sus ojos eran garzos, separados, un poco saltones y de mirar inquieto. Era rojizo de color y de aspecto fiero, con las piernas curvadas y largas, y unas manos enormes con los dedos recios y anchos.

Tenía una gran quijada, las cejas altas, las sienes sumidas y unos dientes traspellados y espesos; además, casi nunca se afeitaba la barba. En contraste, era muy blanca la piel de su cuerpo y su voz dulce como la de una doncella; además, tañía y cantaba muy bien.

-Es antojadizo -opinaba mi madre, tratando de dominar su enfado. -Lo cierto es que se ha criado como hijo único, con todos los caprichos y vicios.

Mi padre lo disculpaba, resignado:

-Es que en el fondo es muy tímido -afirmaba, y ella insistía:

-Come en exceso, y se muestra deshonesto y vicioso. A su vuelta de las cacerías le cuelgan velas de mocos de la nariz, y suda como un forzado...

Fue ella quien nos dijo, algún tiempo después, que lo había tenido mi padre de su primera esposa, la reina doña María.

-Entre las gentes del pueblo corrió la voz de que era hijo adulterino -insinuó, mirando alrededor. -Y, por si fuera poco, llegó a levantarse en armas contra vuestro padre. -La abuela suspiró.

-No ha sido más que un instrumento en manos de los nobles...

Pero mi madre no estaba de acuerdo.

-Nunca el rey le negó ningún deseo -agregó, desafiante. -Le puso casa a los catorce años y allí se entregó a las torpezas de los caballeros y mozos que lo servían, de tal forma que el cuerpo se le fue debilitando. Fueron los vicios los que condujeron a Enrique a la flaqueza y disminución de su persona...

No obstante, los primeros tiempos de su reinado fueron apacibles y tranquilos. Muchos habían acogido su llegada al trono con gran alegría, pues pensaban mejoraría el reinado de mi padre. Incluso, las guerras que durante el verano organizaba en contra de los moros de Granada, más que guerras parecían fiestas, pues allá iban sus nobles como quien acude a una justa o a un juego de cañas.

-Daba espléndidos banquetes, y los bosques más intrincados le servían como escenario de oscuras diversiones -oí decir a Juana Pimentel, viuda de don Álvaro de Luna. Era una mujer

madura, demasiado fría y distante. Vestía de riguroso luto, y recogía sus cabellos grises en una redecilla tejida con cuentas de azabache.

-En cierta ocasión, recibió a la embajada francesa en el bosque de Madrid -siguió, clavando en mí su aguda mirada. -Su parque fue escenario de una justa, y de una gran fiesta donde se vio de todo...

Sabía yo que esta señora vivía en Guadalajara, en el palacio de los Mendoza. Tenía por entonces unos cincuenta años, y era de facciones finas y un tanto hieráticas, con una sonrisa despectiva. Su cabello era liso, y sus ojos pestañeaban casi siempre. Vestía de negro y llevaba un collar de varias vueltas, de perlas grises, ajustado al cuello.

Isabel de Silva, una antigua dama de mi madre, asintió. Yo la recordaba hermosa, pero estaba ahora demasiado delgada y, aunque se arreglaba mucho, no le hubieran venido mal unas grasas de más.

-Recuerdo que adornaron las alamedas del bosque con ricos paños de Arrás, tejidos en oro y seda, y se expusieron al aire libre las vajillas de plata del rey, en aparadores de lujo -suspiró. -Todas estas riquezas maravillaron al embajador. -Mi madre inclinó la cabeza.

-Lo sé. Y que la joven reina Juana, recién llegada de Portugal para casarse con Enrique, asistió con sus damas. Medio desnudas estuvieron lanzando dardos y flechas a manera de juego. -Doña Clara asintió, desdeñosa:

-Lo creo. Algunos de sus amigos acuden al campo de batalla adornados como mujeres, llevando sus monturas revestidas de plata y oro, como si en lugar de acudir a una guerra fueran a unos juegos de corte.

Cierto es que fue un extraño personaje mi hermano: caprichoso, a ratos colérico, lo atraían las bestias salvajes, y había llegado a reunir una importante colección. Desde muy joven mostró un carácter difícil, y le achacaban tendencias lujuriosas. En Castilla se le conocía con el apodo del Impotente, y las damas no dejaban de criticarlo:

-Todos ellos duermen hasta el mediodía -dijo Clara Alvarnáez, en tono de reproche. -Oyen la misa en bata; después toman el desayuno, seguido pronto del almuerzo. Tras la comida juegan a las cartas o al ajedrez, y se divierten con bufones y mujeres. Esto, y el buen vino que beben a menudo, les ocupa toda la tarde. -Se detuvo un momento, y miró alrededor. -Así que pretende gobernar España quien no sabe gobernar su casa...

Doña Isabel de Silva le daba la razón:

-Es cierto, de esta manera pasan los días, los meses y los años. Comen y beben muy alegremente, y no se contentan con su propia mujer. -Mi madre asentía a su vez:

-Y a fin de pasar por buenos cristianos, dan limosnas a frailes y monjas, para que los publiquen como hombres de bien.

La conversación se mantenía discretamente, evitando la presencia de ningún criado. La mujer de Gonzalo Chacón no solía permanecer callada. Esta vez comentó en voz baja:

-Dicen que la primera esposa de Enrique no halló nunca gozo en el matrimonio. Y como murió joven, y en tan extrañas circunstancias, muchos sospecharon que el propio marido la

había hecho envenenar.

Sabía yo que había gastado Enrique en pocos años toda su fortuna, concediendo señoríos y rentas a sus privados y amigos. Y hasta llegó a agraviar a mi madre, donando la villa de Arévalo, que le pertenecía.

Es cierto que no fue bebedor, aunque sus excesos en la mesa lo llevaron a padecer el mal de piedra y de riñón, así como grandes dolores de muelas. No hacía caso de los médicos y sólo aguantaba a los que consentían sus antojos, acudiendo en demasía a los vómitos y las purgas. Las gentes del pueblo estaban contra él, y hablaban de sus obscenidades:

-Dicen que abandona a sus ovejas para folgar detrás de un seto -reían. -Tiene las manos frías, por eso no consiente que nadie las bese, sino la punta de los dedos.

-Yo he oído decir que orina en cuclillas, como las mujeres -afirmó doña Clara Alvarnáez.

Se rodeaba de un séquito de moros granadinos y sostenía una guardia personal de más de tres mil lanzas, formada por los hijos de sus amigos, que provenían en general de oscuros linajes. Y aunque en la vida se mostraba cruel, la guerra lo asustaba, y sentía más afinidad hacia los moros enemigos que hacia sus propios vasallos. Así que en vez de conquistar Granada cedía terrenos a los árabes, y para ello talaba los plantíos y saqueaba las cosechas de los cristianos, expulsándolos de sus aldeas. Se vestía, oraba y comía a la usanza morisca; llevaba una vida de infiel, y a los embajadores extranjeros los recibía sentado en cojines o tumbado en el suelo.

-El soberano de Castilla tiene una guardia mora -comentaban con extrañeza, de vuelta en su tierra.

Hubo quien afirmaba que el propio don Álvaro de Luna, que había sido su ayo, lo hizo afeminado desde su juventud.

-Desde que era niño, tuvo con él relaciones inconfesables y lo rodeó de un cortejo de sodomitas. Por eso siente gran debilidad por los mancebos.

Yo misma pude comprobar que muchos en su corte peinaban largas cabelleras y llevaban camisas de holanda labrada, más propias de mujeres. Pero me preocupaba más que los castillos fueran guaridas de ladrones, y en todas las comarcas abundaran las tiranías y atropellos. Sobre todo en Galicia vivían sojuzgadas villas como Lugo, Orense y Mondoñedo.

-Cuando Alfonso llegue a reinar, deberá perseguir a esos señores, confiscar sus bienes, y hasta mandarlos a la hoguera -sentenciaba mi madre, indignada.

Tengo entendido que en su pubertad ya mostraba impotencia, pues circulaban sobre su defecto cantares y coplas. Y casado a los dieciséis años con la princesa Blanca de Navarra, no fue capaz de cumplir en su primera noche de bodas. Esto se supo no sólo en España, sino en toda Europa, lo que hizo que en las cortes extranjeras se burlaran de él, asegurando que nunca había conocido mujer.

Para todos eran notorias las buenas relaciones con sus caballeros, y llegaba al punto de visitar de madrugada a sus favoritos y distraerlos trovando, acompañado de la cítara. Él se preciaba sobre todo de cantar y tañer el laúd, así como otros varios instrumentos. Tenía por

amigos a gente villana, a hombres montaraces y moros, y si trataba con alguna muchacha era de la más baja condición.

Oí hablar en mi niñez de las reuniones que mantenía en los bosques cerrados de El Pardo, donde se entregaba a tales excesos con hombres que no puedo referirlos, con el achaque de cazar y observar las fieras.

-Tiene en Valsaín de portero a un enano y de criado a un etíope torpe y brutal -decía mi madre, avergonzada

Vestido como la soldadesca se hacía como ellos y, junto con su guardia mora, corrompían a las doncellas y mancebos. Ocurrió con un joven llamado Miguel Lucas que, injuriado por el amor que Enrique le mostraba, consiguió huir al reino de Valencia. Él lo mandó buscar con las más exquisitas maneras, pero no pudo convencerlo. El muchacho se casó en cuanto pudo y se marchó a vivir a Jaén, de donde era su esposa; así logró escapar de mi hermano, que a toda costa quería fornicar con él.

En otra ocasión, un enemigo suyo llamado Pedro Arias mandó que lo apresaran, cuando pernoctaba en una aldea. Huyó Enrique en camisa, descalzado y con las piernas desnudas, mientras arrestaban en su cama a un soldado, al que confundieron con él.

Mi madre se escandalizaba con estos relatos y decía, moviendo la cabeza:

-También quiso pervertir a tu hermano menor; pero nunca lo consiguió, a causa de su gran hombría. Es demasiado varonil para eso -añadía, orgullosa.

En fin, que Enrique era un desastre como hombre y como rey, pues no se ocupaba en absoluto del gobierno. Yo sufría por ello, ya que en España todo iba de mal en peor.

-Su matrimonio con doña Blanca de Navarra se celebró por puras razones de estado -oí decir María López, con su ligero acento portugués. -Y aunque se haya casado dos veces, con ninguna de las dos esposas ha tenido cópula carnal.

La abuela se echó a reír de buena gana.

-...Como en el casamiento del tío Porra, que duró treinta años y no llegó la hora... -María prosiguió, como si no la hubiera oído:

-A los trece años de su primera boda, el obispo de Segovia declaró el matrimonio no consumado. En el proceso, la esposa afirmó que era virgen, acusándolo de impotente. -Mi madre asintió con viveza:

-Dos matronas que reconocieron a Blanca, confirmaron que nunca había tenido relaciones carnales. Él la había dejado tal como nació, pues no es varón en el pleno sentido...

Pero Enrique no quiso que nadie dudara de su virilidad, y para ello acreditó con pruebas que había yacido con ciertas mujeres de la ciudad de Segovia; se trataba de prostitutas, con lo que el escándalo fue mayor. Según él, no habían tenido sucesión porque doña Blanca sufría un maleficio.

-Es un desvergonzado -decía la gente. -Prefiere achacar su desdicha la intervención de las brujas, que reconocer sus propios pecados.

Otros aseguraban que mantenía relaciones con mujeres de muy baja estofa, y que si no

tenía descendencia era por culpa de su esposa. Por tanto, su fracaso como marido había que achacarlo a algún encantamiento, del que sería culpable doña Blanca.

Por fin logró repudiarla, y obtuvo la anulación del papa. Y es que sus propios médicos le diagnosticaron impotencia por hechizo, que sólo afecta al varón con personas concretas. Es más, afirmaron que era potente como el que más, pues tenía una verga firme y viril, dando su débito y simiente como cualquiera.

No tardó en proyectar una segunda boda, tomando como esposa a su prima doña Juana, que tenía dieciséis años y era hija del rey de Portugal.

-Al parecer es esta princesa morena, muy gallarda y hermosa, una verdadera delicia de la corte portuguesa -decían, pero algunos torcían el gesto:

-No sólo no aporta dote al matrimonio, sino que su padre exige de antemano el pago de cien mil florines de oro, además de algunas villas, señoríos y castillos.

Pero al final se arregló la boda, y la novia se puso en camino. Desde que pasaron la frontera de Portugal, las damas que la acompañaban excitaron el deseo de los españoles por lo atrevido de sus trajes; se mostraban demasiado alegres, tan sólo se ocupaban en divertirse y luego dormir, y andaban cubiertas de aceites y perfumes, descubriendo las piernas más allá de los muslos y el escote más allá del ombligo. Caballeros, mendigos y vendedores ambulantes se escandalizaban al verlas, y las gentes llanas no dejaban de murmurar:

-Desde los dedos de los pies hasta los muslos, pasando por talones y canillas se pintan de blanco, para que al caer de sus caballos, como muchas veces ocurre, todo el cuerpo muestre la misma blancura...

A lomo de sus pequeñas mulas enjaezadas de oro, lucían las tetas pintadas de blanco, llevando extravagantes sombreros y espadas al cinto, y hasta cuchillos colgados del cuello, de forma que pusieron en las ciudades que visitaban un ambiente peor que el de un burdel.

-Me ha prometido el rey que habrá toros, justas y torneos en nuestro honor -anunciaba la novia con orgullo.

Enrique parecía enamorado de veras, pues no dejó de prodigar atenciones a su futura esposa. Celebradas las bodas en Córdoba, los reyes comieron en palacio y ofrecieron a los numerosos invitados cientos de manjares exquisitos, carnes y pescados. Los súbditos se desesperaban y abrían las manos, como para mostrar que estaban vacías.

-Y para nosotros, ¿qué queda?

-Ha sido tal el derroche -se decía -que el obispo de Sevilla, después de los postres, llevó a la mesa dos bandejas de plata repletas de anillos de oro, adornados con piedras preciosas, para que la reina y sus damas pudieran escoger.

Pero los ardores amorosos de Enrique remitieron pronto. Durmieron los desposados en la misma cama y, aún así, ella quedó tan entera como venía, lo que enojó a todo el mundo.

-Sé de buena tinta que la noche de bodas él se puso un bonete y no quiso quitarse el capuz -comentó Mencía de Lemos. Era una dama portuguesa que vino con mi abuela, tan hermosa que pronto se convertiría en la amante del Gran cardenal, don Pedro González de

Mendoza, y sería la madre de Rodrigo y Diego, sus hijos mayores. Doña Clara afirmó:

-Es que, al parecer, tiene un miembro pequeño y débil por el arranque, y grande por la punta, de forma que no lo puede enderezar -sonrió con malicia. -Y eso que han fabricado los médicos un canuto de oro que la reina se introduce en la matriz, por ver si así puede recibir el semen... -Doña Mencía la miró.

-Pero no resulta de ninguna manera. -Ella estuvo de acuerdo:

-Claro que no resulta. Pues me han dicho que, aunque lo masturban y sale esperma, es tan aguada y estéril que no sirve para nada...

Hay que imaginarse el horror de mi pobre cuñada, atada a un hombre tosco y sucio que disfrutaba con el hedor de los cascos cortados de los caballos, que se cubría con polainas rotas y calzaba borceguíes moriscos. Ella, tan linda y perfumada, y a él lo desagradaban los perfumes. En cambio le gustaba aspirar el olor a cuero quemado, así como los objetos nauseabundos y fétidos.

-Su matrimonio es un desastre, pues él falla una y otra vez, recordando su primera noche. De esta forma, por mucho que lo intente no podrá consumarlo -protestaba Mencía de Lemos.

Pronto se comentó en la corte que había vuelto a sus aberraciones y frecuentaba gentes de la peor calaña, entre las que no faltaban moros y algunos judíos.

-Dicen que tiene relaciones con una tal doña Guiomar, dama portuguesa de la reina a quien llaman la Lusitaneja. Que llegaron las dos señoras a las manos, tirándose del pelo ante todos...

-Es cierto. Luego, el rey ha enviado a su manceba al palacio del Pardo, donde dicen que va para holgar con ella, sin poder conseguirlo por su conocido defecto...

***

Poco después convertía en su amante, también sin disimulo, a doña Catalina de Sandoval. A ella la tuvo muchos años, tantos que tuve yo ocasión de conocerla. Era una mujer muy delgada, con el pelo de un rubio dorado, más claro en verano, casi blanco en la frente. Tenía los ojos de un verde claro, la nariz recta, la boca grande con un lunar en el pómulo. Ahora pienso que no era tan guapa como yo creía entonces, y veo que tampoco tenía tan buen cuerpo como a mí me parecía. Tenía el cuello largo, y una curiosa manera de hablar, siseando. Ahora me doy cuenta de que su cabeza era quizá demasiado pequeña en relación con su cuerpo. Sonreía mucho, me parece estar viendo su cara cuando lo hacía. Quizá, eso también lo pienso ahora, sus modales eran un tanto afectados.

Cuando acabó su relación tuvo la desvergüenza de nombrarla abadesa en el convento de san Pedro de las Dueñas y, por si fuera poco, la encargó que reformara la Orden. Tuvo a otras en su casa y durmiendo en su cama, tanto casadas como solteras, de diversas edades y estados. Pero todas las que compartían el lecho con él juraban no haber tenido nunca cópula carnal.

-También lo saben los médicos y ayas que lo han criado desde niño -se comentaba. -Pues, aunque no sea impotente por naturaleza, ha dado ocasión por sus vicios a que lo tengan

como tal.

A los seis años de esta segunda boda, Enrique seguía sin tener descendencia.

-Dicen que la anima a buscar fuera del matrimonio al padre de su hijo, enviándola al lecho de sus propios amigos -afirmaban.

-Y ella, que de por sí es alegre y le gustan las aventuras amorosas...

Me consta que un día le envió a su alcoba al propio don Beltrán de la Cueva, sin tener en cuenta que estaba casado con una sobrina del cardenal Mendoza. Fue don Beltrán uno de los caballeros más apuestos que he conocido nunca; su esposa, doña Mencía de Mendoza, era la hija menor del segundo marqués de Santillana, que sería luego gobernador de Granada. Tenía yo nueve años cuando se casaron. Mi abuela la ponderaba mucho pues, según decía, se trataba de una dama muy culta. Con todo, no era demasiado agraciada.

Tenía yo nueve años cuando asistí a su boda, que se celebró en Guadalajara. Hubo grandes fiestas y acudió la hermana de la novia, María de Mendoza; ambas eran muy doctas, quizá por ser nietas del autor de las Serranillas, y sobrinas del cardenal. En aquella ocasión, Enrique firmó un documento que convertía en ciudad la villa de Guadalajara.

-Parece que la reina se resistió en un principio, pero terminó sucumbiendo a los encantos de don Beltrán -comentaba la abuela. -No es extraño que le fuera infiel, pues el marido le doblaba la edad, y él mismo la empujaba al adulterio.

-Pero luego no necesitó ningún estímulo, sino freno -asentía mi madre.

Cierto es que el favorito la cortejaba sin ningún disimulo, y los rumores crecieron con ocasión de la visita del duque de Bretaña. Para agasajar a tan ilustre visitante, durante cuatro días hubo muchos bailes y banquetes, así como torneos y monterías. El último día el de la Cueva preparó un paso de armas, defendiendo el honor de su dama; no reveló su nombre, pero dio a entender con claridad que se trataba de la reina.

-Fue por entonces cuando ella se quedó embarazada -suspiró mi nodriza.

Al parecer, algunos prelados le habían recomendado encubrir la preñez para evitar la infamia; pero, como la reina presentaba claras señales de embarazo, optaron por dar a conocer la noticia. Pocos dudaban de la verdadera identidad del padre, pues sabían que el rey consentía, y todos señalaban como progenitor a don Beltrán. Pero mi hermano sacó a la reina del aprieto, pues la hizo trasladar de Segovia a Madrid, donde él se encontraba. Ordenó que la llevaran en andas, por que viniese reposada y sin peligro de la preñez.

-No le importa a Enrique que le pongan los cuernos, con tal de lograr la sucesión del trono -se comentaba en la ciudad.

-Dicen que ha salido el rey a recibirla a las afueras de la villa, acompañado por todos los grandes de la corte -susurraban las damas, maliciosas. -Y ha mandado que la montaran a las ancas de su caballo, para hacerla entrar con más honra. Luego, la ha aposentado en el alcázar.

Voló el tiempo y llegó el parto, tan deseado por mi hermano. Ella dio a luz con mucho sufrimiento a una niña a quien llamaron Juana, igual que su madre. La joven reina acomodó a su hija en el viejo alcázar madrileño, convertida ante los ojos del mundo en heredera del trono

de Castilla.

VI. EN LA CORTE DE ENRIQUE

Casi al mismo tiempo, el rey mandó que nos recogieran en Arévalo a sus dos hermanos menores, para llevarnos a la corte, y que allí fuera yo la madrina de la criatura. Lo hicieron por la fuerza, provocando el dolor y el asombro en el pueblo. Tenía yo unos doce años; él contaba veintiséis más que yo, con lo que podía ser mi padre.

-¿Por qué nos reclama? -me preguntó Alfonso, y no supe qué contestar. Sobre todo me inquietaba que nos separaran otra vez de mi madre.

Nos dirigimos a Madrid. Sabía yo que la ciudad fue fundada por el rey moro Abderramán, quien la rodeó con una sólida muralla. Poco a poco había ido creciendo, cegándose lagunas y nivelándose barrancos.

Madrid había sido en sus comienzos una población agrícola, hasta el punto de que el campo circundante la penetraba dentro de sus muros, formando un caserío disperso con huertos, olivares y corralizas, donde pastaba la ganadería.

Tiene ahora alarifes, armeros, canteros, carpinteros y toda clase de oficiales, como no los hay en ningún otro sitio. El pescado de mar se trae de los puertos de Galicia y Asturias. Los afamados médicos judíos y los constructores musulmanes viven en el centro de la ciudad, y sus cirujanos son conocidos en toda Europa.

Llegamos por el sur; nos dispusimos a cruzar el puente de Toledo que era de ladrillo y madera, y se hallaba en muy mal estado. Por suerte, pasamos sin ningún contratiempo.

Íbamos a atravesar el recinto amurallado por la puerta de Valnadú, que es la principal de la villa, y recibe a las comitivas regias cuando llegan a la ciudad. Los muchachos la llaman la puerta del Diablo y está flanqueada por la torre de los Huesos. Pudimos ver al fondo la antigua fortaleza musulmana, reconstruida tras los muchos ataques que ha sufrido a lo largo del tiempo.

Subiendo por la empinada cuesta de la calle Toledo llegamos a las Vistillas, un arrabal de campo con pequeñas casas, corrales y huertas, apiñadas en torno al convento de san Francisco.

-Al parecer, lo fundó el propio santo de Asís -nos dijeron. -El convento no vale mucho, pero en una de sus casas nació san Isidro.

Supe que en otra había vivido el judío Mosén Romano, contador mayor de Castilla, amigo y prestamista de mi abuelo. Allí estuvieron, en tiempo de los árabes, los despachos de vino.

Veíamos a los judíos con una rodela encarnada sobre el hombro; eso no ocurría con los niños, que no debían llevar señales.

-Los judíos, cristianos y moros de Madrid son vecinos y compadres desde muy antiguo -

nos informaron.

También vimos algunos gitanos. Siguiendo por la calle Toledo llegamos a la plaza de la Cebada, que es un enorme descampado dedicado al comercio de granos, tocino y legumbres. Vimos en el camino algunos trozos de la muralla árabe, y muchas aguas sucias y basuras que echaban en la laguna o muladar.

-No me gusta este sitio -musitó Alfonso, y yo traté de darle ánimos.

-Mira cuánta gente hay por aquí. Vienen a vender pan cocido y hortalizas, pescados remojados y salados, sardinas arencadas...

Tomando la calle mayor, nos topamos con la puerta de Guadalajara, la principal de la muralla y una de las más suntuosas que hay en Castilla. Bajo sus bóvedas hay un pequeño zoco de al menos seis tiendas.

-Como podéis ver, se han instalado aquí un librero, un platero y algunos pescaderos -nos señaló un escolta. -Desde esta puerta, hacia el norte veréis el arrabal de san Ginés.

El osario o cementerio musulmán está situado extramuros, cerca de una puerta de la vieja muralla que llaman de los Moros. Fuera de la aljama hay también musulmanes; se les concede una cierta tolerancia, pues apenas causan problemas

Una vez en el alcázar, entramos en un patio enorme y helado. En las garitas vigilaban algunos soldados, que sostenían sus afiladas lanzas y picas. Los perros nos saludaron con ladridos y Alfonso se apretó contra mí, tembloroso.

-No te preocupes, no nos pasará nada -le dije, no muy convencida.

Yo también estaba asustada, y no sentía los pies a causa del frío. La mandíbula me dolía, al querer dominar el castañeteo de los dientes. La torre del alcázar estaba construida con piedras irregulares de granito, y se hubiera hundido de no ser por unas vigas que la reforzaban. El viento silbaba entre las hendeduras practicadas en la muralla.

-Serán barbacanas para asetear al enemigo -pensé.

Vi que eran las llaves grandes y pesadas; la cerradura chirrió y se abrió una puerta estrecha y alta, dando paso a unas escaleras empinadas y oscuras. Había que subir con cuidado para no tropezar, y caer rodando los escalones de piedra. Nos guiaron hasta una sala medio a oscuras, a través de un negro corredor. Había allí una chimenea encendida y nos acurrucamos junto a ella, pues era el único sitio que hallamos caliente.

-El rey os aguarda en la sala del trono -nos dijeron.

-¿Estás mejor? -le pregunté a Alfonso, y él asintió con la cabeza.

***

Por fin saqué fuerzas para visitarlo y llegué a sus estancias con un cierto temor. Llamé con los nudillos al portón, abrieron y nos hicieron pasar.

Enrique se levantó cuando nos vio, y atravesó la sala en dos zancadas. Intercambiamos un breve abrazo, mientras todos lo presentes inclinaban la cabeza. Nos tomó a ambos de la mano.

-Os he mandado venir para seguridad de vuestras personas, y educaros con más decoro

-se justificó. Yo lo miré de frente.

-Espero que no nos separéis. -Se echó a reír a carcajadas y, por un instante, pensé que se había vuelto loco.

-No pienso hacerlo -replicó.

Giró sobre sí mismo y rodeó el hombro de Alfonso con su fuerte brazo. Él permaneció inmóvil, y me pareció que aguantaba las ganas de llorar.

Les pedí a todos los santos que no lo hiciera. Enrique lo observó un momento, y dijo con una risotada:

-Bien, seremos una familia modelo.

Nos dio la espalda, se acercó a la ventana y miró al patio, donde el humo de un fuego encendido producía una suave neblina.

-Y ahora, con mi pequeña hija, la familia será numerosa -añadió.

Muy pocos admitían que aquella niña fuera engendrada por el rey y todos la achacaban a don Beltrán de la Cueva. Después del nacimiento no quiso mi hermano escuchar consejo alguno y publicó que el fruto de la reina era suyo, aunque la gente llana, y aún la más noble, dieron en llamarla Beltraneja. Nuevamente hubo fiestas populares, y para celebrar el natalicio Enrique le otorgó a don Beltrán el señorío de Ledesma, con el título de conde.

-El rey no es más que un títere en sus manos -oí decir a un caballero.

Enseguida me percaté de que en la corte se derramaba el oro a manos llenas. Había allí ballesteros, monteros, maceros, innumerables cocineros y mozos de servicio, y eran continuas las celebraciones y festejos.

Las fiestas de Madrid se celebran desde hace varios siglos, y comienzan el veinte de enero con la de san Sebastián. La más antigua es la del veintitrés de junio, que honra a san Juan.

Los toros son el festejo más común; normalmente no se matan, y es castigado quien lo hace. El corral donde se encierran los toros está situado en la cuesta de la Vega, desde donde suben al campo del Rey y son conducidos a la plaza del Arrabal, para su lidia.

Finaliza el año con la fiesta de la Concepción, el ocho de diciembre. Se celebra en la iglesia de santa María de la Almudena, y no entran en ella los menores de veinte años, ni las mujeres que están preñadas.

La del Corpus es la más lucida de la villa. Saca cada oficio sus juegos y aparecen las tarascas, mojigones y gigantillos. También los musulmanes y judíos participan en los festejos: los moros con sus juegos y bailes, y los judíos con sus danzas. Hay quienes enseñan a bailar a los muchachos para que muestren sus habilidades.

Bautizamos a la niña en Madrid, en la capilla del alcázar, donde la comitiva hizo su entrada solemne. Llevaba yo el cabello suelto, sujeto con una tira de orfebrería; y llevaba a la pequeña en brazos, sabiendo que no era hija de Enrique.

-Estáis muy linda, Isabel -me dijo mi cuñada. Sus palabras eran dulces, pero me dejaban un regusto amargo.

La pequeña tenía colores desvaídos y los ojos de un azul muy claro. Su cara era blanquecina, y el pelo de un rubio muy pálido también. Fue bautizada por el arzobispo de Toledo don Alfonso Carrillo de Acuña, lujoso sacerdote y soldado, que ofició en la ceremonia. Éramos sus padrinos el embajador de Francia y yo misma, como media hermana del rey. Luego, Alfonso y yo fuimos los primeros en besar su mano. Nos miramos en silencio, y él me pareció avergonzado.

Hubo felicitaciones y albricias para la familia real; vinieron los vecinos del alfoz y de los lugares comarcanos, produciéndose aglomeraciones y apreturas. Durante los festejos era tarea casi imposible encontrar alojamiento; la villa estaba muy poblada, especialmente de muros adentro.

Enrique convocó cortes para que juraran a su hija heredera de la corona; lo hicieron así, aunque el propio marqués de Villena, que era amigo y privado del rey, tuviera sus dudas al respecto.

-Para esta labor, no hacía falta tanta ceremonia -comentó.

Como era yo muy joven, no pensaban que entendiera las cosas que junto a mí ocurrían, por lo que dormía junto a la alcoba de mi cuñada. Me separaron de Alfonso, que vivía en otro ala del castillo, y apenas nos veíamos.

Me encontraba muy sola y echaba de menos a mi hermano. Mi cámara tenía una ventana pequeña al jardín, por donde trepaba la hiedra, y la madera se cerraba con una aldabilla de hierro. El sol era mi amigo: me gustaba que me calentara cuando entraba por el ventanillo, y se me saltaban las lágrimas cuando se iba.

A veces me hacía la dormida, conteniendo la respiración, y veía a don Beltrán entrar en la alcoba de la reina. Más tarde salía con expresión satisfecha, mientras se abrochaba los calzones.

Sabía yo que mantenían relaciones adúlteras; por ello, en una ocasión decidí escribirle una nota a mi hermano. Pensé consultarlo con Alfonso durante el almuerzo, y me sentí aliviada cuando dijo que estaba de acuerdo.

-Es lo mejor que puedes hacer -asintió, y se limpió los dedos en el borde del mantel.

Así que busqué mi pequeño tintero de plata, que contenía una tinta de color violeta; tomé la pluma, la mojé y empecé a escribir:

-Señor, os pido que miréis más por mi honra. Pues si ésta se mancilla también se manchará la vuestra, ya que somos hijos del mismo padre...

Me dijeron que él, al recibirla, no había podido controlar su furia.

-¡Niña insolente! -bramó, y tuvo que intervenir el obispo para que no me castigara. El clérigo se dirigió a mi hermano con respeto.

-Debéis contestarle, por vuestro bien -apuntó. -Enrique lo miró furibundo, y se encaró con él.

-¡Cómo, por mi bien! ¿Tendré que rebajarme con esa mocosa?

-Pensad que muchos en Castilla la apoyan. -Enrique lo entendió, y controló su ira a duras

penas.

-Lo haré -cedió, malhumorado.

***

Me gustaba encerrarme en mi alcoba, sacarles los hilos a las telas con mucha paciencia, como siempre había hecho, hasta que quedaban algunas franjas deshiladas. Luego, con una aguja y un hilo de color, bordaba filtirés como tela de araña.

Estaba yo cosiendo cuando me envió Enrique una carta, con uno de sus pajes; en ella me invitaba a reunirme con él en su gabinete.

Traté de arreglarme el cabello, que tenía revuelto; atravesé corriendo el patio, y llegué sin aliento a su puerta. Cuando la abrí, un tenso silencio me recibió.

-Bienvenida seáis, Isabel -dijo mi hermano secamente.

Indicó que me sentara, pero me quedé en pie, apoyada contra la chimenea. Por fin, se decidió a romper la incómoda espera.

-Siempre os he guardado como conviene a una princesa -me dijo, y yo sostuve su mirada.

-No es cierto -repliqué. -Sé que vuestra hija es ilegítima, pues no usa la reina limpiamente de su persona...

Se puso rojo como la grana. Dio un golpe en la mesa, y exclamó con amargura:

-¡Maldita seáis!...

Salí en cuanto pude. Algún tiempo después, yo misma le oí decir a don Beltrán con mucho desprecio que había dejado de interesarse por la reina; y aseguró que nunca le había gustado, porque tenía las piernas demasiado delgadas.

Aún así, el caballero parecía el rey, y mi hermano el vasallo. Si don Beltrán llamaba a la puerta de la cámara real y los criados no le abrían de inmediato, él los molía a puñetazos. Y cuando salían de caza vestía él con más lujo que Enrique, pues llevaba los trajes, y hasta los zapatos, recamados de piedras preciosas.

***

De esta forma pasamos de nuestra tranquila niñez en Arévalo a una vida cortesana llena de peligros. Nos arrancaron a la fuerza de la compañía de mi madre, sin tener en cuenta que nos necesitaba, y también nosotros a ella. Quedó abandonada en el castillo, privada de sus hijos, lo que la sumió en un amargo pozo de angustia y locura; al mismo tiempo se sucedían las intrigas, y las murmuraciones recorrían el país:

-A los dos infantes los mantienen cautivos -se comentaba por toda Castilla. -Y eso no es lo peor, pues tememos que los consejeros del rey ordenen darles muerte.

Muy desdichados fuimos en la corte madrileña, sobre todo al ver la indiferencia que mostraba mi hermano hacia sus deberes de estado, entregado por entero a la voluntad de don Beltrán. Aquí pude observar el enorme poder que los nobles habían venido atesorando, como consecuencia de las debilidades de carácter de reyes anteriores, incluídos mi padre y mi hermanastro. Para colmo, seguía él venerando a su favorito; lo hizo duque para honrarlo y agradecerle sus servicios, dando nueva ocasión de murmurar:

-Está empecinado con él -decía la gente. -Ha llegado a nombrarlo maestre de Santiago, el mayor título del reino, que por derecho correspondía a Alfonso.

-También afrenta a la princesa, pues quiere cederle al privado la villa de Cuéllar, que su padre le otorgó en testamento.

Tengo que confesar que Enrique nunca nos trató con rigor. Estábamos muy bien custodiados, de forma que todavía nos unimos más, a falta de otros compañeros. Y ambos odiábamos la corte, lo que nos hizo muy fuertes de espíritu.

Al principio pasábamos el tiempo en un ala del alcázar que no había sido restaurada desde que se construyó. También aquí, como en Arévalo, había que subir las escaleras empinadas, oscuras y profundas, donde había que inclinarse para pasar. Su luz tenue permitía tan sólo distinguir los muros para no tropezar con ellos, pero no leer los rótulos escritos allí desde siempre, que mostraban fechas tan antiguas como toda la antigüedad del castillo.

Había en los sótanos cucarachas de todas clases, pero sobre todo de las rubias y alargadas que subían majestuosamente por las paredes. No había visto tantas juntas, ni creo que las vea. Los tabiques se oscurecían con ellas, y eran ligeras y agitaban sus largas antenas. Las había gruesas y enormes, y estaban las crías que corrían veloces y eran casi invisibles.

Subíamos los escalones de dos en dos, agarrados al estrecho pasamanos. Arriba llegábamos a un rellano con sol, con una ventana desde donde veíamos los tejados oscuros. Las baldosas eran de un color indefinido, y no estaban muy limpias. Las ventanas daban sobre tejados de habitaciones ignoradas, y el sol hacía nacer en las tejas pequeñas matas verdes con flores amarillas.

Había un altillo junto al corredor del piso de arriba, y su puerta estaba siempre cerrada. Al otro lado se hallaban los dormitorios de los siervos, de techo abuhardillado, demasiado pequeños y con olores a orines y a sudor.

El desván era un cuarto misterioso, y para abrirlo había que rebuscar la llave que estaba escondida en un arcón. Cuando la habíamos hallado subíamos la escalera de puntillas; arriba encontrábamos marcos dorados donde se había saltado la escayola, y frascos polvorientos amontonados de cualquier manera.

La habitación estaba abierta a los cuatro vientos, pero siempre oscurecida: de día, con los cuarterones cerrados, daba paso en sus rendijas a los finos hilos de luz. En la anochecida dejaba colarse los últimos resplandores y por la noche, bajo el brillo de las estrellas, se bañaba en luna entre el maullar de las gatas en celo.

***

La separación de nuestra madre fue un hecho doloroso que siempre he recordado con amargura. Después de estar algún tiempo en Madrid nos trasladaron a Segovia, y durante cinco años permanecimos junto a la reina, pasando temporadas en Aranda con ella.

Me sedujeron desde un principio aquellas montañas con sus ondulaciones suaves, tonos cálidos primero y luego, en lontananza, más fríos cada vez. Percibía sus tonos azulados, o rosados como el arrebol, y arriba contemplaba el cielo, de un azul más terso que el del

aguamarina.

Casi todas las casas eran antiguas, con portales y escaleras de piedra, con techumbres oscuras y un arco en el portón. Algunas tenían patios con columnas y grandes losas en el suelo, y un pozo en el centro, con el brocal de piedra labrada. Las habitaciones eran grandes y frías, y contenían muebles y utensilios de maderas nobles.

Enrique nos confió por entero a su esposa, y vivíamos en el palacio que ella ocupaba con su hija, la princesa niña. Alfonso no disimulaba su disgusto, pues empezaba yo a respirar el aire malsano de la corte, y a recibir el mal ejemplo de mi cuñada.

-Me parece una desvergüenza que muestren las señoras las piernas, y hasta los muslos -me dijo, muy acalorado. -Visten trajes tan calados y finos que se les traslucen los pechos, y sus escotes son tan pronunciados que les llegan a la cintura...

Yo traté de contener la risa:

-También a mí me parece esa ropa inútil y de poco provecho, pues ni cubre ni abriga...

-Las caderas postizas las hacen más anchas que altas, de forma que en lugar de mujeres parecen botijos -me interrumpió, y yo bromeé:

-Pero de esa forma, la que es flaca aparenta un gran cuerpo, aunque esté hecho de trapos y lanas. Según le he oído a una criada, se parecen al disimulo de Antequera, con la cara tapada y el culo fuera...

En cuanto a mí, tan sólo me quitaba el sueño lo poco que mi hermano Enrique se ocupaba de los asuntos de su reino. Sabía que era hermosa, y no me disgustaban el lujo ni el boato. Muchos jóvenes ponderaban mi talle, mis ojos garzos entre verdes y azules, las pestañas tan largas y mi rostro agraciado.

No obstante, a veces me sacaban los colores las malas costumbres que observaba, y más cuando la reina me adulaba para que la acompañara en sus orgías. Era su corte femenina tan desvergonzada que Alfonso tuvo que salir en mi defensa, y me echó en cara que yo misma usara vestidos demasiado escotados.

-No te conozco, hermana. ¿Eres la misma que se crió conmigo en Arévalo?

Le llegó a prohibir a la reina que me inclinara a tales cosas y hasta amenazó de muerte a una dama de su séquito:

-Pensadlo bien. O cambiáis de proceder con Isabel, o voy a quitaros la vida.

A menudo asistíamos a representaciones teatrales; para ello, Juana me obsequiaba con vestidos hechos con paños de Valencia de distintos colores. Había encargado para mí un bello damasco blanco que le costó a setecientos maravedís la vara, terciopelo negro por novecientos maravedís y un sombrero en forma de bonete, con toca morisca cruzada sobre la copa.

-¡Pero esto vale una fortuna!... -exclamé, sin disimular mi alegría. Ella me interrumpió:

-Isabel... Sois la hermana del rey, y debéis lucir hermosos vestidos. Para las próximas fiestas os he encargado uno en brocado de oro, con bellos motivos en relieve formando alcachofas, árboles y flores. Estaréis muy bonita con él -dijo, zalamera.

Solía lucir mi cuñada un tocado de cuernos bien moderno que, según las criadas, debería

haber llevado su esposo. Para cabalgar, usaba un sombrero muy alto con plumas, y la acompañaban una docena de doncellas con tocados moriscos.

Tanto ellos como ellas vestían al estilo árabe, con turbantes hechos con sedas de colores, como los que lucían los musulmanes en sus trajes de lujo. Las damas usaban cinturones llenos de pedrería, y fajas alrededor de la cintura como las moras granadinas A los juegos de cañas, que inventaron los árabes, llevaban los hombres caireles, que eran cordones trenzados muy ricos, y vestían ropas moriscas con jubón y caperuza de seda.

Las sirvientas tenían bastantes motivos para murmurar. Entre la alta nobleza, el trabajo servil era una deshonra; en cambio, los pobres no tenían más remedio que servir en casa de los ricos. Estas mujeres pedían tan sólo un techo bajo el que vivir y una comida diaria, aunque fuera de las sobras que despreciaban los amos. Pero se desquitaban con sus lenguas agudas, y yo me divertía con sus charlas:

-En la corte, algunas salen de romeras y vuelven rameras -reían. -La mayoría de las damas hablan mucho y tejen poco, y se pasan la vida ante el espejo. Las casadas con simples soldados quieren imitar a las ricas, y así arruinan al marido. -Otra asentía:

-A las bodas y a las romerías acuden como locas. Para mantener tanto lujo son necesarios muchos dineros, de lo que resulta que todos los hombres tienen cuernos. Hasta los obispos se afeminan con perifollos y peinados, y no se privan de acudir a fiestas y banquetes...

En cierta ocasión, un capitán que comía a mi lado, afirmó:

-Dicen que ha pagado la reina un capital por un papagayo del tamaño de un grajo, que tiene el cuerpo de todos los colores, y habla lo que le enseñan. -Otro, que estaba enfrente, alzó la mirada:

-Le gustan esas extravagancias -dijo. -Le han traído hace poco una gacela oscura con cabeza de armiño; tiene patas de perro, y el cuerpo de un color negruzco, salpicado de manchas blanquecinas y grises. -El oficial asintió:

-Eso es verdad, porque lo he visto. La trajeron en una jaula de madera, atada con una cadena de hierro -carraspeó. - El guardián tiró de sus patas traseras y le alzó la cola, mostrándonos su miembro -El otro lo miró, asombrado.

-Pero, ¿tenía miembro?

-Sí, porque era macho -explicó él. El de enfrente se limpió la boca con el dorso de la mano.

-He oído que la reina cría perros muy feroces -dijo, sin dejar de comer. -Y que en las batallas sale al campo a ver al enemigo por pura diversión, llevando un yelmo a la cabeza. La acompañan nueve de sus damas, y todas lanzan saetas con sus ballestas adornadas con piedras preciosas...

VII. MI CUÑADA

Sabíamos que la corte de Enrique era famosa en toda Europa, pues los embajadores extranjeros la ponderaban, exagerando a su manera:

-Tendríais que ver la gran cantidad de muebles que hay en el palacio -comentaban. -Los adornan con taracea, hecha con pequeñas incrustaciones de marfil. Así decoran las arquetas, mesas y sillas de la reina. Además, sus alcobas tienen camas adornadas con nácar, bronces y conchas de tortuga -decían con asombro.

-Los artesonados son mudéjares, llenos de pinturas y tallas, con dibujos y estrellas de lo más complicadas -oí decir al agregado inglés. -He observado que usan las damas de la reina asientos en forma de conchas, y los de Enrique son aún más ricos, con obra de filigrana hecha por los mejores orfebres y plateros.

Adornaban también el alcázar paños de Flandes y alfombras muy valiosas, candelabros de plata y tapices de seda de distintos colores. Entre todas esas maravillas, mi objeto preferido era un cofre traído de Egipto, hecho de cedro, ébano y marfil.

Mi cuñada tenía pasión por los objetos realizados en madera dorada; me sentaba yo a sus pies en un historiado taburete, y le agradaba que lo hiciera.

-Debéis contarme vuestros progresos en la corte -decía, y yo trataba de complacerla:

-Alfonso y yo nos distraemos mucho montando a caballo, y también nos gusta la caza.

Ella sonreía, y me acariciaba el cabello:

-Pero me han dicho que aborrecéis los juegos de azar. Y hay que saber hacer de todo. Vuestro hermano el rey tiene interés en que deis lecciones de música y de baile. -Yo protesté:

-También quiere que asista a las corridas de toros, aunque yo las detesto.

-Lo sé. Preferís leer poesías, y hacer labores de bordado.

A menudo se celebraban, lo mismo en Madrid que en Segovia, fiestas de toros bravos; allí los hombres a caballo les clavaban rejones para enfurecerlos, soltando luego a los perros que los atacaban con fiereza. Alfonso también se horrorizaba, y apartaba la vista del brutal espectáculo.

-Hermana, quiero irme. No me gustan los toros, me parece una fiesta cruel.

En cambio, nos alegraba asistir a los juegos de cañas, que nos recordaban a Medina. Vestidos de moros y cristianos formaban los nobles cuadrillas de a ocho, llevando en el brazo izquierdo una adarga con su divisa y mote. Tomaban varas en la mano derecha, las lanzaban al aire y se protegían con las adargas, para que el adversario no los hiriese.

Usaban ellos calzados musulmanes de pieles muy finas, bien ajustados a los pies, y las

señoras chapines con suelas de corcho muy gruesas. Acompañaban al rey en sus monterías, y los criados llevaban maletas de grana con los vestidos de las damas. Para la caza se utilizaban trompas hechas con cuerno de buey o bisonte, además de grandes timbales.

Años después, siendo yo reina, tuve que firmar un edicto prohibiendo a las gentes el excesivo lujo; pues no había labrador ni soldado que no vistiera paño fino, y aún seda, a ser posible con forros de martas.

Prohibí dorar metales en puñales y espadas; hube de dictar reglas sobre las máscaras y juegos de cañas, porque eran demasiados los gastos. Y aconsejé volver a usar el tejido de sayal, con el que se hacen los capotes de los campesinos y pastores.

***

-Dicen que durante el carnaval van a colocar miradores, y varios tablados con sillas, para que los nobles y la familia real asistamos a las fiestas -me dijo mi hermano.

-Ah, eso está muy bien.

-He oído que habrá justas y torneos. A mediodía almorzaremos con los reyes y sus acompañantes, oyendo la música de los trovadores.

Lo vi muy contento, y yo también me alegré, porque vendrían juglares de toda Castilla. Algunos músicos vivían siempre en la ciudad; eran al mismo tiempo vigías y torreros, espiaban a las tropas enemigas y vigilaban los conatos de incendio.

En ocasiones solían llegar a la corte juglares vagabundos, que cantaban recorriendo las calles en compañía de las mozas. Los clérigos los protegían, y los llamaban para que les contaran novedades; entonaban lo mismo baladas francesas que italianas, y se acompañaban con campanas y platillos. Algunos se preciaban de tocar muy bien un laúd de procedencia árabe, o un órgano portátil que llevaban al cuello sujeto con correas.

-¿Sabes, Isabel? -me dijo mi hermano. -He oído que darán en la plaza autos sacramentales y misterios, como lo hacían en Medina. -Se detuvo un momento y agregó, pensativo: -Me gustaba oírles entonar aquello de *bendita, bendita la hora*, que nos cantaba nuestra madre cuando éramos chicos...

***

Durante el carnaval, las damas y señores tañían instrumentos de cuerda, sobre todo el arpa y la lira. En las calles y plazas los muchachos soplaban en sus cornetas de madera, y Alfonso solía tocar un flautín que sujetaba con la mano izquierda, mientras con la derecha redoblaba un pequeño tambor.

-Cuando volvamos a Arévalo, quiero aprender a tocar la guitarra -me dijo. -Aquí la tocan muy bien.

Yo le acaricié la mejilla.

-También tocan el trombón y el timbal. Pero no las trompetas, que son privilegio de las autoridades, y están prohibidas al resto de los ciudadanos.

En la corte se consideraba el viernes como día nefasto, en que nada se podía comenzar o terminar con éxito.

-Dicen que quien se corta el pelo en viernes, criará piojos -me aseguró mi hermano.

Un viernes de cuaresma, hacia las cuatro de la tarde, se formó un nublado tan grande, cargó tanta piedra y granizo sobre la ciudad de Segovia que destruyó las viñas, los árboles y muchos edificios. Acudió el cura con sobrepelliz y agua bendita y subió a la torre más alta a exorcizar a los demonios que cabalgaban en la nube, al tiempo que mandaba tañer las mayores campanas, con un ruido ensordecedor.

-Nunca se ha visto cosa igual -se santiguaba la gente por la calle.

Decían que el diablo se aparecía incluso en los conventos, golpeando ventanas y puertas, por lo que las monjas no se atrevían a andar solas por los corredores; pues movía las piedras y quebraba las ollas, sin dejar nada en su lugar. Una señora nos contó:

-En el palacio viene a las camas donde dormimos las damas de la reina, y quitando las ropas de encima nos toca deshonestamente, sin dejarnos dormir. -Mi hermano se sobresaltó.

-¿Van a venir a nuestras camas...? -Yo denegué:

-No debes temer nada y, si oyes ruidos, piensa que son de gatos o ratones, y no de demonios -le dije, sonriendo.

Pero corrían por la ciudad muchas supersticiones: cuando una señora iba a dar a luz, llevaban a la parroquia el cinturón de la preñada y lo ceñían a la campana, a fin de que pariera mejor. Solían llegar hasta palacio algunos hombres y mujeres con unos pergaminos colgados del cuello, que según ellos sanaban de tercianas y otras enfermedades. Mi cuñada tenía por costumbre recibirlos.

-Muchas damas y señores van tras ellos para curar de sus dolencias -afirmaba. -He conocido algunos que toman sin quemarse hierros encendidos, andan sobre brasas o se lavan con aceite hirviendo.

Había un nombre que no se podía mentar, y era el de la bicha o culebra, porque la gente al oírlo miraba en torno con temor, haciendo la señal de la cruz. Según el obispo, aquello no era más que una superstición.

***

A partir de aquella Cuaresma, los hechos se sucedieron con gran celeridad. Algún tiempo después, mi cuñada Juana dejó el alcázar de Segovia donde vivía con nosotros. Supe que había viajado hacia el castillo de Coca.

-¿Por qué se ha ido? -me preguntó Alfonso.

-Mira, pues no lo sé... Sólo, que la ha confiado Enrique al cuidado del obispo de Ávila, don Alfonso Fonseca.

Un día me crucé con dos señoras de la corte, que charlaban animadamente. Una afirmaba:

-De tal forma ha perdido el seso el obispo por la reina, que hasta trató de seducirla, llevándola consigo de caza montada en una mula, por las montañas de Coca. -La otra asintió:

-Lo sé. Pero ella no consintió, pues no amaba al prelado, sino a un sobrino suyo, muy joven...

Fue doña Mencía de Lemos quien me dio la noticia:

-De nuevo la reina se encuentra embarazada; y no, ciertamente, del rey -me dijo. Yo no podía creerlo.

-¿Es del obispo? -La señora negó con un gesto. Vi que luchaba por contener las lágrimas.

-Parece que no.

-Pero, ¿quién es el padre? -Ella aspiró profundamente.

-Al parecer, la ha preñado un sobrino del obispo de Ávila que se llama Pedro de Fonseca -explicó, avergonzada. -Es que la reina andaba hace tiempo en amores con él, y más desde que ha estado recluida en la fortaleza de Coca. Luego, el prelado ha mandado trasladarla a Alaejos, para tenerla más vigilada. Dicen que, para disimular su nueva preñez, ha empezado a fajarse. Usa vestidos anchos, con fuertes aros alrededor del cuerpo, que van ocultos en la tela. -Yo la interrumpí:

-Pues vaya una moda extravagante.

-Y es verdad que se ha convertido en una moda -dijo con tristeza. -Algunas señoras la imitan, porque dicen que estas faldas tienen guardainfante...

Estando ya de siete meses ordenó Enrique a varios caballeros que la sacaran de Alaejos y la llevaran a Madrid, para que en la corte de Segovia no conocieran su nuevo embarazo.

-Como si no lo supiera todo el mundo... ¡qué escándalo! -me dijo una sirvienta.

Pero luego me enteré de que Juana se había fugado, antes de que llegaran a buscarla.

-Dicen que a medianoche se descolgó por una ventana del adarve, metida en un cesto -oí a mis doncellas. -Que se produjo varias magulladuras, al caer antes de llegar el suelo. -Una dama agregó:

-Y que abajo la aguardaba su amante, oculto en un portillo. Él la recogió, y huyeron ambos con un par de caballos y varios criados.

Al parecer fueron hacia Cuéllar, donde se hallaba su antiguo amante don Beltrán. Le pidieron ayuda, diciendo que ella se había lastimado la cara y la pierna derecha. Pero él la rechazó y, puesta a lomos de una mula, la encaminó a Buitrago.

-¿Por qué a Buitrago? -pregunté.

-Es donde está la pequeña Juana, la hija de ambos, a quien llaman la Beltraneja -me dijeron.

Luego me enteré de que Enrique había mandado prender al joven; pero ella se afligió de tal forma que mi hermano ordenó que lo liberaran.

-Parece que el mozo es bisnieto de don Pedro el Cruel -comentaban.

Con el tiempo, la reina daría a luz dos hijos varones, llamados don Andrés y don Pedro. No podía yo imaginarme que, años después, los tomaría yo bajo mi custodia. Siempre permaneció fiel a su amante aunque, según se murmuraba, el joven llegaba a maltratarla. Finalmente, mi cuñada falleció de repente, en forma misteriosa.

-Al parecer, ha mandado envenenarla su propio hermano, el rey de Portugal -se decía.

Dispuso en su testamento que la enterraran en un lugar seco donde el agua no llegara,

y he de confesar que me apenó mucho su muerte. ¡Ah, caderas hartas de parir, y ninguno de su marido!..

VIII. ALFONSO

Un mes de septiembre, la Liga de Nobles se apoderó de Segovia, donde residía la corte; así que salí de aquel palacio y sus deshonestas costumbres, malas para mi honra y peligrosas para nuestras vidas. Por fin conseguí que me devolvieran a casa de mi madre, junto con mi hermano menor. Estaríamos allí seguros y podríamos revivir los felices días de nuestra infancia, hasta que llegara el momento de desposarme. Escapamos a galope y, atravesando a caballo verdes y hermosos pinares, dejamos atrás santa María de Nieva y nos reunimos con mi madre en Arévalo.

Cuando entramos en el castillo, Alfonso se apoyó en mi brazo.

-Ya estamos de vuelta, Isabel -murmuró. Los ojos se me humedecieron.

-Me parece mentira -respondí

Cierto es que, siendo niña y adolescente, no tuve más cariño que el suyo. Juntos vivimos con nuestra madre enajenada, y luego como prisioneros en la corte de Enrique, con un hermano que nos aborrecía y una cuñada disoluta.

-Han crecido apretados el uno contra el otro -decía la gente del pueblo.

Nuevamente me hallaba con mi madre y abuela, y sólo las abandonaría para trasladarme después a la corte de Alfonso. Con sólo quince años, comencé ocuparme del cuidado de la casa y de la administración de mis rentas.

-Es necesario realizar muchas reparaciones y obras de toda condición en el castillo -se quejaba mi madre. La abuela chasqueaba la lengua.

-Es porque está mal construido, en su mayor parte con ladrillo, tapial y madera.

Disfrutaba yo entonces de numerosos beneficios: Enrique me había concedido la villa de Casarrubios del Monte y, para no ser menos, Alfonso me hizo donación de la de Medina del Campo. Mucho agradecí su merced, y envié enseguida a Gonzalo Chacón para que en mi nombre tomara posesión de Medina, firmando ya como Infanta de Castilla.

-Tengo que encargarme de todo, pues nuestra madre está demasiado ocupada escuchando voces en el castillo -le dije a mi hermano. Él asintió:

-Está segura de que la persigue por las escaleras el fantasma de don Álvaro de Luna.

En cambio, la abuela se desesperaba con sus desvaríos:

-Hija, no son más que imaginaciones tuyas -trataba de convencerla, sin ningún resultado.

Otra obsesión de nuestra madre era la de mi honra. Me observaba, tratando de adivinar en mi rostro la sombra de algún secreto inconfesable.

-Quiero recordarte tu obligación de permanecer casta para el matrimonio -decía.

-Ya lo sé -le contestaba, hastiada.

Estaba anocheciendo y ella estaba sentada, como siempre, en uno de los bancos de nuestra gran sala. Me llamó a su lado.

-Isabel, tengo que decirte algo -murmuró. -Pronto serás una mujer, y tienes que saber ciertas cosas. -Yo la miré con extrañeza

-¿A qué os referís?

-Se trata de tu virginidad -pronunció en voz baja. -Nadie puede tocarte de ninguna forma en tus partes secretas... -Yo no disimulé mi sorpresa.

-Pero, ¿qué estáis diciendo? -Ella prosiguió:

Sabes que muchas jóvenes no guardan castidad -dijo con un suspiro. -Y, además de que ofenden a Dios, para remediarlo es preciso coserles el virgo con hilos de seda encerada.

-Madre, por favor...

-Y lo peor es que algunas se quedan preñadas.

Luego me lo repetiría a menudo: mi virginidad pertenecía sólo al que fuera mi esposo; no por motivos de índole moral, que no parecían afectarla, sino por razones políticas.

-Tu deber como reina es no hacer peligrar tu sucesión legítima -me dijo. Yo le di mi palabra.

-Madre, os juro que nunca pondré en peligro la sucesión legítima de Castilla.

Ante sus recelos la abuela se mostraba burlona, porque no compartía sus escrúpulos. Sabía yo por ella que algunas mujeres de vida licenciosa, que ejercían el oficio de parteras, además remendaban virgos.

-Vamos, deja en paz a tu hija. Ella sabe muy bien lo que hace.

No obstante, a veces daba muestras mi madre de una gran lucidez; incluso, parecía interesarse por los asuntos del gobierno. Un día, estando sentadas frente a la chimenea, se inclinó hacia mí.

-Tienes que ocuparte de estas pobres gentes -indicó. -Yo la miré sin comprender, y ella prosiguió en tono grave:

-Aquí en Castilla, la mujer no tiene derechos -afirmó, preocupada. -A los muchachos los manda su padre a la escuela, pero nunca a las niñas. Como mucho, aprendan a leer de sus madres, si es que saben...

Le acaricié las rubias trenzas, bastante más claras que las mías.

-Haré lo que esté en mis manos -prometí.

***

Por entonces, oí que algunos nobles habían pensado nombrar rey a mi hermano menor, ya que consideraban a Enrique impotente para engendrar. Yo era ajena a sus maquinaciones, aunque las sospechaba, pues hasta mí llegaban los rumores de todo lo que estaba ocurriendo. Tenía Alfonso fama de valiente entre los caballeros de la corte.

-Lo ha demostrado con creces -decían. -En una ocasión, cuando era muy niño, vistió armadura de hierro y asistió a una escaramuza contra los moros, mientras Enrique se retiraba con su escolta y se escondía en una aldea.

Supe que a principios de junio varios de ellos, a los que se había unido el arzobispo de Toledo, armaron un tablado en una llanura, más allá de las murallas de Ávila. Fue Clara Alvarnáez, la mujer de Gonzalo Chacón, quien me puso al corriente:

-Lo llaman La Farsa de Avila. Dicen que algunos nobles han levantado una tarima; sobre el estrado colocaron un trono, y allí sentaron a un monigote que representaba a Enrique, ataviado con manto y corona, aunque en traje de luto, con todas sus insignias y atributos regios: corona, cetro y espada. -Leonor, su cuñada, intervino:

-Le fueron arrancando la corona, siguiendo por la espada y todo lo demás.

Al parecer, el primero en acercarse fue el arzobispo de Toledo, Alonso Carrillo, que arrebató al muñeco la corona; después el marqués de Villena, que hizo lo mismo con el cetro y, acto seguido, el conde de Plasencia le quitó la espada.

-Otros nobles, al alimón y en grupo, echaron por tierra el muñeco, pisoteándolo con saña -añadió ella. -Y, tras derribar el monigote, lanzaban gritos proclamando a Alfonso como rey de Castilla.

-La guerra está servida -pensé.

Estábamos nosotros en Arévalo. Iba Alfonso a cumplir catorce años y yo me encargué de organizar las fiestas, que resultaron muy lucidas.

Ambos habíamos presenciado en la corte de Enrique numerosas funciones, y quise darle una sorpresa. Estaba entre nosotros el poeta Gómez Manrique, corregidor de Toledo y marido de Juana de Mendoza; él ya lo había festejado con motivo de su nacimiento y le pedí que compusiera unos versos para celebrar el cumpleaños.

Asistí yo junto con mi hermano, el arzobispo y algunos funcionarios. Me acompañaban por entonces, además de Beatriz, varias jóvenes damas que habían venido conmigo de Segovia: Mencía de la Torre, Elvira de Castro, Leonor de Luján... La abuela llegó tarde, seguida de su nueva doncella.

-Me disculpo ante todos -tosió. -Hija, el reúma me mata... -La ayudé a acomodarse:

-Abuela, no tiene importancia.

Se trataba de una comedia en que se combinaban música, bailes y disfraces. Yo misma actué como actriz, en compañía de mis damas: una tras otra recitamos varias estrofas, en que le expresábamos a Alfonso nuestros buenos deseos.

***

Esto ocurrió en el mes de diciembre, poco antes de las navidades. Estaba terminando el invierno cuando supimos de una revuelta provocada por el marqués de Villena; al parecer, iban a proclamar rey en Segovia a mi hermano Alfonso. Hacia allá fui con mi madre y las damas, a fin de reunirme con él. Estuvimos durante varias semanas preparando el viaje: había que confeccionar los vestidos para la ceremonia, y otras muchas cosas. Decidimos que la abuela no nos acompañara, y ella rezongó:

-¿Acaso podréis valeros sin mí?

Por fin, todo estuvo dispuesto. El último día los carros partieron, seguidos por hombres

de a pie y a caballo.

Avanzamos por el camino que conducía a Segovia; lejos, el bosque formaba una mancha oscura, y el viento nos golpeaba con furia. Yo iba en uno de los carros, sentada delante de mi madre; nos internamos en un frondoso pinar, y me puso la mano en el hombro.

-Isabel, no me abandones nunca -dijo a mis espaldas, produciéndome un escalofrío.

-No lo haré, madre -respondí. -Pronto llegaremos, estamos ya cerca.

Dejé el carro y pedí mi cabalgadura. Me abrí paso entre los caballeros que nos rodeaban, y al mismo tiempo noté que se aliviaba mi agitación.

-¡Cuidado, señora! -me advirtieron.

Al alcanzar el puente que cruzaba el río, unos perros que guardaban rebaños comenzaron a ladrar al unísono. Los pastores trataron de acallarlos a gritos, y los animales guardaron silencio. Después de un rato volví con la reina, con el ánimo más sosegado.

-¡Mirad, ya se ven las torres del alcázar! -señalé.

Cuando llegamos a Segovia, vimos que Alfonso nos aguardaba junto al portón de la muralla. No era más que un niño y parecía asustado, lo que me encogió el corazón. Fui a su encuentro y lo abracé.

-¡Sé bienvenida, Isabel! -dijo alegremente. -Gracias a Dios que estás aquí, creí que no llegabas nunca. ¿Por qué has tardado tanto?

-Ha habido muchas cosas que hacer...

Al franquear la entrada del castillo, comprobé que nuestra madre nos seguía, asistida por sus doncellas. Nos detuvimos, y entre los dos la ayudamos a entrar.

-Vayamos a descansar junto al fuego -indiqué. -Me parece que estáis helada.

Cuando estuvimos dentro, los tomé a ambos de la mano y nos sentamos sobre un banco recubierto de pieles.

-Bien, ya estamos juntos otra vez -sonreí. -Todo nos irá bien. -Alfonso me miró, suplicante.

-No vuelvas a marcharte, Isabel, no podría quedarme solo. -Yo sentí una oleada de ternura.

-Estáte tranquilo -dije, y le acaricié el cabello. Observé que nuestra madre se mostraba serena, y hasta parecía haber recobrado la cordura. En sus ojos podía leerse el amor que le profesaba a mi hermano.

-Serás un gran rey, hijo mío -aseguró.

***

Me alojé con ella y sus damas en el palacio real de san Martín, mientras que la reina doña Juana lo hacía en el alcázar. Su esposo estaba por entonces en Coca.

El propio Enrique, coaccionado por la Liga Nobiliaria, puso una sola condición: que Alfonso se casara con la pequeña Juana. En aquel documento, ni siquiera la llamaba su hija.

Por fin lo coronaron; lo que yo no sabía es que los nobles volverían a apartarlo de nosotras, y durante tres largos años lo conservarían con ellos. Cuando nuestra madre lo supo, se llenó de inquietud. Se le mudó el semblante.

-Es sólo un muchacho -se quejó, y yo procuré tranquilizarla:

-No temáis, todo está previsto -dije, midiendo mis palabras -Los nobles han formado una Liga, que lo tomará bajo su protección. -Ella se persignó, como si un enorme peso hubiera caído sobre sus hombros.

-Estoy cansada -murmuró.

Sin una palabra más, salió de la sala y se dirigió hacia sus habitaciones privadas. Cuando hubo salido, Alfonso se volvió.

-Piensa que nunca creceré. ¡Y yo te digo que ha llegado mi tiempo! -Yo lo miré, extrañada.

-¿Tu tiempo, para qué?

-¡Para sustituir a Enrique, hermana!

Sus partidarios se habían establecido en Ávila, mientras que los de Enrique se concentraban en la ciudad de Salamanca.

En marzo nos fuimos a Avila, ciudad leal a Alfonso, para seguir luchando por su derecho al trono. Allí fue recibido con muestras de fervor popular, y entre alabanzas de los más notables. Él acogió sus halagos con gran elegancia.

-Os juro que he de verter mi última gota de sangre por servir a Castilla -prometió, radiante.

Yo estaba conmovida; desde aquel momento, me sentí orgullosa de él.

IX. EL PRIMER AMOR

Fue entonces cuando vi por primera vez a Gonzalo Fernández de Córdoba, que acababa de llegar como paje a la corte de mi hermano menor. Montaba a caballo y distinguí por un momento su hermoso perfil, recortado a contraluz sobre el rojizo anochecer. Su gorra de viaje, ladeada, dejaba entrever unos rizos oscuros. Vestía un jubón acuchillado, y su capa granate ondeaba sobre la grupa. Cuando se halló ante mí hizo una reverencia, y estaba tan cerca que pude notar el aroma fragante de sus cabellos. Los dos soldados que lo acompañaban se quedaron atrás.

Me pareció guapo, y me gustó desde el principio. Era muy alto y tenía el pelo castaño y rizoso. Llamó mi atención sobre todo su gallarda apostura, y también sus modales, los más nobles e hidalgos que se habían visto en aquella corte

-Bienvenido a esta casa -lo acogí sonriente. Luego pregunté: -¿Cuántos años tenéis, Gonzalo?

-Voy a cumplir dieciséis, señora -contestó él, con la mirada baja.

Pronto pude comprobar que el nuevo paje mostraba el mismo entusiasmo desbordante que yo. Practicaba toda clase de juegos y en ellos se mostraba diestro, inteligente y hábil. Se honraba con tener por mayorazgo de la familia a su hermano don Alonso de Aguilar, cuyas proezas en las guerras contra los moros andan escritas en muchos libros y aún las cantan los aldeanos de Andalucía.

Un día lo hallé en el sobrado; se había recostado sobre un montón de paja, y se enderezó con expresión sorprendida.

-¿Qué estáis haciendo ahí? -le dije, y él se sonrojó.

-Escribo... versos -contestó.

La penumbra otorgaba a su rostro una apariencia singular, que lo favorecía. Noté que yo también me sonrojaba.

-Ah, eso está muy bien.

Su porte elegante, así como lo vivo de su ingenio, no tardaron en cautivar el interés de todas mis damas. Leonor de Luján, la más llamativa de ellas, se emperifollaba para verlo. He de decir que los Luján son originarios de Aragón, y tan numerosos que han llegado a tener en Madrid más de cincuenta mayorazgos. Entre sus casas se encuentra aquélla donde dicen que murió san Isidro.

También lo hacían Mencía de la Torre y Elvira de Castro, aunque ellas con más discreción.

Mencía era bonita, aunque se quejaba de tener las piernas demasiado delgadas; Elvira era morena, con el cabello abundante y rizado, y lo llevaba siempre suelto.

-Dicen que Gonzalo confía en el secreto de su estrella -me dijo.

-No me extraña -repuso Leonor. -Por cierto, ¿de dónde procede?

-Al parecer nació en el castillo de Montilla, en la provincia de Córdoba. Como era segundón, cuando murió su padre no heredó la casa, así que desde niño tuvo que marcharse a luchar contra los moros, en aquellas tierras fronterizas del reino de Granada. Aguardaban a que cumpliera quince años para enviarlo como paje a Castilla. -Elvira suspiró, recogiendo a un lado su oscura melena:

-Pues es muy buen mozo, y tiene un perfil de medalla. También quiebra lanzas con notable garbo. Lo mismo le da usar el alfanje o la espada, pues con ambas cosas merece siempre los primeros aplausos... -Yo asentí:

-Según dice, su única riqueza en este mundo son su valentía y su fuerza, ya que el resto de sus bienes han ido a parar a su hermano mayor.

Después supe que había nacido un día primero de septiembre, dos años después que yo. Desde el principio me sedujeron sus hermosos ojos: eran oscuros y de mirada penetrante, su barbilla era enérgica y su sonrisa encantadora. Además de galante y simpático, era hábil para las armas y conocedor de artes y letras, pues recibió muy buenas enseñanzas de un ayo que tenía.

-Con el tiempo, será un gran soldado -pensé.

Desde que llegó, fue el mejor compañero mío y de mi hermano: cabalgábamos los tres por los senderos escarchados del invierno, y en primavera paseábamos entre los árboles floridos. En las posadas del camino comíamos carne de venado y legumbres, y casi siempre regresábamos al anochecer.

Entre los tres habíamos construido un balancín que pendía de una rama en la plazoleta, entre nuestra casa y el pabellón de los soldados.

-¿Cuándo pensáis volver a vuestra tierra? -le preguntó Alfonso, y él se echó a reír.

-Acabo de llegar, y estáis preguntándome cuándo me voy... No tengo intención de partir, por ahora.

Sobresalía entre todos los pajes, tanto por su vigor y amena conversación, como por el atractivo de su rostro. Aun en fechas poco solemnes, no era extraño verlo ataviado con una ropa carmesí forrada en martas cibelinas, que tenía que haberle costado más de dos mil ducados de oro.

-Dicen que su hermano mayor, que no es tacaño, ha tenido que llamarle la atención; teme que cause su ruina y lo deje en la miseria.

Sólo de verlo se me alegraba el alma, y era feliz estando a su lado. Caminábamos despacio sobre la hierba húmeda, resbalábamos por el talud o atravesábamos los campos de trigo pisando entre los surcos punteados de amapolas. Me pinchaba la maleza seca en las

piernas; el trigo era tan alto que casi nos cubría, y él cogía las amapolas por sus tallos verdes y peludos, con cuidado de que no se deshojaran. Completaba el ramo con unas margaritas de corazón amarillo y pétalos blancos, y con flores menudas de un morado muy suave.

-Tomad, Isabel -me ofrecía.

¡Qué felicidad, poder movernos a placer! A veces subíamos a una higuera que había junto a las murallas, y nos comíamos los higos. La higuera daba dos cosechas en la temporada, la primera de higos dulces y verdes y la segunda de brevas oscuras. Ni siquiera miraba yo si tenían gusanos.

Para ensombrecer nuestra alegría, supimos por entonces que algunos caballeros de Enrique tenían el proyecto de matar a Alfonso. Al conocer la noticia, Gonzalo se alarmó.

-¿Vuestro propio hermano pretende asesinarlo?-dijo, echando mano a su puñal. -No puedo creerlo.

Alfonso estaba tan asustado que le temblaba la barbilla. Apoyé la mano en su brazo para tranquilizarlo.

-No temas, porque tienes muchos amigos -le dije, y Gonzalo afirmó:

-Mi hermano nos prestará ayuda. El castillo de mi familia en Córdoba es uno de los más fuertes de Andalucía. -Alfonso murmuró:

-Esa ayuda va a hacernos mucha falta. Enrique tiene demasiado poder... -Gonzalo estaba pensativo.

-¿Creéis de verdad que quiere mataros? Si alguna vez lo pretendiera, acabaría con él -añadió. -Si llegara el momento moriría por vos, os lo juro. -Alfonso habló con voz quebrada:

-Gracias -dijo simplemente.

-Hay que tomar precauciones -intervine yo. -Aunque no creo que lo intente...

***

Pero el tiempo transcurría sin ninguna alteración. Habían pasado tres años desde que coronaron a Alfonso, y estaba la corte reunida en Arévalo, cuando una peste mortífera comenzó a cobrarse numerosas víctimas. Fue Mencía de la Torre quien me informó:

-Al parecer la sufren en muchos lugares de Castilla. La enfermedad puede atacar a pueblos enteros, al intoxicarse las gentes por comer alimentos en descomposición -Beatriz asintió, preocupada:

-He oído que la peste se ceba sobre todo en las grandes ciudades. Cuando se ha declarado en algún lugar cercano, es preciso aislar la villa cerrando las murallas, y estableciendo turnos de vigilancia.

-...Además, es preciso quemar la ropa y enseres de los atacados -agregó Leonor de Luján.

Ese fue el motivo de que, durante algunas semanas, permaneciéramos sin movernos de allí.

***

Pasábamos los días conversando, como si de esa forma ahuyentáramos los fantasmas

del miedo. Hablábamos de todo lo divino y lo humano y, cómo no, también surgió el tema de los matrimonios entre caballeros y damas de la corte.

-Espero que no me obligues a casarme -le dije a Alfonso, medio en broma. Él se mostró sorprendido.

-¡Jamás! Nunca podría hacerlo, Isabel. Dispondrás cuándo quieres casarte, y con quién. -Yo lo interrumpí:

-¿Entonces, podré escoger a mi futuro esposo? -Él frunció el ceño:

-¿Es que lo dudas?

-Y tú, ¿te casarás con Juana? -Él hizo un gesto de desagrado.

-De momento, sólo pienso en ser un buen rey. -Se detuvo un momento, y me miró a los ojos. -¿Acaso te inclinas por alguien, Isabel? Si es así, me lo puedes decir -indicó.

-¿Prometes guardar el secreto? -Él sonrió.

-Por supuesto. ¿Se trata de Gonzalo?

Yo estaba sorprendida, porque ignoraba que mi hermano sospechara algo.

-Desde hace años, cuando vino a formarse contigo... -comencé a decir.

Se echó a reír alegremente. Yo, en cambio, estaba seria, dolida por haber confiado mi secreto.

-¿Acaso te parece mal? -Él denegó:

-De ninguna manera -me dijo. -Lo admiro tanto como tú.

***

A los pocos días, el obispo de Coria nos hizo saber que debíamos abandonar Arévalo. Era un hombre maduro, de aspecto bondadoso, con el cabello blanco como la nieve. Entró en la sala, haciendo seña a los que lo seguían de que aguardaran fuera.

-Quiero hablaros. -Se detuvo, inclinándose. -Tenemos que salir para Ávila.

Sentí yo un nudo en la garganta. Sobresaltada, traté de adivinar sus motivos.

-¿Por qué marchar tan pronto, obispo? -Me pareció que se encogía en su hábito.

-Se han cambiado los planes -replicó. -La Liga Nobiliaria lo ha decidido así. -Me quedé pensativa:

-No me agrada este cambio. Tengo algunas dudas. -Él alzó la mirada.

-¿Unas dudas, señora? ¿De qué se trata? -preguntó. Yo me mordí los labios.

-Un presentimiento, quizá. -El clérigo habló con voz firme:

-Si se trata de la peste, puedo aseguraros que la epidemia ha sido sofocada.

Dirigí la mirada a la puerta de la estancia. Quería estar sola, y poner en orden mis sombríos pensamientos.

-Bien, si no deseáis nada más...

He de decir que, en un principio, Alfonso se opuso a la idea de abandonar Arévalo, pero tuvo que ceder. De todas formas, tomó sus medidas:

-Vendréis con nosotros, Gonzalo -le indicó a nuestro amigo.

-Estoy aquí para serviros -le respondió él, con una ligera inclinación.

El día de la partida yo estaba muy inquieta; ordené que nadie entrara mis habitaciones y, para hacer tiempo, le pedí a una sirvienta que nos sirviera un refrigerio, a mis damas y a mí. Fuera aguardaban los caballos, listos y ensillados.

Por fin salimos para Ávila. Avanzamos con lentitud, eludiendo los lugares donde pudieran sorprendernos las gentes de Enrique. Estando a pocas leguas de allí, Alfonso sugirió que nos detuviéramos a cenar en Cardeñosa. Yo había pensado lo mismo.

-Buena idea -le dije, sonriente.

Era el mes de julio, y hacía calor cuando nos dispusimos a sentarnos a la mesa con la gente que nos acompañaba.

-Os traeremos vino, y algo de comer -ofreció el dueño de la posada, muy azarado por nuestra presencia. -¿Cenaréis en el patio? -preguntó, tratando de dominar su turbación. Alfonso asintió.

-Sí, porque estará más fresco que el comedor. Tengo verdadera hambre -añadió. -Me apetece algo de pescado. -El posadero se inclinó profundamente, y habló con la mirada baja:

-¿Quizás... una trucha empanada? Es la especialidad de la casa.

-Está bien, una trucha empanada.

La comió casi entera, con mucho apetito, y dando muestras de satisfacción. Estuvo charlando animadamente, pero luego empezó a bostezar.

-¿Deseáis alguna otra cosa? -indicó el posadero, solícito, y él le contestó:

-No quiero nada más. Bueno, sí quisiera una cama para dormir a pierna suelta.

Enseguida le vino un sueño tan pesado que no pudo moverse del asiento. Todos atribuimos su actitud al cansancio, y al mucho calor.

-Será mejor que lo acostemos -indiqué, y entre varios caballeros lo trasladaron a su cama, sin que dijera una sola palabra.

Estuvo durmiendo sin parar hasta el día siguiente. Como era mediodía y no se había levantado, empecé a preocuparme:

-Habría que despertarlo -le dije a Gonzalo, y él asintió.

Luego, todo ocurrió muy deprisa: Gonzalo entró en la habitación, seguido de varios criados; se acercaron al lecho, le estuvieron hablando y él no les contestó. Tocaron su cuerpo y lo notaron frío.

-¡Hay que avisar a un médico!

Como daban grandes voces, llegué yo al momento y observé a mi hermano: su boca semejaba una grieta negruzca por donde asomaba, hinchada, la lengua. El rostro tenía un tono cárdeno, los ojos estaban hundidos en la hinchazón y él yacía sobre la cama, donde alguien lo había cubierto con una colcha de damasco rojo. Aquello fue el principio del final, como el gong que suena dando paso a la tragedia.

-¡Llamad a su médico, enseguida! -grité.

No tardó en llegar el físico que lo mandó sangrar con gran prisa, pero ninguna sangre brotaba. Salió del dormitorio, secándose las manos en una toalla.

-No se puede hacer nada -gruñó. Yo me quedé paralizada.

-¿Cómo, que no... ? ¿Acaso se trata de la peste? -él movió la cabeza, denegando.

No parece pestilencia -indicó, pensativo. -Puede ser algo que tomara en la cena... ¿Qué fue lo que cenó? -Yo contesté enseguida:

-No tomó más que una trucha empanada. -Él pareció alarmarse:

-¿Notaron algo raro en la trucha? ¿Podría contener algún veneno? -sugirió.

-¿Un veneno? Eso es imposible -contesté ingenuamente.

Volvió a la alcoba y permaneció un buen rato con él, examinando su cuerpo exangüe, sin hallar ninguna señal de sensibilidad dolorosa. Lo pinchó en brazos y piernas y lo sacudió, sin ningún resultado. Salió del cuarto con la cabeza baja:

-¿Alguien más tomó del pescado? -Yo denegué.

-No, todos cenamos otras cosas. -Él se quedó pensativo.

-Entonces, es seguro que le dieron alguna ponzoña. -Yo estaba llena de temor.

-¿No puede hacerse nada? -pregunté.

-Nada.

El destino parecía querer alterar mi suerte: me dejé caer de rodillas y recé con fervor durante mucho rato. Mientras, algunos nobles se desgarraban las espaldas con cilicios, rogando a Dios que lo librara de la muerte; otros hacían votos de encerrarse en un claustro, o de observar un riguroso ayuno.

Pero nada pudo impedir que mi querido Alfonso entregara su alma, aquel día de primeros de julio que nunca olvidaré. Pronto, la noticia se había extendido por toda Castilla, llegando hasta Toledo.

-Ha muerto en Cardeñosa sin haber cumplido los quince de su edad -decían las gentes, consternadas. -Al parecer, un veneno ha sido la causa de su muerte.

-Seguramente, es culpa del marqués de Villena. Es muy buen amigo de Enrique.

***

En Toledo nos aguardaba el arzobispo Carrillo, y un canónigo le dio la noticia:

-Una muerte misteriosa -le explicó. -Dicen que a causa de un pescado en malas condiciones, en el comedor de una posada. -Él pareció muy afectado.

-No lo puedo creer... Alfonso ha mostrado siempre una gran entereza. Era el último Trastámara, la única esperanza para Castilla, que sufre tan grave anarquía. En fin, todos estamos en las manos de Dios -dijo, suspirando. El clérigo añadió, bajando la mirada:

-En especial ha sentido esta muerte Gonzalo de Córdoba; desde los catorce años le ha servido de paje, y puede decirse que ha crecido en su corte. Todo el día permaneció postrado ante el lecho de Alfonso, tendido sobre las losas de piedra, con el puñal al alcance de la mano. -El prelado asintió:

-Ambos eran de la misma edad, y han sido como hermanos...

En cuanto a mí, tan apenada estaba, que tuve que refugiarme en un monasterio de Ávila para sobrellevar mi dolor. Mientras, en Castilla no se hablaba de otra cosa:

-Dicen que la infanta se ha retirado a llorarlo a la celda de un convento...

Así que quedé sola, porque había perdido a un hermano, a un compañero y a un amigo. Me vi desolada y más desamparada que nunca, pues tenía diecisiete años y nadie que me defendiera. Pasé noches interminables sin dormir, y sobre todo me angustiaba la idea de lo que mi madre iba a sufrir cuando supiera que su hijo había muerto.

-Tendría que haberlo vigilado mejor, haber desconfiado -les decía a mis damas, y ellas procuraban tranquilizarme:

-Lo habéis cuidado de la mejor manera, señora.

En cuanto fue posible lo enterramos en la iglesia de san Francisco, en Arévalo. El obispo de Coria se encargó de trasladar por última vez el cuerpo de Alfonso, rodeado de cirios y flores; lo depositó en el convento extramuros que habíamos visitado tantas veces, y durante un tiempo estuve vestida de negro, en consideración a mi hermano.

Jorge Manrique era el poeta de nuestra familia, uno de los más insignes literatos, y autor de las famosas coplas a la muerte de su padre. Muy solicitado por las damas, tenía una hermosa voz, suave y armoniosa. Se había casado con doña Guiomar de Castañeda, una bellísima mujer hija del conde de Fuensalida y de doña María de Silva, y eran padres de Luisa y de Luis, unos niños muy lindos. En aquella ocasión le pedí que compusiera unos versos, dedicados a mi hermano. Terminaban así:

Mas como fuese mortal, lo hundió la muerte en su fragua...

A partir de este momento, me había convertido en candidata al trono de Castilla. Tenía diecisiete años, y decidí iniciar negociaciones con Enrique para buscar una salida razonable al conflicto.

***

A consecuencia de lo ocurrido, mi alegría de siempre se convirtió en una gran melancolía. Lloraba a menudo, pero cuando alguna señora me visitaba en mi alcoba, trataba de mostrarme serena.

Una mañana, como tantas, oí entrar a Beatriz de Bobadilla. Fue hacia la ventana, abrió las maderas y pude ver que estaba lloviendo. Se aproximó un momento y me acarició la mejilla.

-Carrillo, el arzobispo de Toledo ha venido. Dice que los confederados han ofrecido juraros como reina, para continuar la lucha bajo vuestras órdenes. -Yo moví la cabeza.

-Algunos caballeros me han suplicado que tome el título de reina, pero yo me he negado, porque no es Castilla lo bastante grande como para tener dos reyes. -Mi amiga se mordió los labios.

-¿Estáis segura?

Suspiré, pero no dije nada.

-Estoy fuera si me necesitáis -dijo, y abandonó la habitación. Se oía el repiqueteo del aguacero en los tejados; pese a lo abatida que estaba, sentí que la lluvia aliviaba mi atormentado espíritu.

Recé, sinceramente, para que Gonzalo volviera. Por las noches lloraba sin consuelo, y algunas damas comentaban lo entristecida que estaba tras la muerte de Alfonso.

Atesoraba pequeños recuerdos, a veces no lograba distinguirlos de los que no lo eran. Por eso, no sabía si recordaba o inventaba a un muchacho de hermosos ojos y pelo rizado, formando bucles en torno a la cabeza. Así, con una mezcla de invenciones y remembranzas, cristalizó en mi mente aquel primer amor.

X. MI CABALLERO

Había saltado de la cama, me disponía a trenzarme el cabello y oí unos golpecitos en la puerta: era Mencía de la Torre.

-Carrillo os aguarda, y está con él Gonzalo de Córdoba, que viene a despedirse. ¿Queréis que os disculpe con ellos? -Se me había cortado la respiración.

-No, desde luego que no.

-Gonzalo está deslumbrante -sonrió.

Noté que el corazón me palpitaba con fuerza, y lo achaqué a un sentimiento de flaqueza.

-Está bien, me reuniré con ellos. Ahora, puedes marcharte.

Bajé de dos en dos los escalones de ladrillos, con peligro de caer rodando, y llegué a la gran sala. El arzobispo se inclinó cuando me vio entrar, mientras yo doblaba la rodilla para besar su anillo y recibir su bendición. Tenía un rostro delgado y anguloso, y su frente mostraba unos profundos surcos, que en ocasiones se acentuaban.

-Disculpad, señora, pero hay asuntos que tratar. -Lo animé a proseguir, y él señaló a su acompañante, que permanecía rezagado.

-Antes, atended al caballero -indicó prudente, y abandonó la estancia. Gonzalo se arrodilló y me besó la mano.

-Os presento mis respetos, Isabel. ¿Os encontráis mejor? -Sonreí, y lo miré con afecto.

-Un poco -dije, con un suspiro resignado.

-Entiendo muy bien vuestro pesar -añadió él, con la mirada baja. -También estoy muy apenado, pues con Alfonso he perdido a mi mejor compañero. Por tanto, desde ahora estoy a vuestro servicio. -Yo apenas podía articular palabra.

-Os lo agradezco, Gonzalo.

Esperé a que el arzobispo volviera; era un hombre ya maduro, pero derrochaba vitalidad.

-Señora, tenemos que hablar -indicó, con una sonrisa cortés. Gonzalo hizo intención de salir, pero con un gesto él le indicó que se quedara. Añadió:

-Me he puesto en contacto con algunos nobles, y enviaré cartas a todos los caballeros que os apoyan. -Yo fruncí el ceño. Desde la muerte de mi hermano menor supe que reinaría, pero sabía la ingente tarea que me aguardaba y no deseaba aún el peso de aquella corona.

Y a lo mejor habéis pensado en destronar al rey -dije secamente.

-Os queremos a vos, Isabel -dijo él.

Los mismos que seguían a Alfonso me ofrecían la corona de Castilla, pero yo la rechazaría

mientras viviera mi hermanastro.

-¿Os dais cuenta lo que decís? Mientras Enrique viva, sólo él tiene ese derecho. -Me di la vuelta hacia Gonzalo, que parecía ajeno a la conversación, y le indiqué que acercara un asiento. Carrillo lo aceptó, gustoso.

-Gracias -gruñó, dejándose caer en la silla, y prosiguió con voz enronquecida:

-Tendríais que vencer a los partidarios de la Beltraneja, que ahora la han prometido a su tío, el rey de Portugal. Habría que rehacer el tesoro, que está esquilmado, someter a los nobles y transformar las costumbres del clero...

-Lo sé -admití. Él inspiró hondamente:

-Por si fuera poco, España está dividida en cuatro reinos que son enemigos entre sí -rezongó. -No hay tiempo que perder. -Yo pregunté con calma:

-¿Y Enrique sospecha lo que planeáis? -Él se encogió de hombros.

-Él no piensa más que en sus caprichos -dijo con amargura. -Por eso, necesitamos que asumáis el mando.

Miré, pensativa, la cruz que pendía de su cuello.

-¿Y si él se opone?-Vi nacer un brillo de ira en sus ojos.

-No se opondrá -contestó, rotundo.

Su voz me retumbaba en la cabeza como en una habitación vacía. Observé que en su frente se había marcado una gruesa vena.

-Sobre todas esas tareas, sería preciso conquistar Granada -añadió en voz baja.

Entonces lo entendí: era yo la única heredera legítima del reino de Castilla, y sólo yo podría enderezarlo.

-Está bien, me reuniré con los nobles -contesté. Él se puso en pie y me bendijo, antes de salir.

-No esperaba menos, señora.

Estaba a solas con Gonzalo, y no me atrevía a mirarlo. ¿Qué me estaba ocurriendo?

-Está dejando de llover -dije tontamente, y él asintió.

-Eso parece. Así será más fácil mi partida hacia Andalucía.

Al parecer, no pensaba quedarse. Sentí de nuevo ganas de llorar: no sólo la muerte me había arrebatado a mi hermano, sino que iba a perder a mi amigo. Él me observó, preocupado.

-¿Qué os ocurrió el otro día? Me han dicho que tuvisteis un desvanecimiento.

No fue nada -repuse. -Me mareé y caí, golpeándome en la frente con la esquina de un arcón. -Luego añadí, con aire ligero: -Todo se pasó con un poco de agua de azahar.

-Si os ocurriera algo... -Traté de sonreír:

-Mi querido amigo, no va a pasarme nada. Ahora vamos, os acompaño fuera.

Me siguió hasta el patio de armas, donde su corcel aguardaba, ensillado. Un criado le cedió las riendas; él palmeó el cuello del animal, y seguimos caminando juntos. Me parecía estar navegando por las nubes, de tan ligera.

-¿Tenéis alguien en quien podáis confiar? -me preguntó. Yo denegué.

-En nadie más que en vos, Gonzalo.

-Hallaremos a alguien -me dijo con seguridad. -Alguien que os proteja, y os libre de cualquier peligro.

Se había recostado contra la muralla y, por un momento, pude escrutar su figura inmóvil. Luego nos dirigimos al puente, sobre el foso, mientras yo recordaba el día en que Gonzalo llegó al castillo, para servir a Alfonso.

-El arzobispo tiene razón al preocuparse por Granada -me dijo. -Allí el emir Mulhacén, casado con la sultana Aixa, se ha enamorado de una esclava cristiana a quien ellos llaman Zoraya y la ha convertido en su favorita.

Cerré los ojos un momento; sentía el aire gemir entre los árboles, y oía las voces de los criados. Conocía yo la historia de la ambiciosa Aixa, elevada al rango de sultana por su primo y esposo el emir. Los abencerrajes la adoraban, y le daban el calificativo de Horra, que quiere decir honrada en su lengua. Sublevados en Málaga, éstos fueron duramente reprimidos, lo que empujó a muchos de ellos a huir a tierras de Castilla.

-Recuerdo que mi padre apoyó a los abencerrajes, cuando el rey de Granada inició su persecución y matanza, con apoyo de los zegríes -rememoré. -¿Quién es esa Zoraya? -Él siguió hablando despacio:

-Se llama Isabel de Solís, y es hija del comendador de Martos. En una incursión fue cautivada por los nazaríes, que la llevaron a la Alhambra. Al parecer es muy hermosa, y el rey Mulhacén se quedó prendado de ella.

-¿Se llama también Isabel? -Él hizo un gesto afirmativo.

-Así se llamaba, antes de convertirse al Islam. A partir de entonces tomó el nombre de Zoraya, que en su lengua significa Lucero del Alba. La torre de la Cautiva de la Alhambra lleva este nombre en su recuerdo.

-¡Qué nombre más hermoso! -exclamé. Gonzalo siguió:

-Después contrajo matrimonio con el emir, lo que ha provocado los celos de Aixa, y el disgusto de los abencerrajes.

-¿Y eso nos atañe nosotros? -Él afirmó con un gesto:

-Para vengarse, la rencorosa Aixa ha hecho correr el rumor de que el emir está hechizado por la cristiana. Trata con ello que proclamen rey a su hijo Boabdil, pero puede acarrearos problemas en Andalucía -se aclaró la garganta. -Por de pronto, no ha tardado Mulhacén en encerrar a la madre y al hijo en la torre de Comares, en la Alhambra.

-¿Se ha atrevido a eso? -Él asintió, pensativo:

-Aixa no deja de llorar en su prisión, y busca el modo de alzar a Boabdil en contra de su padre.

-Una situación peligrosa -observé, y él me dio la razón.

-Conozco al joven Boabdil -me dijo. -Sé que ha escapado, y me alegro. Parece que se ha

descolgado por una cuerda hecha con los velos de Aixa, y las tocas de sus doncellas. Al parecer, al pie de la torre lo estaba aguardando un grupo de abencerrajes a caballo, y huyó con ellos en dirección a Guadix.

-¿Y qué ocurrió luego?

-A los pocos días, el príncipe ha regresado en son de guerra, apoyado por el alcayde de la torre, y por todo el pueblo -prosiguió. -De esta forma, ha obligado a Mulhacén a huir de Granada y a refugiarse con Zoraya en la fortaleza de Mondújar, que él mismo hizo construir para ella, en el centro del valle de Lecrín. -Yo me sobresalté.

-Y vais hacia allá...

-Es cierto, tendré que pasar muy cerca.

-Tened mucho cuidado -me estremecí. -¿Hay por allí algún lugar donde podáis refugiaros? -Gonzalo había tomado mis manos entre las suyas.

-Llevo una buena protección -me dijo. -Podéis estar tranquila.

Un hombre a caballo se nos había adelantado. Desde el sitio en que estábamos, observé que unos sirvientes transportaban varios cofres para cargarlos en las carretas. Las nubes se desplazaban con rapidez y en el aire flotaba el aroma de la tierra mojada. No pude resistir el impulso de tomar del brazo a mi amigo.

-Estoy preocupada -suspiré. -Enrique es mucho más sagaz de lo que sospechamos.

Antes de partir, Gonzalo rozó mi mejilla con los labios y advertí en ellos un ligero temblor. Me parecía estar envuelta en un polvo de estrellas, entre amatistas y rubíes. Luego hizo una profunda reverencia y montó a caballo de un salto.

Vi cómo se marchaba a galope. Desde entonces comenzamos a escribirnos, y yo no pensaba en otra cosa. Empecé a ponerme triste y a adelgazar; no quería comer, y todos decían que debía estaba enamorada.

Por temor a Enrique, nos escribíamos a escondidas. Recibía sus cartas una de mis damas, que me las entregaba a diario. También yo contestaba casi a diario, por medio de correo de confianza. Guardaba sus cartas en un arcón, junto a un pequeño dije con un retrato suyo, donde estaba tan bello como un ángel.

Mientras, mis consejeros me animaban a actuar con un solo propósito: debía prepararme a asumir el gobierno de Castilla. Estuve recibiendo a los nobles, proyectando estrategias y, al mismo tiempo, traté de recobrar la amistad de mi hermano mayor.

Observé que, de un tiempo a esta parte, todos se mostraban demasiado complacientes, quizás por mi nueva condición de heredera.

***

Para empezar, me reconcilié con Enrique. No lo veía desde el otoño anterior, cuando lo habían postrado unas fiebres.

Para ello le envié una carta escrita por mi propia mano. En ella firmaba como la heredera legítima, y sucesora en estos reinos de Castilla y León. Del mismo modo, también escrita de

su mano fue la misiva con que me contestó, accediendo a nuestra entrevista y citándose conmigo en un lugar llamado los Toros de Guisando.

-Estableceremos nuestro campamento en Cebreros -les dije a mis hombres. -Seguramente él, saliendo de Madrid donde se halla con su corte, sentará sus reales en Cadalso, a cuatro leguas de nosotros.

Cuando nos encontramos, frente a una venta que allí había, llevaba el arzobispo de Toledo las riendas de mi cabalgadura. Don Alfonso Carrillo había sido mi mentor desde la infancia; él mismo había vigilado la virilidad de Enrique, y le rogué que me acompañara a Guisando, junto con Pedro de Padilla. Mi hermano fue el último en llegar; con grandes voces, un oficial anunció su presencia Pude observar la gran destreza con que dominaba su montura: jadeaba y estaba sudoroso, por causa de la dura carrera. Se adelantó con sus caballeros y prelados, mientras las bestias relinchaban, inquietas.

Se pasó la mano por la frente y sacudió el sudor que goteaba por sus sienes. Permanecía erguido en su caballo y se volvió hacia mí.

-Os deseo ventura, Isabel -dijo, con una inclinación. -Disculpad mi tardanza.

Todavía era de día. El sol se ocultaba tras las lomas y los caballos agitaban las crines, espantando a las moscas. Quise yo desmontar para besar su mano en señal de sumisión, pero él no lo consintió y se apresuró a ayudarme. Se acercó, me abrazó y me besó ante todos, y después de un corto silencio añadió, poniendo la mano en mi hombro:

-Pasaremos dentro. Conozco este lugar, y sé que nos servirán una buena cena.

Irrumpió en la sala dando grandes zancadas, y yo lo seguí. Me agarró del brazo.

-La paz en Castilla parece asentada -afirmó, con una ancha sonrisa. Yo tragué saliva.

-Sí -respondí.

-Hoy mismo voy a juraros como heredera para sucederme en el trono... y os tomaré por hija -añadió, dándome golpecitos en la espalda. Al oír estas palabras lisonjeras, me tranquilicé: lo encontraba de mejor talante de lo que había imaginado.

-Os lo agradezco, Enrique.

De nuevo me abrazó, y observé su cara enrojecida. Su respiración era tan fuerte como los resoplidos de un caballo.

-Esta misma noche saldremos juntos para Cadalso. Allí descansaremos -añadió, y se dejó caer encima del banco de madera.

Sin querer, se me pasó por la cabeza que le hubiera venido bien darse un baño. Se dirigió a sus caballeros en forma grosera.

-Traedme vino -aulló. -Con un buen estofado de buey.

Permaneció sentado en el tosco banco, y yo lo hice a su lado. Levantó el vaso, lo bebió un trago y chasqueó la lengua. Me ofreció una copa de vino, que yo rechacé.

-Bien, me han dicho que no bebéis vino. ¿Es verdad eso?

-Solamente lo tomo con agua.

-Tampoco coméis mucho.

Vi que me observaba con sus ojos dorados, mientras se daba palmadas en el muslo y se limpiaba los labios en el mantel. Un denso silencio se instaló entre ambos durante largo rato. De repente, abrió la boca y carraspeó.

-¿Deseáis retiraros a descansar? -me preguntó.

-Gracias, no me vendrá mal.

De nuevo se llevó el vaso a los labios y sorbió con avidez. Se cubrió la cabeza con la oscura capucha y, ante mi atónita mirada, allí mismo cayó en un sueño repentino y profundo.

***

A últimos de agosto, Enrique firmó en Cadalso de los Vidrios un documento reconociéndome como su heredera. Un día después, en Cebreros, conocí la noticia, y la celebré con toda la corte.

En adelante, él no trató de ocultar su satisfacción. A mediados del mes de septiembre tenía que ir a Casa-Rubios, y yo lo acompañé. Días después me nombró oficialmente heredera; más tarde, salió para el Pardo con alguno de sus caballeros, pasando luego a Rascafría. Cuando volvió, nos marchamos juntos a Ocaña, donde permanecimos durante algún tiempo. Por entonces, se vio obligado a partir hacia Andalucía. Cuando me lo comunicó sentí un inmenso alivio, y me volví para ocultar mi regocijo.

-Necesito que me prometáis dos cosas -dijo secamente. -Que no saldréis de Ocaña, y que en mi ausencia no tomaréis ninguna decisión sobre vuestro casamiento -exigió. Yo observé su rostro congestionado.

-Os lo prometo -contesté, tratando de que mi voz sonara afectuosa.

De esta forma, me comprometí a no casarme con ningún pretendiente sin la aprobación de mi hermano. No obstante, he de confesar que por vez primera acudí al disimulo y el engaño, pues estaba cansada de sus coacciones y amenazas. Escogí las palabras con mucho cuidado:

-Solamente, os ruego me permitáis trasladar a Ávila el cadáver de nuestro hermano Alfonso -solicité. -Cuando murió, juré que lo haría.

Enrique frunció el ceño, pero terminó por acceder. Me dio la espalda, exasperado.

-Está bien, está bien.

Supe que había vencido. No podía permitirme el lujo de que me juzgaran débil, y tomé una determinación: pondría como excusa aquel viaje, y en cuanto pudiera me escaparía de Ocaña.

Tan pronto como me vi sola, marché hacia Madrigal: allí me reencontré con mi madre, con la abuela y el resto de mis damas.

XI. VIENTOS DE BODA

Siendo yo niña todavía, me había llamado la atención un refrán que escuché en boca de mi madre:

-A mucho se atreve el que se casa; pues, si acierta en eso, acierta en lo más importante de su vida.

Tiempo atrás, la abuela me había regalado una colcha muy linda, traída de Italia: era de seda gruesa y blanca, bordada con pavos reales en sedas de colores. Quizá no fueran pavos, sino faisanes, pero tenían unas colas hermosas. Ella me guardaba la colcha, para dármela cuando me casara.

-Lo malo es que de tanto estar guardada la tela vaya a abrirse, y se desbaraten los faisanes -le dije, riendo.

Mis damas y yo hablábamos a menudo del tema. Ellas me habían dicho que, cuando en la familia de alguna no había dote, no tenían más remedio que endosarle la muchacha a un viejo, si es que alguno la pretendía. Y si no hallaban a ninguno, la ingresaban en un convento.

-Y no en cualquiera, sino en uno que tampoco exija dinero a la familia -dijo Beatriz.

Yo había nacido hija de rey, y él me dejó bien equipada. No obstante, tenía que admitir que, dispuestos a casarme, parecían haberme puesto en venta en la feria de Medina del Campo.

-Ya veis, teniendo sólo siete años ya me habían hablado de Fernando de Aragón, que no tenía más que seis...

Mi antigua dama Isabel Castañeda intervino, con su voz aguda:

-Según he oído se habló también de Carlos, que era su hermanastro mayor -parpadeó. -Tengo entendido que fue un señor muy culto, pues había traducido a Aristóteles y redactó una historia de Navarra.

Yo asentí. Acababa yo de cumplir los nueve, y Enrique ya había ofrecido mi mano al rey de Aragón para su primogénito Carlos, príncipe de Viana. Las negociaciones quedaron rotas tras la muerte del príncipe Carlos.

-Sí, se trataba del heredero del trono -recordé. -Yo ni siquiera me enteré del proyecto, pues murió de forma misteriosa un año después.

-Muchos creyeron que lo había envenenado su madrastra, la madre de Fernando -afirmó Beatriz.

Mi hermano quería ganarse a la poderosa familia Pacheco, y para ello me ofreció después en matrimonio a Pedro Girón, maestre de la orden de Calatrava y hermano de Juan Pacheco, marqués de Villena.

-Más tarde quisieron unirme a don Pedro Girón -recordé, divertida. -Éste, además de ser de condición muy baja triplicaba mi edad, pues tenía más de cuarenta años... -Isabel arrugó el ceño.

-Y era hombre de pésima fama, según dijo mi madre. No quiero ni acordarme, cuando ella se enteró de que habían preparado la boda, y que el novio se acercaba orgulloso a conseguiros como fuera.

Yo tampoco podría olvidarlo. Recuerdo que estaba metida en la cama con fiebres, y hacía tanto frío que el aire formaba una nube sobre mi cabeza. Me sentí desgraciada al saber que otros elegían mi destino. El amor era para mí lo más importante de la vida; los matrimonios de conveniencia me parecían monstruosos, bastaba ver a mi hermano y su esposa. Afirmé:

-En aquella ocasión, mi resistencia fue tajante: jamás contraería semejante matrimonio. No me casaría con él, y juré que me mataría, con tal de que no me pusiera un dedo encima. -Beatriz me miró.

-Pasasteis un tiempo muy acongojada, sin comer ni beber, pidiendo a Dios que os librara de aquella vergüenza. Yo procuraba en vano consolaros.

-Es cierto -afirmé. -De rodillas, llorando ante un crucifijo, repetía una y otra vez: *Señor, no dejéis que me entreguen a semejante hombre, pues prefiero morir.* -Ella dijo, con una risita:

-Mientras, yo había sacado mi daga, y juré sobre ella que la clavaría en el corazón de don Pedro. Todo, antes de admitir que se convirtiera en vuestro esposo. -Asentí:

-Y yo te abracé. Aguardábamos con terror su llegada cuando ocurrió aquel macabro accidente. -Ella alzó la cabeza:

-Un hecho tan extraño que cuesta trabajo creerlo. ¿Lo recordáis? Se había puesto en camino el gran maestre desde Almagro a Madrid para formalizar la pedida de mano, con un lujoso séquito de caballeros, y toda la pompa que merecía la boda...

-Y se detuvo a descansar con sus acompañantes en un castillo del camino, cuando vieron venir por el cielo una gran bandada de cigüeñas, llevando delante una que las guiaba -Beatriz asintió:

-Al parecer, llegaron encima del castillo y se estuvieron quietas un buen rato en el aire, haciendo tanto ruido con los picos que daba pavor escucharlas -carraspeó. -Más tarde se juntaron todas, formando una rodela tan grande que ocultaba el sol, y dicen que siendo pleno día se oscureció el lugar como si fuera noche cerrada... -La abuela intervino, echándose hacia atrás en su asiento:

-Todo eso es muy cierto. Luego, las cigüeñas volaron en la misma dirección que él tomaría al día siguiente.

-Recuerdo que, al otro día, mi futuro novio emprendió el camino hacia Madrid, donde yo estaba entonces -dije, incorporándome. -Iba al parecer muy sano y alegre, pensando en las

lujosas fiestas que se harían por nuestra boda. Llevaba la idea de comprar albardas, sayos, calzas, jubones y otras ropas, porque le dijeron que eran recias, bien medidas como las que más.

-Y borceguíes de badana, piel curtida de oveja -sonrió la abuela. -Todos se frotaban las manos pensando en el negocio que se avecinaba.

Habríamos de salir, una vez terminadas las fiestas, por la puerta que llaman de los Moros, y que está destinada a musulmanes y judíos. Dejando atrás la villa, viajaríamos hacia Toledo.

-Habrá que reparar el puentecillo que salva el foso exterior de la muralla -había dicho Enrique

Mi madre, que estaba aquellos días mejor, dijo que también lo recordaba. No era extraño, pues lo ocurrido fue tema de conversación en toda Castilla.

-La comitiva se detuvo en Villarrubia -rememoró. -Pero al llegar a una posada, en la primera noche don Pedro contrajo una terrible enfermedad que lo llevaría al sepulcro.

La abuela movió la cabeza. Me estaba haciendo una camisa con una tira bordada que le dio mi madre, de un tejido muy fino. Aprovechó el bordado para el escote delantero, y la espalda la sacó lisa. Lo malo era que se transparentaba demasiado: cuando me miraba al espejo me veía en el pecho dos botones oscuros.

-Tendréis que hacerme un forro de seda -le dije. Ella suspiró, y siguió rememorando:

-A don Pedro, los médicos le diagnosticaron anginas. Pero algo peor debió ser, pues entró en agonía y falleció al día siguiente. Por cierto, que rehusó los sacramentos...

Me quedé pensativa: mi pretendiente murió, al parecer, de una repentina infección en el vientre. Quizá, el destino había querido aliarse conmigo ante una boda que no deseaba.

-Alguien atribuyó su muerte al veneno que uno de mis nobles le dio, pero bien sabe Dios que yo no tuve parte en eso -afirmé. Mi madre intervino:

-No, más pienso que el Señor lo castigó por su soberbia -aseguró, muy convencida.

-Todo hay que agradecérselo a Dios -suspiró Mencía de la Torre, y yo me eché a reír.

-Bueno, no vamos a discutir por eso. Lo cierto es que llegó un mensajero, para informarnos de que mi pretendiente estaba muerto.

Aquel recuerdo me incomodaba, y me hubiera gustado dar fin a la conversación, si no hubiera sido porque la abuela parecía encontrarse en su ambiente. Se observó las arrugadas manos.

-Te pretendió más tarde el rey de Portugal que era viejo, viudo y con hijos -recordó. Yo afirmé:

-Podía ser mi padre, y aún mi abuelo... -Ella chasqueó la lengua:

-Es que, según tu hermano Enrique, tenías que conseguir un marido, aunque fuera de palo...

Todas nos echamos a reír. Estuvimos recordando el día en que mi pretendiente llegó de Portugal para pedir mi mano, con una embajada muy pomposa.

Vestía yo una sobrefalda larga de terciopelo verde, muy suave y cálido, y una camisa a juego. Me asomé a la ventana para observarlo mejor: andaba encorvado y tenía la cabeza grande, y el pelo muy escaso. Cuando entré se quedó boquiabierto, y pude ver que tenía los dientes amarillos y desiguales. Llevaba una túnica basta, no muy limpia, y trató de pronunciar unas palabras en castellano, con claro acento portugués:

-Señora, permitid que os ofrezca mi reino y mi persona. -Hice un esfuerzo por mostrarme amable:

-Os lo agradezco, pero sabed que no pienso casarme por ahora -contesté.

Él se mostró atónito al escuchar mi respuesta. Como yo me negaba, mi hermano amenazó con encarcelarme en el alcázar de Madrid; pero yo me hacía la sorda, pues quería permanecer soltera. Sin embargo, temeroso de mis partidarios, Enrique no cumplió su amenaza.

Beatriz aguantó la risa.

-Andaba de una forma rara, pero no estaba tan mal -dijo. La abuela suspiró:

-Deberías consultar a un médico de ojos -bromeó, dejando la costura a un lado.

Era muy cierto. Tuve que echar mano de todo mi valor para no huir cuando lo vi.

-Así que Enrique no tuvo más remedio que despedir a los embajadores -terminé, riendo.

Nunca llegué a usar la ropa que me hicieron para la ceremonia y la guardé en el fondo del arcón, junto con mis madejas y cintas de colores. Cuando en una ocasión fui a ponerme el vestido, vi que estaba medio deshecho: se abría el raso, se rasgaba el cuerpo ceñido plagado de bordados, y la sobrefalda que llevaba un viso para que no se traslucieran las piernas.

***

La abuela estaba bebiendo aguamiel, y se relamió como un gato. Ese día nos habían servido pichones en salsa y pasteles morunos, y habían adornado la mesa con flores silvestres. Los músicos tañeron dulcemente; mi juglar preferido había entonado una bella canción.

-Siempre fuiste enemiga de que te violentaran -me dijo, insistente. -¿Hubo algún novio más?. -Yo la observé, divertida:

-Por supuesto que sí. Tiempo después llegó a Castilla otra embajada en son de boda: era del rey Eduardo de Inglaterra, que me solicitaba para su hermano Ricardo, duque de Gloucester. Pero tampoco me consiguió.

Recuerdo que en aquella ocasión sonaron en el patio las gaitas y cuernos de madera. El embajador inglés se presentó ante mí y me entregó una carta.

-Es de vuestro prometido, el duque -dijo, con una reverencia. No tardé en responder:

-Sólo me casaré con un noble de Castilla, es lo que hubiera deseado mi padre.

El embajador dio un paso atrás.

-¿Lo habéis pensado bien? -chilló, exasperado. Yo no me inmuté.

-Lo siento mucho -dije, y me retiré del salón.

Luego pidió mi mano el rey de Francia para su hermano, el duque de Berry. Había yo enviado a Lucio Marineo Sículo, mi capellán, para que espiara en París, y me vino diciendo que

era el pretendiente tan flaco de miembros que se le podía tomar por deforme. Además de ser afeminado, tenía los ojos pitañosos.

-Ya está de camino hacia acá, y lo acompaña un gran contingente de hombres armados -me informó. Mi madre era partidaria de esta boda.

-Hija, es hermano del rey... Además, con el tiempo es posible que se haga más robusto.

-¡Jamás! -me resistí. ¿Cómo podré soportar el acto carnal con semejante alfeñique?

-Ah, querida mía, puedes apagar las bujías -me consoló ella.

Por suerte, el arzobispo Carrillo alegó a mi favor que un marido francés avivaría los rencores de las gentes de Castilla.

-Ellos no consentirían que gobernara una mujer -explicó.

Recuerdo que, para la entrevista, en lugar de mi capa bordeada de piedras preciosas escogí una túnica de lana, con un cordón atado a la cintura. La delegación entró en la sala, y colocaron ante mí una arqueta llena de joyas. El duque se inclinó, haciendo ondear el sombrero que le ocultaba el rostro casi por completo.

-Tenéis ante vos al duque de Berry, hermano del rey de Francia -farfulló. -Corre por mis venas la sangre más ilustre de Europa... -Yo me puse furiosa:

-¿Pensáis acaso que yo desciendo de mendigos? -Él cambió de actitud.

-Perdonad, señora. Os ruego que me aceptéis como marido.

Me puse rígida.

-Os presento mis disculpas, pero no tengo intención de casarme. -Él me soltó la mano, como quien aparta a un bicho ponzoñoso.

-No pienso olvidar este desaire -masculló.

Yo miré alrededor. Vi que mis damas escuchaban sin pestañear y proseguí, despacio:

-Tan firme me mantuve para eludir el compromiso que los franceses volvieron a su país con las manos vacías. Mi propio hermano cabalgó para acompañarlos en su partida. -La abuela me miró de reojo.

-Es porque se había empeñado en casarte, bien fuera con Pedro, bien fuera con Juan...

-Me exigió la promesa de no comprometerme con nadie durante su viaje a Andalucía, que estaba a punto de emprender -afirmé.

Así que tampoco tuve ocasión de usar un faldellín brochado ni la camisa de estilo moruno, ni la chaquetilla toda de oro que se pegaba al cuerpo y otra marrón con medallones brillantes; estaba todo en el fondo del arcón, aguardando el momento en que hubiera necesidad de usarlo.

Observé a Beatriz y la tomé de la barbilla.

-¿Y tú? Por estar a mi lado, no te has casado todavía. ¿Cuándo vas a escoger un marido?

Guardó silencio unos instantes, con la mirada baja:

-Andrés de Cabrera quiere desposarse conmigo -declaró. -Me lleva diez años, pero no me importa. Me agrada su aspecto, y es un hombre valiente y honrado. -Me mostré complacida.

-Me alegro, es uno de los caballeros más honestos que he conocido. Sin duda, vuestro

matrimonio será muy feliz.

Las otras no tardaron en rodearnos. Su alegría era contagiosa.

-¡Estamos tan contentas!... -dijeron, abrazándola.

***

En aquel momento, una rara intuición hizo que observara a mi madre, y vi que los síntomas del delirio se estaban apoderando de ella: tenía el rostro crispado y su mirada se había ensombrecido. Traté de ocultar mi inquietud.

-Le he dicho a mi esposo que perdone a don Álvaro -sollozó. -Él dice que no puede volverse atrás...

-¿Qué dices, hija? -le preguntó la abuela.

Yo no sabía qué hacer. Fui hacia ella y le tendí la mano, buscando la mirada de sus ojos azules.

-Debéis estar tranquila -dije, acariciándola. -Don Álvaro está vivo, y se ha retirado a descansar.

Ella se volvió a mis amigas y musitó, llorosa:

-No dice la verdad...

Sin añadir nada se marchó. Todas nos miramos, consternadas: al parecer, la pasajera lucidez había dado paso a su habitual confusión.

Vi que la abuela la seguía, arrastrando los pies. Estaba acostumbrada a soportar los arrebatos enfermizos de su hija, sin apenas separarse de ella.

-Que Dios se apiade de todas nosotras -iba murmurando.

Desde entonces, mi madre cayó de nuevo en una tristeza cuajada de alucinaciones. Cercana a la locura, no hacía otra cosa sino vagar, gritando por los corredores:

-¡Don Álvaro, don Álvaro... !

Por si fuera poco, alguien se entretenía en el castillo imitando la voz profunda del condestable de Castilla, don Álvaro de Luna.

Por entonces había llegado a nuestra casa un extraño personaje, enviado sin duda por mi hermano Enrique: era moreno, con un gitano, y andaba siempre solo. Tenía los ojos negros y profundos, y hablaba en voz baja y un poco ronca. Un día, aquel vil caballero quiso atentar contra el honor de la reina viuda.

Desde entonces, la desdichada se encerró en una oscura habitación. Sumida en un horrible silencio, sólo lo rompía para contar a voces la comida que a su esposo y a ella les ofreció don Álvaro antes de morir.

-La hizo servir en confiteros y fuentes de oro, con cubiertos de sutiles esmaltes... -gemía.

Siempre que he podido la he visitado después, en el castillo donde ha vivido enajenada durante más de cuarenta años. Una de mis mayores penas fue el verme rechazada por ella, cuando perseguida por Enrique quise refugiarme a su lado.

No quiso consentirlo y rompió de este modo los últimos lazos que me ligaban a mi infancia.

No obstante seguí viéndola, y allí la encontraba indefensa, sin consuelo y perturbada la razón.

***

Hacía ya tiempo que Enrique mantenía la firme decisión de casarme con el rey de Portugal. Me había dejado en Ocaña con la condición de que no me moviera, como si recelase algo, o sospechara que estaba dispuesta a contraer matrimonio sin su consentimiento.

-Quizás, con el tiempo, vuestro hermano el rey se haga más indulgente -trataban de consolarme mis amigas.

Aquella mañana me sentía muy mal. Me lavé la cara con agua fría, para borrar cualquier señal de llanto, y me dirigí hacia la sala. Mis damas no estaban allí, pero sí la abuela, que me observó con el ceño fruncido. Hizo señas de que me acercara.

-¿Te ocurre algo, niña? -quiso saber. -Parece que has llorado.

-Yo no he llorado, abuela.

Suspiró, no muy convencida. En el patio resonaba el choque de los de los cascos en la piedra, junto a las voces de los hombres. Desde la ventana podía oírse el chapoteo del agua en el foso, y más allá el sonido de los cuernos, que anunciaban una próxima cacería. Por encima de todo, se percibía en el aire un fuerte aroma a hierbas silvestres.

-No quieras engañarme -insistió. -¿Qué te ocurre? ¿Se trata de tu madre? -Yo denegué.

-No, no se trata de eso.

Se acercó, y rodeó mi cintura con su brazo tembloroso. Había en su mirada una mezcla de afecto y astucia. Entrecerró los ojos

-Tú amas a alguien... -dijo. -¿Quién es él?

No pude contenerme, y la abracé con fuerza.

-Oh, abuela, parece que leéis mis pensamientos. La verdad es que no puedo olvidarlo.

-¿Olvidar a quién, Isabel? Si me dices de quién se trata, quizá pueda ayudarte. -Yo me encogí de hombros.

-Da igual -respondí. -Es... un buen amigo.

-Vamos a ver, ¿quién es? -insistió, y yo estallé en sollozos.

-No lo comprenderéis. Se trata de... Gonzalo de Córdoba. Es más joven que yo, tiene la edad que tenía Alfonso, y convivimos durante varios años. Estuvo sirviéndolo hasta que murió...

Ella asintió con la cabeza.

-Ya lo recuerdo -musitó. -Lo conocí en la corte de Segovia, muy joven aún. Parece que asombraba a todos manejando las armas, pues lo hacía lo mismo a la española que al estilo morisco... -traté de serenarme, y me limpié las lágrimas.

-Sí, mostraba siempre una gran destreza en los torneos y paradas. -Noté que se ponía rígida.

-Eso no es suficiente -gruñó la abuela, disgustada. -Tienes que buscar un buen partido, alguien que tenga sangre real.

Sentí haberle revelado mi secreto, como una vez me ocurrió con Alfonso.

-Olvídalo, abuela -le dije.

-Está bien, está bien -repuso ella. -Pero no ignores mi consejo: en estas batallas, el que huye es el vencedor...

XII. REENCUENTRO

Dicen que no hay amor como el primero; lo cierto es que, sin Gonzalo, mi vida se encontraba vacía. Hacía tiempo que habíamos dejado de escribirnos, y no sabía nada de él. Así que, tras mucho cavilar, decidí hacerlo de nuevo para llamarlo y tomarlo bajo mi tutela. Sabía que nuestros sentimientos eran recíprocos, y que él también me echaba de menos. Llamé a Beatriz de Bobadilla.

-Por favor, ¿quieres traerme pluma y papel?

Garabateé varias notas, y ninguna me satisfacía. Por fin logré terminar, y tuve preparado el mensaje. No me resultaba fácil hallar un correo de confianza, pues el anterior se había ausentado de la corte, pero lo encontré. Los caminos hacia Andalucía eran peligrosos, y tuve que compensarle muy bien con tal de que llevara la carta a su destino.

-Me haría falta alguna protección -indicó.

Se la proporcioné, y le ordené que partiera enseguida. Yo me sentía muy inquieta, pero a Beatriz le entusiasmaba el plan. Apoyó la mejilla en mi hombro.

-No desesperéis, querida Isabel -me tranquilizó.

Pasaban los días, y yo me impacientaba aguardando una respuesta. Una mañana se oyeron unos golpes en el portón de la muralla; minutos después, la puerta de mi gabinete se abrió y entró el maestresala.

-Unos caballeros preguntan por vos -indicó. -Al parecer, el más joven solicita entrar a vuestro servicio. Cuando he querido fijarle una asignación, me ha contestado que no ha venido por el interés, sino por la esperanza de serviros, y de poder besar vuestras manos.

Miré por la ventana: Gonzalo permanecía a caballo, fuerte y erguido, con sus ropas de terciopelo. El oscuro cabello le caía sobre los hombros y sus ojos brillaban.

Fue para mí como ver las estrellas a mediodía. Estaba demasiado alterada para salir, cuando Beatriz entró en la sala.

-¿Sabéis quién ha venido? -preguntó, en tono jovial. Me volví desde la ventana enrejada.

-Hazme un favor, Beatriz -imploré. -Recíbelo tú.

***

Luego, mi amiga me contó que, al verla, él no había disimulado su extrañeza.

-¿No está vuestra señora? -preguntó. Ella se puso seria.

-Lo siento, doña Isabel se ha ausentado hace días. -Él había palidecido, pero siguió hablando en tono seguro.

-Pensé que estaba aquí -afirmó. Beatriz cambió de expresión. Trató de desarmarlo con su sonrisa pícara.

-Y lo está -contestó, divertida. -Sólo trataba de haceros sufrir un poco...

Quería yo estar con él a solas, así que hice que lo introdujeran en mi gabinete privado. Me quedé sin respiración cuando lo vi: no parecía el mismo que se había despedido unos meses antes, aquel muchacho que cantaba entre dientes, mientras surcábamos las ásperas veredas de Castilla.

-Por favor, entrad -le indiqué.

Se había convertido en un arrogante caballero, y mostraba una gran seguridad. Me besó las manos y se me detuvo el aliento.

-A vuestras órdenes, señora -me dijo. Yo traté de sonreír:

-Tenéis un aspecto excelente. Se nota que os habéis ejercitado en la guerra.

Antes de que pudiera impedirlo, me estrechó contra sí. Gracias a ello me sostuve de pie, pues sentí que me desvanecía. Quise liberarme, pero me abrazó con más fuerza.

-No pienso abandonaros, Isabel. -Yo intentaba dominar mi turbación.

-Por favor, pueden vernos mis damas. -Él se echó a reír alegremente.

-¿Y qué, si nos ven?

***

Desde ese momento, Gonzalo fue siempre mi mejor caballero y, hasta el día de hoy, me ha guardado fidelidad y amor.

Se superaba en el manejo de la espada, la lanza y la rodela; montaba a caballo como un príncipe y nadaba como un pez. Volvió a ganarse el aprecio de todos, como ya antes había sucedido: mis damas lo adoraban, pero ahora también las señoras maduras. Tanto era así, que lo nombraron príncipe de la Juventud.

-Es chistoso y, sin embargo, en el fondo es muy serio -comentaban. -El más ocurrente, y el de más animada conversación...

Tenía fama de imponer su autoridad sin ninguna violencia. En los torneos y justas seguía luciendo como nadie, tanto por la fuerza de su brazo como por su gentil aspecto. No tenía tampoco rival en los juegos de cañas, pues era habilísimo en todo; y, como deseaba lucir ante mí, era tan espléndido que llegaba al derroche.

-Se procura los mejores caballos y aderezos -decían con admiración. -Pues, ¿qué diremos de sus armaduras? Y tiene los mejores muebles de la corte, muy por encima de sus rentas.

Corría cintas a caballo y lidiaba en la plaza a los toros con rejón, pero también se lucía a pie con la capa y poniendo banderillas y garrochas.

De todas formas, se mostraba cauto al hablar de su vida privada. Un día me anunció:

-Voy a unirme a los nobles rebeldes. -Yo me sobresalté.

-¿De qué rebeldes habláis?

-Los que quieren expulsar a vuestro hermano Enrique -contestó, exaltado. -Tenemos que

impedir vuestra boda con el rey de Portugal. -Yo le sostuve a la mirada.

-¿Y qué se puede hacer?

Apoyó su mano en la mía. La pasión había teñido sus mejillas, y los mechones le caían en desorden sobre la frente.

-Ya lo veremos -dijo. -¡Os amo, Isabel! -añadió con fervor, y me besó en los labios.

***

Decía Beatriz que en nuestras riñas de enamorados salían doblados los amores, pues empezábamos riñendo y acabábamos besándonos.

-Más tarda él en pedir que vos en consentir -reía. -Aunque, por besar y abrazar no han ahorcado a nadie...

Supe que Gonzalo había recibido una carta de su hermano mayor. En ella le pedía cuentas por lo excesivo de sus gastos, y lo instaba de nuevo a moderar su derroche. Su contestación fue tajante:

-No me arrebataréis mi grandeza de ánimo, haciendo que tema la pobreza -le dijo. -Porque he soñado que nunca me abandonará mi estrella, y seré más grande que vos...

No obstante, una tarde apareció ante mí para comunicarme que se veía obligado a volver a tierras andaluzas.

-Debo regresar de inmediato a Córdoba. Es una emergencia, los moros han atacado la ciudad. Mi hermano solicita mi ayuda, y no puedo negarme -añadió gravemente. Yo me sobresalté.

-¿Será por mucho tiempo?

-No podría decirlo -repuso. -Si me necesitáis, enviadme un mensaje.

-En ese caso, acudid cuanto antes. Pero recordad que me debéis acatamiento -sonreí, tratando de ocultar mi congoja.

-¿Es que acaso falto a mi palabra?

Yo lo miré a los ojos. No me acostumbraba a la idea de tenerlo lejos de mí.

-Jurad que no me olvidaréis. -En su rostro se dibujó una expresión ansiosa.

Lo juro -prometió. -Pero, antes de partir, tenemos que vernos a solas.

***

Nos citamos fuera de las murallas. El sol se había ocultado cuando dejamos los caballos, nos dirigimos hacia el río y caminamos por la orilla cogidos de la mano. Íbamos pisando la hierba, y las hojas de un sauce nos rozaron al pasar. Él se volvió.

-Venid aquí, Isabel. -Algo hizo que me estremeciera.

-Aguardad, he de hablaros...

-Decidme lo que sea. -Yo me separé bruscamente.

-¡Oh, Gonzalo, no puede ser!-gemí.

Me miró con sorpresa.

-¿Qué ocurre?

-No puedo... -insistí. Lo vi enrojecer.

-No os entiendo, Isabel.

-No puedo perder... mi castidad -le dije en voz baja. -Y debéis comprenderme, ya que sois mi amigo y me debéis respeto. -Él estaba perplejo.

-¿Habéis hecho voto de entrar en un convento? -Yo denegué:

-No, pero de niña le prometí a mi madre llegar virgen al matrimonio, y sabéis que guardo mis promesas. -Me detuve un momento. -He de ser reina de Castilla, y sabéis lo que eso significa: debo guardar fidelidad al lecho de mi futuro esposo.

Él habló sordamente:

-No comprendo nada, Isabel.

Se alejó y anduvo a largos pasos, como un animal enjaulado; luego se volvió.

-Sé que no vais a cambiar de opinión -agregó, como si lamentara seguir hablando del tema. -Podéis confiar en mí. Y no tenéis que preocuparos, nunca sería capaz de guardaros rencor.

Yo me sentí morir:

-Aún así, quiero que sepáis que os amo -murmuré.

Él permaneció callado, mientras yo contenía la respiración. Tomó mis manos y las besó una y otra vez. Me besaba la palma y el envés de las manos.

-Para borraros de mi alma, será preciso que la vacíe -me dijo.

Vi cómo deslizaba en mi dedo una fina alianza.

-Por favor, aceptadla. Es para que no me olvidéis.

-Nunca os olvidaré, Gonzalo...

XIII. UNA IMPORTANTE DECISIÓN

Aunque creía conocer a Enrique, estaba equivocada: mi hermano no aceptaría que yo eligiera un marido a mi gusto. Había decidido apresarme, y lo supe hallándome en Madrigal. Lo comenté con el arzobispo Carrillo.

-¿Creéis que atentará contra mi vida? -Él denegó.

-No lo permita Dios -dijo, persignándose. -Pero es seguro que nos atacará.

Los caballeros de mi guardia estaban de acuerdo:

-Nunca hemos visto en un peligro igual la princesa -afirmaban, y lo mismo hacían mis damas y criados.

Sabiendo que las gentes de Enrique venían a tomarme prisionera, los vecinos de Madrigal se rindieron a las tropas reales, permitiéndoles la entrada en la villa. Traté de huir acompañada de los míos, pero el capitán de mis soldados mandó que me arrestaran.

-¡Dad marcha atrás! -nos ordenó. Luego, se dirigió hacia mí.

-Os ruego que desmontéis -indicó. -Os tomo presa, en nombre de vuestro hermano el rey.

Me quedé sin fuerzas. Más de diez hombres me rodearon, conduciéndome hacia el puente del foso.

-Dejadme sola, no me sujetéis -exigí.

Todas mis damas me desampararon en aquel trance, lo que tardé mucho en perdonarles. Hasta mi mejor amiga, Beatriz de Bobadilla, me abandonó. Las había yo favorecido mucho siendo, más que su señora, una generosa amiga. Ellas siempre correspondieron a mi afecto; pero en esta ocasión fue tal su pánico ante las amenazas del rey que, todas a una, trataron de convencerme para que accediera a la boda con el de Portugal.

-Quizá vuestro futuro esposo logre enamoraros -insinuó Mencía de la Torre

-Aprenderéis a amar a vuestro marido, y olvidaréis vuestros amores juveniles -la apoyó Beatriz. -Sin duda, el lecho os ayudará...

Por fortuna, el arzobispo de Toledo y el almirante don Fadrique llegaron a tiempo de salvarme, y me arrebataron a los hombres del rey. El prelado había llamado en nuestro auxilio a su antiguo amigo el almirante, y reunieron las tropas suficientes para llevar a cabo su propósito.

-Vendréis con nosotros a Ontiveros -me tranquilizaron. -Allí estaréis a salvo.

Luego, el clérigo se quedó a solas conmigo.

-Para burlar los planes de vuestro hermano Enrique, os conviene desposaros con

Fernando de Aragón -sugirió. -Así estaréis bajo la protección de su padre, el rey aragonés.

Yo me sentía confusa: algún tiempo antes mi propio capellán, que lo había visitado en Zaragoza, estuvo elogiando las cualidades de Fernando, aunque me dijo que una gota de sangre judía circulaba por sus venas. Era, según él, de mediana estatura, bien proporcionado, moreno, con los ojos alegres, los cabellos oscuros y, sobre todo, muy inteligente.

Ya que tenía que elegir a un marido, lo consideré el menos enojoso de todos. Además, me había resignado a contraer matrimonio de estado, más que nada por motivos políticos, ya que deseaba sobre todo unir Aragón a Castilla.

Esta vez, la abuela estuvo de acuerdo con mi elección. Sonrió, satisfecha:

-Sí que es un buen partido -afirmó. -Pues, como ha muerto su hermano mayor, será él quien herede el trono. Así podréis unir Aragón con Castilla...

Contaba con la ayuda del arzobispo de Toledo y del almirante de Castilla, don Fadrique Enríquez; ellos me condujeron a Valladolid, donde me hallaba a mediados de septiembre. Desde aquí envié como emisarios a Gutierre de Cárdenas y Alonso de Palencia.

Estando en estos sobresaltos, recibí por entonces el primer regalo que Fernando me hizo: un collar muy rico, valorado en cuarenta mil ducados. Me lo entregó Gutierre de Cárdenas, que se había encargado en secreto de los trámites de nuestra boda, redactando las cláusulas que Fernando aceptó. Era su padre don Rodrigo de Cárdenas, y su madre Teresa Chacón, sobrina de Gonzalo, que había influido desde Casarrubios en nuestro matrimonio.

El collar llevaba siete grandes rubíes pendientes de una cadena de oro macizo, alternando con ocho perlas ovaladas muy gruesas. En el centro, engastada en oro, iba una enorme y bellísima perla en forma de pera. Me quedé tan asombrada al verlo que no me atrevía a ponérmelo.

-Además, os envía un bolsillo con ocho mil florines de oro -me indicó Gutierre de Cárdenas. -Los ha obtenido con gran esfuerzo de unos prestamistas judíos.

Tomé yo aquel dinero y, sin dudarlo, lo repartí entre mis fieles servidores. Al parecer, tenía Fernando por entonces el collar empeñado en Valencia y tuvo que trasladarse allí, para rescatarlo. Poco antes, su padre le había concedido el reino de Sicilia, que pertenecía a la corona aragonesa, para otorgarle mayor categoría y que no se presentara ante mí como un desheredado.

Castilla se alborotó con la noticia, y todo el mundo me hacía preguntas:

-¿Cómo conocisteis a Fernando? La decisión ha sido tan repentina...

Me dijeron que, cuando Gonzalo lo supo, había pedido el hábito en un monasterio de Córdoba. Pero el prior, al verlo entrar, lo miró fijamente:

-Dios os tiene guardado para mayores cosas -le dijo.

Supe que se había entregado en cuerpo y alma a lidiar las bestias más feroces. No lo hacía a caballo, sino a pie, como si buscara el peligro; pues muchos resultaban por esta causa heridos, o perdían la vida.

***

Lo vi un momento en una partida de caza, que organizamos en honor de unos nobles franceses. Todo el mundo había desmontado. Entre el crujir de los arneses oía murmullo de conversaciones extranjeras, y el ruido de las botas sobre el terreno pedregoso. La voz estridente de una dama me sacó de mi abstracción.

-¡Ha venido Gonzalo de Córdoba!

Me oprimí las sienes para calmar los latidos que me asaltaban. Por suerte, en aquella ocasión me había esmerado en mi arreglo: llevaba una cofia de red hecha con hilos de oro y adornada con piedras preciosas. Dejé pasar un tiempo y, cuando estuve más tranquila, me aproximé al recién llegado. Tenía la tez muy morena por el sol, y sus manos curtidas sostenían las riendas del caballo.

-¡Isabel! exclamó.

-¡Gonzalo!

-Mi señora... -empezó a decir, y calló tan bruscamente como había empezado.

-¿Sí?... -Él me sostuvo la mirada.

-Ardía en deseos de veros -me dijo, y añadió, bajando la vista: -Si no os incomoda, me he atrevido a dedicaros una canción. Vuestros músicos podrán interpretarla, si gustáis.

-¿Una canción? -Hizo un gesto afirmativo.

-Es con motivo de vuestro matrimonio. Porque os casaréis pronto, ¿no es así? -Yo me esforcé por sonreír.

-Es posible...

Mi voz no sonó convincente. Se oían las bromas de los caballeros, que aguardaban la señal de partida. Gonzalo añadió:

-Quiero daros la enhorabuena por vuestro matrimonio, aunque me dolió mucho cuando me dieron la noticia -Inspiré el aire frío del lugar.

-Lo sé. Yo también lo he pasado mal -susurré. Él pareció no haberme oído.

-Hasta pensé en quitarme la vida, cuando supe de vuestro compromiso -me dijo. -Además, ese hombre... -Yo lo interrumpí.

-Ya sé que Fernando de Aragón no es ningún poeta -reconocí. -Pero Castilla está en peligro, y sólo él puede ayudarme.

No respondió enseguida. Le habían servido un vaso de vino, y lo bebió de un trago.

-Es extraña vuestra actitud, teniendo en cuenta que va a ser vuestro esposo. ¿Es que no lo amáis? -Yo disimulé una sonrisa.

-No puedo creer que tengáis celos -le dije.

-¿Eso pensáis?

-Yo, al menos, sí los tengo -suspiré. Él me habló con voz contenida:

-Fernando es el marido más indicado para vos. Con el tiempo, seréis muy poderosa...

-No se trata de eso. -Él me miró gravemente.

-Ambos tenéis... astucia, no sois tan diferentes. -Me sobresalté.

-¡Gonzalo! -pronuncié sin fuerzas.

De vuelta en mis habitaciones, no pude controlar el llanto. Desde entonces afronté la dura realidad: si me casaba con Fernando, era más por motivos de estado que por sincero amor. Poco a poco traté de olvidar mi desdicha, y terminé por aceptar lo que sabía desde siempre: yo nunca podría elegir mi destino.

Pero de algo estaba segura: mi alma había sido siempre de Gonzalo de Córdoba, y siempre lo sería.

XIV. FERNANDO

Con el tiempo, se apaciguaron los recuerdos y recobré la calma. Mis damas, y hasta los criados me observaban, esperando mi decisión.

Llevaba lloviendo una semana, pero aquel día amaneció despejado, lo que interpreté como un buen augurio. El arzobispo Carrillo de Acuña apareció temprano, vestido de jinete. Me tendió la mano para que besara el anillo episcopal.

-¿Qué opináis de don Fernando de Aragón? -me preguntó.

-¿Qué queréis que piense? Ni siquiera lo conozco.

-Pronto lo haréis. Es, al parecer ingenioso... Además, dicen que es templado comiendo, y que no prueba el vino más que a las horas de comer... Me han dicho que es muy buen jinete. -Yo me eché a reír.

-Y, según se rumorea, un poco parlanchín, y jugador. Desde muy joven se ha entregado en demasía a los juegos de naipes y al ajedrez, lo que le roba mucho tiempo... -Él salió en su defensa:

-Eso es natural en la juventud. Se dice que el día que nació vieron los astrólogos iluminarse el sol de repente, y apareció en el cielo una corona, con los colores del arco iris.

Yo disimulé una sonrisa.

-No necesitáis convencerme, arzobispo -le dije.

Sabía yo que era Fernando hijo de Juan de Navarra y Aragón, y de su segunda esposa Juana Enríquez, hija del almirante de Castilla. Nació segundón, por lo que no fue heredero de la corona hasta que murió el príncipe de Viana, su desdichado medio hermano. Fernando fue engendrado en casa de un pobre labrador en la Aldea del Fresno. Muchos años después, él me mostraría el lugar:

-Aquí me engendraron mis padres -me dijo. Era una casa muy pequeña de tierra tapiada, que poco después se derrumbó.

La abuela me había relatado sus comienzos con todo detalle. Sentada en su butaca refirió, con una mueca de ironía:

-Le crecía el vientre a su madre y, como sintió que llegaba el tiempo de parir y el hijo ya quería salir de su vientre, subió en sus andas y pidió que la llevaran a toda prisa a Sos, un lugar de Aragón cercano a Navarra...

-¿Para qué ese capricho? -Ella prosiguió en tono jovial:

-Mientras iba de camino, por espacio de tres leguas padeció de dolores de parto muy

fuertes y seguidos. Una vez llegada donde ella quería, ayudada por las parteras dio a luz a Fernando, en un triste caserón de muros renegridos que había al final de una calleja.

-¿Por qué me habláis tanto de Fernando de Aragón? -Ella notó mi expresión de burla.

-No es mi intención entrometerme...

-Vos siempre lo hacéis, pero estáis en vuestro derecho -sonreí. -Como abuela mía, se comprende el interés que tenéis por mi matrimonio.

-¿Tan indiscreta soy? -Me eché a reír abiertamente, y respondí:

-Sólo un poco. -Ella insinuó, con cierta malicia:

-Tengo la sensación de que Fernando es algo lujurioso. -Y añadió, pensativa: -En fin, el casamiento es como el melón, que sólo lo cala el tiempo...

Me informó el arzobispo de que al joven le gustaba la caza, más la de aves que la montería; que era limpio y aseado en su persona, y en los días solemnes usaba buenas ropas y un collar de oro con perlas y piedras preciosas.

Por otra parte, decían las malas lenguas que había gastado desde su juventud tanto dinero en guerras que sus arcas estaban vacías, por lo que era muy tacaño. También aseguraban que lo poco que tenía lo gastaba en los dados y juego de naipes, así como apostando al ajedrez y a la pelota. Y que odiaba leer.

Con un gesto, el prelado acalló mis protestas.

-El motivo es que se inició en la guerra antes de leer ni escribir; por ello siempre ha carecido de letras y estudios -me informó. -No obstante, tengo entendido que le gustan los libros de caballerías, sobre todo el Amadís de Gaula, que leyó cuando niño...

-También yo lo leí, con otros muchos.

-Incluso ya está establecida la dote que el rey de Aragón le otorgará.

Tenía yo por entonces diecinueve años, uno más que Fernando, y ambos éramos primos segundos. En cuanto a su dote no resultaba despreciable, pues sumaba en total veinte mil florines de oro, además del precioso collar que me había enviado. Más adelante, me regalaría una hermosa corona de esmeraldas que hicieron los joyeros valencianos, y que entonaba muy bien con mi cabello rubio. Y, con el tiempo, ambas alhajas recorrerían en varias ocasiones el camino de las casas de empeño.

Pero lo que yo ignoraba entonces era su facilidad para entregarse a las mujeres.

Así que decidí aceptarlo. Para notificarle mi decisión elegí a mi propio capellán, quien salió de incógnito disimulando el motivo del viaje, y se reunió con Fernando, que acababa de ser proclamado rey de Sicilia y heredero de la monarquía aragonesa.

Tampoco él tuvo que violentarse demasiado para escogerme como esposa, pues los poetas y los pintores de Aragón me ponderaban como hermosa y discreta.

-Ha madurado últimamente -le decían, -y se ha desarrollado su cuerpo de mujer.

A partir de entonces intercambiamos varios mensajes, burlando el cerco que Enrique había establecido en torno a mí.

***

Meses después de haberme abandonado, Beatriz de Bobadilla volvió: su esposo le había encargado que pusiera a mi disposición el alcázar de Segovia. Vivía allí a partir de su boda con Andrés de Cabrera, que era el custodio del alcázar y del tesoro de mi hermano. Salió de la ciudad disfrazada de labradora, montando un asno para no despertar sospechas, y fue a buscarme a Aranda, donde yo paraba. La condujeron ante mí y corrió a abrazarme, pero me mantuve distante.

-¿Qué estás haciendo aquí? -Ella se cubrió el rostro con las manos.

-¡Perdonadme, señora, os lo ruego! -Yo me mordí los labios.

-¿Qué quieres ahora?

-Ruego que me escuchéis, por favor.

Me dijo que había convencido a su esposo para que se pasara a mi bando. Con él, lo habían hecho muchos señores de Segovia, y algunos nobles de las comarcas vecinas. Consiguió así que yo la perdonara, olvidando antiguas ofensas.

Apoyaban la candidatura de Fernando varios nobles castellanos, que querían celebrar sin tardanza mi enlace. El arzobispo les daba la razón.

-No debéis demorar el casamiento, señora -me aconsejó.

También la abuela lo aceptó sin dudar.

-Esta boda hay que rematarla deprisa -indicó, apoyándose en su bastón: -Además, él se ha comprometido a no sacaros nunca de Castilla, ni a ti ni a los hijos que tengáis...

Mis damas entretenían la sobremesa con bromas, diciendo que de Aragón no había que esperar buen vino, ni buen varón.

-Aragoneses y navarros, en cuanto a tercos son primos hermanos -rió Isabel Castañeda.

Me dijeron que las mozas cantaban, de un tiempo a esta parte: *Flores de Aragón, para Castilla son...* Y los niños, jugando y cabalgando sobre cañas, repetían: *Pendón de Aragón, pendón de Aragón...*

***

Nos conocimos en octubre en Valladolid, en el palacio de Juan de Vivero. Tuvo que tomar Fernando muchas precauciones para reunirse conmigo, por lo que decidió acudir vestido de arriero. Conocí sus andanzas por medio del arzobispo Carrillo:

-Entra en Castilla disfrazado de mulero, para burlar la vigilancia de Enrique. Viene acompañando a seis mercaderes, vestidos con decencia, aunque sin adornos ni elegancia -me dijo. -Hacen el camino de noche, pese a que el tiempo es tibio, y no justifica que eviten las horas de sol.

Se detuvo un momento, y añadió:

-Procuran eludir el paso por las fortalezas y descansan en los mesones de camino, donde suelen llegar con las primeras claras del día. Allí se encierran a dormir, evitando charlar con extraños... -Mi capellán asintió con un gesto:

-Según creo, comen con excelente apetito, y catan con placer los ricos vinos castellanos. Llevan consigo varias mulas, con telas y otras mercancías. -La abuela, que estaba escuchando, soltó una risita.

-Es que más discurre un enamorado que cien abogados -sentenció.

Al parecer, iban cabalgando al galope a lo largo de la ribera del Duero, mientras trataban de evitar las aldeas; el joven arriero demostraba mucha destreza con las riendas, y su habilidad no cuadraba con el traje andrajoso y el viejo gorro con que se cubría. Me dijeron que, cuando se paraban en los mesones del camino, Fernando cuidaba las bestias y les llevaba pienso y agua, sirviendo la cena al resto del grupo.

-Hacen muchas leguas diarias, cabalgando durante la noche por lugares muy escarpados entre las montañas, a fin de no llamar la atención de los hombres de Enrique -nos informó un mensajero. -Para fingir que son gente llana, juegan a los naipes en las ventas con los criados, y les ganan buenos escudos.

También el arriero se sentaba con ellos a jugar, y se mostraba diestro en el manejo de las cartas. A los dos días de camino, avistaron el Burgo de Osma.

-Se adelantó Fernando al castillo ignorando las voces de los mercaderes, y aporreó con fuerza en el portón -nos hizo saber el correo. -Como toda respuesta, tomándolo por lo que no era se le vino encima un aluvión de piedras, y una de ellas lo hirió en una oreja. De forma que doña Isabel pudo quedar viuda antes de haberse casado, pues les faltó poco para quebrarle la cabeza a pedradas...

Debieron pasar un buen sobresalto, pues casi tropiezan en el camino con unos caballeros de mi hermano que galopaban a campo través. Por fin llegaron a Dueñas, enviándome recado a Valladolid, al palacio donde yo me alojaba.

***

Eran las once de la noche cuando llegó Fernando con tan sólo tres servidores. Había acudido al palacio por la puerta que mira al campo, y sus criados desmayaban por el sueño y el frío de octubre. Él se adelantó a llamar a las puertas.

-¡Ah, de la casa! -voceó. -Vive Dios, ¿no hay nadie que pueda acoger a unos viajeros?

Supe luego que el soldado que hacía la ronda le había arrojado una piedra, tan grande que casi lo desnuca. Dormía yo profundamente, me desperté por casualidad y al salir oí el golpe de la piedra.

-¡Por todos los demonios! -gritó él. -¿Queréis acabar con mi vida? -Yo me asomé a la barbacana.

-¡Teneos! -le grité al centinela. -¡Dejad pasar al que llama!

Se volvió Fernando al escucharme, y le oí decir en voz alta:

-¿Os sería posible acogernos en la villa, señora?

Salió el arzobispo a recibirlo al postigo; él fue a su encuentro y le besó el anillo.

-No pido que consideréis mi cansancio -gruñó. -Pero los que vienen conmigo están

agotados.

-Dispensad, pero no os aguardábamos hasta mañana -se disculpó el prelado. -¿Os importaría esperar? La señora no está vestida.

-Por supuesto que no.

-Pasaré delante si no os incomoda, y os conduciré donde está la princesa. -Fernando se inclinó.

-No veo el momento de hallarme ante mi prometida...

Así que entró secretamente, precedido del arzobispo Carrillo, quien lo condujo más tarde a las habitaciones donde yo lo aguardaba, también con impaciencia. Me adorné para la ocasión con unas tocas moriscas hechas de ricas telas, que dejaban parte de la cabeza al descubierto. Al entrar Fernando, alguien me dijo por lo bajo:

-Ese es, ese es.

Fue entonces cuando lo vi por primera vez. Durante unos segundos, ambos permanecimos en silencio. Luego, me disculpé:

-Perdonad el mal recibimiento. Bienvenido seáis...

-Sabía que erais hermosa, pero no tanto, señora -contestó Fernando, galante.

En cuanto a mí, no pude evitar compararlo con Gonzalo de Córdoba, y he de decir que no salió muy bien parado. En fin, me pareció aseado y bien compuesto; así que estuvimos platicando durante un par de horas, aunque con una docena de testigos.

-Espero que nos pongamos de acuerdo en las fechas, y en las formalidades de esta boda -me dijo.

En conjunto no me desagradó, y me atrajo desde un principio su viva mirada, bajo las pobladas cejas. Advertí que, a diferencia de Gonzalo no era más alto que yo, pero sí fuerte y arrogante. Además, observé que tenía los dientes algo separados y el pelo escaso hacia la frente.

-Es cierto, deberíamos hablar de las condiciones -contesté.

Carrillo le mostró un documento que tenía en la mano.

-Este es el compromiso nupcial, confío en que estéis de acuerdo con todo. Aquí se tratan vuestras competencias en materia política.

-¿De qué competencias habláis? -El prelado carraspeó.

-En realidad, no hay nada extraordinario en él. Pero tenéis que admitir que la mayoría de las bodas reales se celebran a favor del varón.

En los ojos de mi prometido hubo un destello inquietante.

-Las uniones reales se hacen con fines políticos, y la mujer tiene que acatar la voluntad de su esposo -declaró.

Sonreí para mis adentros: quería decir con eso que una mujer no era capaz de gobernar. Pronto sabría que estaba equivocado.

-Aquí están escritas mis condiciones -dije, y él dio un vistazo a los papeles.

-Estoy de acuerdo con que colaboréis en los asuntos de estado. Pero de ahí a organizar las fuerzas armadas... -Lo atajé:

-Tengo mi propio capitán, que es Gonzalo Fernández de Córdoba. Y exijo tener un control absoluto sobre la administración y los impuestos, tanto en Castilla como en Galicia.

-Debéis renunciar a algunas exigencias -dijo él.

-Eso es imposible -declaré con firmeza. -Seré la única reina legítima, y ello me confiere ciertos derechos... Espero que tratéis de entenderme. -Él aspiró hondo.

-Me desconcertáis -admitió. -No me hubiera sido difícil invadir Castilla por la fuerza, como he hecho con otros lugares...

-Una futura reina no debe abdicar de sus derechos -insistí.

Fernando se había sonrojado. Gruñó:

-¡Vive Dios, que me asombra vuestra audacia! -Yo bajé la mirada.

-Estoy aguardando vuestra decisión. -Él pareció darse por vencido.

-Está bien -admitió. -Podéis fijar el día de la boda.

Nuestra primera entrevista había durado dos horas; el encuentro había sido tenso, y yo estaba cansada. Después de nuestra charla, ordené que entraran los principales caballeros, que servirían de testigos. Él se hizo acompañar de sus consejeros. Mandé que trajeran hachones de cera, y ambos firmamos nuestras condiciones mientras nos observaba el arzobispo, expectante.

-Queda ultimado que el matrimonio se celebrará el día nueve de octubre -indicó. Fernando se volvió, y me habló en voz baja.

-Sois asombrosa -declaró, con acento sincero. -Me habéis seducido.

Yo estaba satisfecha. Había conseguido exponer mis deseos sin ningún temor, y él los había aceptado.

Después de entregarle los obsequios de rigor, hice que sonara la trompetería. El sonido de los instrumentos asustó a los guardianes de palacio, que con sus gritos despertaron a todo el mundo, alarmando a las gentes de la ciudad.

El portón volvió a abrirse y resonaron cascos sobre el enlosado. Acompañado por los suyos, Fernando volvió a Dueñas a prepararse para la ceremonia.

Vi que Carrillo seguía a mi lado, y le indiqué:

-Mis dominios son más extensos e importantes que los de Aragón, y no deseo renunciar a mi autoridad en Castilla. Yo seré aquí la reina.

-Estáis en vuestro derecho, señora.

-Ahora, con vuestra licencia, voy a retirarme a mi alcoba. Tengo que dormir.

Tuve yo que pedir dinero prestado, pues lo necesitaba para organizar la ceremonia. Cuatro días después Fernando volvió solemnemente, ya sin dificultades, con una brillante escolta de caballeros. Llegaba vestido con un jubón de terciopelo, encima un sayo de brocado y calzas de lo mismo, ceñida una espada morisca muy rica y a la cabeza un alto sombrero. Montaba un

corcel muy bien enjaezado y lo mismo los que lo acompañaban. Ya había yo notado que mi prometido tenía las piernas algo arqueadas, seguramente de montar a caballo...

El arzobispo de Toledo, que estaba deseando llevar a cabo nuestro enlace, intervino:

-Esta misma noche os desposaré, para uniros mañana en matrimonio -nos informó. Fernando asintió, sonriendo:

-Cuento las horas que faltan para nuestro casamiento...

Aquella noche hubo fiesta con torneos y corridas de toros; después, Fernando se marchó a dormir a casa del prelado.

XV. LA BODA

Llegó por fin el día de nuestro casamiento. Todo estaba previsto: se celebraría primero la ceremonia religiosa, donde acudiría yo con mi madre, que se mostraba por entonces un tanto calmada.

Sólo una dificultad nos inquietaba, y es que éramos primos y no podíamos casarnos sin una dispensa del papa. No había tiempo de solicitarla, pues ya Enrique tenía noticias de lo que tramábamos y hubiera tratado de impedirlo. El arzobispo Carrillo inclinó la cabeza.

-Falsificaremos una bula para que el rey no pueda anular el matrimonio -indicó.

La abuela estaba concentrada en su labor de hilo, y de tiempo en tiempo miraba las llamas crepitantes. Parpadeó.

-Siento no poder asistir, por causa de este dolor de espalda... -dijo con un suspiro. Me observó un momento y añadió, bromeando: -Y tú, Isabel, parece que no tuvieras ninguna prisa por casarte. ¿Cómo es que aún no te has cambiado? -Yo me encogí de hombros.

-No estoy acostumbrada a vestirme de novia -le dije, riendo. Ella hizo una seña a la doncella.

-Anda, vamos a echadle una mano. Todo el mundo anda tan atareado... Por cierto, que ese vestido me gusta, Isabel: le va muy bien al color de tu tez, y al de tus cabellos -Giré, y me dejé caer pesadamente en el banco.

-Tengo ganas de acabar con esto. -Ella dejó a un lado su tarea y se puso en pie. Se dirigió a mi madre:

-Tú estás también bellísima -le dijo, acariciándole la cara. Le colocó la mantilla de encajes y le puso en la mano un espejo con marco de plata.

-Así está todavía mejor -dijo suavemente. -¡Ay, mi maldita espalda! Siento no poder asistir a la ceremonia contigo -repitió. -Este reúma me estropea las mejores fiestas...

Quien sí me acompañó fue Beatriz de Bobadilla, con quien me había reconciliado. El aya y doña Clara estaban junto al mirador, dándonos la espalda. De pronto, ésta pareció alarmarse.

-¿Qué ha sido eso? -preguntó. ¡Escuchad! ¿Lo oís?

El aya, abalanzándose, miró por la ventana. Explicó:

-Se trata del novio, que ha cruzado el patio a caballo como alma que lleva el diablo. Parece que él sí lleva prisa... Me miró con expresión malévola, y enrojecí hasta las orejas.

-Es normal, está pensando en la próxima noche -indicó la abuela, jocosa. El aya soltó la carcajada, y yo hice como que no la oía.

Elvira de Castro me estuvo afinando las cejas con una pomada. Más tarde se inclinó para ordenarme los pliegues de la falda.

-Estáis muy hermosa, señora -afirmó.

-Nunca me ha gustado la ropa de ceremonia -suspiré.

No obstante tuve que reconocer que me sentía cómoda con aquel vestido. Era ligero, y se ajustaba a mi cuerpo como un guante.

-Llegó la hora, abuela -dije con voz tensa.

Vi cómo se levantaba con trabajo, apoyándose en el brazo del sillón. Sus ojos estaban vidriosos, por causa de las lágrimas.

-¡Vamos, hija, vais a llegar tarde! -exclamó, disimulando.

***

El matrimonio iba a celebrarse con gran solemnidad, en presencia del arzobispo de Toledo, del almirante don Fadrique, y otros nobles y caballeros. Nos acercamos a la iglesia con paso solemne. Entré acompañada por mi madre, y seguida de mis damas: Isabel Castañeda, Juana de Valencia, Isabel de Luján, Beatriz de Bobadilla...

Allí aguardaban todos los nobles y presbíteros, así como mi personal de confianza. Lentamente, el santuario se fue llenando con las gentes del pueblo.

Vi que mi futuro esposo ocupaba su sitio ante el altar. Estaba pensativo, y le dediqué un ligero saludo.

Aguardamos durante unos tensos minutos, mientras el arzobispo ocupaba también su lugar. Se volvió hacia nosotros, y nos indicó con un gesto que nos acercáramos. El secretario extrajo un pergamino enrollado, y se lo entregó.

-Se trata de la bula llegada de Roma -mostró él. -Es una dispensa de parentesco, puesto que los contrayentes son primos segundos.

Desenrolló el pergamino y comenzó a leerlo en voz alta, para que todos los asistentes a la boda conocieran su contenido.

-No cabe duda de que el documento es legal -terminó.

No me atrevía a alzar la mirada, y permanecí en silencio. Fernando dio un paso adelante.

-Que Dios bendiga nuestro matrimonio -rogó. El clérigo hizo un gesto afirmativo.

-Yo también lo bendigo -dijo, y luego preguntó: -¿Existe algún otro impedimento para esta unión?

Nadie dijo nada, y tampoco lo hicimos nosotros. Tras la lectura de la dispensa se leyeron las capitulaciones firmadas por Fernando, pues había yo ordenado hacerlas públicas en esta ocasión.

A continuación siguió la solemne ceremonia de bodas. Mi futuro esposo, que había permanecido en pie, se puso de rodillas, y yo lo imité. Recibimos la bendición, y el arzobispo nos declaró unidos en matrimonio.

Las campanas tocaban al vuelo, mientras nosotros atendíamos a la misa de velaciones.

Acabada la misa nos santiguamos, dispuestos a abandonar la iglesia.

-Vos delante, Isabel.

Al salir, las gentes se acercaban a vernos. Unos nos aclamaban y otros nos tendían las manos.

-¡Qué Dios bendiga al nuevo matrimonio! -gritaban.

El arzobispo Carrillo pagó de su dinero los festejos: el banquete de boda fue sobrio, regado con vinos de la tierra. Fernando parecía complacido y me lanzaba miradas ardientes. Yo pensaba en el momento en que tendría que desnudarme frente a mi marido.

Después de la cena, oí que alguien decía:

-Ahora, no falta más que poner a los recién casados en el lecho. Según las leyes de Castilla, el acto ha de ser presenciado por tres funcionarios, que darán testimonio de él.

Para disimular mi rubor me puse en pie, dispuesta a retirarme, y los invitados hicieron lo mismo. Los músicos abandonaron el tablado. Fernando se mostraba risueño.

-Subid a vuestros aposentos a cambiaros de ropa; yo iré enseguida, y os mostraré de lo que soy capaz. -Me sentía molesta, y más cuando añadió en voz baja: -Soy un marido vigoroso, Isabel.

Beatriz no tardó en acudir. Me había preparado todo lo necesario para mi noche de bodas.

-Venid, os acompañaré a vuestra alcoba.

Intenté mostrarme tranquila. Ella me despojó de mi vestido, y me enfundó en una exquisita camisa de noche. Sin añadir nada me besó en la mejilla y se marchó, cerrando la puerta. A poco apareció Fernando, todavía en ropa de gala. Se inclinó ceremoniosamente:

-Cuando gustéis, Isabel.

No pude menos que pensar en la abuela: aunque siempre me dio muchos consejos, esta vez había olvidado hablarme de lo más esencial. Tan sofocada estaba que creí que iba a desmayarme, pero saqué fuerzas de flaqueza.

-Quizá el matrimonio no sea tan intolerable -pensé. Fernando me abrazó.

-No podéis imaginar mi impaciencia...

Me desprendí de su abrazo, pero él se acercó aún más, y sentí su aliento en mi rostro.

-Decidme quién es el afortunado -pronunció en voz baja. Yo me sobresalté: era lo último que esperaba oír.

-¿A quién os referís? -Él habló sin mirarme:

-Lo sabéis muy bien. -Reí con nerviosismo.

-Pero, ¿qué decís? -Él aspiró hondamente

-Sois tan hermosa que no puedo evitar sentir celos, Isabel.

Nos mantuvimos en silencio mientras él se desprendía de sus ropas de ceremonia. Cerró las puertas y nos tendimos en la cama, mientras los testigos aguardaban a la entrada de nuestra cámara. Ellos, que habían examinado con todo detalle la habitación donde nos encerramos, parecían desolados por haberse perdido la escena final.

Cuando me poseyó sentí un dolor agudo, sin ningún placer. Me mordí los labios, considerando que acababa de cederle a Fernando mi más preciado tesoro.

¡Por Dios, qué mujer tan adorable! -jadeó.

Un minuto después él estaba durmiendo, vencido y sudoroso. Y aunque yo reposaba a su lado, mi voluntad estaba muy lejos de allí.

***

Mi hermano Enrique había abolido, para ocultar su defecto, la prueba pública de la consumación del matrimonio; pero Fernando sabía que no iba a fallar, y restauramos la costumbre.

Los testigos se hicieron con la sábana que daba fe de mi virginidad. La mostraron a los jueces, caballeros y regidores, que la pasaron al público, para certificar que se había llevado a cabo la cópula, y que no quedaba lugar para el divorcio.

Tocaron las trompetas y atabales y, sacando la sábana al balcón, se la mostraron a todos los que querían verla, que eran muchos.

-Nuestro futuro rey ha cumplido, y con creces -reían.

En cuanto a mí, sólo recordaba de mi primera noche que Fernando había volcado una copa de vino en mi camisa de dormir. Todo lo demás se había borrado de mi mente. Se comentó que había satisfecho al novio en la cama como la amante más apasionada. Sólo puedo decir que, al día siguiente, yo me levanté con ojeras.

Ese mismo día, el arzobispo leyó ante todo el pueblo el falso documento; nosotros lo escuchamos también, y todo el mundo lo aceptó como bueno. Menos mal que el cardenal Rodrigo Borgia, que luego sería papa, no lo impugnó cuando lo supo.

La ciudad estaba llena de espías de Enrique, lo que no impidió que las fiestas duraran siete días, según era costumbre.

Hubo de nuevo grandes diversiones, con juegos de cañas, donde un caballero cayó y se quedó muerto allí mismo. Con ello se cumplió la sentencia del rey Salomón, que en las mayores alegrías no falta nunca alguna tristeza.

XVI. PRIMEROS SOBRESALTOS.

Pasamos los recién casados meses amargos aquel invierno, en Valladolid, más que nada por falta de dineros. Pues estaba la bolsa de mi suegro enflaquecida por las guerras, así que no pudo darle casi nada a mi esposo. Yo tampoco saqué nada de Enrique, sino disgustos.

Ya en la luna de miel comenzaron las tristezas. Lo que más me afligía eran las cartas que mi hermano envió por todo el reino, diciendo que no estábamos casados, porque éramos primos y habíamos celebrado la boda sin licencia. Según él, no había yo llegado virgen al matrimonio. Rechacé la insinuación, indignada, y le mandé una carta, diciendo:

-*Sabed que, en contra de lo que pensáis, he dado yo tan buena cuenta de mi persona como convenía a mi sangre real.*

Resultó ser aquella boda como la de Gil, donde había ocho danzantes y ningún tamboril, como decía Beatriz. Y la abuela rezongaba:

-Antes de casarse hay que tener casa donde vivir y viñas que labrar, y aquí os acostáis juntos, pero de milagro almorzáis. Y es que no hay peor tinaja que la que nada tiene...

Recuerdo todavía que pasamos un frío tremendo, con una niebla que no dejaba ver a dos pasos. Hasta que el arzobispo, que fue como un padre para nosotros, nos entregó para vivir la villa de Alcalá de Henares.

Fuimos tirando como pudimos en la ciudad de Alcalá, ya que él nos mantuvo y nos proveyó de lo más necesario. Era muy rico, pues sus rentas de Toledo y Sevilla no eran superadas por las de ningún grande de España. Había fundado el colegio mayor de su nombre en la universidad de Salamanca; tenía más de cien esclavos, y por todos los medios trataba de conseguir el oro, apelando incluso al arte de la alquimia.

-Muchos canónigos suelen tener esclavos -se disculpaba él. -Y hasta la gente más modesta, como alfareros y carniceros, no carecen de ellos...

Vivían allí los Alcocer; el primero de ellos sirvió a mi padre y a mi hermano, pero fueron sus hijos Álvaro y García quienes más congeniaron con nosotros. Álvaro de Alcocer fue guardia de Enrique, ha sido nuestro secretario y es regidor de Madrid. Tiene allí una famosa huerta, grande y productiva, en los barrancos del Arenal, junto a la muralla musulmana.

Dicen en Castilla que las cargas del matrimonio no son cargas, sino carretadas. Y yo me impacientaba, porque a Fernando lo atraían tanto los dados y los juegos de tablas, como el ajedrez y la pelota.

-Juega el rey y son todos tahures -decía la gente.

Sin embargo, no sentía yo tanto el que se divirtiera como el que perdiera. La abuela movía la cabeza:

-Los dados y los naipes sacan a los hombres de quicio, y el mejor de los juegos es no jugarlos -sentenciaba. -Yo estaba de acuerdo.

-Tenéis, razón, como siempre, abuela.

Apenas contábamos con partidarios en esa ciudad, por lo que decidimos retirarnos a Medina de Rioseco. Nos fuimos a vivir allí con la misma estrechura, y permanecimos bajo la protección del almirante, que era pariente nuestro, y uno de los hombres más poderosos de Castilla.

Por entonces tuvo que marcharse Fernando a ayudar a su padre en la guerra de Francia, y yo me quedé sola. Por suerte me acompañaba Teresa Enríquez, prima carnal de mi marido.

Teresa había nacido en Valladolid. Quedó huérfana de su madre al nacer y su padre, don Alonso Enríquez, la entregó desde entonces al cuidado de su abuela paterna. Siempre estuvimos muy unidas, pues teníamos las mismas aficiones, y en adelante sería una gran compañera. Estaba prometida a Gutierre de Cárdenas; este matrimonio vivió siempre a nuestro lado, acompañándonos a todas partes.

Recuerdo que por aquellas fechas recibimos la visita del duque de Borgoña.

-Quiero causar en los franceses una buena impresión -les dije a mis damas. -Lo malo, es que no tengo dinero.

-Pedidlo prestado -me aconsejaron ellas, y así lo hice.

Vestía yo en la recepción un brial de terciopelo verde, un tabardo de brocado carmesí y el hermoso collar que me había regalado Fernando; ocupaba un alto estrado guarnecido de alfombras, con un rico dosel. Me acompañaban todas mis damas y estaba la gran sala de palacio entoldada de paños de oro y seda.

-Estáis magnífica -dijo Teresa Enríquez, y yo me eché a reír.

-Dicen que, para hacerse respetar, es preciso lucir esmeraldas...

-Es cierto. Y, aunque no nos guste demasiado, no hay más remedio que acudir a las fiestas bien elegante y enjoyada.

Por fin llegaron los embajadores de Borgoña. Les di la bienvenida pero, como venían demasiado fatigados del viaje, les indiqué que podían retirarse a descansar.

-Mañana os veré con más calma -les dije.

Al día siguiente los recibí ataviada con un brial de terciopelo carmesí; iba adornado en seda verde y bordado con letras moriscas en hilo de oro. Encima llevaba un manto de raso verde con adornos moriscos, y el collar de rubíes. Me acompañaban nueve de mis doncellas, todas vestidas de seda, y cada una de un color. Traté de mostrarme acogedora:

-¿Habéis descansado? ¿Os encontráis a gusto en vuestros alojamientos, señores?

Dí luego una fiesta tan costosa como no hubiera querido pagar mi marido, de forma que dejé maravillados a los embajadores. Mi vestido estaba confeccionado única y enteramente con

paño de hilo de oro, puro y finísimo.

-Nunca hemos visto nada semejante -comentaban ellos.

-Esta tarde, podréis presenciar una de nuestras corridas de toros -les dije, y se mostraron fascinados por la novedad.

Yo misma dancé con mi dama, Leonor de Luján. Asistí a los toros cabalgando en un trotón con guarnición de plata dorada, envuelta en un rico brial con mucho aljófar grueso y perlas, al cuello una cadena muy rica hecha con flechas de oro y a la cabeza una corona de piedras preciosas.

Estuvimos cinco días de fiesta. El último día hubo también toros y yo me mudé varias veces: recuerdo haber estrenado un gabán blanco forrado en damasco y, cuando la fiesta acabó, aquel mismo día se lo cedí a un judío por una buena cantidad.

-No obstante, he de confesar que las corridas no me gustan -les dije a mis damas. -Me desagradan tanto que desde hoy me propongo no verlas, ni permitir que se corran.

A pesar de ello, muchas veces me he visto obligada a presenciarlas. Tan arraigada estaba la costumbre entre las gentes del pueblo que tuve que ceder, sólo por complacerlos a ellos.

***

En febrero del año siguiente me sentí preñada, y vi que el panorama se presentaba muy oscuro. Tanto, que temía decirle a mi esposo que esperábamos un hijo.

-Fernando, he de comunicaros algo importante.

-¿Lo es? -Asentí.

-He de deciros que... estoy embarazada. -Me tomó de los hombros y me besó en la frente. Parecía contento de veras, y me tranquilicé.

Por aquel tiempo me reconcilié con Enrique. Me llamó a su presencia por medio de Beatriz, que estaba por entonces en Segovia con su marido. Con ella y el arzobispo de Toledo hice el viaje a Segovia de noche, aunque era invierno y hacía mucho frío. Estábamos ateridas, la tierra del suelo endurecida por el hielo. Nos envolvimos bien con las capas, y nos cubrimos la cabeza para protegernos de la nieve. Ella dirigió sus verdes ojos hacia la espesura, de donde surgían rumores nocturnos.

-Más que por la helada, estoy preocupada por los hombres de vuestro hermano Enrique -me dijo. -No las tengo todas conmigo.

Llegamos al alcázar de Segovia el último día del año; allí Andrés de Cabrera, que era tesorero del rey y marido de Beatriz, me recibió con mucho respeto y afecto.

-Si os place, la entrevista entre ambos se celebrará en el alcázar. Podéis alojaros en esta fortaleza, mientras que don Enrique lo hará en el palacio real.

Fue esa ciudad la preferida de mi hermano, desde que era príncipe de Asturias; él la mejoró y adornó, así como su alcázar, donde hizo construir la sala del trono. A esta fortaleza trasladó su tesoro, del que se hablaban maravillas.

Como tenía por costumbre, estaba por entonces Enrique en una montería en los pinares

de Valsaín. No gustaba de ceremonias; huía de ellas, así como de las fiestas cortesanas, refugiándose en los bosques vecinos, con individuos desalmados y bárbaros. Además, era desaliñado y vestía de forma impropia para un rey. Tuvieron que traerlo a la fuerza, y yo salí a recibirlo al patio del alcázar.

Por fin nos encontramos y reconciliamos en Segovia. Llegó ante mí tembloroso y cansado, por causa de la penosa caminata. Al desmontar cayó al suelo del patio, y enseguida lo ayudaron a levantarse. Observé su frente sudorosa y le ofrecí vino para que calmara su sed.

¿Os habéis hecho daño, mi señor? -Él no me contestó, y se dirigió a los criados:

-¿No vais a traer ese vino?

Uno de los mozos corrió hacia la torre; al momento apareció con la bebida, que Enrique tragó con avidez.

¡Teneos! -exclamé, asustada. -¡No bebáis tan deprisa! Estaréis mejor dentro -agregué, tratando de ser amable.

-Muy bien, pero ayudadme a quitarme esta ropa.

Levantó el vaso para que le sirvieran más vino. Lo ayudé a desprenderse de su capa polvorienta, que pasé a uno de mis hombres. Entonces nos abrazamos, olvidando los agravios pasados, y nos retiramos a una sala, donde yo le pedí perdón por haberme casado con Fernando.

-Os veo desmejorado, señor. -Él arrugó el ceño.

-No han sido buenos tiempos, hermana. Y tampoco vos habéis contribuido a que lo sean.

Aunque no me parecía la ocasión más propicia para enojarlo, no pude dominarme:

-No tenía sentido que me casarais con el de Portugal -protesté. La voz de Enrique se tornó severa:

-Bien dejemos eso. ¿No vamos a almorzar?

Después de haber comido estuvimos descansando un rato. Yo me levanté, y Enrique me imitó. Salimos de nuevo al exterior; él tomó asiento en un banco de piedra, y yo lo hice a su lado.

-Aquí estamos bien, al aire libre -gruñó. Yo hablé con la mirada baja.

-Estoy embarazada de Fernando -le dije. Él se sobresaltó.

-¿Por qué me lo decís ahora? -Luego, pareció arrepentirse de su propia dureza y añadió, en tono conciliador: -En fin, estoy muy contento de veros, y con la noticia de vuestro embarazo. He decidido que paseemos juntos por las calles de Segovia, para que todo el pueblo nos vea. Yo mismo llevaré la brida de vuestro caballo.

Lo hicimos así, con gran contento de los segovianos, que me tenían una gran simpatía.

-Está bellísima -decían. -Y tiene un porte regio.

Era año nuevo, y montaba yo un hermoso caballo blanco. Enrique parecía muy contento, llevaba mis riendas y no dejaba de prodigarme atenciones; la verdad es que siempre fue cariñoso con los niños, y sobre todo con las mujeres.

Comimos juntos en casa de Juan Arias Dávila, obispo de Segovia. Era hermano de Pedro Arias Dávila, apodado El Valiente, que sirvió a mi hermano y ahora no sirve a nosotros. Su segundo hijo, Juan Arias, es uno de nuestros predilectos. La casas de esta familia es la famosa del Cordón, en Madrid, que ocupa toda una manzana en la plaza, muy cerca de Puerta Cerrada.

Fuimos tan bien recibidos por él como si se hubiera tratado de sus propios hijos. Para celebrar el feliz encuentro, el prelado nos ofreció una espléndida colación.

-El rey está dispuesto a ser indulgente con vos y con Fernando -me dijo en voz baja. -Ama a sus hermanos y vuestro hijo, sin duda, será su heredero -afirmó.

Me volví hacia Enrique, y vi que estrujaba con aplicación una miga de pan.

-Gracias por todo -dije sinceramente. -Quiero expresaros mi afecto.

-Y yo he de confesar que pocas veces he estado tan alegre, Isabel -contestó sin mirarme.

Después de haber comido pasamos a otra sala donde escuchamos música y yo estuve danzando. Se le notaba tan feliz que hasta llegó amenizar la sobremesa con cantos, ya que presumía de cantar bien y de puntear con destreza el laúd. Ciertamente, no había olvidado tañer y todavía tenía buena voz.

El día de Reyes, mi esposo llegó de vuelta de su viaje.

-Os doy la bienvenida, mi señor -le dije-. No os habéis demorado.

-He procurado no hacerlo -replicó Fernando.

Los tres salimos de nuevo de paseo, para que las gentes de Segovia vieran lo bien que nos llevábamos. Más tarde fuimos a cenar a las casas del obispo, contiguas a la antigua catedral de Santa María, donde se celebró una gran fiesta organizada por Andrés de Cabrera. Enrique nos recibió ostentosamente: lo hizo en una sala donde sacó todas sus vajillas, y nos hizo servir como a reyes, con las más pomposas ceremonias que puedan imaginarse. Pero estando a mitad del banquete, mi hermano sufrió un dolor tan fuerte de costado que hubo de retirarse a sus palacios reales, mientras nosotros regresábamos a la fortaleza.

Permanecí yo en Segovia y lo acompañé durante algunos días. Fernando se había ido a Turégano, y no faltaron murmuraciones, aunque tanto mi esposo como yo estábamos libres de culpa.

-Parece que Enrique ha sido envenenado -se rumoreaba.

***

Varios meses después, a primeros de octubre, nació en Dueñas, en la provincia de Palencia, mi primogénita, Isabel. Beatriz me informó:

-Ha sido niña -dijo. No tardé en escuchar los comentarios del resto de mis damas:

-¡Es una criatura preciosa! Se parece a su madre...

Me la presentaron, lavada y vestida; la tomé en brazos y la estuve observando durante un buen rato.

-Cierto que es muy bonita -admití, sin decir que hubiera deseado tener un varón.

Seguro que mi esposo también lo hubiera preferido y, más que nadie, mi hermano

Enrique. Recordé unas palabras que le oí a mi abuela después de la boda:

-Debes conseguir cuanto antes un príncipe, por tu bien, y el de todos. Una niña no es lo más deseable para heredar un trono en conflicto...

Siempre me habían dicho que los varones acaparan todas las profesiones importantes: son médicos, notarios o magistrados, mientras que las mujeres permanecen en el hogar. Hay muchos físicos ilustres: el doctor de Talavera, maestre Alonso o maestre Enrique están capacitados para practicar la cirugía, con un examen previo que les hizo el Concejo. Y aunque curan a los pobres de balde, al visitar los hospitales cobran un salario de dos mil maravedíes.

-Para ellas quedan los oficios de poca importancia, que apenas dan para comer -decía la abuela.

Como siempre, había acertado. Estaba yo en Dueñas, retenida a la fuerza junto a la recién nacida, cuando tuve noticias de que Enrique había cambiado su testamento. Aguardaba de mí un varón; montó en cólera al enterarse, y estaba tan contrariado que no sólo me desheredó sino que, tras la declaración de Valdelozoya, nombró en mi lugar como heredera a su hija Juana, a quien todos tenían por bastarda.

Entonces le envié una misiva, diciendo:

Habéis deshonrado vuestra persona y casa real, llamando hija a doña Juana sin serlo, pues a vos y a todos nos consta que ella no es hija de vuestra señoría.

Cuando leyó la carta aumentó su enojo hacia mí, y me contestó con palabras tan desmedidas que, por su gravedad, no puedo repetir.

***

Pero su salud empeoraba, y los asuntos del reino iban de mal en peor. Dos de mis confidentes me informaron de que el maestre Juan Pacheco, marqués de Villena, ejercía ahora la misma autoridad sobre el rey que en sus tiempos don Beltrán de la Cueva. Sin embargo, su influencia no duró demasiado.

-Al parecer Pacheco, que iba camino de Trujillo, se ha sentido enfermo. Dicen que, pese a los esfuerzos de su físico particular, ha fallecido, arrojando mucha sangre por la boca. La noticia no ha dejado de causar alegría entre el pueblo -declaró uno de mis hombres.

-A mí tampoco me desagrada -repuse con sinceridad.

-Desde entonces, parece que ha quedado el rey en tal desamparo que anda por Castilla más como peregrino que como soberano...

Así que me decidí a visitarlo. Llegué al castillo poco antes de mediodía, acompañada de algunos caballeros de mi confianza. Enrique me recibió sentado en el suelo, al estilo morisco. Me miró con expresión flemática.

-Decidme, ¿habéis venido para humillarme?

-No digáis tal cosa, os lo ruego.

-Pues si no, ¿por qué estáis aquí? -Yo empezaba a enojarme, pero me contuve:

-No habéis cumplido la palabra que disteis, nombrando a esa niña como vuestra heredera.

-Él se incorporó, y pude oír su respiración entrecortada.

-Idos por las buenas, antes de que os haga expulsar -bramó. Yo también estaba furiosa.

-Mi padre me prometió que os sucedería, a falta de un heredero legítimo, y Juana no lo es. Así que pienso luchar para conseguir lo que es mío.

-¿Es una amenaza? -Yo me encogí de hombros.

-Si así lo preferís...

Se estremeció a ojos vistas, y su mano nerviosa agarró mi muñeca.

-Pienso vigilaros de cerca... -Yo traté de soltarme.

-¡Me estáis haciendo daño!

-¡Hoy no cabalgaremos juntos, tal como hicimos en Segovia! -vociferó. -¡Cabalgad sola, idos al infierno!

-Yo...

Abandonó la sala sin dejarme terminar, y decidí volver con Fernando. Los tres hombres que había traído me siguieron; teníamos por delante un largo viaje. Pero, a partir de entonces, quedaría el reino desunido y alborotados los vasallos.

***

Me dijeron que su salud estaba cada vez más quebrantada. Había abandonado a doña Guiomar, su amante más conocida, y había recluido a su esposa en el castillo de Alaejos.

-Recorre los bosques dándole pena cualquier conversación, y busca la caza para evitar a los humanos. Persigue alimañas y fieras, a las que no mata, siempre acompañado de gente baja y de rufianes -comentaban las señoras más viejas, y Beatriz asentía:

-Dicen que en un monte a las afueras de Segovia tiene cercados a un toro muy bravo, a muchos gamos y cabras monteses y más de tres mil ciervos. Tal atrevimiento llegan a tener los ciervos y los jabalíes, que en pleno día devastan las cosechas...

Al parecer, hizo cercar dos bosques en el Pardo, con dos casas fuertes cerca de Madrid. Andaba por allí vestido como un pobre, con capuces y capas oscuras, y todo canto triste le causaba deleite, llorando amargamente como fuera de sí.

-Más que nunca se procura la compañía y las conversaciones de los moros -decían.

Finalmente, decidió refugiarse en el alcázar de Madrid. Pero allí tampoco mejoró, pues era muy incontinente en la comida y no hacía caso de los médicos, abusando sin consultar de purgas y vomitivos.

-Está flaco y débil de andar por los campos con el frío de octubre y noviembre, y apenas abandona el alcázar -le oí decir a un caballero.

Y aunque trató de reposar para mejorarse, cargó tanto sobre él el mal de los vómitos que parecía mortal sin remedio. Me dijo un oficial que, un domingo de mañana, todavía acordaron sus médicos purgarlo de nuevo; y le dio un tal dolor de costado que le duró más de dos días.

-Esto no lleva buen cariz -sentenció, moviendo la cabeza.

Por entonces el papa, que era favorable a nuestra unión, resolvió a nuestro favor el

delicado asunto de la bula, concediéndonos el permiso necesario para hacer válido el matrimonio.

Poco a poco iba creciendo el número de nuestros partidarios. Así ocurrió con la ciudad de Sepúlveda o con el País Vasco, donde confirmamos a los marinos sus privilegios de pesca. Nos apoyaban además Borgoña, Roma, y especialmente la poderosa familia Mendoza.

XVII. AMORES DE FERNANDO

Tengo que decir que, en lo referente a las damas he tenido que andar siempre avisada, pues mi esposo las amaba a todas.

-A Fernando le tira más una moza que una soga -comentaban los hombres del pueblo. -Se dice que Isabel se rodea de señoras virtuosas y feas para evitar los excesos de su marido, pues conoce su fuerte virilidad...

-Eso no es cierto -me defendían sus mujeres. -Todas sus doncellas son jóvenes y hermosas, y ella no le impide tratarlas.

Ellas decían la verdad. Solían mis damas descubrir la cabeza para lucir los cabellos, haciendo con ellos diademas o recogiéndolos en trenzados costosos con cintas de perlas. Llevaban sombreros franceses, o bonetes españoles de raso y terciopelo. En ocasiones especiales lucían tocados de cuernos, que estaban a la moda, con el pelo detrás de las orejas y las ondas marcadas, dejando alguna mecha fuera.

Cierto es que, cuando Fernando parecía interesarse demasiado por alguna de ellas, yo procuraba trasladarla o casarla, dándole antes una buena dote. He de confesar que mi esposo no provocaba escándalos, pues en sus devaneos usaba la mucha astucia que tenía.

Con todo, ignoraba yo que, viniendo de camino a celebrar las bodas conmigo, había engendrado un hijo de otra; una noche me confesó su culpa, antes de que naciera nuestra primera hija:

-Isabel, he de deciros algo.

-¿Acerca de qué? -Él carraspeó.

-La verdad es que... acabo de saber que he tenido un hijo bastardo. -Yo no pude disimular mi asombro.

-Pero, ¿qué estáis diciendo?

-Lo he sabido por un mensajero aragonés -explicó. -En realidad, el caballero ignoraba lo que contenía el mensaje.

-Es inconcebible -murmuré. Él tragó saliva.

-Quiero que me perdonéis, Isabel. No me ha sido fácil decirlo.

Poco después se ausentó por un tiempo, según dijo a fin de apoyar a su padre en varias incursiones guerreras.

Yo me resistía a creer que hubiera engendrado a aquel hijo mientras firmaba los esponsales conmigo, y en cuanto pude lo traté con mis damas de más confianza:

-Os voy a preguntar algo, pero debéis contestar sin ningún temor. Parece que mi esposo ha tenido un hijo fuera del matrimonio, y que eso ocurrió poco antes de nuestra boda. Él no lo ha admitido hasta ahora. ¿Sabéis vosotras algo?

Todas me miraron, confusas.

-Es cierto -dijo Beatriz, bajando la mirada. -Al parecer, cuando se dirigía a Castilla para casarse con vos, paseaba por unos olivares fuera de las murallas de Cervera. Allí se topó con dos damas que iban a caballo... -Juana de Valencia asintió. Llevaba poco tiempo conmigo, pero yo la apreciaba mucho.

-A mí también me han contado la historia -dijo, interrumpiéndola. -Una tenía veinte años, se llamaba Aldonza y era virgen, y muy hermosa. Fernando no se dio a conocer, pero al día siguiente coincidieron en misa, donde los presentaron unos amigos comunes.

Al parecer, se citaron al anochecer. Y aunque él llegó tarde a la cita, estuvieron toda la noche juntos entregados al amor carnal, y lo mismo durante varios días.

-Según he oído, ella quiso ocultar el embarazo, y resolverlo con un aborto -continuó Juana. -Pero la cosa siguió adelante... En fin, eso es lo que cuentan.

Yo trataba de conservar la calma, sin conseguirlo del todo.

-Agradezco vuestra franqueza -le dije.

Supe que en Zaragoza se veía mi esposo con doña Aldonza, que se había casado con un caballero aragonés. Según me dijeron, Fernando amaba tanto a su bastardo que quería nombrarlo obispo de aquella ciudad.

-Y desea hacerlo antes de que cumpla los tres años... -me dijo Beatriz, y yo me estremecí.

-¡Pero ese es el cargo más importante de Aragón! Además, él jura y perjura que nunca ha vuelto a encontrarse con ella...

-Lamento haber sido indiscreta -dijo ella, apesadumbrada.

-No te preocupes, conozco las veleidades de mi esposo -la tranquilicé. Beatriz se encogió de hombros.

-El hombre se lo permite todo; en cambio, pobre de la mujer que se excede... -Yo suspiré:

-Bien, hablemos de otra cosa.

En el fondo, me sentía muy dolida. Además, supe que él le había ordenado a su amante que se trasladara a Zaragoza, donde el hijo recibiría toda clase de honores.

Llevábamos separados tres meses cuando volvió mi esposo. Estaba lloviendo a mares cuando entró Fernando en el patio de armas, montado a caballo. Yo lo aguardaba en el porche; no me adelanté a saludarlo, y permanecí en silencio.

-¿No tenéis nada que decirme, señora?

-Habéis tardado mucho -le dije secamente, y él arrugó el ceño.

-Menos de lo que esperaba -replicó.

Desmontó de un salto, entró en la sala, que estaba vacía, y yo lo seguí. Fuera, en el patio, se habían quedado los soldados hablando con algunas doncellas.

-¿Qué os ha ocurrido, para no enviarme noticias? -pregunté, enojada. -¿Es que estabais enfermo?

Él no contestó. Por mi parte, no logré contenerme más, y di rienda suelta a mis reproches:

-¿Qué me decís de aquella dama de Cervera? ¿Negáis haberos encontrado con ella después? Sé que habéis encargado a vuestro padre que cuide de la madre y del niño... -Él pareció alarmado.

-¿Quién os ha dicho eso?

-¿Qué importa quién lo ha dicho? Si al menos tuvierais un poco de vergüenza, algo de dignidad... -Me lanzó una mirada fulminante.

-¡Soy vuestro esposo, y me debéis respeto, Isabel! -Yo estaba indignada.

-¿Es que acaso me respetáis a mí? -ambos nos miramos, sombríos.

-Al menos, podríais hablar en tono más bajo -me rogó. -Las ventanas están abiertas, y hay gente en el patio.

-No creí que os importara tanto la opinión de los demás -dije con ironía.

Había logrado humillarlo. Quiso disimular, y forzó una sonrisa.

-¿Os dais cuenta, Isabel, de lo difícil que es trataros? -suspiró. -Y cuando hacemos el amor, me parece que lo estoy haciendo con una novicia: mostráis disgusto, me evitáis... ¿Os extraña que busque algo más asequible?

Traté de conservar la serenidad.

-Por eso, os acostáis con la primera que halláis en el camino. -Fernando entrecerró los ojos.

-Isabel, por favor...

Por la noche quise entrar en su alcoba, y hallé la puerta cerrada con llave. Al día siguiente no me recaté de mostrarme furiosa ante todos, y le mandé decir que no quería verlo nunca más.

XVIII. ADIÓS A MI HERMANO MAYOR

Enfermo de muerte, mi hermano Enrique quiso regresar al alcázar de Madrid.

Al parecer, en el último ataque que tuvo se puso tan disforme que daba espanto verlo. Cuando cedió la gravedad trató de curarse con los aires del Pardo, por lo que tomó su caballo y se dirigió al bosque; pero a las afueras de Madrid le fallaron las fuerzas y tuvo que detenerse en una pobre casa.

-Es preciso que avisemos a un médico -comentaron los suyos.

El físico dijo que le quedaba poca vida. Lo habían acostado a medio vestir en un mísero lecho, sin quitarle las ropas como corresponde a un enfermo, con una túnica y en los pies botines moriscos, aunque con los muslos desnudos.

-Tenemos que obligarlo a que ordene su alma con la confesión -decidieron sus acompañantes. -Para ello, deberíamos llamar al prior de san Jerónimo.

Se estuvo confesando con él durante una hora larga, hasta que expiró a medianoche, un once de diciembre. Según me dijeron más tarde, volvía los ojos y respiraba con dificultad, hasta que la torcedura de su boca y la agitación de sus miembros anunciaron su fin, sin que dejara de orinar sangre hasta que murió. El prior comunicó su muerte a los demás:

-El rey ha fallecido -indicó. -Ha ordenado que le demos sepultura en el monasterio de Guadalupe, así como diversas mandas, que me encargaré de efectuar.

Quedó tan deshecho su cuerpo que hubo que embalsamarlo, y descansan sus huesos sin verse corroídos. Así que mi hermano vivió cuarenta y nueve años, y reinó durante veintiuno.

Me hallaba yo en el alcázar de Segovia, esperando acontecimientos. La distancia entre Madrid y Segovia se cubre a caballo en un día, así que tardaron en llevar la noticia menos de veinticuatro horas. Estaba amaneciendo cuando una sirvienta entró en mi habitación.

-¿Ocurre algo? -La joven inclinó la cabeza.

-Un emisario quiere veros. Se trata de Rodrigo de Ulloa... -Yo me sobresalté. Sabía que era contador de Castilla en la corte de Enrique, y estaba casado con una hermosa dama, Aldonza de Castilla. Conocía yo muy bien a su hija, María de Ulloa.

-Está bien, ayúdame a vestirme.

Cuando estuve dispuesta, mandé que lo hicieran entrar. Su aspecto era solemne, a pesar de su rostro sudoroso y su gruesa nariz.

-Os traigo noticias muy graves -pronunció, sofocado.

-¿A qué os referís?

-Traigo nuevas relativas al rey. Siento comunicaros... que vuestro hermano ha fallecido. -Yo contuve un escalofrío.

-¿Decís que Enrique ha muerto? -Él asintió, muy serio.

-Os presento mis condolencias, señora.

Traté de ocultar mi agitación. El mismo correo que me trajo la noticia de su muerte, me dio a conocer su testamento a favor de su presunta hija; pero yo guardé el informe para mí y pasé sobre él, aunque sabía de sobra que pronto todo el mundo lo conocería. El caballero me informó:

-Lo han enterrado con las mismas ropas que llevaba al morir, y ni siquiera le han quitado los borceguíes -me dijo. -Luego, uno de sus amigos lo ha cubierto con un terciopelo verde muy rico, bordado con ramajes en oro al modo oriental... Algunos dicen que ha muerto envenenado -agregó, taciturno.

Además, circuló la leyenda de que existía un documento que, entregado a un clérigo, fue enterrado por éste en un cofre en la villa de Almeyda, cerca de Portugal. Yo traté de encontrarlo y no lo conseguí. Varios años más tarde lo descubrió mi esposo, que enseguida lo mandó destruir.

Decidí que se celebrara un funeral honesto lo más pronto posible, pues el que le hicieron en Madrid fue abyecto y miserable, ya que llevaron el cadáver a hombros unas gentes alquiladas, sobre unas tablas viejas, hasta la iglesia de santa María del Paso. El que yo mandé oficiar duró toda la tarde y parte de la noche, y asistí enlutada, mandando colocar en la iglesia colgaduras de luto.

***

Después de los oficios fúnebres estuve departiendo con mis asesores, que me aconsejaron coronarme cuanto antes. Entre ellos estaba Carrillo, el arzobispo de Toledo, así como el conde de Benavente, un apuesto y rubio caballero al que mis damas adoraban.

-La gente es caprichosa, doña Isabel: tan pronto encumbra a un personaje, como lo arroja al olvido. -sentenció. -Ahora parece una buena ocasión; más tarde, alguien podría tratar de impedir que os nombraran reina. Tenéis veintitrés años, una edad suficiente para asumir tal responsabilidad.

-Y hace ya cinco que me casé -dije para mí.

La Fortuna rueda velozmente, pero mi mano se movió siempre más rápida que la Fortuna; por algo se dijo que la rapidez estaba en mi mente, y no en mi mano. Gracias a la ayuda de Carrillo, todo transcurrió sin problemas. Al día siguiente, los de la ciudad habían levantado un templete con un trono, y mandé que adornaran el tablado como requería la ocasión.

-Seréis proclamada a las puertas de la iglesia de san Miguel, con alzamiento de pendones -indicó Carrillo, exaltado. -Y lo haréis por dos claros motivos: El principal será mostrar vuestra autoridad a los partidarios de la Beltraneja. -Yo asentí:

-Y el segundo, hacer ver a los de Aragón que yo soy la reina, y Fernando no es más que

el rey consorte.

-Después pasareis a palacio, para recibir el homenaje de los grandes y prelados. Los besamanos tendrán lugar en la sala mayor, y habrán de repetirse en días posteriores, según vayan llegando desde las distintas ciudades del reino.

Así, a mediados de diciembre y tomando como base el tratado de los Toros de Guisando, me proclamé reina de Castilla en Segovia. Pronto, todas las calles se vieron engalanadas. Gran cantidad de venados y aves se asaban en los hornos, los vendedores ambulantes armaban sus tiendas, y de los balcones pendían enseñas y banderolas.

En la sala principal del alcázar aguardaban los nobles y algunas damas; el patio estaba abarrotado de doncellas y sirvientes, y las campanas repicaron cuando salió la comitiva. En el camino hice llevar los pendones de Castilla desplegados.

Decidí que, para mostrar mi autoridad, iría uno de mis hombres delante a caballo, sosteniendo en la mano una espada desnuda cogida por la punta, y con la empuñadura en alto, a la usanza española. Confié esta misión al caballero Gutierre de Cárdenas, el mismo que me entregó el collar, regalo de Fernando, cuando nos desposamos. Procedía de la casa de don Álvaro de Luna, y era uno de mis consejeros más fieles; además, se había casado hacía poco con Teresa Enríquez. Con motivo de su matrimonio le otorgué yo en señorío la villa de Maqueda, y el título de Señor de Torrijos. Más tarde lo nombraría contador mayor del reino y alcalde mayor de Toledo.

-Con ese gesto muestra a todos que es suyo el poder -comentaba la gente del pueblo.

Al son de las trompetas se alzaron los pabellones reales, y entre atabales y clarines los heraldos pregonaban la noticia, diciendo: *¡Castilla por los reyes Isabel y Fernando!*

Pero yo había proyectado jurar los fueros sola, sin aguardar a que estuviera mi marido. Una vez que los hube jurado, ordené que lanzaran al vuelo todas las campanas de la ciudad. Así que, estando él ausente, comencé oficialmente a reinar.

Se celebró la coronación con una lujosa ceremonia. Y, como siempre en los actos solemnes he procurado lucir con gran majestad, ocupé el trono ricamente vestida y adornada con mis mejores joyas.

Para realizar la investidura, el arzobispo indicó que debía dirigirme a la iglesia mayor, donde se cantaría el Te Deum; lo hice rodeada de mi comitiva, montada en un caballo que iba adornado con ricas guarniciones. No había en el cortejo ningún grande de España, ya que por prudencia no quise aguardarlos, y logré llegar antes que ellos.

La antigua iglesia se mostraba espléndida, y en el interior de la nave nos aguardaban los principales invitados. El prelado impuso silencio. Todos se arrodillaron, mientras él iniciaba los ritos litúrgicos, asistido por sus diáconos.

Poco después se dirigió al altar mayor, y cantó unos versículos ante un crucifijo. Yo también oraba junto al pendón morado de Castilla, dando gracias a Dios por los beneficios recibidos.

Cuando la ceremonia concluyó y abandoné el templo, me dí cuenta de que todo el mundo

parecía conmovido: a mi paso las damas hacían reverencias y los señores se inclinaban, mostrando su actitud de sumisión.

Y así, casi por sorpresa, me apoderé de la ciudad de Segovia. En el alcázar me vi rodeada de todos los clérigos y caballeros de la ciudad, mientras los sirvientes se afanaban sirviendo, además de las viandas, copas rebosantes de vino.

-Si no hubierais reaccionado tan aprisa, temo que las cortes se hubieran reunido, con peligro de que perdierais la corona -susurró el arzobispo a mi lado.

Yo lo sabía muy bien. Era consciente de que Enrique, antes de morir, había nombrado heredera a su supuesta hija, Juana la Beltraneja, que por entonces tenía trece años.

***

En Madrid, las ceremonias del duelo se alargaron durante una semana, presididas por el cardenal Mendoza. Tras la muerte de Enrique, la villa madrileña estaba entre las rebeldes a mi causa, comandada por un tal don Juan. Tenía éste no solamente el alcázar, sino todo el pueblo, y había echado de la villa a mis caballeros más fieles.

Entre ellos estaba el duque del Infantado que, junto con otros nobles, logró reducir a los sublevados. Se apoderó del Arrabal, cercó la ciudad y tomó todos los caminos, para someterlos por el hambre; además, mandó poner minas en la puerta de Guadalajara.

Sabía yo que ninguna mano amiga había amortajado en su momento al rey; así que, por mi parte, hice que trasladaran su cuerpo al monasterio de Guadalupe, junto al de su madre, la reina doña María.

-Es mi deseo que se construyan para ambos dos suntuosas sepulturas -ordené.

He de decir que se encuentra el monasterio yendo de Salamanca a Sevilla, rodeado de altísimas montañas que son guaridas de fieras, llenas de precipicios y de valles abruptos. Cuando niña, mi madre y la abuela me habían hablado de él:

-Guadalupe quiere decir en arábigo río de Lobos, porque este paraje está lleno de ellos, por ser aquel lugar silvestre y apartado de los caminos -me informó la abuela. -Se cuenta que, ocupada la zona por los musulmanes, un arzobispo de Sevilla hizo esconder allí varias reliquias con una imagen de Nuestra Señora.

-¿Es eso verdad?

-Claro que lo es, niña -asintió. -Cuando muchos años después el rey Fernando el Santo conquistó Sevilla, un pastor que buscaba una vaca perdida encontró la imagen, construyéndose en el sitio una ermita. Más tarde, siendo conocida esta Virgen por sus muchos milagros, se fundó el monasterio.

Yo lo había conocido después. La primera vez que visité el lugar existía ya fuera del monasterio un hospital de excelente construcción, con numerosas camas; había salas para los heridos, algunas para los enfermos de calentura y en otras se daba de comer a los pobres. Vi habitaciones repletas de mantas, sábanas y todo lo necesario para un buen hospital.

Entre los afectados había algunos niños pálidos, con los ojos hundidos; sus pequeñas

manos sudorosas se agarraban al embozo, crispadas por la fiebre. Tenían los vientres hinchados, las sienes transparentes y las naricillas afiladas, y me miraban con sus ojos bordeados de largas pestañas, tan largas y espesas que parecían un milagro, y no eran más que el preludio de la muerte.

Era el templo magnífico, rodeado de olivos, naranjos y viñedos; el retablo del altar mayor estaba hecho de oro y marfil, y enmedio se hallaba la Virgen. Con los años, hice que pendieran delante de ella dieciséis lámparas de plata sobredorada. Unas las cedí personalmente, y otras las donaron los nobles y algunos pastores de la región. Ahora pueden verse allí grillos de hierro, que llevaban los cautivos cristianos liberados por nosotros de los sarracenos.

-Había a un lado un enorme cirio de blanquísima cera que regaló el rey de Portugal, con ocasión de una gran peste que infestaba su reino -me recordó la abuela.

Tienen allí los frailes jerónimos una enorme cocina, con unas vasijas de cobre tan grandes como para cocer un buey entero. Y hay una biblioteca muy copiosa, con libros bien encuadernados, y amueblada con muchos pupitres. Me gusta mucho ese monasterio, y cuando estoy en él creo estar en el paraíso.

Ahora tenemos nosotros allí un magnífico palacio, con fuentes y estancias muy bien preparadas, donde se guardan nuestras arcas; conozco bien lo que hay en ellas, pues tengo una lista de todo, para que nada se pierda o se venda.

Antes de llegar, varios sirvientes me están esperando con papagayos de muchos colores: recuerdo uno en especial, pues tenía la cabeza gris, el cuello verde, negra la pechuga, roja la cola y las alas azules y verdes.

***

Después de muerto Enrique, la Beltraneja me envió recado de que le entregara parte del tesoro de su padre para los funerales; pero yo no lo hice, y le contesté que todo lo que dejó en brocados y joyas pertenecía al reino de Castilla.

-No ha habido forma de encontrar un marido para la infeliz -comentaban mis damas. -Y es que las faltas de los padres suelen recaer en los hijos... -Elvira de Castro intervino:

-Eso es verdad. La pobre quedó deshonrada para siempre, y además su madre la reina no ha enmendado en absoluto su conducta...

-En vida de mi hermano quisieron casarla con el duque de Berry, que era el heredero de Francia, y al que yo desprecié -dije, rememorando. -Pero cuando la llevaban arreció un terrible huracán, con un gran turbión de granizo, agua y viento; de tal forma descargó la tormenta que todos huyeron, abandonando a la novia enmedio del nublado. -Elvira asintió:

-Dicen que hasta vuestro propio hermano escapó, dejando a la hija abandonada a su suerte; que habiéndola arrojado el caballo, un criado la recogió y la guareció bajo un techo de hojas. -Juana de Valencia lo recordaba bien:

-Una vez pasado el torbellino, todos la anduvieron buscando y la encontraron de tal forma que la boda se malogró, y el novio no quiso saber más de ella...

***

Estaba mi marido en Aragón cuando, pasados unos días, le llegó la noticia de la muerte de Enrique. En ese tiempo, Fernando iba y venía con frecuencia de Aragón a Segovia, y anduvo también por Barcelona, acompañando a su anciano padre. En agosto, durante su estancia en Zaragoza, había dado muestras de una gran crueldad, al ordenar la brutal ejecución de un hidalgo, a quien hizo ajusticiar en un escarmiento.

Por el contrario, se conmovió de tal forma con la muerte de mi hermano, que guardó por él un riguroso luto. Según me contaron, cuando se enteró de lo ocurrido, no podía creerlo:

-Es imposible que Enrique esté muerto -exclamó.

-Al parecer, tenía ciertos padecimientos de estómago -le dijeron. -Aún así, hay quien asegura que lo han envenenado...

No me di demasiada prisa en escribirle, y varios días después recibió la carta en que yo le decía que me había coronado. Pensó que había retrasado el mensaje voluntariamente para apoderarme del reino; y estaba furioso, pues quería el trono de Castilla sólo para él.

-Sobre todo le indignó el hecho de la espada desnuda -me informó el arzobispo Carrillo. -Estaba seguro de que ninguna mujer había usado nunca ese atributo varonil.

XIX. PROBLEMAS CON FERNANDO

Fernando llevaba mucho tiempo ausente, ocupado en sus asuntos aragoneses. Según él, había yo cometido una imprudencia adelantándome con mi proclamación; y, sobre todo, exhibiendo la espada ceremonial. Alegaba que esa insignia real era privilegio de los varones.

-Dudo mucho que en la antigüedad alguna reina se haya hecho preceder de ese signo -les dijo a los suyos. -Me parece haber topado con una roca, en lugar de con una mujer, y en ocasiones ni siquiera me parece humana.

De tal forma se mostraba enojado que retrasó su encuentro conmigo. Explicó su tardanza de semanas en llegar a Segovia, diciendo que el crudo invierno castellano había dejado cubiertos de nieve los caminos.

Tuvo un caballero de mi corte que escribir a mi suegro para que interviniera cerca de nosotros y arreglara nuestro matrimonio:

-Señor, deberíais animarlos a unirse. Del mismo modo, debéis censurar sus diferencias y discordias, por los daños que de esto les pudieran seguir...

El viaje hacia Castilla comenzó bajo una lluvia torrencial. Por fin llegó Fernando, pero antes de encontrarnos se detuvo en Turégano. Por mi parte, le envié un emisario rogándole que aguardase tres días, para dar tiempo a la preparación de su entrada de Segovia. Al parecer, él afirmó:

-La reina cederá, después de haberme acostado varias noches con ella...

Pero no le salieron las cuentas como había previsto. Y fue sobre todo porque supe que, algún tiempo antes, había tenido otra hija natural.

Le había perdonado su primera flaqueza, por ser anterior a nuestra boda, pero esta vez no quise hacerlo. Además, tuve que sufrir la vergüenza de saberlo por boca de una antigua dama de mi madre:

-Es una niña muy bonita. La ha tenido con una señora a quien llaman la *dama de medianoche*, ya que a esa hora solía encontrarse con ella -explicó.

Yo no podía creerlo, y menos excusar su conducta. No quise disimular mi enojo:

-¿Cómo ha podido serme infiel otra vez? -Ella bajó la mirada, como si se arrepintiera de su indiscreción.

-He oído que, volviendo de la guerra de Francia, se alojó en Tárrega durante varios días -aclaró, muy turbada. -La misma noche de su llegada ofrecieron una fiesta en su honor y allí simpatizó con la joven, que estaba sentada a la mesa, a su izquierda...

Añadió que se llamaba Juana, y hasta entonces había sido doncella.

-Tocaba muy bien el laúd, según dicen; en la fiesta tañeron trovadores y, durante los fuegos de artificio, un cohete fue a dar en las espaldas de la dama...

Al parecer, ella gritó y la condujeron a un diván; allí mi esposo se encargó de consolarla, y del diván se la llevó a la cama. Tan ardorosa era que follaron varios días sin ninguna vergüenza, dando Fernando rienda suelta a su lujuria.

-Ella entonces se quedó preñada -terminó la dama, suspirando.

***

Estaba cayendo la tarde cuando, a mediados de enero, llegó Fernando a la puerta de san Martín. El arzobispo había pedido venia para entrar en mi gabinete, y parecía acalorado:

-Dicen que, nada más llegar, el rey se ha despojado del jubón de luto que llevaba, para mostrar un rico vestido bordado en oro, con adornos de martas...

Pronto, Fernando se trasladó con la comitiva hasta el alcázar. Yo lo estaba esperando en el primer patio y noté que las rodillas me temblaban, aunque trataba de serenarme. Al entrar, me saludó en forma ceremoniosa.

-He conocido la muerte de vuestro hermano -carraspeó. -Un suceso muy desgraciado... y extraño.

Me pareció que estaba muy inquieto. Traté de explicarle lo ocurrido, pero él me interrumpió:

-Se dice que ha sido envenenado. -Yo me sobresalté.

-¿Quién ha podido decir eso?

Se produjo un silencio tenso, y él siguió hablando despacio:

-Por cierto, me sorprende que os hayáis coronado en mi ausencia. Al menos, habéis tenido a bien comunicármelo en una carta... ¿Por qué lo habéis hecho, Isabel?

-Todos me lo aconsejaron -dije con sinceridad. -Todos, incluso el arzobispo.

Él se mostraba serio, casi enojado, y me observaba con expresión de reproche.

-No tengo ganas de discutir con vos, estoy demasiado cansado. -Yo insistí:

-Lo hice pensando en Castilla. -Él cambió de expresión, y un destello de burla apareció en sus ojos.

-¿Tanta prisa teníais por lucir la corona?

***

No me atreví a hablarle de su última aventura; pero él no tardaría en relatármela, de puro despecho que tenía. Procuré mantener la calma; aguardé a que concluyera, y le dije la verdad:

-Ya lo sabía -Él pareció extrañado.

-¿Lo sabíais? Yo no pensaba que vos... -Aspiró hondo, y añadió: -¿Por qué os mostráis tan comprensiva? ¿Es que estáis maquinando algo? -Me erguí.

-De ninguna manera -contesté. -¿Cómo podéis sospechar eso?

Una cena de gala, con muchos invitados, cerró los actos de bienvenida. Me había ocupado

personalmente de que el banquete fuera espléndido, y aún así nuestra conversación no estuvo falta de tensiones.

-En algunos momentos, pensé no volver -me dijo Fernando. -Yo lo miré de frente.

-¿Entonces, por qué estáis aquí? -Él bajó la mirada.

-¿Pensasteis acaso que os dejaría sola, gobernando Castilla?

-¿Me habéis estado espiando todo este tiempo? -pregunté. Él contestó con una evasiva:

-¿Eso creéis? Bien, terminemos de cenar. No es momento para discusiones.

Pero luego, en nuestra propia alcoba, la hostilidad no cesó. Volvimos a reñir, entre otros temas por causa de su ardiente vida amorosa.

-¡Prometisteis guardarme fidelidad! -lo culpé.

-Por favor, dejad ese tema -rogó. -¿Qué es lo que esperabais? Ni siquiera como mujer accedéis a seducirme realzando vuestra belleza, y desdeñáis los juegos cariñosos propios de enamorados.

-Reconoced la amarga verdad -lo interrumpí, furiosa. -No podéis contar con mis soldados castellanos para vuestras propias empresas, lo que fue el principal motivo de vuestro casamiento...

No disimulamos los gritos, que todos pudieron oír. En el colmo del enfado le di una bofetada, y al día siguiente se corrieron las voces de que la reina le había propinado a su esposo una buena paliza.

Si no rompí con él, fue porque no me convenía, y no se volvió a tocar este tema. Hasta mi confesor se vio obligado a intervenir cerca de Fernando:

-Os pido, señor, que seáis más leal al amor que debéis a la reina, y que tengáis más castos el corazón y el cuerpo -le dijo. -Pues siendo ella fiel, como lo es, no puede tolerarse que vos os mostréis tan fogoso con otras...

***

Me propuse castigar a Fernando. Quedó él sorprendido por mi alejamiento, pues me mostraba fría y durante mucho tiempo lo rechacé como marido. Tan distante me percibía, que al final decidió marcharse. Estando fuera me escribió una carta, confesando que siempre lo había excitado más que ninguna otra mujer.

Vivís en Toledo y yo en pequeñas aldeas. Vienen mensajeros y mensajeros y no me traen letra de vos -me decía. *-La razón por la que no escribís no es que no tengáis a mano papel, ni que no sepáis hacerlo, sino que no me amáis y sois orgullosa.*

Como yo no cedía en mi enfado, recibí otra más larga:

-Señora, ahora veo claramente quién de nosotros ama más. Cierto es que no me amáis, pues podéis ser feliz sin mí, mientras yo no puedo conciliar el sueño, y estoy desesperado. Ruego volváis a vuestro antiguo afecto, pues de lo contrario moriré y seréis vos la causa de mi muerte.

Supe que había hecho bautizar a su hija con el nombre de Juana. He de reconocer que

ha sido esta doña Juana de Aragón una excelente joven, a quien Fernando quiso casar en Escocia, presentándola como hija legítima.

Durante un tiempo, el asunto fue la comidilla de la corte:

-Dicen que, una vez descubierto el pastel, por mucha dote que le ha dado, se ha visto obligado a desposarla con el condestable de Castilla -oí comentar. -Desde entonces viven en Burgos, en la que llaman casa del cordón.

-Allí suele visitarla su madre -afirmó una de mis damas. -Y como el marido es rico y don Fernando tacaño, se ha ocupado nuestro rey de retirar la dote que antes le había concedido...

Pero no fue éste su último amorío. Conoció después en Extremadura a una señora portuguesa, de quien tuvo otra niña que se llama María, doña María de Aragón.

***

Algún tiempo después me informaron de que Gonzalo, mi antiguo caballero, se había casado en Córdoba. La noticia me turbó, aunque traté de disimularlo.

-¿Sabíais que pensaba casarse? -les pregunté a mis damas.

-Sí, señora. Lo ha hecho con una prima suya, que se llama Isabel, como vos. No tiene muy buena salud, según creo...

Recordé con nostalgia nuestra vida en la corte de mi hermano Alfonso y los torneos de Segovia; pero ahora era yo la reina de Castilla, y él no era más que un recuerdo de mis años dorados.

-Él siempre se reía, cuando lo llamabais vuestro caballero andante -dijo Beatriz, y Mencía de la Torre asintió:

-Es cierto. Ahora, junto con otros nobles andaluces, lucha contra los moros en continuas escaramuzas fronterizas. Poco a poco ha ido destacando entre los demás, de forma que es ya bien conocido por todos, dentro y fuera de nuestras fronteras. -Beatriz me miró.

-Ahora vos tenéis un marido, y ni por sueño puede cortejaros, pues en ello se juega la vida -dijo, pensativa.

-Por supuesto -afirmé. -Algún malicioso puede difundir que lo miro con buenos ojos, y provocar los celos del rey. No quiero ni pensarlo.

Hacía tiempo que deseaba yo premiar a Gonzalo por sus buenos servicios. Aprovechando un viaje rápido que hizo a mi corte, lo llamé a mi presencia. Cuando estuvo ante mí se inclinó profundamente y me besó la mano, que sostuvo un tiempo en la suya.

-Vengo a presentaros mis respetos, señora. Lamento mucho haber estado ausente en la ceremonia de la coronación...

-Y yo siento haberme perdido vuestra boda -sonreí, tratando de ocultar mis sentimientos.

Ante mí tenía a Gonzalo, por fin. ¡Dios, cuánto lo añoraba! Pero lo vi pálido y desmejorado.

-¿Qué os ocurre, amigo mío? Él pareció entristecerse.

-¿No estáis enterada? -Yo me sobresalté.

-¿Enterada de qué? -Él adoptó un tono de gravedad.

-Mi esposa ha muerto. -Yo me quedé helada.

-No... no lo sabía. Recibid mi más sinceras condolencias, Gonzalo.

-Ha sido un golpe demasiado fuerte, en verdad.

-No me cabe duda -asentí.

Sin hablar más de ello, me entregó varias páginas con informes de guerra. No había entre ellas ninguna carta privada, y traté de ocultar mi decepción.

-Como podéis ver, todas las acciones contra los moros de Granada nos han sido favorables -me dijo.

-Y yo deseo felicitaros. -Él se inclinó de nuevo.

-Ahora, estoy seguro de que me disculparéis, señora: debo volver a Andalucía cuanto antes, pues he de acudir junto al resto de los caballeros, y además he dejado desatendidos a mis propios soldados.

Traté de mirarlo a los ojos, pero no fui capaz.

-¡Gracias por todo! -expresé a duras penas. Él me besó ambas manos con pasión.

-A vuestro servicio, señora. Sabéis que, mientras no ordenéis lo contrario, continuaré dedicado a vuestra causa.

Estuve comentando la escena con mis damas.

-Está muy abatido -me dijeron. -No es raro, habiendo enviudado tan pronto, y sin que ella le haya dado hijos...

***

El cardenal Mendoza había comenzado a organizar en enero la Concordia de Segovia, y se finalizó en abril. A mediados de este mes, con motivo de la guerra de Portugal y superados los malentendidos, le concedí a mi esposo amplísimos poderes: sería yo la reina y propietaria de Castilla, pero él recibiría por su parte el título de rey. Y, en ausencia de uno, el otro resolvería los asuntos pendientes.

En el mismo palacio mayor de las casas reales de san Martín, donde mi hermano Enrique había establecido su residencia favorita, firmamos el acuerdo para la gobernación del reino. Se hizo el reparto del gobierno, en nuestros respectivos territorios; allí y entonces se acuñó la leyenda del Tanto Monta, lema heráldico que usamos a partir de aquel día.

Tenía yo entonces veinticuatro años y la guerra no me asustaba, sobre todo porque se me habían unido el marqués de Cádiz y el conde de Calatrava.

Yo misma había salido a recibir a mi esposo.

-Fernando, disculpadme -rogué. -Lo siento, si os he agraviado de alguna manera. -Él me observó, extrañado.

-¡Santo cielo, sois incorregible! Nuestra vida es una disputa constante. En cambio ahora, cuando he estado algún tiempo apartado de vos, me acogéis con amabilidad. -Yo ignoré su tono sarcástico.

-Están preparados los aposentos para alojar a vuestros hombres -le dije. Él relajó su

actitud.

-He de confesar que, en cuanto atravesamos la frontera entre Aragón y Castilla, también a mí se me enalteció el ánimo.

Le estuve relatando lo dura que había sido la contienda. En una de las batallas, un abanderado portugués perdió los dos brazos, manteniendo el pendón con los dientes hasta que murió.

-Eso fue entre Toro y Zamora -expliqué. -Y he de deciros que no he tomado represalias contra los nobles que defienden la causa de la Beltraneja. Ahora, quiero que me ayudéis: yo sola no podré culminar la lucha contra Portugal, y al mismo tiempo sostener la paz interna de Castilla. -Me observó con ojos escudriñadores.

-Comprendo. -Yo traté de ser convincente:

-Cuando menos se espera surge una nueva rebelión -seguí. -El antiguo alcaide del alcázar de Segovia ha llegado a asaltar la fortaleza. Aprovechando la ausencia de Andrés de Cabrera y Beatriz, mandó acuchillar al portero y obligó a la guardia a refugiarse en la torre del homenaje.

Rió burlonamente.

-Eso no lo pensasteis el día de vuestra coronación. Os creíais invulnerable. -Yo me sonrojé.

-Cuando me enteré de la revuelta, yo estaba en Tordesillas -dije secamente. -Lo más grave fue que, en los disturbios que se produjeron en el alcázar, fue víctima inocente nuestra hija Isabel. Disfrazados de labradores, algunos segovianos entraron en el alcázar y se apoderaron del castillo; tomaron presa a nuestra hija y se refugiaron con ella en una de las torres.

-Ya lo sabía -contestó. Yo seguí hablando despacio:

-Cuando me enteré, salí a caballo hacia Segovia acompañada por Beatriz de Bobadilla y un escuadrón de jinetes; después de cabalgar muchas horas llegamos ante las murallas, fatigadas y cubiertas de polvo.

Le conté cómo, tras el motín de Alfonso Maldonado en Segovia, acompañada de Andrés Cabrera y del Conde de Benavente, me enfrenté a un grupo de segovianos que me impedían entrar en la ciudad.

-Olvidáis que soy la reina de Castilla y no es mi costumbre someterme a condiciones impuestas por súbditos rebeldes, les dije. -Fernando sonrió con malicia.

-Lo sé. Estoy enterado de vuestra hazaña: una vez en Segovia, atravesasteis la puerta de san Juan y avanzasteis entre un violento gentío, que os amenazaba con sus hoces, cuchillos y espadas. Llegada ante los muros del alcázar, exigisteis al rebelde su inmediata rendición. Llevabais más de treinta horas sin comer ni dormir... -Yo asentí, orgullosa.

-Poco a poco iban llegando caballeros importantes para darme su apoyo. El primero de todos, Pedro González de Mendoza. Después vinieron el condestable de Castilla, don Pedro Fernández de Velasco, el Duque de Alba, el Conde de Benavente, don Beltrán de la Cueva... -respiré. -Aquel mismo día, Andrés de Cabrera quedó restituido en su cargo.

-Y, volviendo a la ayuda que solicitáis -me interrumpió Fernando-, tengo que deciros que me enfrento ahora a un compromiso que no puedo eludir. Cuando lo haya cumplido, podéis contar con ella. -Dudó un momento, y continuó: -Es que... tengo que ocuparme de mi nueva hija, que se encuentra en Vizcaya. -No traté de ocultar mi decepción.

-Ah, es eso. Debí imaginarlo. -Él me observó, contrito.

-Sabéis que os amo desde que os conocí, y así será siempre. No podéis ignorarlo, Isabel.

Me sentía dolida. ¿Cómo podía decir tales cosas, cuando seguía viéndose con sus amantes? Y aunque lo quisieran por ser rey, él se hacía ilusiones de que lo deseaban como hombre.

Sobre todo, me enojaba que hubiera tenido relaciones con esta vizcaína, que al parecer era muy hermosa. No sé si lo hizo por despecho o para darme celos, pero de esta unión le había nacido otra niña, a quien también llamó María. Y no sería la última.

En cuanto a su hijo mayor, que vivía en Zaragoza, le dije que quería conocerlo.

-De esa forma podré llegar a amarlo, y al mismo tiempo trataré de contribuir a su formación. -Él se quedó pensativo.

-Y separarlo de su madre, pues sé que habéis jurado no verla en la vida...

Ciertamente, pasando el tiempo yo misma me ocupé de su enseñanza, de forma que ha llegado a ser un gran letrado; además, habla y escribe con mucha corrección el latín.

Más tarde, Fernando quiso nombrarlo arzobispo de Toledo, en lugar del cardenal Cisneros, lo que me llenó de indignación. A pesar de ser obispo, no dijo más que una misa a los dieciséis años y se ha unido después a una señora portuguesa, de la que tiene siete hijos.

-Es curioso que a dos hijas bastardas les haya puesto el nombre de María. Por parecerse en todo, las dos hermanas han terminado monjas -me ha dicho Beatriz.

Según mis noticias viven santamente en el convento de clarisas de Madrigal, una de abadesa y otra de priora; yo me ocupo de que nada les falte en su convento, aunque Fernando no lo sabe ¡Ah hideputa, y qué granuja ha sido siempre!

***

Me informaron por entonces de que Gonzalo de Córdoba había caído prisionero de su primo, el conde de Cabra, quien lo condujo a su castillo, dejándolo preso. En cuanto lo supe, lo mandé soltar. La noticia corrió como la pólvora.

-Ha sido liberado de la prisión, por gestión de la reina...

A poco lo llamé a mi corte. Me contestó enseguida, por medio de un correo: *Recibid mi agradecimiento. En cuanto me sea posible, tened por seguro que me reuniré con vos.*

Durante varias noches no pude dormir. La víspera de su llegada, me faltaba el aire para respirar. Me levanté temprano, me vestí y bajé al patio de armas. Él ya había llegado, y sus criados desensillaban los caballos.

-Sed bienvenido -dije, y me hizo una profunda reverencia. Advertí que llevaba el cabello más corto; estaba pálido, y su rostro parecía crispado. Sobre todo, el ardor de su mirada hizo

que me estremeciera. Me habló con voz ronca.

-Por fortuna, no hemos hallado enemigos en el camino -indicó.

-Ha sido una gran suerte -suspiré.

Mis damas se habían retirado y nos dejaron solos en el patio de armas. También sus hombres, que estaban faenando en los establos.

No me miréis así -le rogué en voz baja.

Me tomó de la mano. Nunca me había sentido tan emocionada, quizá porque se había establecido entre nosotros una barrera infranqueable. Ciertamente, pensé, a nadie podía extrañar que sintiera preferencia por él: había sido paje de mi hermano en plena adolescencia, y había destacado lo mismo en la corte que en el campo de batalla.

-Sabed que estoy encinta de nuevo -le dije, y él se estremeció.

-Os felicito. Al parecer, vos lo conseguís todo. -Yo bajé la mirada.

-No todo -contesté.

Lo conocía de siempre, y noté que algo me ocultaba.

-Me alejaré de vos y seguiré mi propio camino -dijo con voz enronquecida.

Yo aspiré hondo. Sabía por mis damas que Gonzalo había pretendido a una de las jóvenes que antaño sirvieron en mi cámara.

¿Habéis proyectado casaros de nuevo?

-He conocido a alguien...

Guardó silencio, y yo insistí:

-Decidme la verdad.

-En Sevilla me espera mi futura esposa, doña María Manrique. Quiero que ella sea la madre de mis hijos.

Me mordí los labios por no romper a llorar.

-Y cuando llegue ese momento me enterraréis en el olvido, como si no hubiera existido nunca para vos... -Él pareció conmovido.

-¡No puedo creer que tengáis celos! Bien, de esta forma, podréis saber lo que es sufrir...

No obstante, de momento Gonzalo permaneció en mi corte Si bien en un principio no volvimos a hablar a solas, siempre seguí con interés los avatares de su vida. Casó más tarde con doña María Manrique; supe que ella lo acompañaba siempre en las batallas, sin duda para tenerlo más seguro y apartarlo de mí.

XX. MIS HIJOS

Siendo joven, y aún antes de casarme, siempre deseé tener tres hijos: el mayor para que fuera rey, el segundo arzobispo y el tercero escribano de Medina del Campo, por lo mucho que aquéllos ganaban.

Después de casarme, tenía mis dudas acerca de mis sentimientos de maternidad. Nunca había sido muy tierna con los niños. Me parecía difícil llegar a querer a algo engurruñado que salía de ti, y me atormentaba con remordimientos precoces. Luego, la cosa pareció funcionar.

Las damas de la corte solían recomendarme los más extraños remedios para bien concebir:

-Tomad este trozo de sábana de fraile, y os lo envolvéis a la cintura... -Yo sonreía.

-Gracias, así lo haré.

Mi primer embarazo se inició un año después de la boda, y en el mes de febrero hice pública mi preñez. Cuando supieron que estaba gestando me cubrían de azabaches y coral para no que no abortara, por lo que llevaba todos los vestidos llenos de higas y cuentas.

-La princesa espera el nacimiento de un hijo hacia octubre -decían. -Por eso, tiene que cuidar su salud...

He parido y criado cinco hijos, que siendo niños fueron mi alegría. A todos los vi crecer y llegar a la edad de casarse, pero todos han tenido después un triste destino.

La primera fue una niña que nació en Dueñas; después de una mala noche parí una hija, como suele decirse. La abuela se arrodilló a mi lado.

-Debes llamarla Isabel, igual que tú y que tu madre -me indicó.

-Se llamará Isabel -contesté, y sorbí un largo trago de leche, de la escudilla que la comadrona me ofrecía.

***

En aquella ocasión tuve que dar a luz poco menos que a escondidas, pues me perseguía mi hermano Enrique. Trabajo me costó transigir con la costumbre castellana de que el alumbramiento fuera presenciado por varios testigos.

-Ha puesto como condición que le cubrieran la cara con un velo -comentaban mis damas.

Era muy cierto. Con ello, además de ocultar la vergüenza que sentía, impedía que nadie advirtiera mi expresión de sufrimiento. Y eso, aunque siempre encaré con gran fortaleza los dolores y llegué a dominarme, para no mostrar debilidad. Por eso se ufanaba mi esposo:

-En tiempo del parto, se esfuerza por no demostrar ni decir lo que siente. Disimula el dolor,

y no manifiesta la pena que en aquella hora sufren las mujeres. -Mis damas estaban de acuerdo:

-En los dolores que padece en sus enfermedades, tampoco la vemos quejarse. Es cosa de gran admiración, la fortaleza con que los sufre y disimula...

Isabel sería siempre mi predilecta, y hubiera querido darle el pecho yo misma, aunque no me dejaron. Un ama la crió en el castillo de la Mota, vigilada por la alcaidesa.

-Dicen que el que primero nace es el primero en el corazón -comentaba la abuela, observándola con cariño.

Más tarde, me recomendaron para su educación a un tal Pascual de Ampudia, que se encargó de instruirla y guiarla en sus primeros conocimientos. Ella se mostraba juiciosa y activa, era estudiosa y de buena conducta. Durante su niñez me acompañó siempre en mis estancias y en mis viajes; y era tal el trajín que yo llevaba que, aunque me sintiera preñada, no cambiaba de vida.

-Dicen que la reina está encinta, pero aún así no se da reposo -decían. -A caballo vigila el arreglo de los caminos, para hacerle llegar la artillería a Fernando.

Fue así como, en el camino de Toledo a Avila, pasando por Cebreros, aborté en plena madrugada.

-A causa de sus largas cabalgadas, la reina ha malparido -se comentó en Castilla.

Ocurrió por la noche y expulsé un feto varón; pudimos saberlo porque estaba ya la gestación muy avanzada.

Era mi médico un judío llamado Lorenzo Badoz. Le hice jurar que no le contaría lo ocurrido a mi esposo, y menos le diría que el hijo malogrado era un niño. Fue por evitarle a Fernando la pena de haber perdido a su heredero, pero también por el miedo que tenía de incurrir en su cólera. Al final, lo supo por terceras personas: el tropiezo lo entristeció mucho, pero no perdió la esperanza de tener un hijo varón.

-Dicen que mujer abortada no tarda en quedarse preñada -afirmó.

Pasado este suceso acudí a Burgos en persona para tomar su fortaleza; llevaba espada al cinto y vestía, como de costumbre, la armadura completa. Poco tiempo después tuve una hija, pero también se malogró.

***

Por experiencia sé que el cuidado de los médicos reales hacia los infantes es peor que el de Herodes; en cambio, los niños que se envían a criarse a los pueblos crecen muy sanos y robustos. Así ha ocurrido siempre con los hijos ilegítimos de Fernando.

-Habéis de reconocer que vuestros partos han sido fáciles, aunque algunos no se lograran -aseguran mis doncellas, y dicen la verdad. Yo lo atribuyo a mi vida de mucho movimiento y a mi fuerte constitución. Con todo, he procurado siempre no quejarme y guardar la compostura.

Llegó un momento en que se me prohibió correr, saltar y montar a caballo. Me impedían bañarme, enojarme y hasta acostarme con mi esposo. Beatriz me aconsejaba sangrías y me daba jarabes hechos con raíces de hinojos, retama y saúco. La abuela me obsequiaba a todas

horas con sus recetas:

-Te he preparado flores de borrajas en infusión, cocidas en suero de cabra con cortezas de mirabolanos. Debes beberlas al despuntar el alba -decía.

Habían pasado siete años desde el nacimiento de Isabel, cuando una noche le dije a Fernando que había decidido quedarme embarazada de un varón. Él pareció sorprendido.

-Os quedaréis embarazada de nuevo, eso es seguro -asintió, sin mucho convencimiento. Yo le expliqué:

-He pensado ir en peregrinación a san Juan de Ortega. Me han asegurado que es un santo procurador de niños...

Aquello le hizo gracia. Lo cierto es que a mi vuelta, al cabo de unos días, supe que ya estaba preñada. Acabábamos de sentarnos a la mesa, cuando mi esposo preguntó:

-¿Por qué estáis tan contenta?¿Me ocultáis algo? -Yo me eché a reír.

-¿Yo, ocultaros algo? ¿Por qué he de hacerlo? -bromeé.

-¿Puedo pensar que aguardamos un hijo?

-Es cierto que aguardamos un niño -le dije. Él pareció confuso.

-O una niña, Isabel. -Yo denegué:

-Tanta es mi fe en el santo que, antes de nacer nuestro hijo, ya lo llamo Juan. Así se llama vuestro padre, así se llamó el mío, y ese será su nombre -añadí, convencida.

***

Poco a poco, noté que mi vientre se iba dilatando. No quería yo ganar demasiado peso, pero tampoco dejar desnutrido a mi hijo, por lo que procuraba alimentarme en condiciones. De cuando en cuando, el niño se agitaba en mi seno; me erguía y aspiraba hondamente, hasta que volvía a su lugar. Al final, tenía que sujetarlo para que el peso no me hiciera caer.

Todo el día lo ocupaba con mis tareas: tenía que administrar justicia, escribir cartas, desvelarme por el bienestar de mis vasallos...

-Señor, cuándo acabará todo esto -me quejaba a mis damas. -Y mis doncellas comentaban:

-En esta preñez, el color de tez de la señora es muy lindo y colorado. Además tiene mucho apetito; seguro que dará a luz a un varón.

Estaba yo en Sevilla por entonces, y quise emprender un viaje que había deseado mucho. No era fácil, si se consideraba mi estado.

He de decir que esta ciudad fue conquistada a los sarracenos hace más de doscientos años, y todavía quedan en ella muchos de sus monumentos y antigüedades. Tuvo en tiempos una grandiosa mezquita, cuyo huerto y tres dependencias subsisten todavía, y existe en su centro una bella fuente, en donde se lavan los mahometanos.

La mitad de la mezquita ha sido derribada ahora, y en su lugar se levanta una iglesia con cuarenta y cinco columnas. El templo está ya casi terminado, a excepción del coro, que se rematará en poco tiempo; aún así, es posible que yo no lo vea concluido.

-Los sevillanos lo merecen, pues nos ayudaron con grandes dispendios en la expedición contra Granada -le digo a Fernando, pero él se muestra receloso:

-Es natural que lo hicieran, por ser vecinos de los moros, y estar más próximos al peligro.

-Aún así, debéis reformar en Sevilla muchos monasterios que se han deteriorado -insisto yo. -Y quiero que fundéis un convento para recoger a los niños abandonados por sus padres.

-Así lo haré -me ha prometido él.

Hace mucho que me atormenta ese problema: una mujer deshonrada llena de vergüenza a la familia y, cuando ha sucedido el percance, ellos tratan de ocultarlo. Por eso les quedan dos salidas: o llevar a cabo un aborto, con peligro para la madre, o el abandono de la criatura en cualquier lugar.

No vacilan en dejar al niño en plena noche, aún en invierno, pues a los parientes les importa más la propia honra que la vida del recién nacido. El lugar preferido suele ser el pórtico de la catedral. Por ello, no es difícil hallaros expuestos al frío y a la voracidad de los animales, y es muy probable que fallezcan a las pocas horas de ser abandonados.

-Sus lamentos conmueven a cualquiera -me dicen mis guardias. -A algunos los abandonan con la boca llena de miel, sin duda para estirar su vida.

A veces, el desdichado se encuentra con la madre en el hospital y el padre en la cárcel. Los vecinos los recogen sólo para practicar con ellos la limosna, o los entregan a mendigos profesionales. El niño no es más que una mercancía, que tiene su dueño. Así me lo contaron:

-Echaron a una niña enmedio de la calle, la pisó un labrador por ser tan de noche, y la llevó a casa con él. -Uno de mis guardias asintió:

-Recogimos a otra casi muerta, que se la empezaron a comer los lobos. -Otro aseguró:

-Yo lo he visto morir de hambre a racimos, cubiertos de costa y lepra, a los ocho días de haber nacido limpios...

Se me aportaron tantas pruebas de malos tratos, que tomé una decisión:

-Mientras yo pueda, no morirán más niños abandonados, o tendré que llorarlo ante Dios...

***

Sevilla dista del mar catorce leguas cortas; hay a las afueras, al otro lado del puente construido con barcas sobre el río, un bario muy extenso llamado Triana, en donde se fabrican tan grandes vasijas de barro para el aceite y el vino, que en muchas caben doce o trece ánforas. Había un reloj de sol en el parque, entre los macizos de flores; tenía un vástago de hierro, donde se posaban las palomas zurriando. La fina sombra se desplazaba lenta, lenta, y marcaba una hora que nunca supe leer. Mi secretario había nacido allí, y me estuvo informando:

-Es este río muy famoso; antes lo llamaban Betis y baña la ciudad hacia occidente, al pie de sus murallas -me dijo. -Es navegable y caudaloso; en tiempo de pleamar crece durante todo el día hasta la altura de tres o cuatro codos, llevando entonces el agua un poco salada; pero al retirarse la marea decrece, y entonces el agua resulta muy dulce.

Fuera de Sevilla, al otro lado del río, vi una gran abadía de cartujos, y dos huertos que regaban con agua traída con dos mulas.

-¿Y ese monasterio?

-Ahí donde lo veis, es uno de los más ilustres y ricos de España. Es el padre prior un hombre venerable, anciano de sana doctrina. Vos misma podréis comprobarlo.

Así fue. Él mismo nos mostró su amplia bodega, donde había casi cien tinajas rebosantes de vino.

-Probadlo -me dijo. -Es tan delicioso como la malvasía.

Fui con él a la iglesia y vi el sagrario detrás del altar mayor, tan adornado de oro, plata y marfil que es imposible describirlo.

-Tenemos en nuestro jardín gran variedad de árboles frutales: cidros, naranjos, almendros, granados, perales y vides -enumeró.

-Todo el monasterio es una maravilla -le dije, y él pareció agradecerlo.

Embarqué yo luego en el puerto y navegué por el Guadalquivir, hasta la desembocadura.

-Nunca olvidaré este viaje, pues es la primera vez que veré las aguas del Atlántico -manifesté a mis damas.

En Sanlúcar de Barrameda me alojé en el palacio del duque de Medina Sidonia; y hasta Rodrigo Ponce de León, que era marqués de Cádiz y en un principio no me reconocía como reina, se unió de buen grado a mi séquito. Es cierto que yo lo había distinguido mucho, y con el tiempo lo ascendí a la categoría de duque.

En aquella ocasión, Fernando estaba inquieto por mi embarazo, pues ya había tenido dos abortos y algunas señales indicaban el mismo peligro. Un día noté ciertas molestias en el vientre, lo que me llenó de alarma.

-He de regresar a Sevilla, el término está cerca -le dije.

-Mandaré venir a tres caballeros, regidores de la ciudad, para que con los escribanos estén presentes en el alumbramiento -indicó mi marido.

Un martes, que era día último de junio, estaba yo en Sevilla cuando a mediodía empecé a sentir los dolores del parto. Entró en mi cámara Lorenzo Badoz, el médico judío, y con él una comadrona sevillana que apodaban la Herradera.

-¡Que traigan todas las antorchas que puedan! -ordenó la mujer.

Entre los dos ayudaron a venir al mundo al único hijo varón que me vivió. Como de costumbre, el parto no me causó grandes molestias. Ni siquiera me vi obligada a morder un lienzo mientras seguía sus indicaciones.

-¡Ahora, señora, expulsadlo con todas las fuerzas!

Cuando oí llorar a mi hijo, me pareció mentira. El médico lo mostró, orgulloso:

-Habéis dado a luz al heredero -anunció. -No os inquietéis, la comadrona se ocupará de todo.

De esta forma, riendo y burlando, entre juego y juego, di a luz a mi primer hijo varón, el

príncipe Juan, heredero de la corona.

XXI. UNA GRAN FAMILIA

Seguía mi esposo fuera de Sevilla y dejó a sus soldados para venir a verme a la ciudad. Cuando llegó, halló en mi antecámara a los tres caballeros que habían observado el parto sin puerta ni cortina, estirando el gaznate, para dar fe de lo que ocurría.

-El niño ha nacido, y es un varón, Majestad -le dijeron.

-Quiero ver a mi hijo, comprobar si se parece a mí.

Cuando entró en la alcoba, una sirvienta le tendió al pequeño, que no dejaba de llorar, y él lo tomó en los brazos. El niño abrió los ojos.

-¡Vaya, los tiene azules! -exclamó.

Me tendió al recién nacido, y se arrodilló junto a mi cama.

-Os doy las gracias, esposa mía -dijo sinceramente. -¿Habéis sufrido mucho? -Yo denegué.

-Apenas lo he sentido.

-Demos gracias a Dios... Es a vos a quien se parece -dijo. Guardó silencio unos instantes, y luego agregó: -Por cierto, espero que hayáis buscado para él una buena nodriza. Sobre todo, me gustaría que fuera una mujer honesta, y sana. -Yo asentí.

-Ya lo he hecho. La suya es hermosa, saludable y con mucha leche. -Él se puso en pie.

-He decidido regalar a la Virgen una lámpara de plata, en acción de gracias, y daré cien quintales de aceite cada año para alimentar el fuego -declaró. -Presentaré a mi heredero a primeros de agosto. Entonces, mandaré celebrar fiestas durante tres días con sus noches.

Le entregué yo el niño a su nodriza, doña María de Guzmán, que era de noble familia; pues siempre que he parido he buscado amas de buen linaje, robustas y bien acostumbradas. Mi madre me había advertido:

-Tienen que ser de nuestra religión, pues prohíben las leyes que judías y moras amamanten a los cristianos, ya que pueden transmitirles sus creencias por medio de la leche...

Además, me aconsejaba el médico:

-Que no tengan los pechos muy grandes, ni el pezón demasiado grueso; y que no hayan padecido granos, herpes ni otras enfermedades de la piel.

Por mi parte, he querido que fueran jóvenes, ni demasiado blancas ni morenas, que tuvieran la dentadura sana y una buena mata de pelo.

Si el ama que daba la teta a alguno de mis hijos se hubiera acostado con alguien en mi casa, el que con ella lo hiciera sería considerado traidor. La abuela me había dicho:

-Con ello le puede venir enfermedad al niño, e incluso la muerte -aseguró. -Por eso han de ser de buenas costumbres...

Para celebrar el nacimiento, mi esposo había ordenado que se encendieran candeleros en todas las calles. Las gentes comentaban, alegres:

-Para que todos los caballeros acudan a la justa, se entregarán cañas y tela, y como recompensa una pieza de seda al que lo haga mejor...

Mi hijo fue bautizado solemnemente en la catedral y lo apadrinó Nicolás Franco, legado del papa. Para el bautizo se cubrió la capilla con paños de raso y mandé adornar toda la iglesia y sus pilares con telas de brocado.

-Llevaremos al niño en procesión -me dijo Fernando. -Vos iréis delante en el trotón blanco, sobre silla dorada, vistiendo ese brial que tenéis con numerosas perlas y aljófar...

Yo así lo hice, dándome escolta el almirante de Castilla. Iban detrás nobles y pajes con candelas y una ofrenda de monedas de oro, y dos de mis doncellas llevaban el jarro y la copa dorada. A nuestro paso, los niños señalaban:

-Mirad, ahí vienen los músicos, con sus trompetas y chirimías...

Tras de los músicos seguía el ama con mi hijo, sobre una mula con albarda de terciopelo, rodeada de todas las damas de la corte. Las mujeres hacían toda clase de comentarios:

-¿Habéis visto? Va el niño bajo palio, que llevan cinco regidores con sus cetros en las manos, todos ataviados con ricos terciopelos...

-Lo hemos visto. Lo llevaba en brazos su nodriza, sobre un paño de brocado de oro. Luego venía la madrina a caballo, siguiéndola nueve doncellas vestidas de seda, cada una de un color diferente.

-Pero no han faltado los malos augurios -dijeron algunos.

-¿Por qué decís eso?

-Eran las dos de la tarde cuando se interpuso en el cielo un eclipse de sol...

Era muy cierto: el eclipse fue tan completo que dejó a toda la ciudad de Sevilla sumida en la mayor oscuridad durante varias horas. Luego supe que se santiguaban las gentes temiendo grandes males para el recién nacido.

-¿Qué pensáis que ocurrirá? -preguntaban.

-No lo sabemos. Hay quien dice que nunca más volverá a lucir el sol como solía...

Colocamos un tablado en la plaza y se lidiaron veinte toros, en todo lo cual gastamos más de cincuenta mil maravedís. Pasado un mes del bautizo llevé a mi hijo para ofrecerlo a Dios, como es costumbre en Castilla: lo llevó el ama en su regazo hasta las puertas de la catedral y allí lo tomé yo para ofrecerlo ante el altar. Cuando salimos de la iglesia, iba Fernando delante vestido de brocado y chapado de oro, con la guarnición de su jaca dorada.

Quería el padre de Fernando llevarse al pequeño a su corte; emprendió una serie de manejos para raptarlo y trasladarlo a Aragón, pero yo no lo consentí.

-Temo que vuestro padre nos lo arrebate -le dije a mi esposo. -Para evitarlo, he decidido

que desde ahora su ama y él vayan en litera, en lugar de llevarlo ella en brazos por la calle. Además, haré que cien guardias armados los rodeen.

Dos años más tarde lo destetamos en Toledo y le dimos un ama seca, Juana de Ávila. Con esta segunda niñera estuvo siempre muy encariñado, hasta el punto de rogarle que lo aceptara como esposo, lo que causó las risas de todos.

Lo juraron las cortes como nuestro sucesor. Cuando cumplió los cinco años lo recibieron en Burgos, también bajo palio, a fin de presentarle sus respetos.

-Desfilan todos como en el día del Corpus -comentaba la gente.

Lo acompañaron las corporaciones de la ciudad, desde el gremio de zapateros al de platería. Al pasar por la casa del obispo lo aguardaba yo, y allí se detuvieron. Iba en litera, acompañado de muchas damas y doncellas; lo recibí con mucha alegría y él me hizo una graciosa reverencia. Beatriz me dijo al oído:

-¿Sabéis, señora? En el trayecto había grupos de danzantes, haciendo juegos, y él ha mostrado al verlos mucha alegría.

Finalmente, el prelado bajó de las andas al príncipe y lo llevó en brazos a la iglesia. Allí el ayuntamiento lo obsequió con pavos, terneras y muchas clases de confites. Se hicieron luego grandes fiestas en mi palacio, donde tanto mis damas como yo vestíamos de brocados y sedas.

***

A los ocho meses de haber parido a Juan, quedé encinta de nuevo.

Era el mes de noviembre; había yo llegado a Toledo desde Extremadura, y allí se me reunió Fernando. Al día siguiente, tres horas después de salir el sol, noté que me ponía de parto. La ciudad se alborotó, y acudieron enseguida la comadrona y el médico, que tuvieron que actuar de inmediato.

-Ha sido niña -me dijeron. Yo asentí.

-Lo sabía. Y quiero que se llame Juana.

-Un nombre muy bonito. ¡Ella también lo es! -exclamó la partera.

En Castilla, todos comentaban el nacimiento de la pequeña:

-Ha nacido en Toledo la tercera hija de los reyes. Le han dado por nombre Juana, por su abuela materna -decían.

He de añadir que, además del nombre de mi madre, la pequeña heredó su locura. No obstante, ha querido el destino que sea ella quien me suceda como reina.

***

Tres años más tarde, regresaba yo de aragón a Medina del Campo para seguir hacia Andalucía. Habíamos conseguido la pacificación de Galicia, donde enviamos a Fernando de Acuña y al jurista Alonso de Chinchilla, para poner fin a la rebelión originada en tierras gallegas. Por otra parte, las gentes del marqués de Cádiz habían respondido a los ataques de los musulmanes, conquistando en marzo la ciudad de Alhama. Estaba finalizando junio, cuando sentí grandes dolores. En cuanto lo supo la abuela, acudió a mi lado.

-Viene la reina cansada del camino, y lleva muy adelantada la preñez -le dijeron mis damas. -Por las grandes molestias que sufre, pensamos que lleva más de un hijo. -Ella rezongó:

-Un parto doble es de mala sombra, como los eclipses de luna...

-Doña Isabel no es supersticiosa, señora.

No obstante, mi abuela tuvo su parte de razón. Por si fuera poco, me enteré de que mi esposo había mandado arriar la bandera a deshora.

-Al parecer, por todo el reino se ha extendido una gran tristeza -decía la gente.

Por fortuna, no ocurrió nada entonces. Pero a últimos de junio, recién llegada a Córdoba, noté de nuevo las molestias. Ordené a mis damas que llamaran al médico y me trajeran el banco de partos.

-Daos prisa, por favor.

Así dí a luz a la infanta María, que era mi tercera niña, y cuarta de mis hijos. Enseguida advertí que tenía el cabello rizoso, la piel rosada y una pequeña señal en la frente. La partera no se movía de mi lado.

-Ahora, debéis esforzaros en expulsar la placenta -me dijo.

Después de dar a luz me quedé dormida; cuando desperté, vi a Fernando sentado junto a mi cabecera. Me acarició la frente.

-Ha dicho el médico que debéis descansar. No podéis sofocaros.

Había estado yo recaudando por toda Castilla sal, pan, vino, puerco y otros alimentos, para abastecer el real que mi esposo iba a establecer sobre Loja.

-No puedo dejar de ocuparme de todo -protesté.

Pensamos todos que el alumbramiento había acabado felizmente. Pero al día siguiente nació otra niña muerta, por lo que volvió a comentarse el maleficio del doble alumbramiento.

-La reina ha malparido, trabajo perdido -decía la gente del pueblo.

No obstante, durante el resto del verano proseguimos con nuestras incursiones y por cuatro veces penetramos en tierra de moros. Supe que ellos entraban por el campo de Tarifa, y aquello me alarmó.

-Desde ahora os digo que va a ser esta guerra demasiado larga, y penosa -le dije a Fernando.

***

Tiempo después volvía a estar encinta, pero decidí guardar el secreto. No obstante, abandoné mis correrías por España, y al entrar el otoño volvimos a Castilla a pasar el invierno, como todos los años. Una bruma lechosa se extendía sobre el río, entre las copas de los árboles, y se colaba en la ciudad. Así, cuando salía por las mañanas, apena veía la fachada de las casas de enfrente.

-Aquí, las calles están llenas de escupitajos -se quejaban mis damas. -Hay que andar con cuidado, siempre mirando al suelo. Puedes pisar uno y resbalar, y se pegan a los zapatos...

-Será por el frío -les decía yo.

Fue el quinto y último alumbramiento que tuve, y ocurrió en el palacio del arzobispo de Toledo, en Alcalá de Henares.

A mediados de enero nació mi hija Catalina. Después de lavada y vestida, una de mis damas la tomó en brazos y la sacó al balcón, a fin de que todos la vieran.

-Es la más bonita de todas las hermanas -decían.

Casi al mismo tiempo se consiguió la conquista del archipiélago canario. Pasamos más tarde a Medina del Campo y Toledo, donde nos dedicamos a administrar justicia. Transcurrido el invierno tomamos la decisión de trasladar la corte a Córdoba, y desde allí organizar y dirigir las acciones necesarias para entrar de nuevo en tierra de moros. Fernando me había dicho:

-Tienen ellos su mejor abrigo en el denso arbolado, que les permite esconderse con facilidad, y atacar de improviso. Por eso, no hay más remedio que talarlo.

Durante siete semanas, cuatro mil taladores se encargaron de cortar la vegetación a golpes de hacha. Al mismo tiempo se levantaban empalizadas y se cavaban zanjas y fosos. Yo, desde Jaén, me encargué personalmente de aprovisionar la tropa, haciendo construir caminos que recorrían sin descanso centenares de bestias, cargadas de víveres. Y, para aliviar los graves apuros que sufría el ejército, tuve que empeñar muchas de mis alhajas.

-La reina ha pedido prestada una fuerte cantidad de dinero -se comentaba en toda Castilla. -Se ha visto obligada a acudir a varios comerciantes, tanto de Valencia como de Barcelona.

-Y hemos visto cómo pasa revista a caballo a las tropas, armada con coraza -aseguraban otros. -Ha visitado las trincheras de la zona norte, ella sola, en primera línea del frente...

Mientras, iban creciendo mis hijos. Todos ellos han viajado siempre con nosotros, y nos acompañaban en cuanto podían tenerse encima de un caballo. Generalmente, en las fiestas y entradas triunfales, las niñas cabalgaban junto a mí, y el pequeño Juan lo hacía al lado de Fernando. Mi madre siempre me había aconsejado:

-Desde muy pequeñas has educar a las princesas, y vestirlas según su condición.

Recuerdo que le encargué a Isabel un tejido francés de terciopelo de mucho valor; adquirí doce onzas de oro para el bordado, y una cofia de orejas de Cambray. Como era la mayor, estaba muy ufana vistiendo a la moda. Crecía muy alegre, le gustaba cantar y tenía una bonita voz; observaba las danzas de las señoras de la corte, y en alguna ocasión la sorprendí en su alcoba, imitándolas.

A las pequeñas les compraba muñecas muy bien maquilladas, y el sastre de la corte les confeccionaba vestidos de terciopelo y raso, de todos los colores. También les regalaba globos, juegos de pelota, cohetes, naipes y juegos de ajedrez. A Juan, en cambio, le procuraba lebreles y halcones.

Para María y Catalina, que tenían entonces seis y tres años, hice confeccionar unos turbantes con vivos de oro y seda. María fue la más laboriosa de todas: hilaba y tejía, siempre con la mano en la rueca.

-Si he de decir verdad, es la que menos has querido de todos -me decía la abuela. Y

aunque yo lo negara, en el fondo tenía razón.

Durante mucho tiempo, cuando Fernando estaba fuera dormía yo en la cámara de las infantas o del príncipe. Pero más tarde lo hacía sólo con las niñas y con algunas dueñas: no quería que nadie me acusara de incesto, pues en Castilla es el pueblo muy suspicaz, y todo lo interpreta en mal sentido.

Como todos los niños, los míos han sido golosos. Antes de alzar los manteles se les servían empanadillas, turrones o piñonates, junto con algunos pasteles.

Sabían muy bien que no debían hablar con la boca llena, y tampoco roerse las uñas. No les consentía que soplaran en la sopa caliente. Les prohibía además que se limpiaran con los manteles, y que partieran el pan contra las rodillas y el pecho.

-Debéis comer con bocados pequeños, y anteponiendo la mano al masticar -trataba de enseñarles.

XXII. PRIMERAS BATALLAS

Durante los primeros años de nuestro reinado, tanto Fernando como yo anduvimos muy atentos a las guerras de Portugal, en las que se originaron luchas muy cruentas.

Gutierre de Cárdenas fue el encargado de negociar el matrimonio de la Beltraneja con Alfonso de Portugal, proponiendo la dote. En Plasencia se desposó Alfonso con su sobrina Juana, que tenía doce años, sin bendición papal. Con la ayuda de los grandes nobles se proclamaron reyes de Castilla, y estalló la guerra civil.

En mayo, el rey de Portugal invadió Extremadura con miles de infantes y jinetes, que se unieron al ejército del marqués de Villena, quien custodiaba a Juana. Las dos batallas principales se desarrollaron en Toro, ciudad fortificada cerca de Zamora: las tropas portuguesas ocuparon Toro, Zamora y Medina del Campo, siendo los primeros avatares de la guerra contrarios a nuestros intereses.

La primera vez aguardaba yo en Tordesillas, mientras Fernando luchaba con sus hombres. Había partido haciendo testamento, pues temía que su vida corriera peligro: su ejército era numeroso, pero estaba mal equipado. Por fin, me llegaron noticias por medio de un correo. Alguien llamó con grandes golpes al portón.

-Dejadlo entrar, quienquiera que sea -indiqué.

Ante mi asombro, fue el arzobispo quien entró, seguido de un oficial. Se me heló la sangre al observar su aspecto turbado.

-¿Ocurre algo? ¿Cómo es que venís en plena noche? -Él bajó la mirada.

-Señora, acabamos de recibir muy malas noticias -pronunció en voz baja.

-Por Dios, ¿qué ha sucedido? Decidme la verdad, por favor. -Él no se atrevía a mirarme de frente.

-Vuestro esposo el rey ha perdido una batalla importante, y vuelve derrotado -me dijo. -Sus tropas, con él a la cabeza, han sido incapaces de reconquistar Toro, y sus hombres han huido enmedio del caos.

Me entristeció conocer la derrota. Pero cuando supe los detalles de su retirada, el dolor se convirtió en cólera. Al parecer, los hombres de mi esposo habían desahogado su fracaso maltratando a las honradas comunidades castellanas.

-Van cometiendo a su paso muchas tropelías -me informó el mensajero.

Mientras aguardaba su vuelta, no podía disimular mi indignación. Confieso que llegué a rechinar los dientes, sin poder evitarlo. Mis gentes estaban asustadas.

-La señora está furiosa -decían. -Tanto, que cuando los primeros soldados han vuelto a Tordesillas, ha ordenado que se les cerraran las puertas.

Por fin supe que se acercaba Fernando. Entonces mandé ensillar mi caballo y, desde mi residencia en el convento de santa Ana, fui cabalgando a encontrarme con él en el límite de la ciudad.

-Parece estar más disgustada al ver al ejército regresar sin gloria, que alegre por hallarlos con vida -comentaba la gente.

-Es verdad. Y, según dicen, ha acusado de cobardía a su esposo, con palabras más propias de un hombre enérgico que de una tímida mujer.

Lo cierto fue que, hallándonos a solas, no traté de disimular mi desprecio. Fue a abrazarme, y yo lo rechacé. -Él dio un paso hacia atrás.

-Al menos, no he muerto -se quejó. -Pensé que, al volver derrotado, encontraría en vos palabras de consuelo. ¿Os disgusta que hayamos regresado sanos y salvos? -añadió, dolido. -Mostrad un poco de consideración, Isabel.

-Para eso, tenéis que merecerla. -Él aspiró hondo.

-Os conozco muy bien -dijo con tristeza. -Gran trabajo voy a tener de aquí en adelante para teneros contenta.

-No os equivocáis.

-Las mujeres sois difíciles de complacer -añadió. -Y especialmente vos, a quien nunca puede dejar satisfecha ningún hombre mortal. -Yo contesté con dureza

-Mejor hubiera sido que atendierais mis instrucciones. Antes de atacar Toro, debisteis equiparos con una fuerte artillería.

Él no me contestó, y abandonó el lugar. Al día siguiente me estaba aguardando en la sala, y me observó con su mirada oscura.

-Os pido disculpas por todo lo ocurrido, y por el comportamiento de mis hombres. -Yo me encogí de hombros.

-No debéis justificaros con palabras, sino con obras. -Él habló en forma enérgica:

-He decidido ayudaros a poner orden en los asuntos de Castilla. Además, quiero que se cumplan vuestros deseos de expulsar a los musulmanes de España. Entre los dos, podremos hacerlo.

Desde entonces, ambos empezamos a colaborar en el gobierno. Celebramos cortes en Madrigal, y en ellas decidimos la creación de la Santa Hermandad, así como algunas disposiciones referentes a los judíos y musulmanes

-Haremos que lleven algún distintivo que ayude a identificarlos -propuso Fernando.

Portugal había obtenido el apoyo de Francia, mientras Aragón se sumaba a nuestra causa. Conseguí yo atraerme con habilidad a los nobles que antes se nos declaraban enemigos. Las ciudades de Toledo y Burgos, en un principio afines a la Beltraneja, se pasaron en masa a nuestro bando, con lo que la suerte de la guerra empezó a cambiar. Además, la marina vasca

impidió el acceso a las tropas francesas.

El primer marqués de Villena había muerto casi al mismo tiempo que mi hermano Enrique. Su hijo era el principal valedor de los portugueses en España, pero en otoño nos juró lealtad.

Por fin, un día de primeros de marzo derrotamos a los portugueses en Peleagonzalo, muy cerca de Toro, donde yo me encontraba alentando tanto a Fernando como a sus tropas.

El rey de Portugal había conseguido los apoyos de Galicia, Mérida y Trujillo. Por eso, en febrero del año siguiente se llevó a cabo la batalla de La Albuera, que ganamos nosotros. En septiembre y gracias a la infanta Beatriz de Portugal, hermana de mi madre, entablamos negociaciones: el resultado fue el tratado de paz de Alcazobas, mediante la cual me reconocieron como reina de Castilla.

No obstante, durante tres años tuvimos que sofocar algunos núcleos de resistencia, lo mismo en tierras extremeñas que andaluzas. Una vez resuelta la cuestión sucesoria, convocamos cortes en Toledo.

***

Creamos el Tribunal de Valladolid, donde se derogó el derecho de acuñar moneda por parte de los nobles. Procedimos a la demolición, o más bien al desmoche de numerosos castillos, y revocamos con carácter retroactivo muchos privilegios anteriormente concedidos. Por mi parte, decidí suprimir el título de maestre de cualquier orden religiosa.

-El mando de estas instituciones lo ejerceremos nosotros a partir de ahora -le dije a mi marido.

Había situado yo la Chancillería de Valladolid en las casas de Juan de Vivero, las de mi boda con Fernando. Así que dos veces por semana, los martes y los viernes, decidimos ambos dar audiencia y administrar justicia, sin distinguir a ricos ni pobres. Al cabo de un tiempo me había habituado a hacerlo, y seguí así durante muchos años. A veces me sentía cansada; notaba que el tiempo se me escapaba de las manos, y que la cabeza me daba vueltas. Pero me armaba de valor, y seguía.

-Me duele todo el cuerpo -le decía a Beatriz. -Es muy duro tener que decidir sobre los bienes y vidas de tantos vasallos... con el miedo de no acertar. -Ella sonreía.

-Que yo sepa, siempre habéis procurado no ser cruel con los malos ni blanda con los buenos. -Yo afirmaba, dudosa:

-Trato de ser justa, aunque a veces no lo consiga. Pienso que, en ocasiones, es más esclava una reina que cualquiera de sus doncellas.

-Dicen que va el rey donde puede y no donde quiere, señora...

Cuando estaba agotada me levantaba a duras penas, pero al rato volvía a sentarme ante el escritorio.

-He de terminar el trabajo -me decía.

A los mozárabes y cristianos viejos que habitaban Madrid, se habían ido uniendo poco a poco nobles y ricos hacendados, edificando sus mansiones en el barranco del Arenal. No eran raras las escaramuzas y luchas abiertas entre los diversos gremios que ocupaban los barrios,

e incluso tuvimos que sofocar un levantamiento de los señores principales.

El jefe de los rebeldes se retiró al alcázar, donde se hizo fuerte; tuvimos que cercarlo de nuevo, haciendo entre el alcázar y la villa una tapia alta y gruesa, de suerte que no pudieran entrar ni salir. Duró el cerco dos meses, y murieron de una y otra parte muchos nobles y plebeyos.

Viéndose tan apretados el alcaide y los suyos, llegaron a desamparar el alcázar. Nuestro capitán se apoderó de él, así como de todo el pueblo; la villa había quedado despoblada, pues sus vecinos se refugiaron en los arrabales.

Yo misma ordené aquel otoño desguarnecer las torres y puertas de la muralla, de forma que no fueran precisos alcaides ni guardas, sino solamente el cerrojo y cerraduras de las puertas bajas de la villa. La guerra estaba terminada; pero veinte años después, aún continuaban los madrileños reparando los numerosos boquetes que se habían producido en los muros.

Madrid, sin embargo, no nos rechazó luego, y nos brindó todo su apoyo. Sus pecheros e hidalgos combatieron en la campaña contra los moros de Granada, y cada vez que en la villa se recibía noticia de una victoria, los madrileños lo festejaban sin ningún rencor.

***

El gobierno musulmán de Granada, hasta entonces tributario, quiso romper su relación de vasallaje. Así que decidimos emprender la guerra contra el reino nazarí, que nos había arrebatado la ciudad de Zahara.

En cuanto se supo que íbamos a entrar en guerra con los moros, todo fueron comentarios en la corte. Mis damas no podían ocultar su excitación:

-Me han dicho que en el palacio de Granada, en el centro de uno de sus patios hay doce leones esculpidos, saliendo agua de sus bocas. Y en el baño hay una hermosa pila de mármol, para que se bañen las mujeres y las concubinas del rey.

-Al parecer, él las observa desde una celosía en el piso superior, y a la que más le agrada le lanza una manzana, indicándole que aquella noche dormirá con ella...

-Ay, qué barbaridad -suspiraba la abuela.

A veces, ella misma alimentaba la curiosidad de las otras:

-Los musulmanes gustan mucho de los huertos, y son tan ingeniosos en plantarlos y regarlos que no hay nada mejor -les decía. -Además ese pueblo se conforma con poco. Vive de los frutos, que no les faltan durante todo el año... -Una vieja dama asentía, haciendo temblar su gruesa papada:

-Pero además tienen infinitos rebaños de cabras, ovejas y bueyes... -La abuela afirmaba:

-Dicen que las casas de los sarracenos son muy reducidas, con habitaciones muy pequeñas -carraspeaba. -Pero tienen conducciones de agua y cisternas y, aunque no abundan las cloacas, los hombres son limpísimos...

Yo me divertía escuchándolas, porque sus charlas me aliviaban de problemas mayores. Incluso, el arzobispo Carrillo llegaba a tomar parte en sus cotilleos:

-Las mezquitas en Granada son como las parroquias en nuestra tierra, aunque sólo los hombres pueden entrar en ellas -explicaba, y mi hija Isabel se mostraba encantada:

-He oído que veneran a la Virgen María, a santa Catalina y a san Juan, y ponen estos nombres a sus hijos...

-Eso parece -asintió Beatriz. -Según dicen, las oraciones de los musulmanes duran más de dos horas; al reunirse en las mezquitas permanecen de pie, y descalzos. Antes se han lavado los pies y las manos, los ojos, el ano y los testículos. -Yo no pude contener la risa.

-¿Quién te ha contado eso? -Beatriz se encogió de hombros:

-Es cierto. Las mujeres llevan calzas de lino holgadas y plegadas, y se las atan a la cintura cerca del ombligo, como hacen los monjes. Sobre las calzas llevan una camisa larga de lino, y encima túnica de lana o seda, según su riqueza...

Mencía de la Torre sabía mucho de los moros. Nos contó que, cuando salen ellas, se cubren con una blanquísima tela de lino, seda o algodón, cubriendo su rostro y cabeza de forma que no muestran más que los ojos.

-Tienen los moros hasta cuatro esposas, que repudian por la más leve causa -dijo, muy convencida. -En cambio, no pueden ellas repudiar al marido sino por causa grave; pero cuando desean la separación, lo molestan de tal forma que él, cansado, acaba por repudiarlas.

Todas nos echamos a reír y ella añadió, muy seria:

-Aunque, hay que decir que los sarracenos honrados se avergüenzan de tener muchas mujeres, y se contentan con sólo una...

-Ah, menos mal -suspiré, aliviada.

***

Una tarde de mediados de marzo se presentó Fernando en mi cámara. Parecía muy trastornado.

-¿Qué ocurre, marido? -Él se pasó la mano por la frente.

-Ha habido una batalla campal, un enorme destrozo. Ha sido una desgracia horrible -musitó.

-Contádmelo todo, por favor -le rogué.

-Ha ocurrido un desastre en la frontera con los moros. Algunos de nuestros capitanes, reunidos en un Concejo en Antequera, decidieron realizar una incursión en la zona. Llevaban con ellos más de tres mil hombres a caballo, además de otros mil de infantería...

-¿Tantos?-Él movió la cabeza.

-No sirvieron de nada. Cuando entraron en la comarca hallaron a su paso las aldeas desiertas, ya que sus habitantes habían huido, llevándose con ellos sus enseres y ganado, y refugiándose en grutas y castillos derruidos.

Yo permanecía en silencio, pendiente de sus palabras. Fernando prosiguió:

-Millares de enemigos, que aguardaban apostados en lugares abruptos, han hecho caer de la montaña rocas enormes sobre el sendero, derribando a su paso carros y caballos, y

aplastando a nuestros soldados, sin que nadie pudiera escapar.

-¿Nadie les ha prestado auxilio?

-Intentaron algunos reorganizarse, pero no pudieron hacerlo por lo escabroso del terreno. Y aunque pidieron ayuda al marqués de Cádiz, éste no logró acudir a tiempo de impedir el desastre.

Se detuvo un momento, y añadió:

-Tengo que salir de inmediato.

La noticia me había espantado, y estaba dispuesta a reunirme con lo que quedaba de mis tropas, si es que quedaba algo.

-¿Os puedo acompañar? -Fernando denegó.

-Prefiero que aguardéis. Es posible que tengáis que enviarme refuerzos.

Yo así lo hice, y a los dos días recibí un mensaje por medio de un emisario joven. Parecía tan extenuado que se desplomó frente a mí; alarmada, les ordené a mis damas que avisaran a un médico.

-No es nada grave, sólo agotamiento -me informó el doctor. -Al parecer viene de Andalucía, de parte del rey.

Acudí de inmediato a su lado. Cuando me vio trató de incorporarse, y se lo impedí. Lo habían herido en el pecho, y mostraba señales de golpes y cortaduras en los brazos y piernas.

-Permanece echado -le indiqué. -No hace falta que te muevas. -Él lanzó un gran suspiro.

-Me han tendido una trampa, y me he salvado de milagro -gimió.

-¿Le ha ocurrido algo al rey? -pregunté con temor.

-El rey está a salvo, pero muchos de los que lo acompañaban han muerto -dijo él. -Las tropas sarracenas se han reforzado con grandes huestes de negros africanos, llamados gomeles. Van acaudillados por Ahmet el Zegrí, que es un guerrero valiente y cruel. -Yo traté de infundirle ánimos.

-Puedes permanecer aquí cuanto quieras -le indiqué

-¡No! Tengo que partir enseguida.

-No pensarás cabalgar así -le dijo Beatriz.

-Os juro que sí.

Mandé que lo recompensaran con un buen caballo, pero le ordené que no saliera todavía.

-Debes aguardar a estar recuperado. Entonces, podrás reunirte con mi esposo. Yo te acompañaré.

***

Antes de llegar, hallamos en nuestro recorrido grandes pendientes, cerros y colinas escarpadas, y cabalgamos por sendas que se abrían sobre profundas hondonadas.

En el camino, el joven me informó con detalle de la derrota en la Axarquía. Al parecer, irritados los nuestros por el escaso botín obtenido incendiaban todo cuanto encontraban a su paso. En una aldea, los habitantes se habían refugiado en su castillo y miraban impotentes

como ardían sus casas. Desesperados, se dirigieron a los cerros prendiendo hogueras de aviso, llamando a gritos a sus vecinos y haciendo cundir la alarma por toda la comarca.

En poco tiempo, saltando de peña en peña y avanzando por las cañadas, lograron reunirse los moradores de la zona. Caía la tarde y los nuestros caminaban trabajosamente, luchando con las escabrosidades del terreno, cuando un confuso griterío inundó los cerros y colinas. Bajaban los moros por las trochas, entre los jarales del monte, y tomaron los lugares por donde tenía que pasar nuestro ejército.

-Ha habido tal mortandad, que ya llaman a ese lugar la Hoya de los Muertos -añadió el muchacho. -Y a una de las lomas que hay enfrente, le dicen Cuesta de la Matanza.

Al fin llegamos a una aldea donde se habían congregado los supervivientes. Cuando nos encontramos, Fernando me abrazó.

-Quiero acudir al campo de batalla -exigí, nada más llegar al campamento.

-Está bien, podéis acompañarme.

Ambos acudimos sin tardanza al escenario del desastre. Vimos por el camino varios grupos de soldados exhaustos, algunos a caballo, y los más a pie. Llegados a la montaña, los que hallamos iban dando traspiés, y cuando nos veían caían de rodillas, llorando. Había numerosos heridos, algunos muy graves.

-¡Ayuda, por favor! ¡Socorrednos, señora!-gemían.

-¿Cuánto tiempo hace que estáis aquí? -les preguntó Fernando.

-No lo sé, hace ya varios días -le contestó un soldado.

Mientras cuidábamos a los heridos, tratábamos de elevar la moral de los supervivientes; en realidad eran muy pocos, pues la mayoría de los hombres habían muerto.

Muchas carretas se habían desviado, cayendo al abismo, y las vituallas rodaron por las desnudas laderas. De los pocos hombres que pudieron salvarse, los más afortunados vagaban sin rumbo, entre animales muertos y carros destrozados; sobre el fondo del cielo volaban las aves carroñeras, dispuestas a lanzarse sobre aquellos cadáveres. Me acerqué a mi marido, que estaba dando órdenes a varios peones:

-Haceos con picos y palas, hay que enterrar a estos cristianos -indicó, a la vez que tomaba mi brida. -Por favor, Isabel, no os pongáis en peligro, os necesitan en la corte. No sé qué se haría en Castilla sin vos. -Sonreí tristemente.

-¿Tratáis de halagarme? -Él se puso serio.

-Tenéis que volver a reuniros con los príncipes. Yo os acompañaré parte del trayecto.

Así, después de los días más infortunados que recuerdo, abandonamos aquellas montañas. De nuevo recorrimos tajos, barrancos y cañadas llenas de zarzales y otros arbustos espinosos, así como bosques de encinas y de monte bajo muy espeso que dificultaba la marcha. Fernando me explicó:

-Al parecer, nuestro Adelantado de Andalucía, junto con el alcaide de Antequera, decidieron dirigir una cabalgada al interior del territorio malagueño -dijo, taciturno. -El marqués de Cádiz propuso que se dirigieran hacia la zona de Almogía, por donde la caballería podría

evolucionar desahogadamente; pero el maestre de Santiago propuso la zona de la Axarquía, que creía de fácil tránsito.

-Pues no me lo parece -comenté.

-El marqués de Cádiz adujo que la tierra de la Axarquía era áspera y montuosa y que la caballería no podría luchar en esos escarpados lugares, faltando además la infantería que defendiera a los jinetes -añadió. -Pero la codicia de los caballeros que pensaban encontrar grandes tesoros en estos parajes pudo más que la sensatez.

Pensé que, en efecto, la riqueza agraria y pecuaria de la zona ofrecía un rico botín. En los montes abundaban los ciervos, osos y gamos, y había muchos jabalíes. Después de recorrer veredas escarpadas, bajando y subiendo cerros, llegamos a un punto donde seguimos caminos diferentes: yo hacia Castilla y Fernando en dirección opuesta, hacia el sur.

***

Boabdil el Chico había nacido en la Alhambra, y tenía más o menos mi edad. De corta estatura, pertenecía a la dinastía nazarí y era hijo del rey Mulhacén y la sultana Aixa la Horra. Boabdil, conocido por los suyos como el rey Desventurado, era el heredero del trono de Alhamar: en las estrellas estaba escrito su destino, siendo el último rey que vería la Alhambra.

Se sublevó en Guadix contra su padre, accediendo al trono gracias al apoyo del partido de los abencerrajes y de la propia Aixa. Durante un tiempo estuvo en guerra, tanto con él como con su tío, el Zagal. Fue el juguete de las intrigas palaciegas de Aixa y de la favorita de su padre, Zoraya.

-He sabido que, que antes de abrazar el islam, ésta se llamaba Isabel de Solís -me dijo Fernando.

Ya lo sabía -contesté.

El rey Mulhacén, al ser derrotado por su hijo, se trasladó a Málaga con su hermano, que era señor de Málaga y Vélez. Los granadinos, que tenían a éste en gran estima, le llamaban el Zagal, que quiere decir el Valiente. Pasó a vivir el rey en la alcazaba, donde bien pronto se le reunió Zoraya, y llevó consigo a su ministro, que organizó a los musulmanes malagueños y a los de Ronda para atacar constantemente las comarcas vecinas.

Esta fortaleza contaba con entradas en recodo, murallas muy altas sobre riscos y triple anillos concéntricos de murallas interiores. En el punto más alto se hallaba el castillo de Gibralfaro, con defensas de gran fortaleza, con murallas altísimas y en zigzag, y que se unía a la alcazaba por medio de una coracha doblemente amurallada. En Gibralfaro se encontraba el jefe militar de la plaza, el Zegrí, protegido por su corte de guerreros negros, los Gomeres.

-Mulhacén ha llegado a ofender gravemente a mis embajadores -me dijo Fernando. -Nunca sospeché que un rey granadino osara agraviarme de esta forma. Os juro que arrancaré uno a uno los granos de aquella granada...

En efecto, en el mes de junio cayó la ciudad de Álora, que llamaban la Bien Cercada, y un año después intentamos la conquista de Ronda. Esta ciudad tenía fama de inexpugnable debido a lo intrincado de su serranía, y nos vimos obligados a utilizar tanto el empleo masivo

de la artillería como el engaño para lograr su rendición.

-Sus habitantes la creen a salvo de cualquier ataque -me había dicho mi esposo.

-Lo sé, pues está situada en lo más alto de una roca tajada, defendida con castillos y torres. Además, he oído que es muy brava toda aquélla gente...

Tiempo atrás, el marqués de Cádiz se había adelantado, haciendo una correría hasta las murallas de Ronda y derribando la torre llamada del Mercadillo. Aunque nosotros habíamos intentado varias veces asaltarla, decidimos hacerlo de nuevo. Supo mi esposo que habían salido de la ciudad muchos guerreros rondeños para ayudar a sus hermanos, así que envió hacia allá a ocho mil infantes y treinta mil caballos, para que cercaran la plaza y estorbaran la vuelta de los ausentes.

-He mandado que lleguen por el camino más tortuoso -me informó. -Además, las ballestas y picas han dejado de tener eficacia: se imponen ahora las espingardas, los arcabuces y otras armas de fuego.

Para aumentar la artillería se ordenó la construcción de fraguas, de las que salieron morteros, lombardas y falconetes en gran cantidad. Para llevar las piezas a los fuertes y a los campos de batalla se adelantaron zapadores, que abrían camino desbrozando el terreno.

-Haré correr las voces de que marcho con el grueso del ejército en dirección opuesta al camino de Ronda, hacia los prados de Antequera -indicó mi marido. -De esa forma podremos alejarlos.

En efecto, hacia allá se dirigieron los rondeños, mandados por su jefe Ahmet el Zegrí; entonces Fernando, dando un gran rodeo, se revolvió y llegó hasta Ronda. Entre otros caballeros lo acompañaba Juan de Silva, padre de Alonso, un paje del príncipe Juan.

Avanzaron los nuestros en silencio por aquellos abruptos senderos; y, llegados a su destino, la eficacia de las nuevas armas se demostró en la conquista de la ciudad. No tardaron en llegarme noticias:

-Vuestro esposo ha machacado el castillo. Atacó por tantos lugares, que a los cuatro días estaban deshechas las almenas de muchas torres. Llegó a cortar el suministro de agua y mandó a nuestros soldados que destruyeran un pedazo de muro del lado del arrabal.

Los moros lloraban de rabia, viendo que les habían tendido una emboscada. Fernando llamó a sus capitanes, a varios leñadores y a los hombres que pudo para que se unieran a él. Entre todos asaltaron la alcazaba donde se defendían unos pocos rondeños; parte de los soldados atacaron con furia, mientras otros se deslizaban en el interior.

Aguardaba yo cerca Córdoba el resultado del combate: me había alojado en el castillo más fuerte de toda Andalucía, propiedad de la familia de Gonzalo.

-Agradezco vuestra acogida -le dije a su hermano. Él se inclinó en una profunda reverencia.

-No puedo hacer menos. Sois mi reina, y debe protegeros.

Según me dijeron, fueron liberados los cristianos que penaban en las mazmorras, que eran casi quinientos entre hombres, mujeres y niños. Un mensajero había llegado, reventando

el caballo.

-Por fin, el día de pascua del Espíritu Santo, se ha entregado la ciudad -me explicó. -Sin haberse quitado los hierros que llevaban se presentaron los cautivos ante el rey, quien les ha dado provisiones y caballos para que se vengan a Córdoba. No tardarán en llegar, señora, y vuestro esposo os ruega que los acojáis como corresponde. -Yo empeñé mi palabra:

-Así lo haré -prometí.

Ronda capituló a últimos de mayo. Su caída acarreó la de toda la Serranía, así como la capitulación de Marbella. La resistencia musulmana había sido eliminada en la frontera occidental del reino nazarí.

En cuanto pude, clavé espuelas y me dirigí a la ciudad. Iba yo con mi hija, la princesa Isabel, y nos acompañaba un grupo de hermosas damas, montando en mulas lujosamente aparejadas. Gonzalo cabalgaba a mi lado, y a veces nuestras miradas se cruzaban. Todavía me parece estar viendo a aquellos desgraciados, que llegaban extenuados y amarillos.

-Haré que os atiendan los mejores médicos. Es tanto el gozo que sentimos por vuestra libertad, que haremos grandes fiestas para celebrarla.

Cuando llegamos a las murallas de la ciudad, una multitud nos aguardaba. Vimos a un grupo de caballeros que avanzaba hacia nosotros, y Gonzalo se quedó rezagado.

-Ahí llega don Fernando -dijo alguien.

Vino a mi encuentro, rodeado por algunos nobles. Me envolvía yo en el manto carmesí de las princesas moras y vestía brial de terciopelo, saya de brocado y un capuz morisco escarlata, como el de las doncellas de Granada. Al llegar mi esposo, nos hicimos tres reverencias.

-Espero que estéis satisfecha -sonrió, poniéndose a mi lado.

Aparté yo mis tocas, quedando sólo con la cofia, y nos abrazamos y besamos. Luego él se dirigió a la infanta, nuestra hija; la abrazó y la besó, haciéndole la señal de la cruz.

Más tarde, cuando pasé revista al ejército, todas las banderas se inclinaron; más que satisfecha, me sentía abrumada. Para entrar en el pueblo tuvimos que subir un camino muy empinado que giraba, con piedras gruesas donde resbalaban los caballos. Pasamos delante de la casa del rey moro, una construcción grande con jardín sobre el Tajo. Desde fuera no podía distinguirse el jardín, que caía al otro lado; los balcones, sobre la calle empedrada de cantos brillantes y redondos, estaban protegidos por rejas complicadas.

Había que seguir subiendo, con cuidado de no resbalar; los edificios a ambos lados eran todos antiguos y hermosos, de gente que vivía en la zona noble. Casi todos eran moros notables y sus casas tenían portalones grandes, cancelas de hierro y patios árabes que se entreveían desde fuera.

Muchos zaguanes tenían los suelos de mármol blanco; en los patios había tiestos vidriados, colgados de cadenillas doradas, y dentro esparragueras como nubes de gasa verde claro. En las puertas vimos aldabones de bronce y unos clavos gruesos y relucientes.

Una grieta enorme separaba las dos zonas del pueblo, el Mercadillo y la Ciudad. Sus flancos eran pardos, salpicados de algunas masas de verdor. De trecho en trecho había

pequeñas plataformas inaccesibles. La vista resbalaba con vértigo hacia abajo, donde yacían rocas desprendidas entre profundos valles de hierba.

Enmedio, un riachuelo plateado era lo que quedaba de la enorme corriente que había tallado el conjunto. Los sonidos eran tan lejanos que parecían de otro mundo; sólo el graznido de los pájaros quebraba el silencio, como un búcaro que se hace pedazos.

Los grajos lanzaban chillidos desde las hendeduras; el eco devolvía el grito en las quebradas, y su vuelo oscuro salvaba el abismo, trazando un repentino quiebro. Abajo los hombres parecían hormigas, y diminutas cascadas de espuma surgían de los molinos.

Grandes lajas de piedra formaban rampas, en el centro del Mercadillo; estaban brillantes, por el resbalar de los chiquillos desde tiempo inmemorial. Las costumbres eran aquí distintas a las de Castilla: hallabas mujeres blanqueando con sus vestidos negros, con pañuelos negros a la cabeza, las mejillas curtidas llena de goterones de cal, luciendo chafarrinones blancos en el percal de los vestidos y en los pañuelos de cabeza.

-Llaman ellas aljofifar a fregar el suelo con el trapo -comentó una de mis damas.

Pintaban de almagre los zócalos, y los escalones de entrada tenían el mismo color rojo oscuro, que contrastaba con el blanco. En las fachadas, las aristas se habían redondeado a fuerza de capas de cal.

En el silencio de la tarde, cuando el pueblo dormía para no derretirse bajo el sol, cuando ni un alma pisaba las calles donde el calor achicharraba, de algún sitio surgía un relincho vibrante que cortaba el aire, un sonido prolongado y doliente como una queja. Se oían los cencerros, y su tintineo saltaba entre las breñas. Arriba asomaba una cabra o se ocultaba luego, y cuando el sol se iba quedaba una especie de bruma; las piedras veteaban de blanco, y un airecillo fresco se colaba dentro de la camisa y despeinaba ligeramente el cabello.

En acción de gracias, envié los hierros con que estuvieron presos los cristianos a la iglesia de san Juan de los Reyes, que yo había fundado en Toledo. Por todas las calles se organizó una procesión, hasta la nueva Iglesia Mayor, que fundamos en el lugar de la mezquita.

Los caballeros lucían sus mejores galas; clamaba la trompetería y se abatían a nuestro paso las gloriosas banderas. Premié la valentía de un capitán que había trepado a las murallas el primero de todos, ayudándose con una escala. Según me dijeron, tomando el estandarte que llevaba el alférez alcanzó el adarve, poniendo la bandera en lo más alto del *mihrab*.

Además, tuve que consolar a un barón inglés que había perdido los dientes en la batalla.

XXIII. LA CONQUISTA DE MÁLAGA

Cerca de Alhama, el conde de Cabra había conseguido hacer prisionero a Boabdil cuando regresaba a Granada. Mi esposo mandó que lo encerraran en la fortaleza de Porcuna, cerca de Jaén; llevado más tarde a Córdoba, Gonzalo se encargó de él y Fernando se esmeró con el prisionero, ofreciéndole fiestas y agasajos.

Primero habíamos tomado Alhama, luego conquistamos Ronda y Loja, y nos quedaban Vélez y Málaga. Después de haber resuelto los asuntos en Ronda, todos nosotros volvimos a Córdoba: allí seguí yo organizando mis ejércitos, pues las batallas solían realizarse en primavera o en verano. Mis damas estaban impacientes, y lo mismo le ocurría a Isabel.

-Madre, ¿qué hacemos aquí? ¿Cuándo volvemos a Castilla?

-Nos queda por tomar Málaga -le dije. -Es una ciudad populosa que crearon los musulmanes sobre restos fenicios, griegos y romanos -expliqué. -Es notable por su famoso puerto, el más importante del Mediterráneo. Además de ser la segunda ciudad del reino nazarí, es refugio de reyes destronados y de los más feroces guerreros del reino de Granada. De todas formas, iremos antes a nuestras tierras castellanas.

Sabíamos que los turcos de Bayaceto proyectaban ayudar a Granada a través de Málaga. La toma de esta ciudad fue un duro asedio que duró casi cuatro meses, en los que todos conocimos el hambre, la sed, el dolor y la muerte.

Después del desastre en la Axarquía, el marqués de Cádiz había logrado volver a Antequera llevando consigo cincuenta caballeros. Regresaban abatidos y tristes, angustiados por la suerte de sus desdichados compañeros.

En la tarde de ese mismo día los vigías y centinelas de Málaga dieron la voz de alarma, pues unos cuantos jóvenes cristianos se habían adelantado, y desde la Axarquía llegaron hasta la capital, rodeando sus muros.

El anciano sultán de Málaga, Mulhacén, se reunió con los suyos para organizar la defensa y, antes de amanecer, sus hombres se pusieron en marcha. Parte de ellos, protegidos por los castillos de Gibralfaro y la alcazaba, salieron hacia la cuesta de la Reina; el resto, al mando del Zagal, fueron por la orilla del arroyo Jaboneros, donde tenían instalada la rica industria de la seda.

Pronto, los nuestros vieron llegar tropas moras muy bien organizadas, y una nube de flechas y venablos se abatió contra ellos. Los caballos, heridos por los dardos y espantados por el griterío, descabalgaban a los jinetes; algunos hombres trataban de huir, ocultándose entre el matorral o en las hendiduras de las rocas. Unos pocos se salvaron, tomando el camino de

Álora; los que se dirigieron hacia el mar cayeron en manos del Zagal, y la mayoría fueron degollados.

La noche venía a aumentar la angustia de los nuestros: allí murieron los tres hermanos del marqués de Cádiz, y al Conde de Cifuentes lo prendieron, llevándolo cautivo.

Mientras, todo Málaga se vestía de fiesta: mujeres y niños, nobles y plebeyos, musulmanes y judíos, corrieron a las murallas para aclamar a los vencedores. El estandarte de la orden de Santiago, y el del marqués de Cádiz, fueron arrastrados por las calles. El Conde de Cifuentes, sombrío y con las ropas manchadas de sangre, fue obligado a subir a la alcazaba, donde quedó prisionero.

***

Habían pasado cuatro años desde el infortunio cuando decidimos nosotros la conquista de Málaga. En primavera se inició la campaña en aquella parte, por donde andaban los guerreros gomeles, que eran gente africana muy hábil en la guerra y seguían a Ahmet el Zegrí, el caudillo de Ronda.

-En África, junto al estrecho y las columnas de Hércules, tenemos nosotros la ciudad de Ceuta, que fue muy grande en otro tiempo -les expliqué a mis hijos. -Nuestros antecesores la arrebataron al rey de Fez, y está muy bien fortificada contra los ataques de los sarracenos. -Fernando me dio la razón:

-Para evitar que desde Marruecos puedan enviar refuerzos a los moros de Andalucía, mandaremos armar una escuadra que bloquee el estrecho -nos dijo. -Además, solicitaremos del papa que otorgue indulgencias de cruzada a cuantos se alisten para luchar contra los musulmanes.

-Las indulgencias no están mal -le contesté yo. -Pero lo más importante es que el ejército se encuentre bien armado. -Él asintió.

-Lo sé. La ciudad sigue muy bien defendida por el Zagal, el hermano de Mulhacén.

Éste Zagal había vuelto a mostrar su carácter sanguinario: habiendo sorprendido cerca de Sierra Nevada a unos cien caballeros de Alcántara, los degolló a todos, entrando sus hombres en Granada con las cabezas colgadas de los arzones de las sillas. Para Boabdil fue un contratiempo, ya que el pueblo recuperó la confianza en el Zagal.

***

Según nos dijeron el príncipe, que antes se divertía con cantoras y bailarinas, se había casado con Morayma, que era hija de Aliatar, un aliado y socio suyo. La eligió por sultana, celebrándose las bodas reales con gran pompa y alegría.

Aliatar había sido en un principio vendedor de especias, y con sus hazañas alcanzó las mayores honras nazaríes. Fue alcayde de Loja, primer mayordomo de la Alhambra y alguacil mayor del reino de Granada, y consiguió sus más altas aspiraciones al convertirse en suegro del rey cuando su hija, que sólo tenía quince años, se casó con el heredero del trono.

Siendo muy rico vivió pobre, ya que sus rentas las invertía en la defensa del reino. Baste decir que Morayma, el día de las bodas, tuvo que engalanarse con vestidos y joyas prestadas.

Un cronista, invitado a la fiesta nupcial, cuenta que la novia vestía saya y chal de paño negro y una toca blanca que casi le ocultaba el rostro.

-Lástima -comentó, -porque es muy hermosa. Tiene los ojos grandes y expresivos y un rostro admirable, y a través de sus tupidas ropas se adivina un talle perfecto.

No obstante, su único momento de verdadera felicidad fue cuando conoció y se casó con Boabdil. Nuestros poetas castellanos se refieren a la sufrida esposa del rey Chico como la tierna Morayma, hija de Aliatar. Pocas mujeres ha habido tan desgraciadas como ella: a los pocos días de la boda, Mulhacén encarceló a su hijo Boabdil y separó brutalmente a la joven, confinándola en un carmen próximo, una humilde casa con huerto y jardín.

-¿Por qué la muerte no querrá llevarme? -se lamentaba ella.

De ésta unión nacieron los príncipes Ahmed y Yusuf. Después de la batalla de Lucena, en la que la que murió Aliatar y fue apresado su yerno Boabdil, ella se retiró de nuevo al carmen, donde sobrellevó los largos meses del cautiverio de su esposo en Porcuna. Los cármenes son jardines casi secretos; desde este lugar del Albaicín contemplaba los palacios de la Alhambra, en los que apenas había sido reina. Al fin, nosotros liberamos al rey Chico tras de un pacto en el que, entre otras condiciones, había de entregar como rehén a su hijo primogénito hasta que se firmaran las capitulaciones definitivas.

Más tarde reclamamos al segundo, y tuvo ella que vivir nueve largos años sin la presencia de sus dos hijos. Y aunque su esposo la colmaba de joyas y vestidos preciosos, su vida resultaba muy triste, entre las ausencias de su marido en las batallas y la presencia de su suegra Aixa, siempre resentida y despechada.

Ahmed no le sería devuelto a su madre hasta la entrega de Granada, cuando tenía nueve años; no conocía el árabe, era cristiano y atendía por el Infantico, mote que yo le impuse.

Cuentan que Morayma mandó llamar un día a la corte a un astrólogo muy respetado entre los nazaritas, de nombre Kulmut, para consultarle en secreto sobre el horóscopo del rey Boabdil. Tras estudiar el curso de las estrellas, al anciano le contestó:

-Mi señora, los signos de los astros en el cielo indican que el último rey nazarí vivirá mucho para padecer mucho...

***

En la fecha prevista partimos al son de las trompetas y tambores. Cabalgaban con nosotros nuestros hijos mayores, Isabel y Juan, que parecía encantado. Iban también algunos músicos, mi secretario personal y numerosos criados. Para garantizar el servicio nos acompañaban el cocinero y sus ayudantes, además del vinatero y los encargados de la despensa, que transportaban braseros y ollas, así como animales domésticos para sacrificar. También me seguía Gonzalo de Baeza, que era mi camarero mayor.

-Cabalgaremos hacia Málaga -indicó Fernando. Pero antes iremos a Almagro, a recoger a las infantas.

Me enternecí al pensar en mis tres hijas menores: Juana tenía siete años, María cuatro y Catalina sólo dos.

-¿No serán demasiado pequeñas para acompañarnos? -Fernando no lo dudó.

-De ninguna manera -dijo. -Quiero que vengan todos nuestros hijos. He pensado plantar mi real en Vélez-Málaga, pues así tendré a la ciudad bajo el punto de mira, y al mismo tiempo aislaré a los malagueños del resto de los moros. Los niños y vos os detendréis en el castillo de Córdoba -indicó. -La parte destinada a residencia es bastante cómoda, incluso acogedora.

Estábamos demasiado cansados, de forma que entramos en una aldea y nos dispusimos a pasar allí la noche. Yo me sentía agotada; tenía la boca seca y me dolía todo el cuerpo.

-Ya no soy tan joven -pensé.

Al día siguiente seguimos hacia Almagro, donde recogimos a las niñas, saliendo enseguida para Málaga. Según Fernando, esta ciudad era magnífica:

-Está situada a la orilla del mar. Tiene en el monte un espléndido castillo, y un campo muy fértil que produce en abundancia aceite, higos, almendras, granadas y otros frutos, de los que viven ellos.

***

Los niños y yo nos quedamos en Córdoba, como estaba previsto. Nuestro ejército tuvo que avanzar lentamente, debido a los grandes y pesados fardos que portaban las mulas, y las armas de los soldados. Además, tenían que adaptarse al ir y venir de los guías, que marchaban delante explorando el terreno.

Tres días tardaron las huestes de Fernando en llegar a Vélez Málaga y el lunes de Pascua amanecieron en el lugar.

Alertados por los espías, gran parte de los musulmanes de Vélez se habían refugiado en la sierra. Los habitantes que quedaban en la localidad no daban crédito a lo que veían, pues no imaginaban que nuestras pesadas máquinas de guerra lograran pasar por los escarpados caminos que separaban la vega de Antequera de la Axarquía. Sobre todo los asustaban las gigantescas lombardas alemanas de las que disponía Fernando.

La batalla se preparó con todo cuidado: había de ser una acción bélica más avanzada, con la caballería cristiana y la infantería para el asalto final. Por otra parte, las cuatro carabelas de que disponíamos iban cargadas de pertrechos que de otra forma deberían haber viajado por tierra, impidiendo además cualquier ayuda que de África les pudiese llegar.

Mientras, en Córdoba, seguía yo haciendo mi trabajo: conseguir fondos para avituallar el ejército. Necesitaba miles de asnos y mulos, y cientos de pastores y arrieros, más la guardia necesaria para evitar su extravío o ataque. A estos había que añadir picapedreros, carpinteros y numerosos hombres de otros oficios.

El Zagal sabía que si abandonaba la Alhambra para socorrer a Vélez, Boabdil se apoderaría del palacio y se establecería en él. Por otro lado, los alfaquíes le recordaban su obligación de salvar a Vélez, hasta que al fin tomó la decisión de atacar a Fernando con un reducido ejército. Estando yo en Córdoba, supe que se había expuesto mi esposo a un gravísimo peligro.

El rey estuvo a punto de perder la vida en una escaramuza -me dijeron. Yo me estremecí.

-Llamaré junto a mí a gentes de toda Andalucía, y acudiremos en su auxilio -indiqué.

Quería dirigirme hacia allá lo antes posible, por lo que movilicé a todos los varones, desde los veinte a los sesenta años. Decidí que mis hijos pequeños se quedaran en Córdoba.

-Vendrás conmigo, y también la infanta Isabel, por ser la mayor -le dije a Beatriz de Bobadilla.

Era este camino muy peligroso, a causa de los sarracenos que, durante la noche y a favor del viento, llegaban de Berbería. Un temporal había desbordado los ríos, inundando los valles y destrozando los caminos, en un terreno escarpado, ya de por sí difícil y de gran altitud.

-Mucho tendrán que trabajar los zapadores -pensé.

Finalmente, con la infantería y los jinetes, pudimos acampar frente a Vélez. La batalla fue un desastre para el Zagal, pues mi esposo lo esperaba con nuestro poderoso refuerzo.

Tras la rendición y toma de Vélez, Fernando fue magnánimo en sus decisiones: los musulmanes que quisieran podrían marcharse a Granada o a África, y los que así lo desearan podían quedarse, en condición de mudéjares.

Reparó y fortaleció los muros, liberó a más de cien prisioneros cristianos y repobló con ellos la ciudad, dejando en ella una guarnición de soldados. La rendición de Vélez Málaga trajo consigo la de algunos pueblos cercanos, como Nerja y Torrox. Y, como era de esperar, el sobrino rebelde aprovechó la ocasión para entrar en la Alhambra.

Después de tomar estas medidas nos pusimos en marcha hacia Málaga. Quedaba mucho tiempo de asedio antes de que se rindiese la población musulmana y Fernando hizo lo que solía, que era mantenerme a su lado.

La Sierra Bermeja que rodeaba la ciudad tenía un tono rojizo de hierro oxidado; detrás se habían quedado las rocas grises jaspeadas de blanco, y al otro lado estaba el mar. Al final de la jornada me detuve en un alto, desde donde podía dominarse toda la bahía; el Mediterráneo podía no ser muy extenso, pero en tiempos antiguos había sido la cuna de la civilización.

-Iremos a caballo desde Vélez a Málaga, por la costa -señaló mi esposo.

De camino vimos gran abundancia de pitas, y me dijeron que los musulmanes hacen con ellas un jarabe para curar el hígado. Al principio la comarca parecía tranquila, pero poco a poco fuimos divisando a lo lejos hombres con túnicas blancas y fajines azules. Espoleé el corcel para situarme en la parte delantera de la comitiva, donde Fernando estaba hablando con un árabe de mediana edad, que llevaba una capa azul sobre la túnica.

-¿Por qué nos hemos detenido? -pregunté.

-Este es Yúsuf, uno de mis guías -indicó mi marido. -Dice que Málaga está muy bien defendida por Ahmet el Zegrí y sus mejores tropas africanas.

-Hay que impedirles cualquier abastecimiento -le dije, y él asintió.

-Ya lo he pensado. Para ello, los cercaremos por tierra y por mar.

Seguimos, y en poco tiempo estuvimos frente a la gran ciudad. Entonces Fernando les puso cerco durante más de cuatro meses, y los redujo a un hambre tal que los malagueños se vieron obligados a comer caballos, perros y hasta ratas. Al centinela de la muralla le daban dos

onzas de pan al día. El sitio a la alcazaba fue intenso y, al irse alargando en el tiempo, los enfermos y los cadáveres empezaron a multiplicarse. Nuestra moral se resentía, pero mucho más la de los sitiados.

-Nuestros capitanes proyectan mil formas de atacar esta ciudad inexpugnable -me dijo Fernando. -Hablan de horadar el pie de la muralla mediante túneles.

Los pasos subterráneos fueron descubiertos por los sitiados, que comenzaron a excavar por la parte contraria. Cuando se hallaron frente a frente, se enzarzaron todos en una terrible carnicería.

-Los cadáveres se amontonan, los enfermos y los heridos se multiplican -se decía. -Los más pobres se ven obligados a hacer pan moliendo la madera y la corteza superior de las palmeras, cuyas puntas están blandas.

Últimamente, cinco mil sarracenos con sus mujeres habían salido por la orilla del mar en dirección a las montañas, que estaban plagadas de moros. Yo misma visitaba los destacamentos en los lugares más arriesgados, incluso poniéndome a tiro de los sitiados; pero ellos me respetaron, y evitaron disparar contra mí.

Tras varias semanas de asedio inútil, comenzaba a cundir el desánimo en la tropa. Observaba yo aquellas montañas y el cielo azul, apenas manchado por las nubes; luego volvía la vista al mar, donde las gaviotas sobrevolaban el oleaje. Decidí entonces que acudiría en persona a gestionar la entrega de la fortaleza, sin que me arredraran los ataques que habría que soportar por el camino.

-Para esa ocasión, vestiré armadura y llevaré al cinto la espada -le dije a mi marido.

***

Fernando y yo habíamos situado nuestros reales en dos colinas cercanas a Málaga: a una la llamamos de la Trinidad, y a otra de la Victoria.

En aquellos días, un moro de una aldea hizo creer a los suyos que era santo y que Alá lo enviaba para salvar la ciudad. Lo siguieron cuatrocientos de los suyos caminando de noche, a veces en cuclillas, y antes de amanecer atacaron nuestras posiciones más cercanas al mar. Mis soldados cayeron sobre los musulmanes, pero respetaron a un anciano envuelto en una tosca chilaba.

-Lo llaman el Moro Santo de Guadix. Lo hemos hallado de rodillas y con las manos extendidas hacia el cielo. Parecía en éxtasis -dijeron. -Es un extraño personaje, y se ha ofrecido como cautivo.

Al parecer, por señas pidió ver a alguien que conociera su lengua. Le explicó al oficial que era un enviado de Mahoma, y que venía a ofrecer una valiosa información.

-Con ella, podréis tomar sin demora la ciudad de Málaga. Yo os diré cómo tenéis que hacerlo.

-Habla -lo apremiaron, y el viejo se negó.

-Se trata de un secreto que sólo el rey puede conocer.

Trajeron al misterioso individuo cerca del pabellón real. Fernando había almorzado ya y

estaba durmiendo, mientras yo descansaba entretenida con la lectura. Una de mis damas pidió licencia para entrar en mi tienda.

¿Qué ocurre? -Ella me habló en voz baja:

-Hay un moro que quiere hablar en secreto con vuestro esposo. Al parecer, se trata de algo que sólo a él le puede revelar.

Como movida de una inspiración no quise recibirlo, aunque lo deseaba mucho.

-Decid que lo retengan hasta que el rey despierte. -Ella asintió, como si se alegrara.

-Os advierto que es hombre de mala catadura. Dice que se llama Abrahen Algerbí, y me ha parecido que esconde algo dentro de las ropas.

Mis damas no tardaron en informarme de lo que ocurrió a continuación:

-Los que lo traían lo han conducido a una tienda donde estaban Beatriz de Bobadilla, su esposo y otra dama, jugando al ajedrez. Como no conoce nuestra lengua, al ver a estos personajes con tanto aparato, ha debido pensar que serían la reina y el rey. Luego, para disimular, ha pedido por señas un vaso de agua.

De nuevo por señas, el hombre que lo sujetaba le indicó que aguardara un momento. En cuanto se vio libre, sacó un cuchillo que escondía en la chilaba.

-Le ha asestado al caballero tal cuchillada en la cabeza, que debe estar al borde de la muerte. Luego se ha revuelto contra doña Beatriz, que nos ha pedido auxilio a gritos. Ha estado a punto de morir, cuando el moro la confundió con vos...

Acudí al lugar, sin perder un minuto. Mi amiga se encontraba bien, aunque muy nerviosa. Al parecer a ella trató de apuñalarla, pero no atinó por la turbación que tenía, pues al levantar el brazo tropezó con unos palos de la tienda.

-Entonces, vuestro tesorero se ha abrazado con tanta fuerza al asesino que no le permitía moverse -me dijo temblando Beatriz.

Se supo luego que se trataba de un santón medio loco, y que fue hecho pedazos en el exterior por la gente que lo rodeaba.

-Los soldados han arrojado su cadáver dentro de Málaga, con un disparo de catapulta -nos dijeron, lo que me disgustó mucho.

-Después nos espantamos de la crueldad que usan los turcos con sus cautivos -suspiré, y Fernando intervino:

-Al apoderarse de Málaga, hace setecientos años, los mahometanos dieron muerte hasta al último de los cristianos -repuso.

-Eso no justifica lo ocurrido.

Supe que Andrés de Cabrera mejoraba de sus heridas. Luego, agradecida, quise nombrar a Beatriz y a su marido marqueses de Moya.

El jefe de la Artillería, Francisco Ramírez de Madrid, consiguió destruir las dos torres que defendían el puente sobre el río Guadalmedina. En la contienda fue herido en la cabeza, y allí mismo Fernando lo armó caballero. Se casó luego con Beatriz Galindo, y dos de sus hijos tienen una posición distinguida en la corte.

Finalmente, el Zegrí abandonó la ciudad a su suerte y se encerró en el castillo de Gibralfaro, donde resistió algunos días. Lo acompañaban sus gomeres, además de muchos judíos renegados.

A mediados de agosto, después del largo asedio, entró don Pedro de Toledo en la ciudad. No quise yo pasar a Málaga mientras las calles no estuvieran limpias de cadáveres, así que el mismo día Fernando los hizo retirar. Al mismo tiempo liberó a los cautivos cristianos que tenían los musulmanes, y mandó levantar un gran altar en la puerta de Granada, donde se celebró un Tedeum. Se rescataron más de setecientos cautivos, que estaban presos en tres cuevas cavadas en la piedra, como las de Granada.

-Hay entre ellos un anciano que dice llevar encarcelado cuarenta y ocho años -me dijo Fernando

Cuando los sacamos a todos, iban tan cargados con grillos que apenas si dos grandes carros podían transportar las cadenas que les quitaron de los pies, y tan extenuados que yo misma los reconforté con caldo de gallina y otros alimentos. Mi esposo se mostraba indignado.

-Juro hacer esto mismo con sus verdugos... -Yo moví la cabeza.

-Es cierto que merecen un escarmiento, pero no ese. Podríais venderlos, con una condición: que cada cual pueda redimirse, pagando lo mismo a su dueño.

Pero él no me escuchó, y fue muy duro con los prisioneros. Al entrar en la ciudad hizo esclavos a mujeres y a niños; a un tercio de los hombres los envió a África, para canjearlos por cautivos cristianos. Regaló otros a personajes importantes de Europa, y el tercio restante lo repartió entre los sitiadores.

***

De pronto un día llegó la borrasca, que descuajó palmeras centenarias: las dejó tumbadas tan largas como eran, junto a los agujeros de sus raíces arrancadas. Cayeron tapias enteras por la fuerza del viento. Tan limpiamente se troncharon, que en el suelo yacían los ladrillos unos junto a otros, guardando su disposición inicial. Cayeron tejados enteros y gran parte del malecón se derribó; el mar entraba dentro, las olas sacudían las calles sobre el puerto, y avanzaban rasantes con un estruendo sordo.

Hubo que restaurar las murallas y abastecer la ciudad de alimentos, agua y municiones. Organicé yo un hospital con médicos y cirujanos, y nombramos a don García Manrique jefe de la localidad.

Resueltas las cuestiones más urgentes, me dediqué a inspeccionarlo todo. Vi que era aquella ciudad circular, con siete mil casas y torres muy fuertes, y con dos puertos magníficos.

-En uno de ellos hay un gran edificio con arcos, para las naves, y una preciosa mezquita con más de cien columnas -le dije a Fernando. -En la falda del monte está la alcazaba, un castillo muy fuerte con puertas de hierro y complicadas cerraduras. -Él asintió.

-Y en lo más alto hay otro que llaman Gibralfaro. Desde allí se distinguen las costas de África, pues hay una distancia de siete millas cortas.

-Lo sé. Mis damas y yo hemos subido arriba, entre dos filas de murallas, y hemos visto

preciosos mosaicos de estilo moruno.

Había en el centro de la ciudad muchos almacenes, donde se compraba y vendía de todo, y las tiendas permanecían abiertas hasta la madrugada. Paseaban sus habitantes desde primeras horas de la tarde hasta muy entrada la noche, como si siempre estuvieran en ferias.

-Si queréis, visitaremos las huertas de los alrededores -me dijo Fernando. -Nuestra hija Isabel podría acompañarnos.

-Me parece muy bien.

Como era verano, estaban las uvas y racimos maduros. Vimos cómo preparaban ellos una lejía de cenizas de vid, que durante ocho días dejaban reposar en vasijas. La hervían en una caldera y en esta lejía ardiente iban metiendo los racimos, extrayéndolos luego y dejándolos secar al sol sobre esteras de junco. Por fin los colocaban en seras de esparto, y allí los vendían.

Por dondequiera que íbamos, salían a nuestro paso desde aquellos campos hombres, mujeres y niños que nos aclamaban, agradeciendo que los hubiéramos liberado. A cada paso, Isabel me decía:

-¡Qué maravilloso es todo esto!

Tras dejar la ciudad encomendada a personas de nuestra confianza, decidimos levantar el real. Nos marchamos a Córdoba, a nuestro cuartel general, a fin de preparar la siguiente campaña; sin ello, hubiera sido poco menos que imposible la toma de Granada.

Por cierto, he sabido que hace pocos meses se produjo en Málaga un terremoto tan considerable que derribó numerosas torres y edificios; al parecer, tanto se elevó la tierra en el puerto, que muchas naves quedaron en seco.

XXIV. EL HEREDERO

-Quiero conseguir que nuestro hijo se convierta en un muchacho vigoroso -le había dicho a Fernando. -Y, en cuanto podamos, debemos nombrarlo heredero. ¡Mi pequeño ángel!

-¿No es demasiado pronto para eso? Acaba de cumplir los dos años.

-No, no lo es.

El niño lloraba, frotándose los ojos con la mano. Los tenía muy grandes y lo observaba todo con una mirada interrogante, como si estuviera asombrado de estar en el mundo, como si a cada paso descubriera el mundo alrededor. Me arrodillé a su lado, lo besé en la frente y él me sonrió.

-¿Lo veis? -indiqué. -Sabe que lo hago por su bien.

Así que, desde que pudo sostenerse, lo hice cabalgar con nosotros. Galopábamos juntos, desafiando las inclemencias del tiempo, lo mismo en invierno que en verano.

-Nunca le habéis ahorrado ventiscas ni aguaceros -comentaban mis damas, observándolo con simpatía.

-Estáis hecho todo un hombrecito -lo halagaban mis nobles.

-Gra... gracias -balbuceaba él.

***

Salíamos al campo, por los alrededores, y bebíamos en las fuentes; el chorro de agua era claro y muy frío, surgía entre las zarzas y las azaleas. En cierta ocasión lo habían encauzado en un tubo y caía en el arroyo, bajo los arbustos y sobre las márgenes en penumbra.

El arroyo era claro y cristalino, y se distinguían en el fondo las piedrecillas, y cada grano de arena. Las piedras más gruesas se transparentaban en un agua tan limpia, y algunas estaban cubiertas de verdín. Dentro se escondían los cangrejos, confundiéndose con la arenilla del fondo. Era allí donde los niños ponían los reteles, unos aros con una fina red, y dentro cebo para los cangrejos; dejaban el retel con el cebo en el fondo y se iban. Al cabo de un rato volvían, y sacaban la red con los cangrejos dentro, pateando.

Después de la merienda en el campo, a Isabel le gustaba vaciar los pequeños melones para hacer farolillos con que adornar el patio, cuando se representaban comedias. Lo hacía con cuidado, les quitaba la carne y las pipas con una cuchara, y luego con una navajilla recortaba dibujos en la cáscara vacía. Metía papel de color y una bujía dentro, y quedaban listos para usarse a la menor ocasión.

Mis hijos crecían a ojos vistas; y, para que nunca se olvidara su etapa juvenil, le había yo encargado a Antonio Moro, un famoso pintor inglés, que hiciera los retratos del príncipe y las

infantas. Con el tiempo, Juan llegó a ser muy buen jinete y hasta manejaba las armas. Pero Dios me lo había dado desde su niñez delicado, enfermizo y enclenque: sufría a menudo anginas y catarros, así como eccemas y otros padecimientos. La abuela escuchaba en silencio mis quejas angustiadas:

-Le he ofrecido a la Virgen una estatua de plata tan grande como él, si lo libra de sus muchas dolencias -Ella asentía.

-Seguro que lo hará.

Una tarde le indiqué a su aya que los llevara a sus habitaciones. Juan me sonrió, con sus dientes menudos y el rostro demacrado.

-Ma... madre, ¿pue... do quedarme con vos?-balbuceó.

-No, hijo. Hay que subir a descansar.

-Por fa... vor -rogó, cayendo de rodillas. -Lo alcé, sobresaltada.

-Ángel mío, nunca os arrodilléis ante nadie.

Se incorporó y se frotó la barbilla, nervioso, mientras seguía a sus hermanas. Más tarde, cuando estaban dormidos, me asomé a sus alcobas para observarlos: el aspecto de las princesas era saludable, pero Juan tenía el aire de un muñeco roto. Percibí en su rostro una mezcla de tristeza y cansancio y suspiré, angustiada:

-No me gusta el aspecto de Juan -le dije a su médico, y él movió la cabeza:

-Para aumentar su vigor, habría que administrarle extracto de tortuga -me dijo. Yo asentí, sin mucha convicción.

-Mandaré buscar a esos animales, aunque tenga que revolver toda Castilla -contesté.

Apenas hallamos ninguna, y tuve que enviar a Mallorca a un procurador que las pagaba allí a precio de oro. Por si sus desgracias fueran pocas, había nacido el niño con un labio leporino; por eso, conforme iba creciendo tartamudeaba cada vez más. Nunca pudo hablar de corrido, por la dolencia que tenía en la lengua y en el labio superior, y en ocasiones su preceptor tenía que contestar por él. Entonces, la expresión de sus ojos resultaba patética:

-Ma, madre... ¿por qué no puedo hablar como los... o... tros? -murmuraba.

Gasté muchos dineros para enseñarlo a comportarse con corrección. Yo misma lo enseñaba a comer correctamente, pese a su defecto.

-Ma, madre... la comida se cae... -exclamaba, con un grito que se convertía en quejido. Yo lo besaba en los cabellos suaves.

-No os preocupéis, mi ángel...

Un día estábamos sentados todos a la mesa y, de improviso, mi hija mayor preguntó:

-¿Quién es ese Gonzalo, de quien tanto se habla? -Yo me sobresalté, hasta el punto de que el contenido de mi copa se derramó sobre el mantel. Tragué saliva:

-Lo he explicado más de una vez: es mi capitán en las guerras de Andalucía.

-¿Es muy... ami... go vuestro, madre? -insistió mi hijo. -¿Es...

-¿Un amigo personal? -lo interrumpió Isabel. -Mi esposo la miró. El tono de su voz se había hecho sombrío:

-¿Es tan importante?

-No, no -contestó ella, azorada. Yo traté de ocultar mi nerviosismo, y cambié de tema:

-Os estaba diciendo que no debéis sorber la sopa, como hace Juana, ni debéis bostezar, como acaba de hacer Isabel. -Ella se echó a reír.

-Mejor, decidle a Juan que no debe andarse en la nariz. Tampoco eructar, o mojar los calzones, como suele...

Quería yo verlo aseado; su aya lo perseguía por los corredores para bañarlo en la tina con agua caliente, y él se escondía tras la chimenea, o debajo de la cama.

-Un futuro rey no puede amarranarse nunca -le decía. -Venid, o vuestra madre tendrá que castigaros. Un príncipe debe tener bien limpios los dientes y las manos...

También su enfermera se quejaba a menudo:

-No aguanta la nata, y tenemos que darle la leche colada -me decía. -El médico ha mandado que la tome entera para fortalecerse, pero si tropieza con uno de sus trozos, podría morirse de asco...

Jugueteaba con los cubiertos, escupía en el plato y a veces se negaba a seguir comiendo. Su padre le decía con gravedad:

-No se os autoriza a escupir como los criados, ni a poner los codos en la mesa como ellos. Ah, y no se señala a nadie con el dedo, muchacho.

O se dirigía a mí en tono sarcástico:

-Debéis buscar maestros que lo instruyan en estas cosas, que son más importantes que la escritura o la lectura -decía, burlón.

-Hago lo que puedo -afirmaba yo, contrariada. -Puedo enorgullecerme de haberle conseguido buenos maestros, y le he inculcado sobre todo el respeto a los demás, por desvalidos y pobres que sean.

Entre mis caballeros había elegido a los mejores, que lo adiestraban en los deportes de la natación y la esgrima, en manejar el arco y la ballesta, y hasta le enseñaban a jugar a la pelota y al ajedrez. Recuerdo que estuvimos juntos eligiendo cuadernos, para que escribiera sus notas y memorias.

-Os he encargado uno con las tapas de cuero y otro con la cubierta de marfil y los cantos dorados -lo animaba. -Sois un muchachito inteligente, lo haréis muy bien.

-Ssí, madre -titubeaba. -Para esto no... tendré que hablar...

Apenada, lo tomaba en brazos hasta que se dormía. Me quedaba un rato mirando las ascuas que chisporroteaban en el hueco de la chimenea, mientras las sombras que dibujaba el fuego se reflejaban en los muros.

-Siempre seréis mi ángel -suspiraba.

Cuando estaba de viaje con nosotros, procuraba yo que recibiera sus lecciones en salas de viviendas o palacios, o en las torres de los castillos del camino.

-He ordenado que traigan los criados vuestros cantorales, los cartapacios de latines y los libros de lectura amena -le decía, acariciando sus rizos suaves.

-Gracias, madre. Pre... prefiero entre todos un libro religioso que me rega... lasteis, co... con las pastas rojas y lleno de figuras pintadas...

He de reconocer que, a fuerza de atenciones, cuando tenía quince años se había convertido en un muchachito demasiado egoísta.

-No me agrada su comportamiento -me dijo Fernando. -Está muy mimado por todos, y no sale de los faldones de su aya -Yo lo disculpé:

-Ha sufrido tanto...

Entre sus perros de caza, Bruto era el preferido de Juan. Adoraba al animal, que tiempo atrás me había obsequiado Gonzalo, y era el perro más listo que he conocido nunca. En aquella ocasión, Gonzalo me dijo que deseaba hacerme un pequeño regalo, si yo lo permitía. Lo observé, intrigada.

-¿Qué es?

-No es nada especial -explicó. -Espero que os agrade.

-Pero, ¿qué es? -Él sonrió:

-He escogido, entre las camadas de mis perros de caza, el mejor cachorro. Lo he elegido con todo cuidado, y lo he entrenado para vos.

-¿Un perro de caza? -Asintió con un gesto.

-Se le ordena buscar a un caballero vestido de un cierto color y él obedece al momento. Parece conocer los colores como cualquier muchacho -Yo lo observé, incrédula.

-¿De qué raza es?

-Es un lebrel con mezcla de alano. No tiene la cabeza demasiado bonita, pero es fuerte y parece entender todo lo que le dicen.

-Y, ¿cómo se llama?

-Lo llamo Bruto.

-Extraño nombre -murmuré.

Tenía este perro el color manchado; estando de caza, Juan le lanzaba un guante a lo lejos y él se lo traía en la boca, tan limpio de babas como si lo hubiera llevado una persona.

Otras veces, estando alguien bastante apartado, mi hijo le ordenaba:

-Bruto, tráeme aquel hombre. -Entonces en perro echaba a correr y, tomándolo con suavidad por el brazo, lo obligaba a seguirlo.

Lo dedicaba él a la caza menor, pues a caballo cazaba con galgos, podencos y halcones. Iban sus ojeadores con gabanes verdes y botones de grana, la manga izquierda colorada, y lo acompañaban mis monteros y ballesteros, con sus perros sabuesos. No hace mucho, Fernando y yo hablábamos de Juan:

-Recuerdo cuando lo llevamos a Barcelona y Valencia, para que lo juraran como sucesor nuestro -suspiré. -Y no había cumplido trece años cuando lo armaron caballero en Córdoba...

-Lo recuerdo muy bien. Iba vestido con malla y capacete, con una daga y calzas de campaña.

-Yo misma le di las monedas que tendría que ofrecer: después de entregarlas, se le concedió la investidura. A partir de entonces, ya podría acompañaros en acciones de guerra...

En ocasión de una batalla, les ordené a mis hijos que permanecieran conmigo, aguardando la vuelta de Fernando.

-Yo no quie... ro quedarme -protestó Juan.

-Es cierto, ya sois un guerrero -asentí. Lo tomé de la mano.

-Bien, acompañaréis a vuestro padre. Y tú, lleva a las niñas a sus habitaciones -le indiqué a Beatriz.

***

Con dieciséis años, Juan había terminado sus estudios y conocía el latín a la perfección. Teníamos la obligación de disponerlo para el alto cargo que se le destinaba, y decidí asignarle su propia corte. Cuando lo supo, abrió unos ojos como platos:

-¿Es ver...dad? -me preguntó, incrédulo.

-Lo es -sonreí. -He elegido para ello la villa de Almazán, creo que os gustará. Está situada entre alamedas y bosques, a seis leguas de Soria, y a orillas del Duero.

Se adquirieron para su casa los objetos más ricos, que contrastaban con la vida sencilla que todos llevábamos. Mis hijas colaboraron con nosotros:

-Le hemos comprado aguamanos, espejos de plata y doseles, y varias maletas de grana para llevar su ropa a las monterías -nos dijo Isabel. -Espero que lo aprobéis.

-Claro que sí, gracias.

Encargué para él numerosas camisas, toallas y paños de narices, así como gorros de dormir, que se lavaban a diario.

-Le hacen falta cántaros y bacines de plata, para lavarse la cabeza -dijeron las princesas. -Todos los españoles llevan la barba rapada y el cabello largo, y se hacen rizar el pelo... -Pensé en su cabellera, de un rubio castaño.

-Ordenaré que lo peinen así.

Mientras actuaban los barberos, un mozo de cámara se hincaba de rodillas para calzarle los borceguíes, y otro perfumaba su cámara con esencias de estoraque y benjuí. Un tercero aparecía con un juego de limas y pulidas tijeras.

-Os arreglaré las uñas, si lo permitís -le decía, inclinándose.

***

Al duque de Medina Sidonia lo nombré su chambelán real. A Juan Velázquez, que estaba casado con María de Velasco, lo designé primer maestre de la casa del príncipe.

Me encargué personalmente de que fueran sus pajes jóvenes inteligentes, hijos de los principales caballeros del reino o de personas muy cercanas a mí. Por eso elegí a Fernán, hijo de Beatriz Galindo, y a Nicolás de Ovando, que es ahora gobernador de las Indias. Y también a Gonzalo Fernández de Oviedo, que se está convirtiendo en un afamado cronista.

Para sus necesidades corrientes le procuramos costureras, porteros y aguadores, un mozo de brasero que llevaba las brasas a su cámara y otros muchos criados. Lo acompañaban

de continuo un médico, varios músicos y un cerero mayor.

-Os envidiamos, Juan. Sois muy afortunado -decían sus hermanas.

Siguió con él como tutor el dominico fray Diego de Deza, que con el tiempo ha ocupado el puesto de gran inquisidor. Llegado el embajador de Alemania, pronunció un discurso en su lengua; y aunque mi hijo lo entendía y le quiso responder, como de nacimiento tenía el labio tirante y la lengua trabada, tuvo que contestarle por medio de su preceptor.

-Me... me excusaréis -musitó, avergonzado.

Como él solía mostrarse demasiado ahorrador, al menos una vez al año le hacía yo repartir su ropa entre los pobres.

-Un príncipe no debe ser ropavejero, ni tener las arcas llenas de vestidos atrasados -le reprendía. Mis hijas llegaban a quejarse:

-Lo vestís mejor que a nosotras. Además, no faltan nunca en su despensa botes de carne de membrillo, anís ni confituras...

-No hay que tener envidia -les contestaba yo. -Sabéis que Juan está delicado, y además es muy goloso. -Isabel insistía:

-¿No os parece que lo halagáis demasiado? Guisan para él varios mozos de cocina, un bebedor le llevaba el vino y un repostero la fruta y el pan...

-Y refrescos para que no pasen sed los mozos de espuela que lo acompañan al campo -terciaba María.

Yo sabía que tenían razón: el agua para su consumo debía ser la mejor de la comarca, muy limpia y cerrada con llave. Un caballero le ofrecía la copa y, cuando había bebido, el copero la devolvía al aparador. También Fernando me afeaba a veces mi excesiva blandura.

-¿Sugerís que lo estoy malcriando?

-Pues sí, esposa mía.

-Estas cosas os parecen superfluas -trataba de explicarle. -Pero no lo son, para quien está llamado a reinar. Él debe mostrar su alcurnia ante los embajadores y reyes de otros países, ya que para ser respetado hay que darse a respetar.

-No me parece necesario que usen sus cocineros delantales y paños de Holanda -argumentaba él. -He visto que sobre su aparador arden velas de cera, mientras que nosotros tenemos que alumbrarnos con sebo. Por si fuera poco, habéis hecho trasladar a su cámara botellas de cristal y vidrios de Venecia, y en su comedor no faltan los aguamaniles de plata, vajillas doradas y hasta hueveras y saleros muy ricos...

-Vamos, esposo, que no es para tanto.

Cierto es que a menudo le enviaba yo hermosas velas para que leyera, pues solía hacerlo hasta la madrugada. Todo se comentaba en la corte:

-La reina ha traído eruditos de todos los países para que lo instruyan -decían.

Era su retrete privado al mismo tiempo tocador y guardarropa, con libros para leer en las noches de invierno. Se guardaban allí las toallas y paños de nariz, un peine, un espejo y todo lo necesario para que se limpiara los dientes. Nunca faltaban botellas con agua de azahar, así

como incienso y romero para evitar el mal olor.

-Se acerca el invierno y hace frío; haz que echen sobre su cama la colcha forrada de martas -le indicaba a su mayordomo. -Y en cuanto al personal de su mesa, insiste en que lleven las manos bien limpias, y las uñas cortadas.

-Ya lo hago. Como sugeristeis, he ordenado que junto a su cama haya siempre unas pantuflas de grana, y que se repongan cada noche. -Yo asentía.

-Y al lado un cántaro de plata y un orinal, dentro de una caja dorada.

Por la mañana, después que usaba el orinal, lo sacaba un mozo dentro del capuz; después de lavarlo volvía a dejarlo en su sitio, cubierto con un paño de lienzo.

-Faltan en el palacio barrenderos y mozos de escoba, así como reposteros que limpien los tapices y alfombras, cojines y muebles -me informó el maestresala.

-¿Ellos mismos hacen las camas y corren las cortinas?

-Sí, señora, así es. Como lo habéis mandado.

No obstante, yo le recomendaba a Juan que hiciera la vida de día y con sol, evitando en lo posible la oscuridad. Por la noche, cuando quería retirarse a dormir, un camarero lo desnudaba hasta quedar en calzas y jubón.

-Traedme pronto la camisa, y el gorro de noche.

-¿Qué ropa queréis vestir cuando os levantéis?.

-No lo sé, mañana os lo diré.

***

Por entonces, Gonzalo nos hizo una breve visita. Cuando nos hallamos frente a frente, pude aspirar como otras veces la ruda fragancia de su cuerpo.

-¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos, Gonzalo?

-Yo diría que una eternidad...

-Es cierto -suspiré. -Ambos éramos muy jóvenes entonces, casi unos niños...

Charlamos un rato, y al despedirnos me estrechó contra sí. Mi hija María, que había entrado inadvertidamente, nos sorprendió enlazados.

-¿No dijisteis que era vuestro capitán? -me preguntó después. -Entonces, ¿por qué os abrazáis? -Yo reí nerviosamente:

-Eso ahora no puedes entenderlo... Ya te lo explicaré.

XXV. A LAS PUERTAS DE GRANADA.

Al derrocado Mulhacén no le bastaron el amor y los cuidados de Zoraya para recobrar la alegría. Padecía además una grave enfermedad, que le acarreó la pérdida de la vista y una hinchazón general. Poco más de tres meses permaneció triste y reflexivo, pero su salud se quebrantó de tal modo, que decidió llamar junto al lecho a su esposa e hijos.

-Cuando yo muera, quiero ser enterrado en el cerro más alto -pidió. -Allí estaré tan lejos de los hombres como cerca del cielo.

-Así se hará -contestó ella. -Y no te aflijas por nosotros: este castillo de Mondújar, que nos pertenece, será nuestro retiro.

La fortaleza se halla situada al pie de Sierra Nevada, en el cerro que domina el pueblo de Mondújar, y al abrigo de otro cerro muy elevado. Está rodeada de jardines y termas, y sus sólidos muros cubiertos de aspilleras. Los árabes llaman a este lugar el valle de Lecrín o recinto de la alegría, porque según ellos el Profeta habría situado allí todas las alegrías y placeres. Su vegetación es riquísima, y el alcázar cobija un suntuoso *mihrab*, copia exacta del que hay en el palacio de Damasco. Allí estaba situado el tocador de Zoraya.

Por fin murió el rey, destronado y ciego, sin alfaquíes que rezaran por él, sin plañideras que lo lloraran ni soldados que le rindieran armas. Llevaba en su mortaja sus tres diamantes negros, que habían dejado de brillar. Esos diamantes, según cuentan, fueron los talismanes que mantuvieron en el trono a los reyes nazaritas desde Alhamar hasta Mulhacén.

-Así estaba escrito desde el principio de los tiempos –dijeron los adivinadores, mientras del cielo caían unas extrañas gotas.

-¡No son gotas de agua! -gritaba la gente. -¡Están lloviendo lágrimas!

Ante este nuevo augurio los moros, espantados, se encerraron en sus casas, desertaron las tropas y el miedo se apoderó de las ciudades.

No bien supo el Zagal la muerte de su hermano, cuando se presentó en Mondújar. Quiso trasladar el cuerpo a Granada, pero Zoraya se opuso y lo enterraron en el pico más alto, que desde entonces llaman de Mulhacén.

Habían transcurrido ocho años desde la muerte de este monarca, y la situación del reino granadino había cambiado por completo. Enardecido Boabdil con la muerte de su padre se alzó en contra del Zagal y, después de una lucha de cerca de tres años, entró por fin triunfante en la ciudad de Granada. Se le reservaron al Zagal algunos pueblos de Almería y Málaga, y así fueron apaciguados los diferentes bandos.

Duró la guerra en Andalucía diez años, con grandes batallas y cosas maravillosas que

acontecieron. Del lado de los moros se hallaba la flor y nata de la caballería granadina, hombres valientes que se habían curtido en cien batallas; entre ellos destacaban Ahmet el Zegrí con sus soldados gomeles, y el rey Boabdil con los abencerrajes.

Al mismo tiempo, nuestro ejército se veía reforzado con numerosos cruzados extranjeros. Los cántabros y vascos, que habían estado repoblando Castilla al amparo del primer avance de la reconquista, necesitaban alternar el trabajo de campo con el ejercicio de la guerra. Los que poseían caballería y armas estaban dispuestos a combatir a nuestro lado en nuestras campañas contra el Islam. Mi esposo encontró en los hidalgos y villanos el principal contingente de choque en los combates contra los musulmanes, y Madrid contribuyó generosamente en nuestras luchas de Andalucía.

Acabábamos de concertar la boda de mi hija Isabel con Alfonso de Portugal. Estaba yo en Baza, para animar con mi presencia tanto a Fernando como a sus tropas, cuando el caudillo musulmán se percató de mi presencia, dando orden a su caballería de que arremetieran contra mi posición. Por suerte falló en el intento, a causa de la pronta respuesta de mis soldados. En Castilla se comentaba con asombro mi implicación en las batallas:

-Recorre la reina los campamentos a caballo para cuidar a los heridos, y anima con su presencia a los soldados -decían.

-Y cuida de mandarles pertrechos para que nada falte. Entre otras muchas cosas les envía medicinas y ropas, pagándolo todo...

Por lo general, para llegar a las fortalezas de los árabes era preciso atravesar llanuras que ellos mismos habían inundado, donde se hundían los hombres y se atollaban los caballos, mientras el enemigo los atacaba desde su posición. Durante el cerco a Setenil, había yo creado el primer hospital de campaña. Se llamó Hospital de la Reina y, aunque no contaba más que con seis tiendas para alojar a heridos y enfermos, procuré dotarlo con los mejores cirujanos, sin que faltaran hombres que los ayudaran y atendieran a los dolientes.

Creé otros hospitales en los sitios de Toro, Málaga y Granada. Con la llegada de la sífilis, que golpeaba especialmente a las mujeres dedicadas a la prostitución, hubo que instalar los llamados hospitales de bubas, para mitigar las enfermedades venéreas.

De nuestro lado estaban numerosos caballeros andaluces, y con ellos Gonzalo de Córdoba, entonces un joven capitán que aún no se había hecho famoso en los campos de Italia. Pero ya se oían toda clase de comentarios acerca de sus hazañas:

-Dicen que, arrimando una escala, trepó y entró el primero en una fortaleza. Y asido con la mano izquierda de una almena, le propinó tal tajo a un moro que venía a herirlo, que lo descabezó allí mismo.

-Entra en batalla revestido de tan lucidas galas y arreos, que señalan claramente el lugar donde está combatiendo...

-Pero es de tan buen corazón, que a los mismos que tiene sitiados los socorre desde fuera para que no mueran de hambre, les da candelas para sus cocinas y viste a sus esposas y a sus hijos.

***

Hacía tiempo que yo no lo veía. Estábamos en el real, durante el sitio de Granada, y vino a ofrecerme sus respetos acompañado de una joven de aspecto agradable. No era muy hermosa, pero sí amable y dulce; tenía una mirada abierta y un rostro inteligente.

-Es mi esposa -la presentó Gonzalo.

No pude evitar un estremecimiento, pero traté de dominar mi turbación. Después de todo, ya sabía que estaba casado, y me dijeron que parecía dichoso.

Era el mes de junio y hacía mucho calor. El sol por encima del campamento caía como un baño de fuego, sobre las veredas y las tiendas de campaña, con una luz tan hiriente que no podían abrirse los ojos. El cuerpo sudaba dentro de los ropajes, mientras los cobertizos de cañas trazaban una línea recta entre el sol y la sombra, a un lado la penumbra y al otro la canícula del mediodía.

Una noche, antes de acostarme, llamé a una de mis mozas de cámara.

-Por favor, cambia ese candelabro de sitio, porque me impide dormir -le indiqué.

Ella así lo hizo, y al cabo de un tiempo la vela debió caer y prender unas telas, porque comenzaron a arder. Al darme cuenta, grité con todas mis fuerzas:

-¡Qué alguien acuda! ¡La tienda está ardiendo!

En traje de dormir salí corriendo hacia la que ocupaba mi esposo, invadida ya por el fuego. Gonzalo, a medio vestir, me vio desde la entrada de la suya. No tardó en acudir.

-Lo primero es salvar al príncipe Juan, a las princesas y a las damas -le dije. Él se volvió a los suyos.

-¡Reunid a los niños! -gritó. -Y vos poneos a cubierto, Isabel.

Pronto cundió la alarma. Gonzalo corrió hacia las cuadras para soltar a los caballos. Mi esposo sospechó una estratagema del enemigo y, sin vestirse, se armó con una espada y una rodela. Le conté lo que había ocurrido, que el fuego se había encendido por un descuido de mi doncella.

-Hay que evitar que las llamas impulsadas por el viento se propaguen a las tiendas cercanas.

Noté que las sienes me latían con fuerza, quizá por el miedo. Aunque era una noche tranquila, las llamas se extendieron tan rápidamente de unas tiendas a otras que acabaron por devorar el campamento. Hubo que sofocar el incendio a fuerza de cubos de agua; todos se afanaban en ello, pero el fuego seguía creciendo.

Fueron mayores el susto y el ruido que el daño, pero no pudo evitarse que las llamas consumieran mis enseres y los de toda mi familia.

***

En cuanto Gonzalo conoció los perjuicios, le indicó a su esposa que me socorriera con vestidos y ropas.

-Disponed de todo lo mío, señora -se ofreció.

-Os lo agradezco mucho -le dije, complacida.

No tardó en enviarme muy buenas camas, ricas tapicerías y gran cantidad de camisas y ropas de lienzo bordado para las infantas y las damas, rogándome que las aceptara. Yo se lo agradecí de veras.

-Vuestra esposa me ha enviado muchas y mejores cosas de las que perdí en el fuego, por lo que el incendio ha afectado más a vuestra casa que a la mía -le dije a Gonzalo.

-Todos los bienes del mundo son pocos para ofrecéroslos a vos -me contestó él.

Procuré desde entonces evitar los encuentros con mi capitán, aunque no estaba en mi mano apartarlo de mi mente.

No obstante, lo ocurrido me hizo considerar que era preciso sustituir aquel campamento por una verdadera ciudad: hice los planos yo misma y repartí los diversos oficios, haciendo acopio de los materiales necesarios.

-La fortificaremos con muros, zanjas y otras defensas -le dije a Fernando. -Mandaré construir cuarteles y casas, para alojar como es debido a los soldados y a los caballeros.

Habían pasado ochenta días desde que empezamos las obras, y cerca del antiguo campamento se alzaba ya la villa de Santa Fe. Mis hombres se mostraban satisfechos con la nueva ciudad, que a una milla larga de Granada ocupaba un hermoso espacio en la vega del río Genil, en el centro de una fértil llanura.

-Hay que reconocer que está muy bien repartida de calles y plazas, y bien defendida de cualquier ataque que pudiera venirnos de fuera -me dijo Fernando.

Por cierto, que hallándose el reino en plena guerra contra los musulmanes, decidí la aventura y el viaje de Colón.

Estaba yo leyendo en mi alcoba, y un criado solicitó entrar.

El cardenal Mendoza y el confesor de la reina, el padre Hernando de Talavera, insisten en veros -me dijo. -Traen con ellos a un tal Cristóbal Colón. -Yo respondí sin vacilar.

-Diles que pasen.

Salió a toda prisa y los introdujo en mi presencia. Estuvimos hablando durante largo rato y, cuando se iban, se cruzaron con Fernando.

-¿Quién era ese hombre?-preguntó mi marido.

Le estuve explicando sus planes, y dije que tendría que consultarlos con los expertos de la Universidad de Salamanca. Fernando parecía alterado, y me interesé por el motivo de su inquietud.

-No podemos seguir aguardando. ¡Marcharemos hacia Granada hoy mismo! -afirmó. -He pensado instalar junto a sus puertas el real, y estorbar así el abastecimiento de los sitiados.

En efecto, así lo efectuamos: mandamos talar con hoces y espadas la cosecha de dos años, llegando mi esposo a apearse de su caballo y a segar el trigo con su propia mano.

-He tenido que hacerlo, porque los soldados se negaban a obedecer -me indicó.

Ya se habían talado en años anteriores los almendrales y olivares; también se confiscaron los ganados, y todo lo que a su paso las tropas podían arrebatar.

***

Siempre que se tomaba una plaza, entraba yo junto a Fernando.

-Parece que Isabel desconfiara de dejar esa gloria en manos de su esposo -decían.

Con motivo de la toma de Illora, cerca de granada, Gonzalo fue retribuido con largueza, recibiendo de mi mano numerosas tierras y honores.

-Lo nombraremos alcalde de esa ciudad -le dije a mi marido, y él accedió a regañadientes. No quise decirle que, para que el premio fuera mayor, iría yo misma a entregarle en persona las llaves de la fortaleza.

Cuando subí al castillo, me recibió él con gran solemnidad y hablamos a solas entre dos puertas que allí hay.

-Sed bienvenida -me dijo, inclinándose.

Cerró el portón y quedamos sumidos en la penumbra. Contuve el aliento y, sin que yo pudiera ni quisiera evitarlo, me besó en los labios. Pasaron algunos minutos y, aunque todos creían que tratábamos de temas de guerra, estábamos hablando de nuestra juventud, cuando él buscaba todavía el sendero de su estrella. Al final me hizo una extraña promesa:

-Os juro que he de proteger a los moros de las injurias de los cristianos -me aseguró.

-También yo pienso que no hay que forzarlos, sino ganarlos con el buen trato, instruyéndolos con el ejemplo -contesté.

Luego, desfallecida por los celos, me dirigí al campamento, dejando en el castillo al caballero y a su dama.

***

Boabdil había tratado de buscar una salida al mar, pero fracasó, y su reino quedó reducido a la capital, la Vega y las Alpujarras. Sabíamos que había organizado una expedición con los mejores guerreros granadinos, pero al salir por la puerta de Elvira se espantó su caballo, y se rompió su lanza al tropezar con el arco de la bóveda.

-La aventura de Boabdil ha comenzado mal -dijo Fernando, pensativo. -Por si fuera poco, una raposa se cruzó ante él y, por mucho que sus hombres la asaetearon, no consiguieron darle muerte. Los musulmanes son gente supersticiosa... -Yo asentí

-Lo sé. Ante estas señales, sus ministros le han aconsejado que suspenda la campaña, por ahora.

Tuvimos que franquear veredas difíciles entre montañas y desfiladeros, atravesamos montes horribles y estériles, y en días de peligrosa marcha fuimos minando aquellas fortalezas.

-Ya falta menos -me decía Fernando.

Destacaba entre nuestros soldados Juan Chacón, que era hijo de Gonzalo y de Clara Alvarnáez, y había sido mi mayordomo mayor. Casado con Luisa Fajardo, la más rica heredera de Castilla y señora de Cartagena, fue uno de los brazos principales en aquella conquista. Con motivo de su matrimonio, le hice yo entrega al novio de un millón de maravedís, y él se comprometió a que sus hijos llevaran en primer lugar el apellido de la madre. Tuvieron varios hijos: Pedro, Gonzalo, Fernando y Juan han sido mis pajes, y mis damas las jóvenes Isabel y Leonor.

Mi hija Isabel y yo solíamos cabalgar por los alrededores, llevando criados que nos preparaban los refrigerios y meriendas, mientras que algunos soldados nos precedían, haciendo sonar sus trompetas.

Como hacía frío, se admiraban los moros de que llegara yo con mi hija, asomándose todos a las torres y altos de sus ciudades para vernos, y oír las músicas de nuestras trompetas y clarines.

-Pronto llegaremos a Alhama -suspiré. Fernando asintió.

-Pondremos escalas en los muros y en poco tiempo recobraremos la fortaleza.

Aquella noche hubo un gran vocerío en las torres de las mezquitas; como los habitantes eran mahometanos, oíamos en los torreones gritar, conforme a sus costumbres. Supe que escaseaban en el campamento la cebada y el pan.

-Enviaremos a siete mil peones para que arreglen los caminos y tiendan puentes donde sea necesario -le dije a Fernando. Él estuvo de acuerdo.

-He dado orden de levantar abrigos, donde puedan nuestros soldados guarecerse del frío.

Como por milagro, en pocos días se levantaron más de mil casas de madera y tapiales, con cubierta de tejas o de ramaje, a manera de chozas. Yo misma visité los campamentos donde me recibían las huestes formadas, con todas las banderas y bandas de música.

Pero cuando se había concluido, empezó a llover. El cielo estaba encapotado, y a lo lejos se distinguían grandes masas de nubes oscuras.

-Parece que tendremos una buena tormenta -me estremecí.

No tardó en desatarse un gran temporal de vientos y agua, causando numerosos destrozos. El olor a tierra mojada lo inundaba todo.

-Se han inundado las calzadas, impidiendo el paso de las recuas -me informó mi esposo.

-Todo se arreglará. Para tener la hueste abastecida voy a alquilar a mi costa catorce mil acémilas, comprando toda la cebada y el trigo que pueda hallar en Andalucía.

Mandé enviados de mi confianza que llevaban el trigo a los molinos y entregaban luego la harina, así como la cebada para las recuas. A fin de pagar a la gente de armas, gasté tanto dinero que agoté las arcas del tesoro y tuve que solicitar más empréstitos.

-Haré que me lo anticipen algunos caballeros y mercaderes ricos, como también algunas villas y ciudades -le dije a Fernando.

-También podéis acudir a los tesoros de la Iglesia -insinuó él, y ante mi sorpresa, añadió: -No en su totalidad sino, por ejemplo, a la mitad de su plata. -Yo asentí.

-Con la solemne promesa de devolverla, cuando las circunstancias lo permitan -dije, sonriendo.

Tuve otra vez que empeñar en Valencia y en Barcelona muchas de mis joyas, de las que obtuve una gran suma de dinero. Finalmente, pudimos entrar en Alhama.

***

Tomamos allí caballos y acémilas, muebles, hermosas alhajas y también cosas de comer como almendras, miel, aceite y otros delicados alimentos. Después de sufrir varias semanas

de asedio, se habían instalado ahora numerosos puestos de dulces; las plazas estaban llenas de comerciantes y gentes de todas clases, que se apartaban para dejarnos pasar. Las mujeres llevaban el cántaro apoyado en un rodete de telas sobre la cabeza, de modo que parecía formar un todo con el cuerpo; subían la cuesta empinada, sobre las piedras redondas, contoneándose apenas, erguidas bajo el peso del cántaro.

Preparamos una lucida fiesta. Hallamos el salón del palacio guarnecido de oro, y los aparadores cargados de plata. Encontramos además muchas riquezas en aljófar, plata, oro y muy ricas telas de seda.

Se hicieron danzas, dirigidas por mi hija Isabel, a la que acompañaban varias damas vestidas de brocado. La noche se nos había echado encima, y la blanca luz de la luna llenaba de sombras los muros. Luego, a la hora de cenar, sonaron cuarenta trompetas, más de veinte atabales y otros instrumentos, durando el banquete varias horas.

Pasada la celebración, en adelante no dejé yo de hacerme presente en el campo de batalla, desatando el entusiasmo de mis soldados, aunque corría un gran peligro a causa de los disparos enemigos. En una ocasión, le dije a Fernando:

-Hoy he llegado muy cerca de Granada, para verla mejor.

Sabíamos que era aquella ciudad cárcel horrible de cristianos, donde quince o veinte mil de ellos se veían forzados a durísima esclavitud, y arrastrando cadenas labraban la tierra como bestias.

-Al parecer, algunos nobles castellanos que nos temen a causa de sus crímenes, han huido a refugiarse en Granada -le dije a mi esposo. Él no pareció sorprenderse y afirmó, muy tranquilo.

-Tanto yo como el duque de Cádiz conocemos muy bien sus planes, de forma que ningún traidor podrá cogernos por sorpresa.

En cierta ocasión el duque le pidió a un rey musulmán, de caballero a caballero, que dejaran de luchar durante mi visita, pues ello significaba un grave peligro para mí.

-El rey ha jurado no emplear las armas. -Fernando suspiró.

-Esperemos que cumpla su palabra.

No sólo lo hizo, sino que salió al frente de su ejército, con sus estandartes al aire y haciendo sonar músicas, para rendirme honores.

-Mirad, es la reina en persona -decían los moros, asombrados.

Iba su príncipe vestido de gala, y me saludó con gran respeto desde su caballo. Cuando lo vieron mis damas, se quedaron sin habla.

-Es un hombre tan apuesto... -suspiró una de ellas. -Daría mi vida sólo por que me mirara.

Maniobraron los jinetes con gran pericia y vistosidad; más tarde se retiraron todos, dejándome asombrada y complacida.

-Sabía que eran de fiar -murmuré.

Cabalgaba yo una mula castaña, con silla guarnecida de oro y plata, con falsas bridas de raso y mantilla de terciopelo carmesí bordado de oro. Todos los nobles y capitanes me

esperaban, acompañando a mi marido.

-Es muy bella la reina -comentaba la gente a mi paso. -Se diría que apenas tiene treinta años, y ya ha pasado de cuarenta...

He de decir que aquel príncipe moro terminó por casarse con la dama, lo que constituyó un motivo de alegría para todos.

En el campamento de Motril iba yo tocada con un sombrero negro bordado; me cubría con un manto de verano de estilo árabe y llevaba debajo grial de terciopelo, saya de brocado y dos faldas de terciopelo.

-Es la reina más respetada que ha habido en el mundo -decían. -Pues todos los duques, condes, marqueses y grandes señores la honran, y le tienen temor...

Por su elegancia, se distinguía enseguida a Gonzalo Fernández de Córdoba. Siempre mostraba una grandeza extraordinaria, con sus anchos hombros y su aventajada estatura. Alguien afirmaba:

-Monta con gran agilidad a la jineta y a la brida. Gasta en ropas exquisitas, en la mesa y en criados con el solo fin de distinguirse.

En el atardecer, el aire era fresco. Por eso Rodrigo Ponce de León, a quien yo había ascendido de marqués a duque de Cádiz, debió pensar que no teníamos un alojamiento adecuado y me cedió su tienda:

-Sin falsas modestias, puedo aseguraros que es la mejor y más grande que hay en el real. -Yo sonreí.

-Y, según dicen, de las más hermosas y fuertes del mundo -le dije. -Os estamos muy agradecidos.

Me alojé yo en esta, y en otras cercanas lo hicieron Fernando, el príncipe Juan, mis hijas y las señoras de la corte.

Las cosas iban viento en popa: fortificamos los campamentos con paredes y fosos, y a todo acudían nuestros hijos.

Por el contrario, también sufrimos una gran calamidad, y es que por entonces falleció el duque de Cádiz. Lo mismo que dicen del Cid, había sido este caballero un tipo recio, feroz con el enemigo y muy cordial con los suyos. Como aquél, practicaba la caza y era dueño de numerosos halcones y perros. Cuando murió, lo lloraron las damas y guardaron luto por él.

-Nunca lo olvidaremos -decían. -El mejor general de la guerra de Granada, y además tan apuesto...

-Hay que reconocer que tenía buen cuerpo -admitió Beatriz, y otra de mis damas terció:

-Pues a mí me parecía demasiado rojo de cara y cabellos. Tenía el rostro muy alargado, y tantas pecas en las manos y en el pescuezo... -Yo intervine a favor del duque:

-Era hombre honesto y muy previsor con las mujeres de su casa -indiqué. -Además le gustaba la música, que alegra a las gentes en la guerra...

XXVI. CONQUISTA DE GRANADA

Por entonces seguía yo tan ocupada en las guerras contra los moros que no regresé a Castilla, según había planeado; por el contrario permanecí en Andalucía y me ocupé del reino por medio de mis mensajeros. Gonzalo me siguió, pese a que tenía que cuidar de su familia y de su casa. Su dominio del árabe, y su antigua amistad con Boabdil, le permitieron rendirnos importantes servicios.

Cabalgábamos por senderos elevados, entre las montañas. Nos acompañaban los niños, y era preciso detenerse de cuando en cuando, a fin de recuperar fuerzas: lo hacíamos aprovechando una vieja torre solitaria, o algún puente romano medio derruido.

-En esta tierra, los inviernos son mucho más suaves -les decía yo. -El motivo es que está situada más hacia el sur, por lo que los días son más cálidos.

Nos escoltaban varios soldados, conduciendo las bestias que acarreaban las espadas, lanzas y armaduras. Mientras, el pequeño Juan parecía exultante:

-¡Por Dios, que hemos de tomar Granada a los infieles! -gritaba.

-¿Son muchos nuestros enemigos? -me preguntó Isabel.

-No sé exactamente cuántos son, pero sí que son numerosos -le dije. -Además, reciben ayuda de África. Habrá que presentarles batalla durante la noche, aprovechando la oscuridad.

Ordené que dos espías se adelantaran, a fin de explorar el terreno. Salieron uno por cada lado, y desaparecieron de nuestra vista.

Cuando estuvieron de vuelta, supe por ellos que las fuerzas rivales sumaban muchos miles de hombres, y eso fuera del recinto de la ciudad. Me estremecí pensando que el invierno se nos echaba encima, y me apresuré a adoptar la estrategia que habría que seguir:

-Dispondremos una serie de postas escalonadas en los caminos, de forma que en diez horas podremos enterarnos de cualquier suceso importante -le propuse a Fernando, y él asintió.

-Para someter más fácilmente al enemigo, organizaré yo en sus huertas una tala de árboles -me dijo. -Para ello tendré que enviar a cuatro mil taladores. -Yo sonreí.

-Ya están acostumbrados. Yo, para consolar a caballeros y soldados les enviaré a mi tesorero, que los compensará con creces...

Cabalgaba yo con tal rapidez que siempre estaba donde me necesitaban; a menudo el viento me alzaba las tocas, el manto volaba y la arena me cegaba los ojos. Mis damas estaban admiradas:

-Con todo, nunca le falta tiempo para despachar por las noches con los secretarios -decían entre ellas. -También lo tiene para enseñar labores a las niñas, o bordar prendas para las

iglesias.

-La reina opina que nada útil se debe abandonar...

A veces, los caballeros de mi escolta me aconsejaban que no me acercara tanto al enemigo. Yo lo tomaba a broma:

-No he subido al trono para evitar los peligros, sino para hacerles frente -les decía.

De esta forma, en lugar de alejarme permanecía con los míos, aunque los cercos se prolongaran, pues hallábamos castillos muy fuertes. Y, aunque tenía mi propia guardia, acepté una escolta especial que me ofreció mi esposo.

Estaba situado aquel reino entre Murcia y la parte occidental de Andalucía, y tenía en total más de doscientas leguas. Todos los ríos provenían del deshielo de la nieve, por eso nunca nos faltaba el agua. Gozaba de un cielo muy alegre, sus campos eran fértiles y su terreno montañoso por muchos lugares, de forma que algunos de sus montes se elevaban casi hasta las nubes.

En cierta ocasión, habíamos cabalgado sin ningún percance hasta llegar frente a una ciudadela. De pronto, algo me obligó a detenerme.

-¿Qué ha sido eso? -pregunté, sobresaltada.

Un capitán aragonés se adelantó, internándose en la espesura. Era un hombre maduro y fornido, y volvió con un dardo en la mano.

-Yo también lo he oído, era el zumbido de una flecha. Debemos volver: no podéis exponer vuestra vida tan a la ligera, señora.

***

Habían pasado cinco años desde la conquista de Málaga. El año noventa y dos fue bisiesto, pero resultó muy productivo ya que, para empezar, estábamos a punto de conseguir la caída de Granada. Por entonces el arzobispo nos dio la noticia de que el papa había fallecido.

-Lo va a sustituir Rodrigo Borja -añadió. No pude ocultar mi disgusto.

-¿Es posible? -Él me observó con extrañeza.

-También los papas tienen que morir -dijo, irónico. Yo me quedé pensativa.

-Rodrigo Borja... No tengo muy buenos informes acerca de este personaje -Él se encogió de hombros.

-Las cosas suceden así.

Habíamos tenido mal tiempo desde agosto a noviembre. El viento azotaba las murallas y el frío hacía tiritar a los hombres y agitarse a los caballos. Fernando trataba de calmar mi inquietud:

-Habéis de tener paciencia, Isabel. La ciudad tiene muros muy sólidos, y eso constituye una gran dificultad para nuestros soldados.

-Lo sé. Sé que tiene amplios fosos y las almenas reforzadas, así como puentes levadizos...

-Y está el grosor de sus enormes puertas.

-Todo eso lo he oído cien veces, Fernando. Pero no me consuela.

-No obstante, con tan largo asedio pronto se habrán acabado sus víveres, y la población no tendrá qué comer -arguyó mi marido.

Durante la noche no podíamos encender las hogueras, para no dar a conocer nuestra situación, y teníamos que abrigarnos con mantas o pieles, pegados unos a otros para defendernos de la humedad y el frío.

-No hay que fiarse de esta gente -me decía Fernando.

En efecto, una madrugada vimos salir en masa más de doscientos mil sarracenos, dispuestos a destrozar nuestro ejército. Al frente de ellos destacaba un caballero armado, embutido en una brillante coraza, que montaba un caballo tordo ataviado con ricos arneses. En un primer momento, no lo reconocí.

-Parece Boabdil -me dijo Fernando.

De pronto se oscureció la luna; tropezó su caballo y, aunque el animal cayó herido, siguió él defendiéndose con gran valentía. Por fin nuestros soldados lo obligaron a rendirse y el resto de sus hombres, creyendo que se presentaba un mal agüero, detuvieron sus cabalgaduras y acabaron por someterse.

-Es cierto, se trataba de Boabdil el Chico -me informó mi esposo después. -Ha aceptado negociar con nosotros una rendición.

Iba yo a decir algo, pero él se adelantó:

-Descuidad, Isabel, le daremos el trato que merece su rango.

Supimos luego que Morayma había despedido a su esposo inundada en lágrimas, viéndolo salir para tomar parte en la batalla. Subió al torreón más alto, y no apartó la vista de él hasta que desapareció en el horizonte, rodeado de torbellinos de polvo. Por el contrario, la reina Aixa trataba de alentar a su nuera.

***

Ante la gran avalancha de refugiados que llegaban de las ciudades que habíamos conquistado, viendo a Granada rodeada y hambrienta, Boabdil se rindió finalmente. Tras las capitulaciones de Santa Fe, en el mes de noviembre, aceptamos sus propuestas. Mi esposo me informó:

-En garantía del cumplimiento de sus pactos, nos entregarán como pajes a seiscientos muchachos, hijos de los principales de Granada.

El día primero de enero los rehenes quedaron en el real de Santa Fe, bajo la custodia de don Juan de Robles, alcalde de Jerez. Durante esa noche un ingeniero mudéjar, venido de Aragón, creó una vía de acceso al castillo nazarí por detrás de la ciudad, y Gutierre de Cárdenas accedió a la Alhambra para asegurar militarmente la fortaleza.

Se dice que mis damas fueron en gran parte causa de la victoria; porque muchas veces, cuando mi ejército iba en busca del enemigo, llegaba yo allí con todas ellas, y sus galanes se envalentonaban.

Después se despedía cada uno y en su presencia iban a las escaramuzas con aquella

alegría y arrojo que les daba el amor, y el deseo de hacer saber a sus señoras que eran amadas y servidas por hombres valerosos.

A Gutierre de Cárdenas le concedí el privilegio de tomar posesión en secreto de la Alhambra, por lo que fue el primero que entró en la ciudad. Así, en plena noche y en el salón de la torre de Comares, el último rey nazarí le hizo entrega de las llaves de la fortaleza. Mientras, fray Hernando de Talavera, primer obispo de Granada, estaba alzando la cruz en la torre de la Vela.

Es esta torre un gran bastión edificado en el extremo occidental de la Alhambra por el primer rey moro de Granada. Desde que nosotros llegamos la llaman de la Campana, por la que instalamos allí tras la conquista. Es visible desde cualquier lugar, y en su terraza plantamos nuestro estandarte el día dos de enero. Desde allí puede contemplarse toda la sierra, la vega, y hasta los pueblos de los alrededores.

-La alcazaba es la parte más antigua de la Alhambra: se trata de un recinto fortificado que construyó el primer rey nazarí sobre restos de edificaciones más antiguas -nos había dicho Cárdenas. -Da la sensación de ser la proa de un gran navío que contiene la Alhambra.

Por él supimos que la torre del Homenaje constituye el acceso primitivo de la alcazaba y tiene cinco plantas, además de una azotea y un sótano. Al otro lado se sitúa la torre Quebrada, a cuyos pies y bajo tierra se encuentra una de las mazmorras que ha servido a los moros para guardar sus alimentos.

-No lejos están los edificios de unos baños, que tanto gustan a los musulmanes -agregó.

***

Mantenía yo el voto de no mudar mis prendas interiores hasta que no cayera la ciudad, y supe que algunas señoras comentaban:

-La reina juró no cambiarse de camisa hasta haber ganado la guerra, y lo cumple al pie de la letra. No le importar la opinión de su esposo, pues no le permite opinar sobre su vestimenta...

-Parece estar dispuesta a quedar vestida de andrajos -decían. -Es posible que así quiera vengarse de sus muchas infidelidades...

Pero ahora, dadas las circunstancias, había yo decidido renovar mi ropa interior.

-Ya está bien de tanta penitencia -le dije a Beatriz.

Todas me observaban, divertidas, mientras me ayudaban a asearme. Una vez limpia, dejé mis ropas de batalla y arrojé al fuego la camisa.

-Deseo ponerme un vestido de gala, con un tieso corsé, que caiga hasta el suelo desde lo alto del caballo -les dije. -Debajo ceñiré un fino coselete, como precaución; y quiero cubrirme con el manto de corte, que llevaré recogido bajo el brazo. No olvidéis añadir a este atuendo una cofia, que se ajuste bien a mi rostro...

Luego, le dije a Fernando:

-Ah, y ordenad a los soldados que limpien sus jubones y saquen brillo a sus gualdrapas, armaduras y arneses, así como a las picas y lanzas.

Como de costumbre, para disimular su calvicie llevaba mi esposo el pelo cortado a flequillo sobre la frente y el resto largo hasta los hombros. También dio instrucciones a sus criados:

-Vestiré ropa larga y morada, esa que tengo con flores en relieve, y encima mi gabán de terciopelo negro, el que no tiene mangas.

En nuestro nombre iba a intervenir Gonzalo de Córdoba, seguido por los caballeros de su séquito, y firmaría las capitulaciones con el alcayde de la ciudad.

Acudió luego toda nuestra familia, vestida con galas de corte, y los nobles cubiertos de brocados y sedas de mucho valor. De esta forma llegamos a las cercanías de Granada, donde nos salió al encuentro el rey Boabdil, muy bien acompañado de caballeros mozos.

Bajó de la colina a lomos de una mula, llegando al campo donde aguardábamos nosotros. Quiso apearse para besar nuestras manos, pero Fernando no lo consintió.

-Alzaos, y abrazadme como a un hermano -le indicó.

Él besó unas grandes llaves que traía, que eran de la ciudad de Granada, y se las entregó a Fernando. Enseguida, él me las pasó.

-Tome vuestra señoría las llaves de la ciudad -me dijo. Yo las acepté, bajando la cabeza, y a mi vez se las entregué a mi hijo Juan, que había cumplido los catorce años.

-Os ruego que elijáis en nuestro nombre a un alcaide para la población -indiqué, sonriendo.

Desde la Alhambra se dispararon tres salvas. En adelante, como recuerdo de este acto, la catedral hace sonar a las tres de la tarde las mismas campanadas, y el papa ha concedido indulgencia plenaria a los que en ese momento recen por la paz.

***

Granada se alza, como Roma, sobre siete colinas. Se compone de tres ciudades próximas, aunque separadas. Una de ellas es la Alhambra; después está el Albaicín, y por último la parte llana. La Alhambra se construyó sobre la Sabika donde, según me informó mi esposo, hubo un asentamiento fenicio.

-La Alhambra, en lengua de los moros, quiere decir Castillo Rojo -nos dijo fray Hernando. -Su constructor fue el primer Mohamed, llamado el Rojo o Alhamar, por el color de su pelo, y que fundó el reino nazarí de Granada.

-En vuestra corta visita os habéis informado muy bien -le dije. Él sonrió, complacido:

-Se dice que reconstruyó una vieja fortaleza goda, edificando un primer palacio que había de ser su residencia -prosiguió. -Mandó también construir el Mexuar, estancia donde se reunía con sus visires. Hay quien asegura que dominaba la alquimia, y así consiguió las grandes sumas de dinero que hicieron falta para construir el castillo. Según he oído, era descendiente de un gran nigromante, compañero del propio Mahoma -se detuvo un momento, santiguándose. -También Yúsuf, su sucesor, conocía la alquimia, y no tuvo que pedir ni una sola moneda a sus súbditos para seguir las obras.

Quedé muy satisfecha con esta aclaración. Nos habían entregado la ciudad un seis de diciembre, tras un largo cerco que había durado más de seis meses; en cuanto pudimos,

Fernando y yo hicimos la entrada oficial. Era sábado cuando, acompañados de nuestro hijo y todos los prelados, autoridades y nobleza, fuimos a tomar posesión de sus alcázares, fortalezas y toda su artillería.

Antes de entrar habíamos hecho construir una puerta especial, y un camino detrás de la Alhambra, por donde transportar los aparejos de guerra. Nada más abrirse las puertas, un enorme rugido de voces se elevó hacia el cielo. Mis caballeros las atravesaron a galope.

-¡Paso a la reina! -gritaban.

Marchaban con nosotros tres mil hombres de a caballo y dos mil espingarderos, muy bien alineados. Delante iba el clero, revestido con los ornamentos sagrados, y los acompañaban varios soldados con sus armas, llevando la cruz alzada. Habiendo entrado en la fortaleza a través de varias puertas de hierro, recorrimos toda la ciudadela y el castillo con sus acequias y jardines llenos de naranjos. Vimos setos de arrayán, que tiene flores olorosas y blancas como el lirio del valle, y está siempre verde. Había allí incontables paseos y los jardines tenían estanques.

-Es que, a través de un alto monte conducen los moros el agua por medio de canales, repartiéndola por la fortaleza -me dijo Fernando.

Subimos a la torre más alta, que mira a la ciudad; allí desplegamos primero el estandarte real, y luego el pendón de la Santa Cruz. La campana, que habíamos mandado traer, comenzó de improviso a sonar. Cuando los moros la oyeron, unos lloraban sus desgracias y otros quedaban admirados, pues no habían visto nunca una campana ni escuchado su tañido. Todos nosotros hincamos las rodillas en tierra.

-¡Granada, por don Fernando y doña Isabel, nuestros señores! -gritaban los abanderados.

Llegamos al palacio real que nos pareció más suntuoso de lo que yo había imaginado: Boabdil nos había dejado la Alhambra intacta, a diferencia de otros lugares que, asediados o sitiados por nuestras tropas, fueron destruidos por sus antiguos dueños. Aquí las estancias se hallaban enlosadas con blanquísimo mármol; pudimos admirar artesonados hechos con ciprés, marfil y lapislázuli, y numerosos lechos de mármol en las habitaciones. Tomó allí posesión el caballero Íñigo López de Mendoza, conde de Tendilla, a quien habíamos nombrado alcaide, asistiendo nosotros al acto de su juramento.

Estaba la Alhambra muy iluminada: nos pareció una ciudad completa, con muchos y laboriosos habitantes. En ella había tenido su residencia el Sultán, y lo acompañaban los principales del gobierno, junto con los soldados de su guardia y muchos artesanos que poseían allí sus viviendas y talleres.

-Junto al Mexuar hay un pequeño patio que sirve de paso al palacio de Comares -señaló Cárdenas. -Lo llaman de los alcaydes, porque los gobernadores de la Alhambra ocupaban sus dependencias.

En el centro del patio vimos una fuente circular; alrededor habían dispuesto candelabros de cristal y cobre, con pies de elefante y colgantes de metal, que portaban velas de cera. Había también lámparas de nicho, velones y todo tipo de luminarias. Por un arco accedimos al que

llaman cuarto Dorado, de pequeñas dimensiones, que es la antesala del palacio de Comares, y que hemos reformado después.

-Este palacio era el antiguo serrallo o residencia oficial del sultán -intervino el conde de Tendilla. -Según me han dicho, quiere ser una copia del templo de Salomón.

Entramos a través de una puerta inferior situada frente al cuarto dorado; enfrente vimos un zócalo hecho con azulejos de cerámica vidriada con motivos geométricos, de brillante colorido. Al parecer, el rey moro solía administrar justicia entre las dos puertas, sentado en su trono. Nos leyeron unos versos del poeta de la Alhambra, llamado así porque sus poemas están escritos allí en distintos lugares.

Al lado hay un oratorio con cuatro balconcillos en la parte inferior y ventanas en la superior, que asoman al valle del Darro. Tiene un *mihrab* muy decorado, con un arco de herradura donde se puede leer en lengua árabe: *No seas de los negligentes, ven a la oración.*

Visitamos estancias llenas de ballestas, espadas, flechas y corazas, y dormitorios suntuosos adornados con columnas de mármol. Alrededor de un gran patio había cinco hermosas cámaras, cuyos artesonados estaban decorados en oro, y ostentaban preciosos colores.

-Nunca he visto nada parecido -le dije a Fernando, y él estuvo de acuerdo conmigo.

-Como veréis, la gran torre almenada de Comares fue construida sobre la ladera del Darro -indicó Gutierre de Cárdenas. -El salón de Embajadores está situado en esa torre, que es la más fuerte de los palacios nazaríes. En realidad, se trata del salón del trono -explicó.

Desde el patio de los Arrayanes, que tiene muros adornados con escenas de caza y banquetes, pasamos al baño de Comares. Allí pudimos admirar cuatro salas: la de masaje o de las camas, la sala fría, la sala templada y la caliente.

-Queda por visitar el palacio de los Leones -nos dijo López de Mendoza.

Vimos que también estaba organizado alrededor de un patio, con una sala que llaman de los mocábares, y es uno de los lugares más bellos de la Alhambra. En el centro hay una fuente de mármol apoyada en el lomo de una docena de leones, y hasta allí llegan cuatro canalillos, en forma de cruz.

-A esa alcoba elevada la llaman patio del Harem -señaló. -Y en aquel lado podéis ver la sala de los Abencerrajes, llamada así por la matanza de más de treinta caballeros de dicha familia. Antes, había sido la habitación de Boabdil.

Observé que la sala tenía ventanas al exterior. Al parecer, uno de estos señores que estaba enamorado de Morayma fue sorprendido escalando los muros. Entonces, Boabdil ordenó que mataran a los principales miembros de la tribu: los reunió en el salón contiguo al patio de los Leones, y allí los hizo asesinar.

-Dicen que el agua de los surtidores corrió tintada en sangre -prosiguió el alcaide.

Nos mostró allí una fuente, y dijo que las manchas que tenía eran de la sangre de los caballeros.

-Nadie ha conseguido limpiarla nunca -agregó.

La sala de las Dos Hermanas se encuentra frente a la de los Abencerrajes. Debe su nombre a las dos grandes losas de mármol que hay en el suelo, a ambos lados de la fuente central. Pude ver que los muros estaban cubiertos por delicadas placas labradas en yeso, que formaban estrellas, entrecruzadas una y otra vez.

***

Extramuros de Granada, hacia el norte y cerca de la parte exterior de sus murallas, hay otra gran ciudad llamada el Albaicín, con más de catorce mil casas. Sus calles son tan angostas que la mayoría de las viviendas se tocan por su parte alta, y un asno no puede dejar paso a otro. Le dije a Fernando que quería conocerla.

-Podemos acercarnos a la hora del mediodía. Nos guiará Tendilla -propuso. -Pueden acompañaros algunas damas, y la pequeña Catalina, si gustáis. Yo llevaré conmigo a un capitán de mi guardia.

-Me parece muy bien.

La ciudad es un laberinto de estrechas callejuelas que sube o bajan siguiendo la inclinación del terreno; puedo asegurar que las calles más anchas no medían más de cuatro o cinco codos. Con el tiempo, Fernando ha mandado ensancharlas, derribar algunos edificios y construir en su lugar mercados y bazares. Han levantado ahora magníficas casas allí, con sus patios, albercas y fuentes. Suelen tener dos plantas, y en la de arriba celosías.

Nos dijeron que había doble instalación de cañerías y acueductos, unos para el agua potable y otros para sacar las suciedades. Vimos abiertos en todas las calles canales para las aguas sucias.

-Existen conducciones de mármol para las cloacas y retretes, pilas para orinar y pozos para beber. Así que los que no tienen cañerías, por las dificultades del lugar, pueden arrojar por la noche sus inmundicias en estos canales...

Hay una parte del Albaicín que es un barrio de huertos, donde se cultivan numerosos frutales, y los cármenes se suceden casi sin interrupción. Las viviendas están construidas en el lugar más elevado, y suelen ocuparlas artesanos que tienen allí sus talleres. Trabajan el cuero repujado, el vidrio, la cerámica y los esmaltes.

-Ahí están gran parte de los muchos telares que hay en la ciudad -indicó el conde de Tendilla. -La muralla baja hasta el campo que llaman de los Almendros, y da paso a un barrio extramuros ocupado por alfareros.

-Es muy hermoso todo esto -le dije, y él continuó:

-El Maristán es un hospital que tienen ellos para dementes y enfermos pobres. Como todos los de aquí, está situado alrededor de un patio, y enmedio hay un estanque que recibe el agua por las fauces de dos leones.

En una larga plaza dimos con un mercado, donde vendían los artesanos sus productos. En el lugar que llaman el Peso de la Harina controlan ellos la que entra en la ciudad, y cerca está el arco de las Pesas, que llaman así porque allí cuelgan sus oficiales las que están defectuosas.

-Es en realidad una entrada a la alcazaba vieja, y fue construida por sus antiguos reyes sobre la antigua muralla, dañada durante las guerras con el califato cordobés -añadió el conde, cediéndome el paso. Yo me volví hacia las damas que me acompañaban.

-¿Es posible que no haya mujeres en este lugar? -le pregunté a Beatriz, porque no veía ninguna.

-Están dentro de sus casas, señora -me dijo él.

En otras plazuelas hallamos bazares y puestos, donde los comerciantes mostraban artículos de plata y oro, así como ricas telas y tapices. Más allá se ofrecían animales de todas clases, desde cabras hasta camellos, antílopes y aves de cetrería. Visitamos huertas tan hermosas que Fernando comentó, admirado:

-Cierto es lo que dicen, que una huerta es un tesoro si es moro el hortelano...

En cambio, las viviendas por dentro eran intrincadas y revueltas, y se cerraban con sencillas puertas de madera, y clavos de palo.

-Las casas de los moros me parecen pequeñas, sucias por fuera, aunque muy limpias en su interior -comenté. -En nuestra tierra, una casa ocupa más espacio que cuatro o cinco de las de aquí.

-Tengo entendido que lo mismo ocurre en África y Egipto -me contestó Fernando. -Al parecer, todos los musulmanes comparten sus costumbres en sus viviendas y en sus ritos. He oído que procuran tener calefacción... -Yo sonreí.

-La calefacción es herencia romana, y la tenemos hasta en los más modestos caserones viejos de Castilla...

Puede ser -admitió. -Pero éstos, en verano, para aliviar los calores se hacen acarrear un servicio de nieve. Hacen acopio de hielo, aún en los lugares más alejados de la montaña.

Por fin, nosotras pudimos ver en su casa a las moras, jóvenes y ancianas. Me llamó la atención que usaran largas camisas de lino, como nuestras monjas. Las llevan atadas a la cintura, y encima una túnica de lana o de seda, según la riqueza de cada familia.

-Cuando salen a la calle van cubiertas con una tela blanca de lino, tapándose la cabeza y la cara, porque sus maridos son celosos -nos dijeron.

De pronto, una mujer madura que había estado oculta, se presentó ante mí.

-Reina Isabel, os ruego vuestra protección -me dijo, inclinándose. -También la pido para mi hijo. -Yo no disimulé mi sorpresa: se trataba de Aixa, la madre de Boabdil.

-Se la he dado hasta ahora -afirmé. -En cuanto a vos, si necesitáis algo...

-Necesito dinero para emprender un largo viaje -declaró. Yo asentí.

-Lo tendréis. Luego, tomad lo que queráis, y dejad la ciudad.

Mandé llamar a mi secretario, y le ordené entregar una buena cantidad de escudos de oro a la antigua reina.

***

No lejos de la plaza a alargada están los baños mayores que tiene Granada.

-Se construyeron hace más de dos siglos, con materiales de la Medina Azahara de

Córdoba, y otros de los primeros tiempos de la dominación musulmana -nos dijo López de Mendoza. -Hay numerosos aljibes ahí, y todas las mezquitas los tienen.

Al parecer, había uno muy grande y antiguo que semejaba un pozo, al que se podía bajar por una escalera que llegaba hasta el nivel de la acequia que conducía el agua.

-Hay otro muy bueno, cerca de la mezquita mayor del Albaicín -agregó.

Yo estaba agotada. Precediendo a varias de mis damas, me senté en un bordillo de piedra.

-¿Qué tal si tomamos un baño? -le dije a Beatriz. Mi hija Catalina palmoteó.

-¡Eso, eso! ¡Al estilo moruno!

Decidimos entrar, mientras los hombres aguardaban fuera. Había claraboyas iluminando las estancias, y arcos de herradura sobre columnas con delicados capiteles. Varias mujeres nos ayudaron en el baño, cosa que agradecimos mucho; repartieron toallas de lino para que nos secáramos el pelo.

-¡Esto es magnífico! -suspiraban mis damas. -Es un deleite para los sentidos...

Estuvimos viendo un aljibe moro de gran tamaño, que Fernando ha mandado reconstruir. Lo llaman el del Rey, y es el mayor de los que hay en la ciudad.

-Hay otro cerca d el palacio de la sultana Aixa la Horra -nos dijeron.

También lo visitamos. Tiene el palacio un patio con estanque en el centro y las habitaciones alrededor, como suelen; las de la planta alta están orientadas al norte, con miradores semejantes a los de las torres de la Alhambra

***

Quise yo conocer el lugar donde habían estado los cristianos cautivos; está junto a la puerta por donde salió Boabdil para entregarnos las llaves de la ciudad. Él nos rogó que nadie más volviera a entrar ni a salir por ella, por lo que mandamos tapiarla. La llaman ahora la puerta de los Pozos, pues hay allí numerosas mazmorras excavadas en el suelo, donde encerraban a los presos.

Eran catorce cuevas muy profundas y estrechas, con un solo orificio, cavadas en la misma roca. En cada una venían a encerrar cien o doscientos prisioneros, que estaban desnudos y hambrientos. Entre los supervivientes se encontraba un presbítero, a quien el obispo nombró enseguida canónigo. El clérigo, muy delgado y pálido, nos dijo:

-A todo el que muere en la cárcel lo exponen al público, y luego lo entierran en el mismo suelo...

-Debéis olvidar eso -le aconsejé, pero él siguió en voz baja, como privado de razón:

-A veces hubo más de diez mil cautivos, entre este lugar y las casas de los sarracenos; pero en tiempos del asedio han muerto tantos de hambre, que quedan muy pocos ahora...

Cuando se lo conté a Fernando, él asintió:

-Al parecer, se han visto obligados a comer carne de caballos, de asnos y perros muertos -dijo, y yo me estremecí.

Fue un horrible espectáculo, contemplar aquella tumba de cristianos. Con vida quedaron

sólo mil quinientos; aún así, Fernando no quiso vengarse de sus secuestradores.

-Conservarán los caballeros musulmanes todas sus heredades, así como las armas y caballos -afirmó. -Y no se les hará fuerza, injuria ni robo. Prometo que se respetarán sus leyes y la religión de Mahoma. -Yo le presté mi apoyo:

-Deben conservar su religión, pues es sabido que no puede hacerse de un mal moro un buen cristiano, ni de un mal cristiano un buen moro -afirmé.

A continuación prometió que los judíos de Granada gozarían de todos los beneficios concedidos a los musulmanes.

Le asignamos al conde de Tendilla cuantiosas rentas para la reparación de las torres y la construcción de nuevos caminos. Tiempo atrás se había prohibido que los nobles alzaran fortalezas, pero en recompensa a sus servicios autorizamos a nuestro nuevo alcaide para que en adelante reconstruyera su castillo de Maqueda y levantara el nuevo de san Silvestre, en Toledo.

***

El día de Reyes, que era jueves, partieron camino de la Alpujarra Boabdil, su madre y su esposa. Salieron de la Alhambra por la puerta que llamaban ellos de los Siete Suelos; iban primero a Santa Fe, donde estaban los seiscientos rehenes nazaríes, y luego a abrazar a sus hijos, que se hallaban cautivos en la fortaleza de Moclín. Estos dos príncipes, Ahmed y Yusuf, se quedarían luego con nosotros.

No olvidó Boabdil en nuestras capitulaciones hacer más llevadera la suerte de Zoraya y sus hijos, a quienes trató siempre como hermanos. Le reservó a ella el castillo de Mondújar, la hermosa fortaleza que construyera Mulhacén para su recreo; en cuanto a los dos hijos, Nazar y Cad, les cedió en propiedad una extensa y fértil región. Zoraya agradeció mucho el obsequio de su antiguo enemigo y permaneció tranquila en el castillo de Mondújar.

Deseaba también darnos las gracias a nosotros, y para ello vino a la ciudad a besarnos las manos. Quiso el azar que, viendo a uno de los capitanes llegados de Castilla se desmayara de repente, lanzando al mismo tiempo un grito penetrante y agudo. Cuando volvió en sí la señora, el capitán Alonso de Venegas se arrojó a sus plantas; luego, saliendo presuroso de la estancia, desapareció de entre sus compañeros. La palidez del caballero nos alarmó a todos, pues desconocíamos la causa; tiempo después, supimos su desgraciada muerte.

Deshecha en llanto, Zoraya nos relató la historia que yo escuchara muchos años atrás, de boca del propio Gonzalo:

Había sido hija única del comendador de Martos, y estaba prometida desde niña a don Alonso de Venegas. Murió su anciano padre y lloraba la joven su pérdida, cuando el aya, la conversa Artaja, hizo que la raptaran y la llevaran a una pobre casa en el Albaicín de Granada. Una vez allí, su salud empezó a decaer.

Por medio del valido Aben-Farrax, la traidora se la ofreció al sultán como esclava. Su inocencia y belleza enloquecieron a Mulhacen, el padre de Boabdil, que en un arrebato de pasión la convirtió en su esposa. Y, aunque decía practicar los ritos del Corán, más de una vez

la sorprendieron orando a la usanza cristiana.

Tanto a Fernando como a mí nos conmovió la historia y la tratamos con cariño, haciéndola permanecer algún tiempo en nuestra compañía. Su gran prudencia y fino ingenio cautivaban a todos. A los dos meses de estar con nosotros, mis consejos y los de mis damas la hicieron volver a sus anteriores costumbres, recobrando el nombre de Isabel.

Fernando y yo la apadrinamos, y los dos hijos siguieron su ejemplo, tomando el apellido de la ciudad que los vio nacer. Más tarde, han enlazado con las mejores familias castellanas.

Sin embargo, no le agradaban a Isabel de Solís las costumbres de la corte. Volvió al castillo de Mondújar, donde transformó en capilla el antiguo *mihrab*, yendo luego a morir en un pequeño pueblo de Castilla.

XXVII. RITOS DESCONOCIDOS

Desde enero hasta junio estuvimos en esta villa de Granada; algunos días parábamos en la Alhambra y otros salíamos a Santa Fe, la ciudad que habíamos alzado junto al campamento.

En Granada tuvimos que descalzarnos antes de visitar su mezquita mayor, pues no podíamos hacerlo sino con los pies descalzos. Como había lodo, por causa de la lluvia, hallamos a la entrada una larga pila de mármol, donde ellos se lavaban antes de entrar. Todo el suelo estaba recubierto de finos tapetes de junco; oíamos cantar a los almuecines, que son sus sacerdotes, y vi que Beatriz se cubría los oídos con las manos.

-¿Qué te sucede? -pregunté.

-Más que cantos parecen alaridos, señora...

En un descomunal candelero ardían más de cien lámparas. Me quedé asombrada, mirándolas, y Fernando me dijo al oído:

-¿Os sorprenden? Es que los musulmanes adoran a Dios principalmente en la luz, y en el elemento del fuego. -Yo asentí, pensativa.

-Creen, como es verdad, que Dios es luz, y creador de todas las cosas... También nosotros lo creemos. ¡Nos unen tantas cosas!

Yo estaba fascinada. Además de esta gran mezquita vimos otras más pequeñas.

-Hay en la ciudad casi doscientas -nos informó el obispo.

En efecto, en alguna de ellas vimos cómo rezaban sus oraciones dándose la vuelta como bolas, golpeándose el pecho y besando la tierra. Pedían a Dios, según sus ritos, que les perdonara los pecados.

-No hay en ellas pintura ni escultura alguna -observé con extrañeza. El prelado asintió.

-Asimismo, están prohibidas en la antigua ley mosaica -dijo. Yo me mostré sorprendida.

-También hay cosas que unen a los mahometanos con los judíos. Es asombroso.

-Así es, señora -replicó él. -Subiremos ahora a la torre más alta, y podréis así contemplar la situación de toda la ciudad.

En efecto, subimos a dos altísimas torres. Aquella noche, antes de la aurora, era tanto el griterío en las mezquitas, que no he escuchado nada igual. Fray Hernando habló gravemente:

-Cantan sus salmos y oraciones -indicó.

Un domingo, el generoso conde de Tendilla reunió en nuestro honor a cien de sus caballeros más diestros, que practicaron un juego militar en una anchísima explanada. Trajeron con ellos flautistas, trompeteros y vihuelistas, que nos divirtieron con sus juegos.

-Se dividirán en dos bandos iguales -nos informó el conde.

Estuvimos viendo cómo se acometían unos a otros con largas y agudas cañas; algunos simulaban huir, y protegían sus espaldas con escudos y broqueles. Luego, con cañas más cortas y el caballo a galope, hacían como si disparasen flechas con arco o ballesta, a la manera castellana.

-Vuestros jinetes son veloces, y muy ágiles de movimiento -le dije, y él pareció complacido.

-Tengo en mucho vuestra opinión, señora -respondió, inclinándose.

***

En muchas partes del monte donde está situada la Alhambra, y en todos los ríos de alrededor, hay una arena gruesa, de color bermejo, y una tierra arcillosa y muy roja, del color del ladrillo.

-Están teñidas de sangre -me dijo Fernando. -Teñidas por su sangre, y la de los nuestros.

Un día, saliendo de mañana por la puerta de Elvira, por donde se va a Córdoba, vimos el cementerio de los musulmanes.

-Es muy extenso -me explicó el obispo. -Es porque cada uno se entierra en una sepultura nueva y propia. Las construyen con cuatro losas de piedra, de manera que apenas si se cabe en ellas.

Me estuvo contando que las cubrían con ladrillos, para que no tocara la tierra al cadáver, y allanaban la fosa con tierra.

-Colocan al difunto boca arriba o de lado, con la cara en dirección a oriente -explicó.

Fuimos luego al cementerio nuevo, donde vimos enterrar a un hombre. Había siete mujeres vestidas de blanco sentadas cerca del sepulcro, y un almuecín cantando con grandes alaridos, mientras ellas esparcían olorosos ramos de mirto sobre la sepultura.

Vimos después una bellísima mezquita, más hermosa que la de la ciudad, con un delicioso jardín sembrado de limoneros. A la puerta pedían limosna numerosos mendigos. Como era viernes, el día de su fiesta, gritaban en la torre muchos almuecines. Y acudieron tantos sarracenos que, al estar llena la mezquita, tuvimos que quedarnos fuera.

-El gran imán les predicó casi media hora, sentado en un alto sitial -le conté luego a mi marido. -A una voz suya, los fieles de Mahoma inclinaban la cabeza y oraban, y a otra nueva indicación se postraban en tierra y la besaban, tendiéndose en el suelo como hacen nuestros monjes. -Beatriz lo confirmó:

-Y así por tres veces, levantándose y postrándose en tierra, todos descalzos, hasta que acabada la oración cada cual marchó a su trabajo. -Mi hija Juana parecía hechizada.

-Vimos también llegar un entierro -dijo, y yo asentí:

-Es cierto. Luego, un anciano nos mostró un rosario hecho con huesos de dátiles, diciendo que era de la palmera de que comió María cuando su huida a Egipto -le dije a Fernando. -Lo besaba diciendo que era muy útil a las embarazadas, y que él mismo lo había comprobado con su propia hija.

Cada mañana, dos horas antes de salir el sol, lo mismo que al mediodía y por la tarde, los almuecines subían a las torres y, dando vueltas, gritaban: *Dios es grande y omnipotente, y*

Mahoma su mensajero y precursor.

-Se golpean el pecho, pensando haber sido absueltos de sus pecados de esta manera -le expliqué a Juana.

No vi a ningún musulmán que usara calzas, a no ser algunos peregrinos que las llevaban hasta las rodillas, sujetas con nudos.

***

Redujimos nosotros los impuestos de los vencidos durante dos años, y luego nunca serían tan severos como los que estaban acostumbrados a pagar.

Los nobles y sarracenos ricos poseen en Granada magníficas casas, con agua corriente, atrios y jardines. Allí viven sastres, zapateros y albañiles que son dueños de uno o dos esclavos y esclavas. No suelen faltar éstos en ningún hogar medianamente acomodado, y tanto sirven para trabajar en las tareas más duras de la casa como para calentar el lecho del amo.

Le expliqué a Fernando que las mujeres que tienen un marido rico lo respetan mucho, y son buenas compañeras en la felicidad.

-Pero muy pocas se compadecen de ellos en la adversidad -añadí.

-Vaya, vaya -rió.

-Ellos dan a cada esposa sus habitaciones, y aunque son pequeñas las tienen muy limpias -nos dijo fray Hernando. -Para su uso deben proveerlas de aceite, harina, leña y todo lo que necesitan.

Me habían dicho que las causas de divorcio entre ellos eran la embriaguez, la locura, el adulterio y el aliento fétido en la mujer, por lo que podían repudiada y devolverle la dote.

-El Corán prohíbe a los maridos golpear a las mujeres o matarlas -prosiguió el obispo. -Se casan ellos en su tierra hasta con siete mujeres, como dicen que hizo David, pero a los que están entre cristianos no se les permite tener más que una, y no la pueden repudiar.

Me informó un capitán del cruel castigo que se aplica las adúlteras:

-El marido puede vengar la injuria matando a ambos culpables -me dijo.

-Será por aquello de que la sangre limpia la honra -comenté, turbada, y él prosiguió:

-Pero no tendrá derecho a quedarse con la dote de su infiel esposa, para que no lo mueva la codicia.

-Menos mal -suspiré.

***

Nunca podré olvidar nuestras rutas por Andalucía, cuando nos deteníamos en Córdoba para admirar sus hermosas fuentes; allí los moros tenían un espacio reservado en la parte nueva de la ciudad, en bellas y limpias casas, con tiendas para vender y una hermosa mezquita. A la fuente bajaban a lavar las mujeres, con barreños llenos de ropa a la cabeza. El agua se llenaba de espumas y siempre había alguna vieja o alguna mocita lavando, vestidas con ropas negras que estaban ahora pardas por el sol.

En otra ocasión pasamos el mes de octubre en Jerez y nos embarcamos en el río hasta Sanlúcar, donde el duque de Cádiz nos hizo un gran recibimiento, gastando mucho dinero con

nosotros. Desde ahí nos fuimos a Rota, donde nos invitó espléndidamente y, vueltos a Jerez, nos entregó la ciudad con su fortaleza.

Al llegar nosotros a Sevilla se levantaban arcos, entoldaban las calles con tapices y colgaban reposteros de seda, todo por cuenta del municipio. Beatriz me ayudó a recordar:

-En una ocasión, os adelantasteis al rey, y vuestra entrada en solitario fue solemne y magnífica. Tanta fue la expectación de los sevillanos, que el recibimiento a vuestro esposo resultó mucho menos brillante. -La observé, divertida.

-Lo hice a conciencia, Beatriz -sonreí. -Mis nobles lo convencieron para que entrase en la ciudad en plena hora de la siesta, sin decirle que a esa hora haría un calor insufrible. -Ella rió abiertamente.

-Así que los vecinos prefirieron retirarse a sus casas, amodorrados por el bochorno. Por eso acusaban al rey de estar sometido a su mujer, y a la voluntad de sus consejeros. -Me quedé pensativa:

-Nunca me gustó compartir mi poder, ni a Fernando tampoco...

Haciendo muchas leguas a través de valles y montañas visitábamos a menudo Granada; entrábamos por la puerta de Elvira, que es el acceso más importante que tiene la ciudad. En realidad es una pequeña fortaleza, que ha contado incluso con un alcaide, ya que temíamos sublevaciones por parte de los moros. Del mismo modo, la calle de Elvira es una de las principales, pues une el Albaicín con la Medina.

Tiene Granada otras varias puertas; a una la llaman de la Bandera, porque en momentos de peligro los moros la izaban allí, para convocar a los soldados que vivían fuera de la muralla. En la de los Estandartes alzaban los suyos los reyes granadinos, entre dos torreones.

Me dí cuenta de que mis hijas cuchicheaban algo, acerca de la puerta por donde se marchó Boabdil.

-Me han dicho que por allí salen todas las noches, a las doce, el Descabezado y el Lanudo -afirmó Juana, con temor. -Al parecer, son un caballo sin cabeza y un perro de espeso pelaje. Dicen que guardan los tesoros que ha dejado el rey moro, bajo las siete plantas que hay...

-Vamos, no digáis tonterías -reí.

La torre del Cabo de la Carrera fue mandada construir por Fernando, hace más de dos años. Por allí se entra al recinto del Generalife, nombre que dan los moros a los jardines de su alarife, o arquitecto. Está fuera del recinto de la Alhambra, y en su palacio solemos alojarnos; se trata de un jardín con fuentes, piscinas y alegres arroyos, tan exquisitamente construido en la cumbre de un monte, que no hay nada mejor.

Me señalaron un ciprés en un patio del Generalife, y me dijeron que el árbol fue testigo del amor clandestino que la reina Morayma mantuvo con el abencerraje. Sus encuentros a la sombra del árbol, que me pareció bastante crecido, provocaron la ira de Boabdil, debido a la denuncia de otra familia noble, la de los zegríes.

No se le permite a ningún sarraceno dormir de noche en el alcázar, sino que tienen que bajar a la ciudad o a alguna posada de ella. Son muchos los que están edificando allí, y otros

reconstruyen lo que estaba en ruinas; vimos a algunos adornando y restaurando pinturas y azulejos, con gran habilidad. Últimamente, Fernando ha mandado ampliar muchas calles; y hemos enviado más de cien campanas, que se han distribuido por toda la ciudad.

Hay un viejo camino que conduce a Guadix, que había sido en tiempos una calzada romana. Salimos por allí, y a la izquierda vimos una elevada colina donde se abrían centenares de cuevas, que están al parecer habitadas desde los tiempos más remotos.

-Es el Sacromonte -nos dijeron, y desde la ladera estuvimos contemplando la Alhambra y las torres del Albaicín.

***

Todo el mundo en Granada sigue creyendo en tesoros ocultos; son muchos los que se dedican a buscarlos, sobre todo en la Alhambra. Conquistada la ciudad, a algunos cristianos que habían llegado de Castilla, y hasta de Francia, les llamaron la atención aquellas arenas y tierras. Las lavaron, y encontraron oro purísimo: un solo hombre podía recogerlo por valor de un ducado diario, hasta que mi esposo prohibió bajo pena de muerte la búsqueda y el lavado del oro.

-No quiero verlos por aquí -gruñó. -Son como hienas ante la carroña.

Yo estaba de acuerdo. Después de pensarlo un momento, propuse:

-Cuando hayamos sometido a los habitantes de la comarca, volveremos allí, a pasar la pascua del Espíritu Santo. Entonces, podéis devolverle a Boabdil sus hijos, que tomasteis en rehenes.

-Así lo haré. Y pienso autorizar a los príncipes moros para elegir su residencia, dando pasajes y barcos a los que prefieran ir a África -me contestó Fernando.

A la orilla del Darro, muchos de nuestros nobles se han hecho construir sus mansiones; algunos han utilizado lápidas funerarias nazaríes en los muros de carga. El morisco Lorenzo Chapiz ha aprovechado un antiguo palacio, que llaman la Casa Blanca; contiene delicadas columnas de mármol, con adornos de estrellas y una rica azulejería. La casa que llaman de los Moriscos es un imponente palacio que levantó un rey almorávide: está lleno de mármoles y aljófar, con estancias doradas y jardines de mirtos. También lo han restaurado, y abundan allí las taraceas, las alfombras y los paños de seda.

Debajo de la Alhambra se encuentran las Torres Bermejas, un baluarte defensivo anterior. Hasta aquí llega el barrio del Realejo, que sube desde Santo Domingo, abarcando los arrabales de los alfareros y de la Loma. Es ahí donde moraba la numerosa colonia judía, y tiene cármenes muy bellos, parecidos a los del Albaicín.

Visitamos un monasterio de nueva fundación, lleno de magníficos retablos, que en aquel tiempo tenía ochenta religiosas. Era la abadesa doña María, hija de mi esposo Fernando, que había entrado en religión a los cinco años y que, aún siendo muy rica, vive rígidamente en la observancia de su Orden.

Se puso muy contenta de vernos. Nos regalaron las monjas higos y miel, cestillos de esparto llenos de frutos secos, tinajas de vino y vasijas con dulces. Como les parecía poco

añadieron azafrán para nuestras cocinas, así como varios canastos con cidra y anís.

***

Por entonces tuvimos noticias de Boabdil. Sabíamos que él y su familia había partido hacia la Alpujarra, que está entre el mar, Sierra Nevada, y el dulce valle de Lecrín.

-Se han llevado con ellos el valioso tesoro nazarita, donde abundan preciosos rubíes, perlas de gran tamaño y turquesas de mucho valor -nos dijo el conde de Tendilla. -Lucen sus damas collares de perlas, y se adornan los cabellos con sartales de aljófar.

Le habíamos cedido para él y sus descendientes el valle de Purchena, un feudo poblado por mudéjares, que abarca parte de las provincias de Almería y Granada. Aunque dueños de un gran tesoro material, emprendieron la marcha con tristeza, pues lo que más le importaba a Morayma eran sus hijos Yusuf y Ahmed; y ellos seguían retenidos, en previsión de un nuevo alzamiento de los partidarios de Boabdil.

Según supimos luego, cuando el rey Chico coronaba el último cerro desde donde puede verse Granada, volvió la cabeza para ver su ciudad por última vez. Entonces lloró, al verla desaparecer para siempre. Desde entonces, ese lugar recibe el nombre del Suspiro del Moro

Dicen que su madre lo increpó:

-Llora como mujer, pues no has sabido defender la ciudad como hombre, hasta morir en su defensa...

Antes de partir, Boabdil había ordenado levantar el cementerio real de la Alhambra, que llamaban ellos La Rauda. Para que sus antepasados no quedaran en tierra cristiana, hizo trasladar sus restos desde la Alhambra a Mondújar; mandó construir un nuevo cementerio, en sitio tan secreto que hasta la fecha no se ha podido hallar.

Fueron luego a Andarax, en la Alpujarra de Almería, donde buscaron el lugar más adecuado para situar su futura vivienda.

En el mes de febrero, y tras varias negociaciones, les devolvimos a sus hijos, que habíamos retenido en Granada. Morayma disfrutó desde entonces de una época feliz en tierras alpujarreñas, ya que la familia dedicaba su tiempo a las numerosas diversiones que ofrecía el lugar. Entre todas, era su preferida la caza con galgos y halcones.

***

No podía yo imaginar que, poco después, ocurriría la muerte de Morayma. Según afirman los cronistas árabes, fue ella el único amor de Boabdil, la única persona capaz de hacerle soportable la pena del destierro.

-La última reina mora de Granada ha pedido ser enterrada con un estricto rito musulmán -nos dijeron.

En efecto: cuando ella murió, sus sirvientas lavaron el cuerpo según sus costumbres y lo perfumaron con almizcle, alcanfor, esencias de jazmín y otras sustancias aromáticas. Envolvieron el cadáver en un sudario blanco, sin coser en la cabeza ni en los pies, y la colocaron sobre unas parihuelas, cubierta con sus joyas. Un grupo de cuatro o cinco hombres, los más allegados a Boabdil, se ofrecieron a portar el cadáver.

La triste comitiva, seguida por numerosos convecinos, se dirigió hacia la mezquita. Era la hora del mediodía y, una vez terminados los rezos, se anunció la muerte de la reina y todos los fieles se pusieron en pie, orando por su alma.

Acabados los ritos mortuorios, el cortejo volvió a ponerse en marcha. Durante todo el camino, la comitiva iba recitando el Corán; los portadores se sustituyeron varias veces, porque todos querían llevar a hombros el cuerpo de Morayma.

Le habían preparado el sepulcro en la Rauda Real de Mondújar, junto a la fortaleza que construyera su suegro Mulhacén. Llegados al cementerio, acomodaron el cadáver en una estrecha huesa sin ataúd; allí quedó, sobre la fría tierra, mirando hacia La Meca.

-Una vez depositado el cuerpo, han colocado encima una laja de piedra, y una lápida de mármol blanco -nos dijo un confidente árabe, y su compañero asintió:

-Boabdil ha hecho entrega de una importante cantidad de dinero al alfaquí de Mondújar -dijo con tristeza. -Le ha pedido que rece dos veces por semana ante la tumba de Morayma.

Según he sabido hace poco, ella sigue enterrada allí, en algún lugar entre la colina que sostiene el formidable castillo de Mondújar y las tierras del Valle de Lecrín, no lejos de la Alhambra.

Desde Adra, en la provincia de Almería, salió el rey Chico rumbo al norte de África, a su retiro final en Fez. Iban con él su madre y su hermana, sus dos hijos y varios amigos y criados. Que yo sepa, nunca ha vuelto a casarse.

XXVIII. LOS JUDÍOS

La decisión de expulsar a los judíos no partió de mí, ya que Fernando llevaba algún tiempo planeándola, aunque no me hablara de ello. Cuando supe que mi esposo, junto con los obispos, estaban proyectando desterrarlos de España, no me gustó la idea.

-Constituyen un peligro perpetuo a la independencia y seguridad de la nación. -me dijo él, y yo repliqué:

-Todos los de mi reino están bajo mi protección, así como sus bienes; muchas veces los he defendido de las condenas de la Inquisición, como hicieron mi padre y mi hermano -le dije. -El médico que atendía mis partos era también judío y le he concedido muchos privilegios.

Mucho pesan en la vida castellana los saberes y habilidades de nuestros vecinos hebreos: numerosos mercaderes, médicos y recaudadores pertenecen a esta raza. El grado más alto lo ocupan los médicos, que la gente suele llamar físicos, y en su mayoría son judíos. Don Hudá ejerció su oficio de cirujano mayor hasta hace algunos años, cuando lo sucedió maestre Zulema, su hijo.

Rabí Jacob es otro de ellos; ejerce la medicina, y durante gran parte de su vida ha gozado de especiales favores. Ha conquistado una alta posición social, muy distinta a la del resto de la aljama judía madrileña. Cuando los hebreos fueron confinados en una zona aparte, cercada con un muro, mandé a los regidores que le permitieran estar fuera de la cerca, porque así la villa podría aprovecharse de él por la noche, estando cerrada la judería. Desde entonces, pasó a vivir junto a la puerta de la Vega.

La judería de Madrid está situada junto a la plaza de la Cebada. Todos sus habitantes están obligados a llevar señales sobre la ropa, pero algunos miembros notables de esta comunidad, están dispensados de hacerlo.

-Rabí Jacob es uno de los muchos que no necesitan llevar señales ni vivir confinados -le dije a Fernando. -Además, a los judíos siempre les he debido dinero -añadí. -Ellos nunca se han negado a prestármelo, cuando estaba más apurada. -Fernando sonrió.

-Es que siempre estabais apurada -me dijo.

Y es que no es posible calcular los tesoros que en cuarenta años se han gastado en España, con tantas guerras como ha habido. Hemos abastecido las armadas, enviado soldados a África y a las islas Canarias y, últimamente, a las expediciones de las Indias. Nunca me ha alcanzado lo mío para cubrir los gastos, aunque habíamos conquistado muchos castillos a los nobles, y confiscado sus fortalezas a las órdenes militares.

-Con su dinero he levantado hospitales, tendido puentes y abierto caminos -insistí. -

También he mandado reparar consistorios, y adornar las plazas de los pueblos...

Sabía que mi esposo no iba a dar su brazo a torcer.

-De todas formas, os prometo intentar por todos los medios que nadie los perjudique -me dijo. Yo sonreí. Sabía que los campesinos de Tierra de Campos pretendían anular todos los contratos de préstamo que tenían suscritos con ellos, a lo que yo me opuse:

-No penséis que los judíos son tontos, ni que los vais a engañar.

-Os aseguro que nunca aborrecí a los hebreos... -recalcó Fernando, y yo lo interrumpí:

-Yo he tenido entre mis caballeros a muchos convertidos, así como a sus hijos y nietos.

-No tenéis que jurarlo. Algunos son obispos, otros soldados o pregoneros... Por vuestro consejo hemos tenido tres secretarios conversos, procedentes de familias judías.

-Es cierto, y no me han defraudado. Aprecio mucho a Fernando del Pulgar, y confiaba de tal forma en Fernán Álvarez de Toledo, que lo envié a Trujillo para reclamar la fortaleza del marqués de Villena. No me gustan las ordenanzas que van contra ellos, como la de los pecheros de Toledo, que no los admiten como aprendices. -Un obispo, que estaba presente, intervino:

-Pero algunos dicen convertirse y, después de bautizados, a escondidas siguen con sus ritos. Los hay por toda España, que acaparan los mejores oficios y oprimen a los cristianos. Y es que muchos practican la usura, usurpándolo todo.

-Yo contesté, muy seria:

-Recordad que entre los conversos hay monjes y grandes personajes de Estado; muchos han mezclado su sangre con la de las más nobles familias de Aragón y Castilla. -Él sonrió.

-Y se conservan influyentes y ricos...

-Eso no es ningún pecado -le dije. -Además, mientras ellos instruyen a sus hijas, muchos cristianos viejos no mandan sus niñas al colegio. Las chiquillas tienen que aprenden a leer de mano de sus madres, aunque a los muchachos los lleve su padre a la escuela.

¿Y eso os parece grave?

-Pues sí. De esta forma los puestos de médicos, notarios y magistrados están ocupados por hombres. Ellas han de ser lavanderas o costureras, si no son prostitutas...

-Muy alterada os veo. Pueden también servir de criadas en casas de los ricos.

-No lo pongáis peor. Está bien, cambiemos de conversación, si os parece -cedí.

Recuerdo yo que en Zaragoza me ofrecieron los hebreos una magnífica vajilla, que trajeron doce de ellos. Uno llevaba una copa muy rica con monedas de oro, y otro un jarro muy grande, lleno hasta los bordes de piezas de plata.

-Lo recibí todo, como es de suponer, y les quedé muy agradecida -le dije a Fernando. Él no se daba por vencido:

-Pero no todos son honrados, y muchos roba

n al pueblo -continuó. -Algunos, para hacer olvidar su origen, se muestran implacables con los de su propia sangre. Por eso, la gente ha reaccionado con odio, produciéndose no pocas matanzas. -El obispo asintió.

-En Sevilla, un día de jueves santo, se descubrió un grupo que, con sangrientas ceremonias, blasfemaban de la fe cristiana -recordó, disgustado.

En cuanto a mí, nunca les impuse por la fuerza el bautismo. Pero en algo tenía Fernando razón, y es que hubo judíos tan astutos que fingían convertirse para sacar nuevas ganancias.

***

Llamaban en Castilla marranos a los bautizados que tenían sinagogas ocultas, donde practicaban los ritos judaicos. Por otra parte, sabíamos que era precisa la unidad religiosa para unificar España, pues desde los países extranjeros trataban por todos los medios de impedirlo.

-Ninguno labra la tierra ni es criado ni albañil, sino que todos buscan buenas profesiones, y tratan de ganarse el dinero con poco trabajo -decía la gente. -Otros viven de la usura y en poco tiempo pasan de pobres a ricos, arruinando a los demás.

-Lo mismo ocurre en Inglaterra o en Suiza, donde hay conversiones fingidas y están sus reyes, como los nuestros, en manos de estos prestamistas...

Por todo ello, Fernando me comunicó su decisión de expulsarlos de nuestros reinos.

-Si os parecen pocos mis motivos, la Inquisición está apresando a muchos y quemándolos en la hoguera -me dijo. -Torquemada duda de la sinceridad en la conversión de los judíos. Por ello creó la Inquisición, y él mismo la organizó en Sevilla. Este fraile, bajo su tosco sayal, oculta más soberbia que todo un convento de su orden...

Supe luego, por uno de mis secretarios, que habían salido más de cien mil familias, pues su fe había podido en ellos más que la avaricia.

-Aseguran que Dios mirará por ellos y los guiará con milagros, como hizo en Egipto. Se están yendo de aquí zapateros, sastres, plateros y especieros, así como curtidores y de otros oficios. A todos se les confiscan los bienes.

Personalmente, nunca me interesó obtener bienes por confiscación. He de decir que no le ocurría lo mismo a Fernando. En Granada, mi esposo ordenó demoler el lugar donde habitaban unos veinte mil judíos, y construir a sus expensas un gran edificio. Se trata del Hospital Real, que fundamos a principios del año pasado y hemos visto acabado hasta la techumbre y cobertura superior.

A los que eligieron la expulsión los autorizamos para vender sus pertenencias y llevarse todo lo suyo, salvo el oro y la plata que habían conseguido con malas artes. Muchos se vieron obligados a malvender sus haciendas, de lo que se aprovecharon los cristianos; pues se podían comprar muy buenas casas y heredades por muy poco dinero, ya que no había quien las quisiera.

-Algunos dan una casa por un asno, y una viña por algunas mantas y enseres, al no poder sacar oro ni plata -decían. -También es verdad que otros se han llevado abundante otro y piedras preciosas, pues los esconden de muchas maneras: algunos lo tragan y lo sacan en los vientres, que hay quien se ha tragado más de treinta ducados...

-Unos se dirigen a Navarra, otros a Portugal, muchos al sur de Francia y algunos han pasado a África -aseguraban otros. -Los que se han ido a Portugal han conseguido permiso por

seis meses, a cambio de un ducado por cabeza, quedando más de mil cautivos por no pagar los derechos de entrada.

-El rey portugués ha hecho bautizar por la fuerza a los más ricos, para que sus tesoros no salgan del reino...

Los que se embarcaron hacia Fez fueron maltratados por los musulmanes que se decían sus amigos, de forma que han vuelto a España; ya que, viendo el rey de Fez que eran gente pobre, les dio licencia para que se fuesen. Por el camino les salen los moros y los dejan en cueros vivos, echándose con sus mujeres por la fuerza; matan a algunos y los abren por medio para buscarles el oro en el vientre, pues saben que se lo tragan. Los desgraciados que volvían llegaban muertos de hambre, desnudos, descalzos y llenos de piojos.

Fue tan grande la emigración que en Andalucía quedaron vacías unas cinco mil casas, lo que me ha quitado el sueño muchas veces; eso, sin tener en cuenta la peste que asoló la comarca.

XXIX. LAS GUERRAS DE ITALIA

Acababa de morir el cardenal Mendoza cuando, a mediado del mes de febrero, los franceses invadieron el reino de Nápoles.

-La guerra con Francia es inevitable -me dijo Fernando.

Había que enviar un capitán a Nápoles. Yo le recomendé a Gonzalo de Córdoba, pues sabía que era sagaz, valiente y lleno de recursos.

-Lo ha demostrado en las guerras de Granada, donde ya lo apodan todos el Gran capitán. Dicen que quiere revolucionar el arte de la guerra con el empleo combinado de la caballería, la infantería y los artilleros.

A Fernando le extrañó mi propuesta. Y es que, por algunas lenguas indiscretas, sospechaba que entre nosotros existía una cierta atracción.

-Me resulta anormal y extraordinario que el capitán de un puñado de jinetes pase a ser el general en jefe de todo un ejército.

-Él mismo estableció en Granada los términos de la rendición -le dije yo.

Le recordé que gracias a él habíamos resuelto importantes problemas. Gonzalo había hecho amistad con Boabdil cuando, expulsado del trono por su tío el Zagal, se hallaba en territorio cristiano, acogido a la hospitalidad de mi esposo.

-Nunca os he visto elegir a nadie para un cargo con tal seguridad -pronunció secamente.

-Es porque pienso que es el hombre más indicado para ocuparlo -insistí. -Lo que no pueda llevar a cabo Gonzalo de Córdoba, no lo hará ningún otro. -Mi esposo arrugó el ceño.

-¿Estáis decidida?

-Lo estoy, si no os parece mal. ¿Tenéis algún impedimento? -Fernando entrecerró los ojos.

-En la corte se relatan sobre él historias sorprendentes...

-¿Con relación a qué?¿Esa es la confianza que tenéis en vuestros oficiales?

Unas horas después, Gonzalo había llegado a la corte. Nos halló en la gran sala y nos presentó sus respetos. Al verlo, Fernando no trató de ocultar su disgusto; en cambio, la mirada del recién llegado era sosegada y cortés.

-Señor, me habéis mandado buscar, aquí me tenéis.

-Ciertas críticas han llegado a mis oídos... al parecer, vuestra estrella se muestra en su ocaso. -Él no disimuló su sorpresa.

-¿Cómo decís? -Yo intervine a su favor:

-¡Por el amor de Dios, Fernando! ¿A qué os referís? Los que hablan mal de él, es por pura

envidia -aseguré.

Hice una ardorosa defensa de Gonzalo, y Fernando, celoso o receloso, decidió enviarlo a Italia para librarse de él. Aunque simuló hacerlo a regañadientes, creo que se sintió liberado, pues empezaba a tener envidia de la fama de mi capitán.

-Lo ha destinado allí para alejarlo de la corte -comentaban mis damas y, según me dijeron, otras criticaban mi elección:

-Pues, ¿qué motivos tenía la reina para designarlo? Parece que la señora no atiende, en ocasiones, más que a su corazón.

Pensó mandarlo en un principio con una avanzadilla de quinientas lanzas, seguido por un grande de Castilla con más notoriedad, como el duque de Alba; pero al final se llevó a cabo lo que yo había propuesto.

***

Antes de irse, vino a visitarme palacio, donde lo recibí a solas. Me miró a los ojos, y me sentí morir.

-He venido a despedirme, señora; mañana abandono Castilla.

-¡Ah Gonzalo, Gonzalo! Siempre venís con tan poco tiempo... -suspiré.

-Regresaré pronto, os doy mi palabra -dijo con gravedad. -Y os recordaré en cada instante. ¡Dios mío, nunca podré olvidaros! -exclamó, angustiado.

-Yo tampoco os olvidaré, Gonzalo.

-Os amo, Isabel -pronunció en voz baja.

Quise contestar algo, pero no pude articular una sola palabra. Me tragué las lágrimas, que no podía contener. ¡Cuánto iba a echarlo de menos!

Después de inclinarse abandonó la estancia, mientras yo lo seguía con la mirada. Luego, una idea negra me hizo estremecer:

-¿Volveré a verlo alguna vez?

***

El tiempo vino a darme la razón, pues mi nombramiento le ofreció la mejor oportunidad de su vida. Con ocasión de haberse celebrado en Roma la boda de Lucrecia Borgia, hija del papa, en su calidad de nuncio lo cité yo en Medina del Campo, donde se encontraba la corte.

-¿Te acuerdas de aquello, Beatriz? -rememoré, y ella sonrió.

-Claro que me acuerdo. Como lo echabais de menos, le escribisteis ordenando que regresara. Y, si mal no recuerdo, enviándole un crédito para los gastos del viaje -recordó, sagaz.

-Como siempre, tienes buena memoria -admití. -Pero las circunstancias hicieron que tardara un año en volver... Y por muy poco tiempo, pues al día siguiente regresaría a Italia. -Ella asintió con la cabeza.

-Eso sí que es verdad.

Cuando Gonzalo regresó era ya duque y señor de Nápoles, con numerosas rentas y muchos vasallos. Había cambiado mucho; ya no era tan joven, tenía algunas canas, y unos

profundos surcos marcaban su frente. Lo vi más musculoso, más curtido.

-Lo aguardabais muy excitada. Despedisteis a vuestros secretarios y ayudantes, y también a nosotras, para quedaros a solas con él. Luego, atrancasteis la puerta por dentro... -Yo asentí:

-Tenía que explicarle mi disgusto ante las cosas que decían del papa, y sobre todo acerca de las fiestas que se hicieron en el casamiento de Lucrecia. -Beatriz no estaba convencida:

-¿Nada más que eso?

-Además, me enojaba la intervención de los cardenales. Sobre todo del cardenal de Valencia, pues se trataba de César, el hijo del pontífice. -Ella no se daba por vencida:

-Pienso que hubo algo más...

-En realidad, no pasó nada -dije con un suspiro. -Sólo cambiamos unas pocas palabras. Me las he repetido tantas veces, en mis ratos de soledad...

-Es natural -admitió Beatriz.

-Bueno, también le entregué una carta dirigida al papa, rogándole que tuviera más cuidado y no mostrase tanto ardor en los asuntos de sus hijos. Y, en contra lo que yo pensaba, el destinatario encajó sin mucho enfado mi respetuosa regañina...

No le conté los detalles de nuestro encuentro, ni las efusiones de nuestra despedida a solas. No le dije que nos habíamos besado apasionadamente.

-Os he echado de menos -le dije, y él me atrajo hacia sí.

-Veo que no habéis cambiado, Isabel. Los años os han añadido encanto.

-Parecéis muy cansado... Habréis tenido un largo viaje.

-En efecto, señora.

Me había tomado de la cintura, y no lo rechacé. Yo estaba temblando.

-Gonzalo...

-Mi querida Isabel.

Cuando nos besamos, pensé que iba a desmayarme. No recuerdo el tiempo que estuvimos así, pero nuestros corazones latían fuertemente al unísono. No podía separarme de él.

-Hemos de tener cuidado -le dije por fin. -Nos están esperando. -Él aspiró hondo.

-Como siempre, tenéis razón.

-Vuestro esposo os aguardaba, impaciente -me dijo Beatriz, y yo asentí.

-Por cierto, no hacía mucho que Gonzalo había tenido un hijo, lo mismo que yo. Ambos éramos muy afortunados, ¿no crees?

***

Año tras año, su fama y sus riquezas han ido acrecentándose, y todos le llaman en Europa el Gran capitán. Con motivo de cierta solemnidad, el dux de Venecia le envió un cofre conteniendo cincuenta piezas de plata labrada, dos martas cibelinas y dos piezas de brocado. A su vez, él me lo ofreció como regalo.

-Os quedasteis con las pieles, y el resto se lo enviasteis a María Manrique, su esposa -me dijo Beatriz.

Yo asentí. Le conté que, en ocasiones, el rey de Francia acostumbraba a invitarlo a comer. En el transcurso del banquete el rey solía observarlo, fascinado.

-Gran capitán -le dijo una vez. -Dejadme algo en que os pueda superar. Aunque dudo que nadie pueda aventajaros en nada...

En cambio, mi esposo no puede tolerar que se haya engrandecido en las guerras de Italia. Conforme pasa el tiempo lo aborrece cada vez más, y actualmente apenas se hablan. Ante los reproches que Gonzalo le hace, Fernando contesta:

-Yo también tengo muchas quejas acerca de vos.

Y ante las cuentas que le envía dice, malhumorado:

-¿De qué me sirve que gane un reino para mí, si lo reparte antes de que llegue a mis manos?

Se ha hablado mucho de mi desprecio por Fernando, y hasta de mi repugnancia por él. Y hay quien opina que no he sido más que su esposa política.

-He de reconocer que no hay amor como el primero -le he dicho a Beatriz. -Los otros no son más que conveniencias...

XXX. LAS INDIAS

Tuve yo la fortuna de apoyar una empresa que habían despreciado en Venecia, en Génova y en Portugal, y así descubrimos las tierras de América. Fernando se había opuesto en un principio a la idea, pero con el tiempo tuvo que ceder. Lo animaron los recientes éxitos conseguidos en la conquista de Canarias, y la gran expansión alcanzada por los portugueses.

Cuatro largos años estuvo persiguiéndome Cristóbal Colón, que Dios lo bendiga. Hasta que, estando en Santa Fe, se cansó de esperar y sin despedirse siquiera abandonó la ciudad a lomos de una mula. Yo que lo supe, envié a buscarlo a Beatriz de Bobadilla.

-Tuve que perseguirlo dos leguas por el campo -me dijo ella, acalorada. Mi esposo intervino:

-No es que me niegue a prestarle ayuda, pero nuestras arcas están demasiado mermadas por causa de esta guerra que tenemos en Granada. -No pude disimular mi disgusto.

-Podéis guardaros los dineros del reino de Aragón, que yo pagaré los gastos a cargo de mi corona de Castilla.

Más tarde, Beatriz llegó a convertirse en la principal impulsora de una hazaña que nos llevaría a descubrir nuevas tierras. Tan conocida era su actitud hacia lo que muchos estimaban absurdo, que se hacían coplas, poniendo en su boca:

Acometed, señora, esta empresa.

¿Qué desidia contiene vuestros pasos? ...

***

Había yo estado visitando las tropas, como solía hacer, y acababa de regresar cuando Fernando se presentó ante mí:

-Tengo que hablaros -indicó. Yo sonreí.

-¿De dinero? Es vuestro tema favorito. -Él parecía disgustado.

-He conversado con vuestro tesorero, y veo que habéis gastado mucho. -Yo aspiré hondo.

-He tenido que abastecer a mi ejército de caballos, víveres y armas. ¿Os parece mal? -Él se mostró dolido.

-No es eso, Isabel, pero me tenéis inquieto. Habéis pedido préstamos... para apoyar el proyecto de ese tal navegante... Colón. -Asentí.

-A cambio, he cedido las pocas alhajas que me quedaban sin empeñar -dije resueltamente. -Si no alcanza con eso, me las arreglaré para conseguir el dinero. -Fernando pareció alarmarse.

-¿Habéis olvidado que sois mi mujer, además de ser reina? -exclamó. -¿Es que pensáis

arruinarme?

-Nadie va a arruinaros, sólo yo responderé de la deuda.

-¡Es una locura! -protestó Fernando. -¿Acaso habéis perdido el juicio?

-No lo he perdido, en absoluto. Hasta el papa me dará la razón. -Él me miró con extrañeza.

-¿El papa? Él es dueño de gastar su dinero, pero no el de mi esposa -gruñó, al tiempo que me daba la espalda.

***

Habían pasado meses desde la conquista de Granada. Desde que en abril se firmaron las capitulaciones de Santa Fe, tras muchos dimes y diretes dispuse al fin aquella expedición, para la que armé y equipé las tres carabelas que zarparon del puerto de Palos un día tres de agosto. Embarcó Colón a bordo de la Santa María, y el doce de octubre descubrió la primera de las islas Bahamas. Llegó de vuelta en marzo del año siguiente, hallándonos en Barcelona a Fernando y a mí; lo recibimos con muchos honores, y nos pusimos muy contentos al ver lo que traía.

Vestía en la ocasión un jubón de seda carmesí, zapatos con hebilla de plata, y un manto de terciopelo granate. Descabalgó frente a nosotros; se descubrió, no saludó con una inclinación y después hizo ademán de arrodillarse para besar mis manos.

-De ninguna manera -dije yo. Fernando le mostró el sillón que habíamos dispuesto para él.

-Os podéis sentar a nuestro lado -indicó.

Lo mismo en Aragón que en Castilla, todos hablaban de lo mismo:

-Dicen que ha presentado a siete indios, cubiertos apenas con toscos taparrabos, y con los rostros pintarrajeados. Al parecer los ha tomado en las tierras descubiertas, y parecían asombrados de lo que estaban viendo -se comentaba.

-Se sabe que la reina no los considera esclavos, sino cristianos libres. Se preocupa por ellos, y piensa nombrar a un delegado que los proteja de los aventureros sin escrúpulos.

Acompañaban a Colón los marinos que habían regresado con él, ya que quedaron allí gran parte de sus compañeros; llevaban los remos en alto, y en cestas y parihuelas muchas plantas, frutos enormes y animales exóticos nunca vistos, que causaban la admiración de todos:

-Han traído extraños pájaros de vivos colores y numerosos papagayos gritando. A los reyes les entregaron brazaletes, máscaras, flechas y coronas de plumas propias de los indígenas, así como metales y piedras preciosas -decía la gente, maravillada.

Según aseguraba Colón, eran tan generosos estos indios que daban su oro por un trozo de vidrio, como si fueran niños. Uno de ellos traía un collar de eslabones que pesaba seiscientos castellanos de oro. Nos regalaron a Fernando y a mí muchos objetos entretejidos en algodón, donde figuraba el diablo en forma de lechuza. Además, recibimos de ellos numerosas figuras, algunas talladas en madera. Mis damas estaban embobadas:

-Traen hermosas coronas de oro, en especial una de un cacique, muy grande y alta, con unos redondeles de oro del tamaño de tazas -comentó Beatriz. Yo asentí.

-Figura también el diablo en esa corona; dicen que a veces se les aparece, pues son ellos idólatras y tien€en al diablo por señor...

Permaneció Colón en la corte durante más de un año, hasta que le ordenamos una nueva navegación, nombrándolo almirante y dándole una armada mucho mayor.

-Esta vez llevaréis misioneros, letrados y comerciantes de Castilla, así como soldados para descubrir y conquistar -le dije yo.

Más tarde, en un tercer viaje, el almirante dedicó sus esfuerzos a la busca de oro. Halló algunas minas y hubo murmuraciones contra él, porque tardó en enviarnos el oro más de lo que debía, y tenía enemigos que no lo soportaban por ser de otra nación.

-Al parecer, el rey quiso enviar a un gobernador para que lo trajera preso -se decía.

-Sí, pero la reina lo ha desautorizado, aunque lo mandara su marido. De esta forma, el almirante ha podido emprender hace poco un cuarto viaje a las Indias.

Supe que había encontrado allí las mareas muy bravas, y que había caído en una grave enfermedad. La espantosa tormenta los tuvo más de ochenta días sin ver el sol ni las estrellas sobre el mar, perdidas las anclas y jarcias, con las velas rotas y toda la gente muy enferma.

-Han llegado incluso a confesarse los unos con los otros, y la gente estaba tan molida que deseaba la muerte, para salir de tanto martirio -me contaron. -Pues el viento no les permitía ir hacia adelante ni tampoco retroceder, y la mar parecía de sangre, hirviendo como una caldera.

Por eso he enviado por él, para que lo traigan con toda la gente que llevó consigo en la nave Española. Llegarán en unos días y yo, que soy su protectora, temo morir en poco tiempo y no llegar a navidad, con lo que le faltaría mi ayuda. Fernando nunca lo quiso, y tengo que defenderlo cuando lo acusa de no cumplir las estipulaciones.

-En mi testamento tengo dicho que traten a los indios con dulzura y por todos los medios los hagan felices, pues son hijos de Dios y hermanos nuestros -le he dicho a Beatriz, mientras ella me arreglaba el embozo. Me observó un momento, y sonrió.

-El fraile Bartolomé de las Casas no puede menos de reconocer vuestro celo y cuidado a favor de estas gentes...

-Y yo se lo agradezco -asentí.

-Según he visto, no consentís tampoco que los canarios traídos de las islas se vendan o repartan como esclavos, sino que los consideren como a iguales -me ha dicho ella, y no he podido evitar un suspiro.

-Sí. Pero como los indios son flojos para romper las piedras, he oído que meten esclavos negros en las minas. Los arrebatan de su patria y los maltratan como bestias. Y cargándolos con disimulo en los navíos, alzan anclas, y salen con ellos a alta mar. -Beatriz se ha acomodado junto a mí.

-He oído que algunos españoles los engañan con unos cascabeles y cuentas que les dan -me ha informado. -Violante de Albión estaba de pie, atenta a nuestra charla, y asintió:

-Los amontonan en bodegas infectas, embarcando en una sola nao a quinientos de ellos. Pocos sobreviven, pues muchos mueren asfixiados, y el hedor que despiden basta para matar

a los demás. De noche, los ponen en mazmorras...

-Y en la ribera, al tiempo de embarcarlos, los bautizan a todos con un hisopo, que es otra barbaridad grandísima -ha dicho Beatriz.

XXXI. MI VIDA EN LA CORTE

Por Dios, que me faltarían el tiempo y la memoria si todo lo quisiera contar. Mi abuela materna, Isabel de Braganza, vivió con nosotros hasta su muerte. Era cada vez más menuda y caminaba encorvada, arrastrando los pies, calzados con zapatillas de fieltro. Vestía ropas negras y cada vez veía menos, pues sus ojos se estaban nublando con las cataratas. Andaba a tientas por la casa, y apenas si podía salir.

-Hija, veo menos que un perro por el culo -decía.

Quedó completamente ciega; vivió más de noventa años, más pequeña cada vez, subiendo con trabajo las escaleras, abrumada bajo la curva de su espalda. Sus piernas eran flacas, como palillos, y llevaba calzas de canutillo negras. Al final se había convertido en una anciana angelical de cabello muy blanco, cortado como un paje, que atada siempre a su silla era el paño de lágrimas de todo el mundo. Cuando posaba el pie en el suelo su rostro se crispaba de dolor; pero era un momento, luego volvía la sonrisa.

Su muerte nos fue muy dañosa, pues me privó de sus sabios consejos, y de la gran ayuda y consuelo que le daba a mi madre. La enterramos muy honrosamente en el real convento de san Francisco, fuera de los muros de Arévalo, en un precioso sepulcro de alabastro. Allí sus restos comparten sepultura con los de varios infantes.

Cuando ella murió, Fernando abrió su arqueta y sacó los restos del aderezo de diamantes que llevaba tantos años guardado. Me dio tanta pena que me levanté de la mesa y me subí para llorar a solas.

-Siempre la respeté -le dije a Beatriz. -En Arévalo, nos estuvo cuidando durante tanto tiempo... -Mi amiga asintió:

-De ella recibisteis una educación tan esmerada como sobria y sencilla. -Yo suspiré:

-Después de esta muerte, un día me dieron aviso de que mi madre había entrado en agonía, ¿te acuerdas?

-Me acuerdo muy bien. Eso ocurrió hace unos ocho años, en el mes de agosto, y fuimos a Arévalo para despedirnos de ella.

En efecto, coincidiendo con la partida de mi hija Juana para casarse con Felipe, falleció mi madre, Isabel de Portugal. Aunque estuvo enferma desde la muerte de su esposo, murió ella de edad avanzada. Hice lo que pude por aliviar sus últimos días, y estuvo asistida por un doctor de Toledo a quien pagamos a precio de oro. Su pérdida fue para mí uno de esos dolores que secan las fuentes de la vida.

-La infeliz no quiso que yo le viera el rostro y se lo cubrió con un lienzo -añadí. -Murió sin

consuelo, y sin poder apartar de su mente la imagen de don Álvaro de Luna. Durante muchos años había vivido a solas con esta locura...

-Dicen que el fantasma de la reina vaga aún por el castillo repitiendo a voces el nombre del valido -afirmó Beatriz.

No volví a ser la misma desde entonces: echaba en falta su bello rostro y su hermosa mirada azul. Quiero recordar sus manos; no puedo conseguirlo pero sé que eran alargadas y blancas, y que en el dedo anular lucía una sortija que mi padre le regaló.

-La hice enterrar en el monasterio de Miraflores, cerca de Burgos, al lado de mi padre y de mi hermano Alfonso. -Beatriz asintió.

-Hasta que ella murió, tuvisteis una salud de hierro.

-Creo que, en ese momento, me empecé a derrumbar -dije tristemente, y ella trató de animarme:

-Puede consolaros pensar que en los años de vuestra juventud fuisteis la más hermosa, la de más vivo ingenio y más ardiente corazón.

Se de tuvo un momento, y sonrió:

-Pero después, al acceder al trono, os volvisteis muy ceremoniosa en vuestros vestidos y adornos, y en el servicio de vuestra persona... -Yo suspiré.

-Qué cosas. Sí es verdad que me gustaba estar rodeada de gente importante. Por eso, cuando acudía a la iglesia o a cualquier otro lugar, iba siempre a caballo y me acompañaban varios nobles...

-Es cierto. Solían hacerlo el condestable y el conde de Benavente, padrinos del príncipe, que sujetaban vuestro caballo por la brida, a ambos lados. -Me quedé pensativa:

-Ellos iban a pie, lo que expresaba su acatamiento.

-Ningún rey ha tenido tan grandes oficiales, con tanta lealtad y sumisión -empezó a decir ella, y yo la interrumpí:

-Por eso me acusaban algunos de ser demasiado ostentosa. Pero yo entiendo que ninguna ceremonia es excesiva para un rey, que debe hacerse respetar de todos.

Beatriz guardó silencio unos instantes, y luego habló despacio:

-Aún ahora, cuando ha pasado tanto tiempo, sois admirable -dijo con sencillez. -Lo mismo habláis en latín con los embajadores, que con el rústico en sencilla lengua castellana. Y habéis sabido amar como mujer, sin pensar que erais reina... No es raro que sigáis manteniendo el aprecio de todos.

Yo bromeé:

-Además, me siguen gustando los hombres apuestos...

Me quedé de nuevo pensativa, recordando mi juventud en Arévalo. Ya entonces me acompañaba Beatriz, junto con otras doncellas que vivían en el castillo con nosotras.

-No puedo quejarme, pues he gozado en esta vida de intensas alegrías, aunque a veces estuvieran mezcladas con grandes desdichas -proseguí. -En ocasiones he vivido pobremente, y en otras he conocido el lujo. -Ella contestó con viveza:

-Sé muy bien que el gasto diario de vuestra persona y familia no llegaba normalmente a los cuarenta ducados. Incluso vuestra ropa era por lo general bien sencilla y barata.

-Es porque tanto Fernando como yo nos habíamos criado en la estrechez -repliqué.

Siempre he presumido de que mi esposo nunca llevaba ropa que no estuviera hilada, cortada y bordada por mí. Y, pese a lo que digan, le hago mudar de ropa interior todas las mañanas. Eso da idea del gran sacrificio que hice al no cambiar la mía hasta que tomáramos Granada, cuando cogió mi camisa un color que la gente llamaba *isabelino.*

También mis hijas tienen camisas por docenas. Saben todos en Castilla que siempre he hilado y devanado, y he cosido la ropa de toda la familia. Incluso, cuando visitaba los conventos, iba con labor de hilar o de gancho.

-Aunque en ocasiones me haya vestido de áspero lienzo, sabes que aún conservo en mis baúles ropas de escarlata, cinturones con piedras preciosas del tamaño de habas y ricos collares -le dije. -Entre ellos, he preferido siempre uno de oro con rosas blancas y encarnadas, que mi hijo Juan me regaló.

Suele vestir Fernando jubón de terciopelo negro sin randas ni bordados, con una cruz de oro pendiente del pecho. Aunque no se crea, a este jubón de mi marido le he cambiado las mangas tres veces y él dice a todo el mundo: *Buen chaleco es éste, que le lleva mi mujer echados tres pares de mangas.*

Hay quien afirma que nací tocada por la mano de Dios, pues no me han faltado habilidades, aunque el destino me hiciera hija de una loca y madre de otra; pero, en realidad, no he sido más que una gran trabajadora. Siempre me he mantenido abstemia, o como dice el vulgo aguada, pues nunca he abusado del vino, ni siquiera durante estos días en que sufro el tormento de la sed.

-Sabes muy bien que nunca me he quejado, lo mismo en mis alumbramientos que en las enfermedades que tuve -le dije a Beatriz, y ella asintió:

-En los partos disimulabais el dolor, no como otras mujeres...

-Y, aunque me hayan dolido las infidelidades de mi esposo, también lo he disimulado -suspiré.

***

Sólo el camarero del rey tiene acceso a su cámara; fuera hacen guardia los monteros de Espinosa, que son veinticuatro y sirven de seis en seis meses. Son fijosdalgo y se suceden de padres a hijos; traen sus camas cerca de las nuestras dondequiera que vamos, y las sitúan a la entrada del cuarto donde vamos a dormir. Así por la noche, cuando se cierran las puertas, pueden arrestar al que sorprendan dentro del recinto.

A diario aguardan a mi esposo el zapatero y el barbero que lo calzan y peinan. Es su barbero hombre muy parlanchín, y cuenta sucedidos que a Fernando lo divierten mucho.

De un tiempo a esta parte, los jueves de semana santa, reúne Fernando a doce pobres para lavarles los pies. Les sirve la mesa, les da de comer y les regala a cada uno un ducado de oro.

Más de una vez me ha dicho, entre disgustado y mohíno: *Esposa, me habéis desesperado muchas veces, pero nunca me he aburrido con vos...*

***

Hace algún tiempo, Beatriz me cedió la custodia de una sobrina suya. Se llamaba como ella, y yo la acogí sin reparos.

Había nacido en Medina del Campo y era hija de Juan de Bobadilla, cazador mayor de mi reino. La apodaban la cazadora, por la profesión de su padre; llegó a la corte con diecisiete años y la nombré dama de honor.

Entre todas brillaba por su fantasía y hermosura. Cada vez se mostraba más extravagante, y pronto le achacaron varios amoríos. Sus compañeras me pusieron en guardia: según ellas, de tal forma la buscaba Fernando, que temían un enredo amoroso entre ellos.

-Deberíais enviarla fuera de palacio -me dijo Catalina de Albión. -Sorprende a todo el mundo con sus rarezas, sobre todo por su afición a las vestiduras masculinas. -Isabel Castañeda asintió:

-Es la única que usa toneletes de bronce a lo largo de los muslos...

Los toneletes se pusieron de moda en la escandalosa corte de Borgoña, y tienen la cualidad de pronunciar el perfil de las nalgas. Isabel siguió criticando:

-Lleva en ocasiones una armadura de acero azulado, con casco y visera bajada, y con una abertura de terciopelo rojo en la entrepierna. Como no puede caminar, la transportan en un carrito del que tiran dos enanos húngaros vestidos a la usanza marinera...

Yo estaba sorprendida, y lo comenté con Beatriz:

-Me han dicho que relacionan a tu sobrina con el maestre de Calatrava, y hasta con Cristóbal Colón -afirmé. -Hasta se cuenta que aparece en algunos relatos picantes de Baltasar de Castiglione... -Ella bajó la vista, turbada.

-Ha sido un error por mi parte traerla a la corte -admitió. -Deberíais casarla, y que su marido se ocupe de ella...

Decidí seguir su consejo, a sabiendas de que provocaría los más duros comentarios.

En efecto, por esos días llegó a la corte Hernán de Peraza, gobernador de la Gomera, a quien se acusaba de varios delitos. Ordené que se presentara ante mí, y le perdoné con una condición: que se casara con la joven Beatriz.

-En cuanto se celebre la boda, partiréis ambos hacia las islas -le indiqué.

Poco después supe que habían tenido un hijo, que llamaron Guillén. Más tarde, Hernán Peraza fue ajusticiado por los guanches, que no podían soportar su extraordinaria crueldad.

Sublevada la isla de Gomera, sus habitantes sitiaron a la joven Beatriz en la torre del Conde. Me dijeron que se había casado en segundas nupcias con Alonso Fernández de Lugo, un mercenario y esclavista de triste memoria.

-Es una mujer ambiciosa, ladrona y obscena -dijeron de ella. -Una verdadera señora de horca y cuchillo. -Y alguien agregó:

-Yo añadiría que es envenenadora, y que comercia con seres humanos...

Un día, sin que se supiera la causa, amaneció muerta doña Beatriz. Llegaron a decir que yo misma había mandado eliminarla, por causa de los celos. Lo cierto es que encontró la muerte por medio de su arma preferida: el veneno.

***

Siempre he procurado favorecer la cultura de mi pueblo. Para ello fundé una biblioteca en Toledo, en el convento de san Juan de los Reyes, llevando allí los mejores iluminadores y copistas. Según Fernando, mis cualidades son opuestas a las que suele tener la mujer. Lo dice porque heredé de mi padre el amor a los libros, y porque me temen todos los grandes del reino. Los libros han sido mi mayor afición; mis damas lo saben muy bien, y así lo afirmaba Teresa Enríquez, la prima de mi esposo.

-Vos misma ayudabais a iluminar los códices con bandas de flores o grecas, imitando piedras preciosas -me recordó. -También sabíais encuadernar manuscritos en tafilete y cuero, al estilo moruno, adornándolos con rombos y estrellas de oro... Además, habéis hallado tiempo para estudiar la lengua latina, que por cierto domináis muy bien.

-Gracias a Beatriz Galindo -asentí. -En algo menos de un año, ella consiguió que llegara a hablarla y escribirla. Luego procuré que, tanto mis hijas como todas mis damas hicieran lo mismo. -Ella sonrió:

-Y muchos de vuestros vasallos.

-Para eso trato de fundar bibliotecas y universidades -repliqué.

-Me han dicho que Juana contesta de corrido en latín a los discursos que le dirigen los embajadores de Flandes -añadió ella.

-Es cierto. Tiene uno de los mejores maestros, Andrés de Miranda.

Por otra parte, me rodeé siempre de las principales doncellas del reino, pues las señoras procuraban enviarme a sus hijas para que las desposara en mi casa.

-Muchos os han tenido por casamentera -me dijo un día Juana de Valencia. -Favorecíais sus amores, organizando banquetes y fiestas para divertirlas y que se vieran con sus galanes. -Yo me eché a reír.

-Es cierto. Luego, procuraba casarlas con los pajes que las servían. Así, conseguía que los nobles de mi hermano Enrique olvidaran sus pasados rencores.

Esa fue siempre mi estrategia: en lugar de alejarlos, los atraía a mi corte para tenerlos como amigos. A ellas les regalaba galas y vestidos, de forma que en casa de sus padres no estaban tan bien enseñadas y tratadas como en la mía. Beatriz estaba de acuerdo:

-A los nuevos maridos les ofrecíais empleos, o mejorabais los que tenían -recordó. -Muchos hubieran dado su vida por vos, desde los jóvenes hidalgos sin fortuna a los condes y duques...

De otra cosa puedo jactarme, y es que nunca en mi vida sentí aburrimiento ni cansancio. Vivía contenta y nunca fracasaba, porque no temía fracasar. Así lo comenté con Beatriz:

-De noche, mi marido y yo descansábamos en cualquier lugar, y en el más sencillo lecho hacíamos el amor -sonreí. -Y tengo que decir que en eso siempre fue maestro... -Ella me miró:

-Así y todo, tener un hombre al lado no ha sido vuestra principal aspiración, Isabel.

-Fernando lo sabía, y así me aceptó -dije, pensativa. -Nuestras aficiones siempre han sido muy diferentes...

-Menos mal que a ambos os gustaba la caza -rió ella.

-Eso sí que es verdad. No puedo olvidar una montería que hicimos con el rey moro y su esposa, en tierras de Almería...

Y es que, cuando cazábamos en los montes, en una hora levantábamos más de seis bandadas de perdices. De vuelta almorzábamos en una venta cualquiera, donde Fernando pedía palominos en salsa con almendras tostadas o un manjar blanco de gallina espesado con queso. Le gustaban los ajos, al contrario que a mí, pues siempre los he odiado y he preferido la pimienta.

-Solíamos hablar con los venteros de lo ocurrido en la jornada -seguí recordando. -Desayunábamos huevos o carne fiambre, y pocas veces probábamos el vino. Normalmente pasábamos con una gallina, y no hacíamos ascos a los almuerzos más sencillos y llanos. -Ella rió alegremente:

-Teniendo hambre no son menester muchas salsas, señora.

-Pero cuando comíamos en público tomábamos capones rellenos, perdices, pasteles y otros manjares semejantes.

Aún así, no eran nuestros banquetes mejores que los de los frailes y obispos. Cuando nos convidaban ellos, nos ofrecían mesas bien provistas de pavos, salmones y faisanes.

***

Me gusta recordar con mis damas las fiestas que a lo largo del tiempo hemos disfrutado juntas. Cuando era princesa, con motivo de la visita de unos caballeros franceses yo misma jineteé unas cañas, seguida por seis de mis doncellas muy ricamente ataviadas. Ellas lo recuerdan también:

-Acudisteis a los toros a caballo, luciendo una corona, con bordados de oro en las ropas. Llevabais en la montura una guarnición de plata que, según decían, pesaba más de cien marcos -intervino mi prima Teresa.

-Es cierto. Después de esta visita, me acusó mi confesor de faltar a los mandamientos de la iglesia con estas locuras -sonreí. -Yo le aseguré que no había danzado, aunque sí lo hice, y que ni vosotras ni yo habíamos estrenado vestidos...

-Aunque está claro que los estrenamos -rió. -Pues no digamos las fiestas que hubo en Sevilla por las bodas de nuestra querida Isabel, cuando el rey justó y quebró tantas lanzas...

Comentamos que en cierta ocasión se celebró en Valladolid un lucido festejo de armas, donde montaba yo una jaca blanca, rodeada por todas las damas de mi séquito.

-Siguieron danzas y banquetes, y todo lo organizaba el duque de Alba -dijo Teresa, y Beatriz asintió:

-Aquella vez, la guarnición de vuestra montura era de plata y oro. Al llegar a la plaza mayor ocupasteis la presidencia del estrado, mientras vuestro esposo participaba en el torneo.

Recuerdo que ibais vestida de brocado, y llevabais una corona de piedras preciosas.

-Vosotras llevabais también tocados a modo de corona -asentí. -Yo misma elegí vuestros vestidos. Os compré tabardos de brocado verde y de terciopelo pardillo, que eran los colores de mi divisa personal.

-Es cierto. Ibais los reyes cabalgando bajo un palio de brocado de oro, sujeto por unas ricas varas. Así llegasteis a la iglesia, vos con el collar de rubíes que, según decían, había pertenecido al rey Salomón. -Yo afirmé:

-Tratábamos así de halagar y distraer al pueblo.

-Recuerdo que perdonasteis a los condenados por faltas cometidas durante la guerra. Cambiasteis la pena de destierro por la del ingreso en el ejército...

-Excepto a los que habían cometido delitos de sangre -aclaré.

De ordinario solían llevar los jinetes severos arneses, con fuertes estribos y recias cinchas para cabalgar por las sierras; pero en aquella ocasión lucían sillas con arzones de aljófar y plata.

-He de confesar que mi esposo rompió lanzas con mucha habilidad. Iba ataviado en seda y oro. Por cierto, que extrañó a todos una divisa que llevaba, diciendo: *Como el yunque sufro y callo, por el tiempo en que me hallo...*

-Nadie entendió su significado. ¿Qué querría decir? -preguntó, intrigada, Beatriz.

-Pues mira, no lo sé, ni quise preguntárselo.

Recuerdo que entre los caballeros sobresalió don Beltrán de la Cueva, que estaba tan lucido como si los años no pasaran por él. Había enviudado de doña Mencía de Mendoza, y se había vuelto a casar con una hija del duque de Alba. Se lo dije a mi amiga, y ella enarcó las cejas:

-Todas comprendimos la predilección que sentía por él la esposa de vuestro hermano Enrique, como vos la teníais por Gonzalo de Córdoba...

Me sobresalté. Yo sentía lo mismo por Gonzalo, pero la diferencia es que lo había rechazado como amante.

-No es lo mismo -pronuncié en voz baja, y ella siguió, como si no me hubiera oído:

-La corrida de toros costó la vida a varios lidiadores y caballos, porque eran muy bravos.

-Es cierto -afirmé. -Tanta pena tuve que deseé no presenciarlos más en la vida, y hasta evitar que se corrieran.

Quise acabar con los peligros que entrañaban los toros, los torneos y otros juegos feroces, pero no conseguí mi propósito. Me he visto luego obligada a verlos, ya que el pueblo me reclamaba. Por eso, en Arévalo ordené que les encajaran en los pitones otros cuernos de buey, para que no pudieran herir a los caballos. De ahí en adelante, en mi presencia sólo se han corrido con fundas como éstas. En cambio, mis diversiones preferidas han sido siempre las

danzas en palacio, tanto que Fernando ha llegado a tacharme de imprudente.

-Cuando estáis fuera, procuro no bailar con ningún caballero -le digo, bromeando. -Lo hago con una de mis damas, aunque ni el corazón ni los ojos los tengo de vieja...

En la plaza mayor de Valladolid, además de instalarse el mercado semanal y leerse los pregones regios, se celebran los torneos, las corridas de toros y los autos de fe. Las procesiones de semana santa se veían desde los balcones. Allí los soportales defienden a los peatones de las inclemencias del tiempo, en especial de la lluvia; impiden que las damas se enloden en el fango, ya que la calzada no se encuentra bien empedrada, y tampoco limpia.

Los vecinos más afortunados tienen su huerto, con un buen pozo; los demás deben acarrear el agua de la fuente pública más cercana. Otros pagan al aguador, que gana su jornal llevando el agua a domicilio. Cuando llega la noche, si la luna no lo remedia, a la suciedad hay que añadir las más negras tinieblas. En cambio, en las noches de luna, las plazas y callejas adquieren una gran belleza.

-Siendo yo niña, era preciso hacerse acompañar de criados con hachones, para evitar los malos tropiezos con la gente del hampa -les dije a mis amigas. -Pero, en nuestro caso, íbamos siempre rodeados de pajes...

Beatriz se acercó a moverme las almohadas; traté de incorporarme, no sin dificultad.

-Por cierto, dile a mi nuevo paje que abra las ventanas de vidrios emplomados que hay en mi gabinete, si el tiempo lo permite -le dije a Beatriz. -Además, debe combatir los malos olores con hierbas aromáticas. -Ella asintió:

-Me gusta ese joven, parece muy diligente.

Es verdad, a mí también me agrada. Él me trae las comidas y limpia mis lámparas; tiene siempre las toallas muy limpias, y nunca falta el agua en mi retrete.

-Dile que añada unos frascos con esencia de rosa y romero...

Es un muchacho simpático, en verdad; además, tañe tan bien el laúd que está consiguiendo alegrar mis últimas horas. He ordenado que alojen a su familia cerca de palacio, y le proporcionen una buena posada para sus criados y bestias.

XXXII. LAS OBLIGACIONES DE UNA REINA.

Hoy, la mañana se levantaba clara. Beatriz Galindo estaba reclinada contra el marco de la puerta, y me miraba con fijeza.

-Me parece imposible veros inactiva -afirmó. -Tantas veces os he observado dando audiencia en el alcázar de Madrid, ocupando un alto estrado al que subíais por unos cuantos escalones, y teniendo a cada lado un banco que ocupaban los jueces... -Yo asentí:

-Toda mi vida me ha gustado esa ciudad. Siempre he dicho que el habitante más sencillo de Madrid vive como hombre de bien, de tal forma que puede compararse con los más honrados de otras villas. Los escuderos son semejantes a ilustres señores de los principales lugares de España, y sus caballeros están a la altura de los grandes de Castilla.

He de decir que Madrid es morada de diez mil madrileños, y un lugar frecuente de paso y estancia de mi marido y mío. Durante nuestro reinado ha mejorado mucho, sobre todo en seguridad y limpieza. Sus ferias están entre las mejores de Castilla. Desde tiempos antiguos se celebran dos veces al año, por san Miguel y san Mateo, y llegan ganados desde Medina, Alcalá, y otros muchos lugares.

Dentro del recinto amurallado hay tres carnicerías: la de la plaza de san Salvador, sólo para hidalgos; la de Valnadú y la de los moros, en el Pozacho. El sebo de los animales sirve para que los candeleros ganen buenas monedas, haciendo unas velas tan malas que se consumen en un abrir y cerrar de ojos.

Hemos dictado nosotros la ordenanza de los mesoneros, aumentando el número y la importancia de sus mesones, ya que en algún lugar tienen que alojarse los cientos de personas que allí acuden. El más antiguo es el llamado de la Carriaza, que existe desde el reinado de mi padre.

Llegando al final de la larga calle de Toledo, se deja a la izquierda un tramo de muralla, la que discurre junto a la calle Cuchilleros y se adentra en la plaza el Arrabal. Hasta no hace mucho estuvieron aquí las llamadas lagunas de Luján, pero nosotros comenzamos a organizar la plaza, primero de forma dispersa, y luego mucho más ordenada. Cierra el arrabal por el norte la puerta del Sol, y en sus alrededores mandé yo confinar el comercio de la mancebía. En estos lugares solían hacer sus tiendas los herreros, cuchilleros y caldereros.

Antes era Madrid una ciudad sucia y llena de ruidos, incluso peligrosa. Ahora, sus calles tortuosas y polvorientas se han comenzado a empedrar, y los basureros se han situado fuera de las puertas de la villa. Deben los vecinos limpiar lo empedrado cada siete días, los sábados de cada semana, pues están obligados a tener sus pertenencias limpias. Cualquiera que vacíe

en la calle un bacín para excrementos mayores ha de pagar veinticuatro maravedíes para que se limpie a su costa, al ser cosa de muy mal olor; y el que arroje gallinas muertas, pagará doce maravedíes.

Nos preocupan mucho los cazadores furtivos, así como las mozas casquivanas, los carreteros puercos y los hombres malhablados. Se ha establecido un toque de queda para evitar los hurtos que los vagabundos hacen a oscuras. La campana de san Salvador toca a las nueve de la noche y, al que anda por la vía sin candela más allá de las diez, se le lleva a la cárcel.

Existen muchas fuentes donde toman los madrileños agua para beber, lavar y regar sus huertas. Sabemos que en los atardeceres de verano van allí los mozos y mozas a holgarse y retozar, y se les ha prohibido ir, pues organizan muchos ruidos y escándalos.

He ordenado también que no atraviesen el puente de Toledo ni el de Segovia las carretas, cargadas o vacías, porque hunden los puentes; y se ha limitado el peligroso galope de los carreteros para que no destrocen los sembrados. En cuanto a los aguadores, bien está que repartan agua por las calles, pero que no vayan como locos, porque tropiezan y derriban a muchas personas.

Es obligatorio que se aten y encierren los puercos que andan de noche por la villa, sin que para hacerlo se puedan tomar pastores de menos de quince años. Y si alguien encuentra algún cerdo suelto después del pregón, lo puede matar sin pena ninguna, y aprovecharse luego de él.

Hemos dispuesto que aparten el estiércol para el día del Corpus Christi, cuando sale la procesión de la Almudena. A ella he asistido muchas veces, y la he contemplado desde un balcón en la casa solariega de los Lujanes, una de las familias más viejas de la villa. Allí me he divertido viendo desfilar a la tarasca, al tarascón y los tarasquillos, así como a los gigantones.

Había en la ciudad muchos santeros y saludadores, y he prohibido que ninguna persona cure a nadie sin tener licencia. Antes veías preparando y vendiendo las medicinas a los boticarios; ahora, para poder ejercer este oficio tienen que pasar un examen en el Ayuntamiento.

Se ha vedado la caza furtiva en todas sus tierras: incluso nosotros tenemos fijada una zona alrededor de la villa, donde no podemos cazar perdices ni liebres. Y todos los que anduvieran de caza con buitres o redes, han de pagar seiscientos maravedís de pena.

***

Es curioso, pues en estos juicios que celebramos en Madrid, el primero que perdió una causa fue mi marido. Tuvo que pagarle mil ducados a cierto boticario, que los reclamaba por medicinas y drogas que le debía mi difunto suegro. Cuando lo supo la prima de Fernando, no disimuló su sorpresa:

-Nunca lo hubiera creído. De todas formas, estoy segura de que habrá sido más fácil negociar con vos que con un notario cualquiera, y sobre todo mucho más barato... -sonrió.

Me quedé pensando. Recordé que por entonces tenía yo tiempo para todo, bien fuera

hacer averiguaciones, escuchar quejas o castigar delitos. Lo mismo lo hacía en Madrid que en Sevilla, o si nos hallábamos de paso en Toledo o en Córdoba. Al llegar a una villa, aunque pareciera que me entregaba al descanso, en realidad trataba de informarme de lo que allí ocurría.

-Hay que poner algún remedio, pues se me da que en este lugar no hay justicia, ni sombra de autoridad -le decía a mi esposo, y él estaba de acuerdo:

-Tenemos que ordenar a los jueces que despachen con mayor rapidez los procesos, y que visiten las cárceles todas las semanas. Así sabrán personalmente el trato que reciben los presos, pues la cárcel no se hizo para castigo, sino para custodia. Además, dispondremos el pago de un defensor de pobres, que atienda al que no pueda costearlo.

En Madrid, los lunes y los viernes se reunía el Consejo, y la asistencia a las sesiones estaba abierta a todos los vecinos. La convocatoria se hacía a campana repicada, desde la iglesia de san Salvador.

-El Consejo está muy contento por sus nuevas dependencias -me dijo Fernando. -Han estrenado cárcel, cámara y audiencia, las tres agrupadas en el centro de la ciudad

Mientras escuchaba yo a los fiscales, solía guardar en la manga los escritos que recibía, para leerlos por la noche. Apuntaba en trozos de papel los asuntos pendientes y los guardaba también en la manga. Lo estaba recordando con mis damas, y dijo Beatriz Galindo:

-A veces los perdíais, como en una ocasión en que me trajeron una nota escrita de vuestro puño y letra -sonrió. -Decía algo así: *La pregonería de esta ciudad se la debo dar a tal persona, porque me ha parecido que tiene buena voz...*

Todas se echaron a reír, y yo continué:

-Lo que sí puedo asegurar es tratábamos de la misma forma a un duque que al más humilde labrador -me detuve un momento. -Yo misma condené a muerte a un importante caballero, porque había violado y matado a varias doncellas.

-En esa ocasión, estuvisteis muy brava -dijo Beatriz. -Mandasteis que lo ahorcaran, y descuartizaran su cuerpo. -Yo asentí:

-Tenía mis motivos. Y si algún noble se apropiaba de lo ajeno, lo obligaba a devolver lo robado y mandaba derribar su castillo.

-Por ello, era tal el miedo que todos los grandes os tenían, que acudían voluntariamente a serviros -afirmó Teresa. -Nadie osaba forzar a los otros, ni siquiera decirles palabras ofensivas...

Estuvimos recordando que, en una ocasión, un caballero vecino de Medina se apoderó de ciertos bienes. Los consiguió por medio de una escritura falsa que le hizo un escribano.

-Lo recuerdo muy bien -dijo Teresa Enríquez. -Para evitar que hablara lo mató, enterrándolo secretamente en su casa. -Yo afirmé, pensativa:

-Cuando descubrimos el delito, el caballero confesó. Quiso salvar su vida ofreciéndome cuarenta mil doblas de oro, para la guerra con los moros...

-Era una suma considerable -intervino Beatriz Galindo. -Si no me equivoco, excedía

vuestra renta en los comienzos del reinado. -Yo proseguí despacio:

-Aunque algunos del Consejo me indicaron que debía aceptar, yo rechacé el dinero y mandé que lo degollaran. Pero, aunque podía haber confiscado sus bienes, se los dí al hijo del ajusticiado, pues quería borrar cualquier sospecha de codicia. En realidad, lo único que trataba de hacer era impedirles a los nobles que trataran a mis vasallos como a perros de caza.

-Una vez, hicisteis encarcelar en Arévalo al joven don Fadrique, primo de Fernando y mío, y primogénito del almirante de Castilla -sugirió Teresa. Yo me mordí los labios.

-Le dije que mi esposo no tenía parientes, sino solamente vasallos...

-Y lo desterrasteis a Sicilia, con prohibición de volver a Castilla. ¿Por qué lo hicísteis? -Dudé un momento antes de contestar:

-Había tenido don Fadrique una discusión con un caballero -recordé. -Y cuando éste paseaba en mula por la plaza mayor de Valladolid, salieron tres criados de don Fadrique, enmascarados y a caballo. Allí mismo lo acometieron, dándole una soberana paliza...

-Y aunque estaba lloviendo a mares, tomasteis un caballo y salisteis por la puerta del campo, en dirección a Simancas -me dijo ella, y yo asentí:

-Estaba segura de encontrar allí al almirante y, hablándole desde la puerta del castillo, le ordené que me entregara a su hijo para castigarlo.

Me detuve un momento, y proseguí:

-Me dijo que no sabía dónde estaba. Entonces le exigí que, si no podía localizarlo, me cediera la fortaleza de Simancas y la de Rioseco. Me entregó al momento el castillo; luego, sin aguardar, mandé a mis soldados que ocuparan el de Rioseco. Al otro día, me sentía tan mal que no salí del lecho... -Ella no pudo evitar echarse a reír.

-Lo sé. Cuando os preguntaron el motivo, dijisteis que os dolía el cuerpo de los palos que don Fadrique había mandado propinar al caballero -agregó, divertida.

Yo me quedé pensando:

-Por entonces tuve que ordenar en Valencia que todas las mujeres públicas se reunieran en la Mancebía, ¿os acordáis? -proseguí. -Formaba un barrio dentro de la ciudad, pero ellas procuraban salirse de allí, pues las explotaban los dueños de las casitas que ocupaban.

-Fuisteis implacables con ellos, y los hicisteis castigar sin consideración -afirmó mi prima.

-Hice lo que debía -contesté.

***

Siempre he llevado mis cuentas con todo detalle; incluso ahora lo hago, y a veces pierdo el sueño por lo que se gasta en palacio. Hace días, en un respiro que me dio la enfermedad, he estado revisando mis facturas. Había yo reducido a la tercera parte las casas de acuñación de moneda que permitió mi hermano Enrique, y prohibido a los particulares fabricarla bajo severas penas.

-Dejaremos libre el paso de mercancías entre Castilla y Aragón, con lo que aumentará el comercio y mejorará la economía -le sugerí a Fernando, y él se mostró conforme.

-Falta nos hará. En los últimos tiempos, sería muy difícil saber lo que habéis gastado en

donativos y en comprar ornamentos para las iglesias... -Yo me encogí de hombros.

-A cambio, bien que me he ocupado de rescatar los bienes que derrocharon tanto mi padre como Enrique. Logré que Beltrán de la Cueva me devolviera un millón y medio de maravedís que había acumulado, y entre esto y aquello recogí más de treinta millones, que vinieron a aliviar nuestras arcas.

-Está bien, está bien...

-En cuanto a mis donativos, muchos los asigné a las viudas y huérfanos de los que morían en la guerra. Si hacía limosnas era a personas necesitadas, y entregaba dinero a mis doncellas con motivo de su casamiento. -Fernando me observó, divertido:

-No olvidéis los dineros que disteis para doseles y capillas, armarios policromados, sillerías de ricos respaldos y tantos relicarios de oro para monjas y frailes... Estoy enterado de que no hay convento ni catedral que no tenga joyas vuestras, y sus imágenes faldellines y telas preciosas.

Tuve que reconocer que era cierto. Hace tiempo que una de mis damas más antiguas, Elvira de Castro, había entrado en un convento, y para dar el velo de monja a una pariente suya ordené le asignaran la cantidad de cinco mil florines.

En muchas ocasiones he visitado los monasterios; allí me quedaba con las monjas y hacía con ellas mis ejercicios de devoción. Dotaba a las iglesias que se abrían con ricos cálices y ornamentos, y mi artillería llevaba las campanas para las que fundábamos en tierra de moros.

-De esas dejamos en Granada más de cuarenta, y decían los moros que llevábamos los cencerros antes de tener las vacas -bromeó Fernando. -Erais como el hidalgo de Fuenlabrada, que vendía el asno para comprar cebada...

Con todo, hay quien me ha acusado de tacaña, y de no pagar los servicios que me hacían. Uno fue don Alfonso Carrillo de Acuña, el arzobispo de Toledo, que me tachó de ingrata y desagradecida. Había gastado mucho dinero con nosotros cuando nos casamos, y le prometí grandes beneficios cuando heredara el reino. Luego no le concedí ninguno, y por eso se enemistó conmigo.

***

-Sé que en un tiempo gasté mucho dinero, pero me he curado ahora de aquella afición, y no compro nada -le dije a Beatriz.

-Tampoco es para tanto, señora... -Yo me incorporé.

-Hay que mandar a las criadas que cepillen mis vestidos y los guarden con espliego en las arcas, con las mejores telas que tengo -sugerí. -Por si acaso, que reserven algunas tocas y cofias transparentes, propias de las mujeres de mi edad, y una camisa bordada al gusto morisco.

Como yo no podía, le he pedido a mi antigua maestra que zurciera mi camisón de holanda, que tiene las mangas muy anchas y lleva seis bandas de oro. Ella ha alzado la mirada, sonriente:

-Cómo no, ahora mismo lo haré. Sé coser, además de latín...

XXXIII. BODAS DE ISABEL

Juana de Valencia había estado ordenando la alcoba; ahora se había sentado a mi lado, y estábamos hablando de las ropas que estuvieron de moda cuando mis hijas eran jóvenes, cuando concertamos la boda de la infanta Isabel con Alfonso de Portugal. Ella guardó silencio, esperando a que yo prosiguiera.

-Los verdugos dejaron de usarse cuando acabó la guerra de Granada -recordé. -Se hacían con varas de mimbre, y los llamábamos así porque suelen usar los verdugos estas varillas para azotar a los malhechores. -Ella respondió, con una sonrisa:

-Lo recuerdo muy bien. En un principio fueron aros muy rígidos que se cosían a la falda del brial; luego era moda llevarlos en las sayas interiores, con un traje abierto encima -explicó. -Solíais comprar sedas a los musulmanes granadinos, trenzadas en diversos colores. Y, sobre todo, gastasteis mucho para casar a vuestra hija Isabel. -Yo me quedé pensativa.

-Fueron dos las bodas de Isabel -afirmé. Ella fijó sus oscuros ojos en los míos.

-Lo sé, señora. -Cuando tenía veinte años concertasteis su casamiento con el príncipe don Alfonso, heredero de Portugal... -Incliné la cabeza, asintiendo:

-Aquella unión fue satisfactoria para todos. Y, por ser mi hija la mayor, echamos la casa por la ventana... -Juana se incorporó.

-Lo recuerdo también -repuso. -La ceremonia os salió carísima, porque pusisteis mucho interés en deslumbrar a los nuevos parientes... -Yo sonreí:

-Tuvimos que acudir una vez más a los prestamistas judíos, a fin de regalarle una vajilla de oro y plata que costó más de tres millones de maravedíes.

-Pero el resto del ajuar os salió barato, pues vos misma lo habíais bordado... -terminó afablemente. Me enderecé y me limpié las manos sudorosas en un pañuelo. Luego proseguí, recordando:

-Tuvieron lugar los desposorios en Sevilla en el mes de abril, haciéndose grandes fiestas y torneos que duraron más de quince días. -Ella alzó la mirada.

-En Sevilla ocupábamos el alcázar que, según dijisteis, construyeron los árabes hace más de tres siglos... -Asentí:

-Pero tiene restauraciones hechas desde el tiempo del rey don Pedro, mi antepasado, que residió durante mucho tiempo en ese palacio. -Juana suspiró.

-Nos gusta mucho a todas. Es tan grande como la Alhambra de Granada, y además está construido en el mismo estilo, con sus patios, estancias y conducciones de agua, y decorado con marfil, oro y mármoles...

-Pero éste tiene diez huertos con limoneros y naranjos, mirtos y agua corriente -la interrumpí. -Y yo lo amo sobre todo porque en uno de sus aposentos dí a luz al príncipe Juan.

Isabel de Valencia, su hermana, entró en la habitación. Nos observó un momento, con expresión meditativa. Juana continuó:

-Antes de que llegáramos, ya los sevillanos remendaban con piedras las calzadas y arreglaban los alrededores. -Yo asentí:

-Con motivo de aquella boda, mi esposo y yo mandamos edificar nuevas estancias y restaurar las antiguas, que estaban derruidas -dije. -Muy especialmente preparamos tres, destinadas a Fernando, a mí y a nuestro hijo. -Ella afirmó con un gesto.

-A orillas del Guadalquivir mandasteis construir tablados y galerías, con abundancia de ricos tapices... -Yo añadí, rememorando:

-Llevaban todos los caballeros vestiduras y arreos de brocado, ellos y sus pajes, y los cien mancebos castellanos que estaban de continuo en mi casa fueron vestidos de oro y plata...

-Recuerdo que hubo danzas, música y teatro -dijo ella.

-Así es -repuse. -Se celebraron justas y el propio Fernando rompió varias lanzas en el torneo con los condes, duques y otros caballeros...

Isabel, que seguía observando, dijo con añoranza:

-Salisteis a las justas ataviada con paño de oro, llevando a vuestro lado al príncipe Juan, que aún vivía...

Contemplé los rostros afables de ambas hermanas, que parecían conmovidas. Me dirigí a Isabel:

-Iban con mi hija hasta sesenta damas... -Ella se acordaba muy bien:

-Sí, señora, todas con ricas cadenas, collares y joyas de oro, y en sus ropas muchas piedras preciosas y perlas de mucho valor.

En total, el derroche fue considerable: Medio millón de maravedíes para cabalgaduras de las damas, más de cien mil para la hacanea de la infanta, trescientos mil y pico para los arreos del príncipe Juan...

-Gastamos muchísimo dinero -confesé, un poco avergonzada, y ella asintió:

-Si mal no recuerdo, sólo para decorados y vestuario de los comediantes fueron cerca de cuatrocientos mil maravedíes, y doscientos mil para la fiesta de correr la sortija...

Se acercó, ordenando mis ropas con cuidado de no incomodarme, y continuó:

-Trajeron los barcos desde Portugal madera de sándalo, canela y pimienta, así como rubíes, diamantes y aljófar para los briales de las damas, las gorras de los hombres y los arreos y monturas...

-Dicen que hija casada es casa empeñada -suspiré.

Recuerdo que mandé entregarle a Isabel mil marcos de plata y quinientos de oro, cuatro collares de oro con muchas perlas y piedras preciosas y otras joyas de mucho valor. Además le dí trajes, estimándose todo en cien mil florines de oro.

-Y ropa blanca por valor de veinte mil florines -dije para mí.

Permanecimos en silencio. Cerré los ojos y hablé despacio, como si lo hiciera desde un lugar lejano: -Antes de que se fuera subimos a una capilla en lo alto de la catedral, donde oímos misa y visitamos los sepulcros de mis antepasados, los reyes de Castilla -murmuré.

Desde antiguo había en la mezquita de los moros una imagen de la Virgen María que habían arrebatado a los cristianos, hecha de oro y plata. Nadie se atrevía a destrozarla por miedo a quedar ciego, sordo o tullido.

Al parecer el rey Fernando el Santo, que conquistó Sevilla, era muy devoto de la Virgen; se había hecho construir una imagen de madera, con movimiento en todos sus miembros, y un Niño sentado en la cuna, que también se movía. Desde entonces, siempre que entraba en batalla llevaba consigo la imagen y le adornó la cabeza con una corona de oro, esmeraldas y otras piedras preciosas.

-Yo he tenido la imagen más de una vez en mis manos, y en aquella ocasión la tuvo mi hija -añadí. -Enseguida se preparó el cortejo que tenía que acompañar a Isabel a la corte de Lisboa, para contraer allí matrimonio. Nadie imaginaba por entonces lo breve que iba a resultar.

Juana había inclinado la cabeza, y sólo dijo:

-Nunca lo olvidaré. Fue un día de noviembre, y después de puesto el sol salió ella hacia Portugal con una gran escolta de caballeros, por una llanura con olivos y granjas...

Mi esposo había estado haciendo una tala de árboles en la vega de Granada y venía hacia Sevilla a pasar el invierno; de camino se encontró a Isabel, que iba a Portugal a su boda con el príncipe. La acompañó un buen trecho. Llegaron muy avanzada la noche a la villa de Sanlúcar, después de haber andado a caballo durante todo el día, pasando por el castillo de Niebla, que pertenece al duque de Medina Sidonia. Al día siguiente, pasaron las fronteras del reino de Castilla y entraron en el de Portugal.

Para la boda hubo en todo aquel país flamear de antorchas y torneos, representaciones y banquetes, luciéndose también muchas joyas y arreos. Se hizo el casamiento con gran solemnidad; todos se prometían tiempos muy felices, pues era mi hija muy hermosa y discreta.

Me dí cuenta de que Beatriz había entrado, cuando se unió a la conversación:

-El novio tenía un gran cuerpo y unos hermosos ojos de un verde muy claro -intervino. -Ambos se amaban mucho. -Yo asentí:

-Se levantaron cien tribunas, y los duques y condes que fueron de Castilla con sus esposas y sus damas, mostraron grandes riquezas. -Ella me interrumpió:

-Y muchas ganas de gastarlas...

Habíamos llegado a Évora, donde entonces residía el rey, y que dista de Sevilla cuarenta y dos leguas. Allí, vimos en una iglesia la piel de una serpiente traída de Guinea, de treinta palmos de larga y el grueso de un hombre. Salimos de Évora por una fértil campiña, y llegamos a Lisboa. Creo recordar que estaba sobre un monte altísimo, en cuya cumbre había dos alcázares reales, y debajo de ellos todas las casas y monasterios.

-Viven allí numerosos hebreos, muchos inmensamente ricos, casi todos mercaderes que

se aprovechan del trabajo de sus esclavos -les dije a mis amigas, y vi en el rostro de Isabel una sombra de tristeza.

-No sólo los judíos los tienen -replicó. -Es penoso que en una sociedad cristiana se admita la existencia de la esclavitud, lo mismo para las tareas del campo que para las minas. El esclavo carece de libertad y apenas tiene derechos -Yo seguí recordando:

-Tienen los judíos tres barrios propios bajo el castillo, que se cierran todas las noches -añadí. -Un sábado entramos en su sinagoga, y nunca vi cosa igual; ardían allí diez grandes candelabros, y en cada uno más de cincuenta lámparas. -Juana no ocultó su disgusto:

-Según he oído, los judíos de Lisboa se muestran muy insolentes con los cristianos, que no los quieren allí. Por eso, el rey les ha concedido un tiempo para que vayan saliendo del reino.

-Para ello contratan la nave Regina, un hermoso navío que los lleva a Nápoles -intervino Isabel. -Salen continuamente, y buscan en el extranjero un lugar donde vivir. -Yo seguí recordando:

-Los moros tienen también en la parte baja del castillo, junto a las murallas, su mezquita y viviendas. En el monte opuesto hay varios monasterios, y subimos a una de sus torres para ver la situación de la ciudad. -Beatriz asintió.

-Es cierto, yo estaba con vos. Vimos por allí un gran árbol que llaman Dragón, que destila un jugo bermejo que parece sangre. Es tan grueso, que entre dos hombres apenas si pueden abarcar su tronco -añadió, moviendo la cabeza. -Al parecer, en la Guinea y otras islas hacen los etíopes embarcaciones con el tronco ahuecado, donde caben más de cincuenta personas.

-Beatriz, no exageres... -Ella prosiguió, como si no me hubiera oído:

-Aquel domingo salimos a una milla de Lisboa, a santa María de la Luz, muy famosa por sus milagros. Nos mostraron allí un pico de pelícano, que tiene una gran bolsa delante del estómago...

Todas aquellas novedades nos habían maravillado. Vimos pequeñas lanzas muy agudas, que los etíopes llaman azagayas; nos mostraron también arcos, ballestas y dardos, con agudísimas puntas de hierro, todo hecho de cañas.

Juana de Valencia se había acercado al fuego, y se volvió desde allí:

-Es verdad. El mismo día nos mostraron dos bellos y bravos leones. Nos invitaron a entrar en una hermosa nave, provista de bombardas, morteros y todo lo preciso para la guerra en el mar.

Yo lo recordaba muy bien; iba con nosotros un monje de la orden de Predicadores que, a causa de una gran tempestad, tuvo que estar en una barca diez días con sus noches sin beber ni comer nada. Fue hallado por un pescador que lo alimentó poco a poco con pan y cerveza, y así recuperó la salud. Me pareció maravilla que un hombre pudiera estar diez días sin comer ni beber.

Venden en el puerto de Lisboa diversas clases de pescado, incluso atunes y delfines. Vimos allí objetos traídos de Túnez como alfombras, calderas de cobre y rosarios de vidrio. Nos

mostraron la Mina, que es un gran edificio en la costa, donde se guardan los artículos que mandan ellos a Etiopía. A cambio, importan de allí grana del paraíso, colmillos de elefantes y racimos de pimienta, que nos regalaron en gran cantidad.

-De Etiopía reciben oro en abundancia, por lo que el rey tiene unas ganancias increíbles con el comercio marítimo -les dije a mis damas. -Pero no es hombre pródigo, y todo lo gasta en bien de su país. Mantiene muchos hornos donde fabrican áncoras, corazas y morteros. -Isabel de Valencia asintió:

-Es verdad, pero todos los que vimos trabajando en los hornos estaban más negros que demonios...

***

Durante la comida se había divertido mi yerno con las burlas de los bufones castellanos; alabó el ritmo de los panderos, y el sonido de los laúdes que tañían nuestros músicos.

-En el tiempo que estuvo casado atendió muy bien a su esposa; daba saraos para las damas y galanes, donde todos cantaban y danzaban con ellos -recordé. -Cabalgaba junto a mi hija, precedidos ambos de cinco elefantes y un rinoceronte, que les había regalado el rey de Ormuz. -Beatriz asintió:

-Era galante con ella, y muy limpio en su persona, pues cada día llevaba ropa nueva -suspiró. -Pero a veces el amor no da gustos, sino sinsabores...

-Es cierto. A los pocos meses, en julio, un accidente desgraciado cambió nuestras galas en lutos y las alegrías en penas.

-Creo recordar que aquella noche se había quemado la feria de Medina del Campo -intervino Juana de Valencia.

Esa misma y aciaga noche, corriendo mi yerno a caballo por la ribera del Tajo, fue a tropezar con un muchacho. El caballo, por no atropellarlo, giró de tal forma que dio en tierra con el jinete, quedando mi yerno tan magullado en la caída que ya no recobró el sentido.

-Murió a los pocos días, dejando a su esposa viuda y castigada por una grave enfermedad -añadí tristemente.

Habiéndolo visto ante el altar iluminado, entre los cantos y el incienso, no podía yo imaginar que, poco tiempo después, me darían la trágica noticia. Quién me iba a decir que sería la última vez que lo veía, que iba a morir de aquella manera terrible. Desde entonces el rey de Portugal, hombre ingenioso y afable, que había gobernado siempre con paz y armonía, no volvió a encontrarse bien de salud.

-Tenía muy mal color desde la muerte de su hijo, y su mal terminó en hidropesía -les dije a mis amigas.

Después de celebrarse los funerales, mi desgraciada hija que había sido soltera, casada y viuda en tan breve espacio de tiempo, volvió a reunirse con nosotros en la corte de Castilla. Iba en una litera cerrada, con los regalos que le hiciera su esposo.

Supe que había hecho voto de castidad, de no dormir en sábanas de lino, sino toscas, y que pensaba donar a la virgen de Montserrat todas las riquezas que tenía. Siete años después

pude yo vencer sus escrúpulos y la casé con el rey don Manuel de Portugal, primo de su anterior marido.

XXXIV. VIAJE A ARAGÓN

Poco después de la conquista de Granada, Fernando me indicó que tenía algo importante que decirme. Yo no oculté mi curiosidad:

-¿Qué es ello, marido?

-Antes de Reyes quiero salir para mis tierras de Aragón. Tendré que ausentarme durante varios meses -Traté de disimular mi extrañeza:

-¿Por qué debéis ausentaros? -Me dedicó una penetrante mirada:

-Quiero pasar el invierno y la primavera en mis tierras. El viaje no será fácil, pues es mala época para atravesar el Ebro.

¿Vais a dejarnos solos a los Infantes y a mí?

-Si lo preferís, venid conmigo -dijo. -No será por mucho tiempo, regresaremos antes del verano.

-¿Antes del verano? -exclamé, sorprendida. -No puedo faltar tanto, sería arriesgado...

Sospeché que quería alejarme de mi reino y traté de hacerlo desistir, sin conseguirlo.

-Me iré en cuanto pueda, y quisiera llevarme a Juan. Es necesario que se familiarice con las costumbres de Aragón. Quiero que vea Valencia y Zaragoza, y llevarlo también a Barcelona.

Yo no quería que mi hijo olvidara Castilla, a la que pertenecía.

-No me importaría que viajara solo con vos, pero Barcelona está tan lejos... Y, si os acompaño, ¿quién gobernará aquí? -Él se encogió de hombros.

-Dejad al Consejo con plenos poderes.

-¿Con plenos poderes? Eso no puede ser.

Fernando salió, meditabundo, y yo tras él. Fuera besó a las niñas y se quedó mirando a Juan.

-Tendríamos que armarle caballero -me dijo. -Moví yo la cabeza, pensativa.

-No puedo dejarlo partir. Iremos todos juntos -cedí.

Finalmente, preparamos el viaje. Decidimos ir a Barcelona pasando por Zaragoza, la ilustre capital del reino de Aragón.

-Me gustaría tenerlo todo listo para salir la semana que viene -me dijo Fernando.

-Habrá que darse mucha prisa -afirmé.

Vendrían todos nuestros hijos menos Isabel, la mayor. Estaba amaneciendo cuando nos dispusimos a emprender el viaje. Me estuve despidiendo de algunas señoras de edad; los niños ya habían montado y Fernando se alejaba, llevando a la pequeña Catalina a la grupa. Antes de abandonar el patio, se volvió.

-¿Dónde está el príncipe? Quiero que cabalgue a mi lado.

***

Partimos del reino de Granada hacia Alicante. Después de andar a caballo por campiñas muy fértiles, pero sin ríos ni aldeanos, llegamos a una pequeña ciudad que tenía en lo alto un hermoso alcázar. Todos nos recibieron allí con alegría.

-¡Son los reyes, Isabel y Fernando, y vienen con sus hijos! -gritaban.

-Oh, mirad allá arriba -les señalé a los niños. -Es una hermosa fortaleza...

Estaban los moros en un lugar aparte rodeado de un muro. Nos acogió muy bien el señor del castillo; hallamos en él artesonados decorados con oro purísimo y estancias enlosadas de distintos colores. Nos alojaron a todos, entreteniéndonos con coros, músicos y bailes al estilo morisco. Llegó la noche, y enmedio del silencio oímos un galope lejano.

-Son mis huestes, que vuelven -nos dijo el caballero.

Seguimos luego hacia Alicante por una planicie estéril, que había sido antes muy peligrosa a causa de los salteadores sarracenos. En las aldeas andaban afanados en cultivar la tierra, y Fernando les explicó a los niños:

-Hay por aquí muchos campos de grana, con que se tiñen los paños más valiosos. Esta planta se distingue muy bien: es un arbusto pequeño, de hojas rizadas y muy espinosas -les dijo. -También se cría y trabaja la seda con gran abundancia y calidad, pues tienen ellos dos arbustos de los que se alimentan los gusanos de seda. Uno de ellos es la morera, que utilizan también en Italia, y que produce moras; el otro es parecido, pero no tiene fruto. -Mi hijo Juan asintió.

-Eso ya lo sabía, señor -dijo con orgullo.

Pudimos ver las cañas de azúcar tal como se cultivan y probamos su jugo; vimos gran cantidad de moldes, en los que echaban el azúcar para formar bloques con ella. La clarificaban, cociéndola, y al final escogían la más delicada para elaborar el azúcar cande.

Después de reposar, admiramos las naves cargadas de uvas pasas y ricas aceitunas, muy bien preparadas por los moros. Nos mostraron los exquisitos vinos que allí se dan, y que exportan ellos a todas las ciudades de Europa. Los pequeños disfrutaron mucho viendo unos pavos reales que andaban muy solemnes, arrastrando sus colas tornasoladas. De cuando en cuando se detenían sobre el pretil y, como si se desperezaran, extendían aquella orgía de color que eran sus colas. Luego huían, cuando nosotros batíamos palmas.

-Tendremos que adquirir azafrán, que se cría aquí en buena cantidad -me dijo Fernando. -He sabido que de un monte a orillas del mar obtienen sal mineral, que envían a los puertos de Italia. Al parecer, es inmejorable... -Yo afirmé.

-No nos vendría mal comprar también anís, cidra y comino para nuestra despensa.

Nos dijeron que en la villa de Alicante se producía una miel dulcísima, extraída por las abejas de la flor del romero.

-Quisiera probarla -le dije a Fernando.

-Claro, compraremos algunas vasijas. Además, he pensado conseguir arreos de esparto,

para la guarnición de nuestras mulas.

-¿Qué es eso, señor? -preguntó Catalina, curiosa.

-Es una fibra vegetal con la que hacen gruesas cuerdas, como las que hemos visto en el puerto de mar.

Mis damas y yo estuvimos eligiendo entre una infinidad de escudillas, platos y jarros, decorados con mucho arte. Estaban hechos con una clase de arcilla que no se encuentra en parte alguna, con el que fabrican unas ollas tan grandes que parecen tinajas de vino.

Finalmente, seguimos el viaje. Subimos colinas y atravesamos valles, entre numerosas plantaciones de olivos y algarrobos. En un pueblo fuimos a visitar a unos parientes de Fernando, que nos dieron a probar de un queso grande y sabroso.

-Todos viven aquí de la labranza, y los más ricos tienen varios pares de mulas -me dijo él. -Son ahorrativos, tanto que las mujeres zurcen hasta los trapos de limpiar.

Tuvimos luego que pasar varias noches en fríos albergues, así que nos pareció mentira cuando dimos con una abadía. El abad vino a presentarnos sus respetos:

-Tuve el honor de conocer a vuestro señor padre, el rey de Aragón -le dijo a Fernando.

Tenía unos ojos luminosos y vivos. Aunque no era joven, apenas tenía arrugas.

-Suplico a la reina que disculpe nuestras carencias -dijo, inclinándose. -Por supuesto, estaréis muy cansada.

-Os damos gracias -le contesté. -Sí que estoy cansada, y mis damas están rendidas.

En las celdas no hacía calor, pero la comida era abundante; además, pronto llegaríamos a Valencia.

***

Por fin, tras varias jornadas de camino llegamos a esta noble ciudad. Antes de entrar, Fernando me explicó:

-Es la más próspera del reino de Aragón, y mucho mayor que Barcelona, pues ha heredado el rico comercio que allí dificultan las luchas internas. Exporta numerosos productos de su huerta, y la cerámica que llaman de Manises. -Yo asentí.

-La conozco, y está trabajada de tal forma que parece hecha de oro y plata.

Cuando llegamos a las murallas nos salió a recibir un duque con más de quinientos caballeros. Entre ellos había condes, barones y otras personas distinguidas.

-Como habréis visto, es nuestra tierra muy fecunda en naranjos y limoneros, así como en olivos y granados -nos estuvo diciendo. -En cuanto a nuestra lonja, he de informaros de que está terminada casi hasta la techumbre. Según nuestros cálculos, se acabará muy pronto.

Era la lonja un edificio con cúpula, levantado a orillas del mar. Allí estaba la casa de contratación, donde se reunían los mercaderes dos veces por semana.

Más tarde, el duque nos mostró la ciudad. Nos llevaron bajo palio y, para entregarnos las llaves, bajó del cielo una tramoya con tres niños vestidos de ángeles, colgados de unas cuerdas. Además, hicieron desfilar ante nosotros un hermoso leopardo. Nos regalaron los valencianos gran cantidad de cohetes, y dulces en platos dorados.

Hubo tantas luminarias como nunca habíamos visto, y una fiesta de toros en que participó Fernando. Todo se lo agradecimos al duque:

-No podremos olvidar las fiestas que nos habéis ofrecido, con tanta abundancia de dulces, y donde habéis quemado tal cantidad de pólvora -le dije.

Duraron los festejos tres días, en los que nadie podía andar de luto por las calles, ni se permitía que abrieran las tiendas.

El pueblo es aquí muy cortés -comenté con mi esposo. -Me han ofrecido una hermosa vajilla de plata, y me han prometido que cuando esté acabada la llevará a Madrid un caballero valenciano. Allí, me explicará cómo tenemos que armarla y desarmarla.

***

Fernando me explicó que en la mancebía de Valencia se entrega diariamente a cada trabajadora una libra de pan y otra de carne, aparte de la fruta, verdura y vino que necesite.

-En cambio, ellas tienen que abonar el alquiler de cama y cuarto al dueño del lupanar, que suele ser un noble, un convento o el cabildo episcopal -añadió. -Si alguna quiere ingresar en el gremio es preciso que no sea virgen y tenga más de doce años; además, tiene que ser huérfana, o hija de padres desconocidos.

-Vaya -sonreí yo. -¿Y, pueden trabajar por su cuenta? -Fernando se encogió de hombros.

-A las que ejercen por libre, puede no salirles bien el negocio.

Según un famoso viajero francés, es Madrid la ciudad en el mundo que más putas tiene por habitante; pero yo puedo asegurar que Valencia no le viene a la zaga. Andan allí vestidas sus mujeres con más exageración de lo debido, tan escotadas que se les pueden ver los pechos, y aún los pezones. Todas se dan afeites en la cara y se atiborran de perfumes.

Seguimos hacia la catedral, donde estaban tallando por encargo mío un altar muy rico, con los siete gozos de la Virgen. Sin reparar en gastos se doraban allí cabelleras, barbas y todo lo que era conveniente dorar. Yo les dije a mis damas:

-Entre los valencianos y yo hemos donado más de cien lámparas de plata, pues es costumbre por aquí regalarlas para cumplir los votos...

Visitamos un monasterio de frailes que habíamos fundado hacía poco, y recorrimos sus dos claustros llenos de limoneros. Paseamos por el suelo enarenado, y les dieron a los niños agua de un pozo que estaba en el centro, y se alimentaba de la lluvia. Admiramos el bello refectorio, la hermosa enfermería y el excelente estudio. Mis damas estaban embobadas:

-Nos han regalado rosarios hechos con sicomoro. Nos han dicho que es un árbol pequeño, que da unos frutos en racimos como pequeñas uvas...

Supe que habían recogido en un edificio a personas de ambos sexos, procedentes de las islas Canarias. Al parecer, un mercader de Valencia había traído más de ochenta en un barco, de las que murieron catorce que no pudieron soportar el mareo y el clima.

-Son aquellas islas muy ricas en azúcar, pues crecen sus cañas allí tan gruesas como brazos -nos dijo el prior.

En ocasiones he tenido que contradecir las decisiones de mi esposo, y una de ellas fue

durante este viaje. Al parecer algunos hombres procedentes de las islas se habían rebelado y, como no pudieron someterlos, a Fernando no se le ocurrió otra cosa que ponerlos a la venta. Yo me indigné al saberlo.

-He sabido que están prendidos con cadenas y grillos de hierro, y forzados a duros trabajos, así que he ordenado que los liberen -le dije. -He mandado además que los instruyan en la religión, y les den algún oficio decoroso. -Él trató de justificarse:

-Son bestiales en sus costumbres, por ser idólatras y no tener ley...

-No obstante, quiero que los suelten a todos. Y que los bauticen cuanto antes.

Antes de dejar la ciudad los llevaron ante mí, proporcionándoles vestidos para que no fueran desnudos. Eran hombres morenos muy parecidos a los turcos; vi que las mujeres estaban bien formadas, con miembros fuertes y alargados.

-Os ruego que enviéis un obispo a las islas, y mandéis construir iglesias allí -le dije a mi marido. Él se opuso en un principio, pero luego cedió.

-Está bien, se hará como decís.

Con el tiempo, ha tenido que reconocer que ellos se van dulcificando, gracias a la enseñanza que les dan.

XXXV. EN EL REINO DE ARAGÓN

Durante nuestro viaje, en ocasiones los vientos otoñales bramaban en torno a nosotros. De esa forma atravesamos valles y quebradas, hasta que por fin logramos llegar a un monasterio. En sus alrededores vimos un hermoso huerto, y a unos frailes que regaban sacando el agua con ayuda de un asno. Uno de nuestros guías comentó:

-Hemos tenido suerte hallando este lugar. Según dicen, la comunidad es ejemplar, llevando en todo una vida de sacrificio. Y el padre prior es tan virtuoso que no come más que una vez a la semana...

Nos detuvimos poco tiempo allí, pues al parecer el abad había enfermado de fiebres tercianas, y temíamos el contagio. Anduvimos después muchas leguas por caminos muy ásperos, hasta alcanzar las orillas del Ebro, que corre desde los montes hasta Zaragoza. En sus dos riberas hay muchas aldeas de sarracenos, de la religión de Mahoma, a los que se tolera porque no beben vino y son muy diligentes en la agricultura.

Allí todas las mujeres eran semejantes y parecían todas viejas: iban envueltas en unas telas negras, llevaban mantos a la cabeza, y con ellos se tapaban la cara. Dejaban asomar sólo los ojos, y sobre el manto llevaban un rodete de trapos, y encima portaban el cántaro erguido, bamboleándose a cada paso y siempre sin caer, como si formara una misma cosa con el cuerpo.

-Me recuerdan a las de Alhama, en Granada -le dije a mi esposo.

Vimos numerosos huertos con colmenas, y eran hermosísimos. Fernando me explicó:

-Teníais que verlos cuando están en flor los albaricoques, y sus incontables almendros... Se sacan anualmente de esta zona casi cien cargas de azafrán, que vale más de cien mil ducados. La lana de nuestras ovejas es insuperable, y tenemos mucho ganado, además de aceite, y mucha cera y miel -añadió con orgullo.

Los aragoneses se quedaban boquiabiertos al vernos; no era extraño, porque todos nosotros vestíamos de terciopelo color púrpura, y los caballos estaban muy bien enjaezados. Pero lo que los dejaba sin respiración eran nuestras joyas.

Pude comprobar que es Zaragoza una de las mejores ciudades de España, muy poblada y grande; tiene hermosos edificios y calles muy anchas, y está rodeada de hermosos vergeles y jardines. Se encuentra situada a la orilla del río, en una espléndida llanura, donde abundan las familias moriscas.

Nos alojamos en el gran palacio de la Aljafería, y allí el gobernador nos estuvo mostrando sus antiguas riquezas. Fernando me explicó:

-Fue esta ciudad cabeza de un importante reino moro. Mañana podréis ver que tiene Zaragoza un soberbio puente, con siete arcos muy elevados, bajo los cuales hay unos magníficos molinos.

El gobernador añadió, solícito:

-La iglesia mayor fue en otro tiempo mezquita de los sarracenos; y aún hoy, en el claustro, existe una antiquísima y sólida mezquita. Es muy venerada por los musulmanes, aunque ahora esté convertida en capilla -nos dijo. -Tenemos además una famosa iglesia, llamada de santa María.

-Hay allí una cripta donde la Virgen hizo grandes milagros, según creo -me dijo Fernando.

-Es cierto, señores. Actualmente, lucen allí muchas lámparas de plata, como podréis comprobar.

En la morería vimos un magnífico molino de aceite; tenía una gran muela, de la que tiraba un caballo dando vueltas y triturando las aceitunas. El gobernador se ofreció a mostrarnos las instalaciones donde lo elaboraban.

-Después de recoger una docena de capachos de esparto llenos de aceitunas trituradas, los exprimen muy bien. Luego, puestos debajo de la prensa, van añadiendo agua caliente para lavar el aceite, que escurre en un gran depósito. Es un trabajo muy sucio, pero agradable de ver -añadió, complacido.

Visitamos con él las murallas de la ciudad antigua. Eran de tanto espesor, tan bien trabadas con piedra y arcilla, que causaban admiración.

-Tanto las fortificaron los moros, que creían podrían resistir al mundo entero, aunque se equivocaron -rió.

Junto a las murallas de la ciudad nueva existe una iglesia con una excelente cripta, donde están enterrados muchos miles de hombres y mujeres, martirizados por los musulmanes en tiempos de Carlomagno. El gobernador nos siguió explicando:

-Entre todos los reinos de España, es Aragón el que más moros tiene, porque son muy diligentes cultivando la tierra, y los nobles reciben de ellos un importante tributo.

-Por eso, suele decirse que quien no tiene moros no tiene oro -bromeó mi esposo, y él asintió:

-Hay muchos pueblos que están ocupados sólo por musulmanes. Son ellos, como he dicho, muy cuidadosos en el riego del campo y en el cultivo de la tierra. Suelen ser parcos en la comida, pero muy ricos en secreto -afirmó.

Me dijo Fernando que cerca quedaba Pamplona, la mejor ciudad del reino de Navarra.

-Está situada en las estribaciones de los montes Pirineos y de Roncesvalles. Es ese valle muy extenso, y poblado de villas...

Al parecer, habiendo muerto el rey sin dejar sucesión, vino el reino a manos de la hija, que se casó con el francés don Juan de Albret.

-Es cuñado de César Borgia, y ahora lo han proclamado rey consorte -añadió mi esposo.

Me dijo que no lejos de allí se hallaba Roncesvalles, en un altísimo monte, donde hay un

monasterio de canónigos que tiene aneja una hostelería.

-Lo he visitado en varias ocasiones. Allí dan a los peregrinos vino, pan y hospedaje -explicó. -Y en la iglesia conservan el cuerno que usó en la batalla Roldán, antes de ser muerto junto con miles de cristianos en tiempos de Carlomagno.

Al parecer, los franceses entraron incautamente en el desfiladero, atacándolos los musulmanes de frente y por la espalda, y acabando con ellos.

***

Cuando salimos de Zaragoza relucían en nuestro cortejo las joyas y espadas, los armiños y sedas, y nos acompañaban más de mil jinetes con mantos escarlata y brillantes armaduras. Nos detuvimos luego ante una ciudad amurallada, donde una torre dominaba el paisaje. Fernando señaló el castillo.

-Ahí me crié yo -me dijo.

El edificio era viejo y parecía muy deteriorado; el foso era casi invisible, por estar cubierto de hierba. Avanzamos por un estrecho puente hasta el interior de la fortaleza. Un muchacho nos condujo a través de un patio, y varios criados nos guiaron hasta los aposentos en la torre.

-Vuestras habitaciones están dispuestas -nos indicó el alcaide.

Nos condujeron primero a una gran sala, donde hallamos una chimenea encendida. Allí pudimos mis damas y yo arreglarnos el cabello y la ropa. En una palangana con agua caliente, me lavé la cara y las manos. Fernando se acercó.

-Sed bienvenida -dijo. -Supongo que tendréis ganas de retiraros a dormir. -Yo afirmé, suspirando:

-Por supuesto, marido.

En la alcoba hacía frío, y cerré la ventana. Vi sobre la pared el retrato de una mujer delgada, de cabellos rizados. Mi esposo la observó, pensativo.

-No sé quién es, creo que estuvo casada con un pariente mío. -Se detuvo un momento, y prosiguió: -Por cierto que, si no os importa, quiero que vayamos mañana a visitar la tumba de mi abuelo. Llevaremos a los niños, para que recen una oración en su memoria.

-Me parece muy bien -asentí.

***

Faltaba mucho todavía para llegar a Barcelona. A partir de allí tuvimos que avanzar por senderos cubiertos de nieve, y lo hicimos con mucho trabajo, a través de montes altísimos. En una jornada recorríamos unas pocas leguas, siempre azotados por el viento.

En todas partes nos recibían con gran deferencia, y yo agradecía las cariñosas bienvenidas. Vimos el monasterio de Poblet, que tiene muchos y grandes palacios con patios, bodegas, claustros y una ancha muralla. Fernando lo conocía muy bien.

-Todo los edificios están recubiertos de piedra cortada y cuadrada, tan firme que se diría están fabricados contra el paso del tiempo -me dijo. -Tiene además una botica bien provista y un doctor médico muy sabio.

Conversando con él, pude yo comprobar que era muy erudito en medicina. Después de

recibirnos los frailes, con muchos honores, nos dieron de comer y entramos en la sacristía, donde el sacristán nos mostró numerosos vasos y alhajas de oro.

-Prometo enviaros varios ornamentos tejidos en seda, y bordados por mí en oro y plata -le dije.

Nos contó que en aquella comarca los falsos cristianos tenían sus sepulturas en monasterios y capillas.

-Aunque son judaizantes, cuando mueren simulan hacerlo todo conforme a la fe -suspiró. -Pero ocultamente lavan los cuerpos de los muertos, enterrándolos según sus ceremonias...

Me dijo Fernando que, de camino a Barcelona, visitaríamos el monasterio de Montserrat.

-Allí, junto al altar lucen noche y día treinta lámparas de oro y más de veinte cirios enormes. Son regalo de las gentes que habitan las villas vecinas...

Así lo hicimos y, lo mismo mis damas que los niños, quedaron fascinados. Oyeron devotamente la misa que cantaron al órgano, y las lámparas estuvieron luciendo durante toda la ceremonia. Salimos luego por una escalera voladiza muy estrecha, que estaba tallada en la piedra y era un grandísimo peligro por los muchos precipicios que hay. Así llegamos con muchos sudores a la primera ermita, y luego a otras tres.

-Estoy tan fatigada por la pendiente del camino que no pienso subir más -le dije a mi marido, pues sabía que eran doce las que se hallaban en toda la montaña.

-Es una lástima -me respondió él. -Tienen allí huertos y capillas muy bellas; también dormitorios, cenáculos, cocinas y otras dependencias. -El abad intervino, solícito.

-Hay cisternas de agua muy fría -indicó. -Cada ocho días bajan los ermitaños al monasterio a recoger vino, pan y otros alimentos y a proveerse de formas para la comunión.

Para terminar, entramos en la sacristía donde vimos vasos exquisitamente labrados, y numerosos ornamentos tejidos con seda, y con hilos de oro. Mis damas estaban admiradas.

Nos mostraron cerca de allí una antigua cueva, donde un ciudadano barcelonés había hecho en tiempos una rigurosa penitencia. El abad nos relató su historia:

-Habiendo tenido noticia de su virtud, el conde de Barcelona le envió a su hija endemoniada para que la librase del demonio. Pero él, dominado por el deseo, la conoció carnalmente y luego, para evitar la venganza del Conde, la mató y la enterró en una cueva. -Un fraile asintió:

-Después se marchó a Roma, y desde allí se fue a un desierto -nos dijo. -Hizo tan fuerte penitencia durante siete años, que iba siempre desnudo andando a cuatro pies, como hacen las bestias. -El abad aspiró hondamente.

-Por fin, fue apresado por unos cazadores que lo condujeron a Barcelona, cargado de hierro. Volvió entonces al antiguo lugar, para dar digna sepultura a la virgen asesinada. Dicen que, cavando en el suelo de la cueva, la encontró con vida como si nada hubiera sucedido...

***

Después de unos días salimos para Barcelona, que es una bella y gran ciudad situada a orillas del Mediterráneo, por lo que mantiene un importante comercio con Italia y otros muchos

países. Había yo elegido vestiduras muy ricas para nuestra llegada, pues deseaba causar una gran impresión.

-Estáis muy hermosa, Isabel -me dijo Fernando.

Al vernos, todos expresaron su asombro. Nos detuvimos a admirar la muralla hecha de sillería, magníficamente construida, con sus torres, almenas y bastiones que llegan hasta el mar.

-Sobre aquel montículo está la catedral, consagrada en honor de la santa Cruz -señaló mi marido. -Es una iglesia espléndida

Así entramos por fin en la ciudad, donde todos gritaban:

-¡Cataluña por la reina Isabel!

Todo parecía ir bien. No podía yo imaginar que, precisamente en Barcelona, atentarían contra mi esposo, de forma tan salvaje que estuvo a punto de morir.

***

Nos recibieron ante la iglesia episcopal cincuenta canónigos con las autoridades, más de doscientos vicarios y muchos nobles con banderas. Para agradecer su presencia le entregué yo a la catedral un valioso regalo: un bargueño de tapa abatible, cubierto de taraceas tan menudas que las llaman granos de trigo y forman una labor muy delicada, de hueso sobre nogal. Fernando me consultó en voz baja:

-Si os parece, puedo yo regalar mi hermosa silla de plata cincelada. -Yo asentí.

-Añadiremos un armario de roble con refuerzos de hierro forjado, el que nos regalaron los moros, que tiene una cornisa almenada cubierta de tallas...

Dentro de la iglesia pudimos admirar más de veinte altares con tablas exquisitas y doradas. El obispo nos dijo con orgullo:

-Tenemos aquí una rica custodia de cerca de cien marcos de oro finísimo, y decorada con tantas perlas y piedras preciosas que causa asombro a todos.

Nos la mostró, así como una rica colección de espadas, lámparas, sillas de montar e incluso dos grandes gatos moteados, en oro y con collares de rubíes.

-Debajo del coro está la cripta, donde reposa el cuerpo de santa Eulalia virgen -indicó, haciendo una genuflexión. -A esta santa, el emperador Diocleciano la coronó con el martirio. En su cripta lucen continuamente más de veinte lámparas...

Visitamos la hermosa biblioteca aneja, y un huerto con limoneros y cipreses. Subimos a la torre más alta y allí, como desde una atalaya, observamos con detenimiento la ciudad. Hacia occidente vimos numerosos huertos, y bellísimos plantíos de naranjos, palmeras, granados y nísperos.

-También hay muchas viñas -me dijo Fernando.

Tanto en el recinto de la ciudad como fuera de ella, en un trayecto de sólo dos leguas, hay más de treinta monasterios de frailes y monjas. En todas las iglesias están colgadas las banderas de los nobles enterrados allí, lo que resulta un hermoso espectáculo.

Vimos un monasterio de Hermanos Menores; era un convento reducido, con un sencillo

claustro, refectorio, celdas y una pequeña iglesia, a manera de cripta.

-Está dedicada a san Francisco -nos dijeron.

Advertí que tenía la iglesia una sola ventana cuadrada, con rejas de hierro.

-A través de ella, los marineros oyen la misa y escuchan la predicación -nos informó el más anciano de los frailes.

A orillas del mar tuvimos ocasión de admirar la lonja de los mercaderes, donde acuden ellos para tratar de sus negocios. Oíamos chillar a las gaviotas, mientras el gobernador nos informaba de todo, con pelos y señales:

-Tiene Barcelona en sus calles y plazas tantos canales subterráneos con agua, tantas cañerías, que todas las inmundicias de las cloacas y cocinas van a parar al mar -dijo lleno de orgullo, y un sacristán intervino, mordaz:

-Pero si alguien cometiera la imprudencia de cargar el pavimento demasiado, se hundiría el suelo en las plazas y calles...

-Para terminar, visitaremos la casa de un primo hermano mío, el infante don Enrique -me indicó mi esposo. -Murió de un tiro de bombarda en Nápoles... -yo me sobresalté:

-Qué barbaridad. Y, ¿dejó descendencia? -Fernando asintió.

-Por supuesto, dejó un hijo de su mismo nombre. Veréis que las estancias de toda la casa tienen bellos artesonados, pintados de muchos colores.

***

Por entonces habíamos firmado un tratado con Francia, por el cual le cedían a Fernando el Rosellón y la Cerdaña, antiguas posesiones aragonesas. Nos reuníamos a celebrar nuestras cortes en una casa situada en la plaza del Rey, y todos acudían a vernos. Recuerdo que era viernes, y acabábamos de presidir un tribunal de justicia.

Al salir, cuando bajaba mi esposo por las escaleras charlando con los nobles, un desconocido consiguió llegar hasta él. Llevaba escondido un cuchillo mediano, pero muy afilado, y buscó el momento propicio de usarlo.

-¡Cuidado, señor! -le advirtieron, ya demasiado tarde.

El hombre se abalanzó de pronto, causándole tan cruel herida por detrás de la nuca, que le hubiera cortado el cuello si no fuera por una gruesa cadena de oro que siempre llevaba. Con todo, él ni siquiera gritó sino que, disimulando su dolor, ordenó que no ejecutaran al que lo había herido.

Estaba allí presente el doctor de Guadalupe, quien diagnosticó la suma gravedad de la herida. Es este doctor uno de los más ilustres del reino, tanto que está encargado de examinar a los físicos, cirujanos y boticarios que quieren establecerse en las distintas ciudades.

-La cuchillada ha sido muy grande, tiene por lo menos cuatro dedos de honda -informó.

Al conocer la noticia, yo me desmayé. No tuve corazón para verla y, aún ahora, tiemblo al recordar el suceso.

-Lo han llevado inconsciente a la iglesia, donde se debate entre la vida y la muerte -decían.

La herida tardó en cicatrizar y lo tuvo postrado mucho tiempo. Según nos informaron luego, habían dado tormento al asesino para obligarlo a declarar quién lo había enviado. Como no confesó, los jueces dispusieron que lo atenazaran con hierros ardientes.

-En realidad, se trataba de un delincuente común -me dijeron. -Había enloquecido, pensando que sería rey si mataba al monarca.

Fernando decidió regalar a la iglesia la hermosa cadena de oro que llevaba durante el atentado.

-Quiero que permitan a todos los fieles ponérsela al cuello -indicó.

Lo visitaron por entonces muchos reyes amigos, y el de Francia le envió mensajeros para que lo aliviaran en el terrible y espantoso lance. Por fin logró curarse, después de muchos sufrimientos. Y es que los reyes, más que el resto de los humanos, estamos expuestos a tales accidentes.

Por aquellos días, Colón había iniciado su segundo viaje al nuevo mundo. Se firmó el tratado de Tordesillas, por el que se fijaron a Portugal sus límites en las nuevas tierras por descubrir, y Gutierre de Cárdenas fue encargado de redactar los acuerdos. A éste lo nombré maestresala, tras dejar el cargo de contador mayor del reino que pasó a manos de Gonzalo Chacón, pariente de su esposa.

XXXVI. MI PRÍNCIPE

Me había quedado dormida, y estuve soñando con mi hijo. De pronto, desperté sobresaltada: María de Velasco estaba junto a mí, desatándome las cintas de la toca. Suspiré.

-Hace ya siete años que el príncipe Juan se desposó en Burgos -le dije. Ella me observó, sorprendida.

-¿Tanto tiempo ya?

María es una de mis damas favoritas, y está casada con Juan Velázquez, que fue primer maestre de la casa del príncipe. Es, además, mi enfermera y amiga.

-Había que haberlo casado más joven -murmuré, y ella sonrió.

-Teníais prisa por que Juan tuviera un heredero, ¿verdad?

-Así es. Pero a él le parecían unas doncellas demasiado jóvenes, y otras sobradas de edad...

Lo cierto es que fue siempre un muchacho reservado: no le gustaban los deportes ni los juegos al aire libre, y no se perdonaba la menor equivocación. Cerré los ojos y me pareció verlo, golpeándose la frente con los puños crispados.

-No tengo remedio -solía quejarse.

Los párpados me pesaban. Cuando abrí los ojos, vi que María seguía a mi lado.

-Para casarse, era preciso que tuviera más de catorce años -le dije. -En cuanto a ella, tenía que haber cumplido los doce, salvo que estuviera tan desarrollada que pudieran concebir...

-Lo sé. Iba a cumplir Juan los diecinueve cuando decidisteis casarlo con la princesa Margarita, hija del emperador Maximiliano de Alemania. -Yo asentí:

-Era una joven muy despierta y bella, hermana de mi futuro yerno, Felipe el Hermoso.

De nuevo estuve recordando: la misma flota que se llevó a Juana para casarse, volvió más tarde con Margarita. Llegó al puerto de Santander con un tiempo infernal, y allí Juan fue a recibirla con mi esposo. Juntos siguieron hasta Burgos, donde tendría lugar la ceremonia de la boda.

Nunca lo olvidaré: por entonces Gonzalo Fernández de Córdoba había derrotado a los franceses en el sur de Italia, y Nápoles volvió a manos españolas. En el mes de septiembre, fue conquistada Melilla por el duque de Medina Sidonia.

En cuanto a Juan, de tal forma quedó enamorado de su prometida que enmudeció cuando la vio.

-Nunca os hubiera imaginado tan bella -le dijo con franqueza. -Los retratos no os hacen

justicia.

En la casa del Cordón de Burgos los desposó el cardenal Cisneros. Y, por ser Juan el heredero, nosotros echamos el resto, tanto en la boda como en las fiestas que siguieron.

-Recuerdo muy bien el guardarropa que le entregasteis a la nuera -me dijo María. -Contenía túnicas de raso carmesí con anchas mangas castellanas, y camisas de holanda con adornos de oro, además de numerosas cofias trenzadas.

-Y otras al gusto morisco -asentí. -Le regalé un traje de brocado de oro forrado en damasco, que le envié sobre dos cojines con borlas de perlas, junto con un brial de terciopelo verde...

Ambas guardamos silencio. Sentía dolor en todo el cuerpo y tenía la mente nublada, pero continué:

-La salud de mi hijo se quebrantó mucho desde su matrimonio. Su constitución no era fuerte, ni estaba acostumbrado a tales cosas, al contrario que mi marido... -Ella recordó:

-No descansaba el príncipe en el lecho, de forma que empezó a palidecer y a debilitarse, y cada día estaba peor.

Seguimos hablando del doloroso tema. Los médicos le recetaron continencia y que se apartara de su esposa. Yo me opuse cuando me lo dijeron. Quería favorecer sus inclinaciones naturales, para que así engendraran un hijo. Más tarde lo sentí, cuando ya el mal estaba hecho. Suspiré:

-Tanto los médicos como Fernando me aconsejaban que separara al matrimonio, y me decían que era un riesgo para él una cópula tan seguida.

Cierto es que me avisaron, diciendo que observara la tristeza de su cara y cómo iba adelgazando. No debía fiarme del ejemplo de mi esposo, al que dotó la naturaleza de un extraordinario vigor. María me observó, pensativa:

-Había una gran diferencia entre el padre y el hijo... -murmuró.

No puedo negar que me empeñaba como mujer y como reina, sin hacer caso de sus consejos, porque tenía confianza en el príncipe. Aunque es cierto que me ocultaron lo grave de su enfermedad, aún antes de su boda, para que ésta no se deshiciera.

Recuerdo que en aquellas fechas le había entregado a mi nuera dos ricos collares: el que me regaló mi marido de novia, que estuvo empeñado en Valencia y llevaba rubíes y perlas, y otro de esmeraldas y diamantes, que había sido de mi madre. Todo, porque estaba segura de que me daría un heredero.

María de Velasco puso su mano sobre la mía.

-Hicisteis lo que os parecía mejor para él.

-Sí, pero al cabo de seis meses falleció mi hijo. Según los médicos, a causa de sus excesos en el lecho...

Miré fuera, y vi que el sol brillaba en lo alto del cielo. Recordaba con dificultad lo ocurrido en las últimas horas, pero evocaba con toda claridad lo sucedido en aquel tiempo:

En septiembre mi hija Isabel, que ya era viuda, se casó en Valencia de Alcántara con

Manuel el Afortunado, rey de Portugal. Asistimos nosotros, y toda la corte portuguesa. Fue en vísperas de la ceremonia cuando supimos que Juan había enfermado.

-Estaba él en Salamanca -le dije a María. -Solía visitar la ciudad, pues decía que no había en España otra universidad como aquella. -Ella asintió.

-Es cierto. Tiene un bellísimo edificio, y hay más de cinco mil alumnos entre todas sus Facultades. -Yo continué, meditativa.

-Cuando la visité con Juan vimos a los estudiantes leyendo y recitando las lecciones. A mi hijo le agradaba verlos, tan inteligentes y tan bien vestidos...

Me quedé pensativa. Juan me había hablado de una cueva que había en la ciudad, que llamaban de la Nigromancia y tenía varias bóvedas y criptas.

-En tiempos de los mahometanos, y mucho antes, practicaban aquí la magia -aseguró. -Lo he leído en el libro que me regalasteis, la historia natural de Plinio...

Me habló de un tratado de astronomía que conservaban en la catedral, y que él había consultado. El vulgo contaba mil patrañas acerca de ese volumen sibilino; yo nunca los creí, hasta el día en que Juan enfermó. Para empezar, ordené que se tapiara el acceso a la cueva con piedras y argamasa.

Vi que María me estaba observando con gesto apenado:

-Por favor, señora, no os atormentéis... Tratad de descansar.

Me obligó a echarme de nuevo, cerró las ventanas y abandonó la habitación. Intenté conciliar el sueño, pero me vi de nuevo trasladada a aquellos días aciagos.

No tenía idea de que Juan hubiera contraído unas fiebres tan altas, ni de que luego hubiera empeorado, pues tanto a mi hija como a mí nos ocultaron la verdad. Para reunirse con él pretextó mi marido asuntos de gobierno; yo me quedé en Valencia de Alcántara, para acompañar a la novia.

Fernando llegó a tiempo de asistirlo en sus últimas horas, triste consuelo que yo no tuve. Unos días después, regresó a mi lado.

-¿Qué noticias tenéis de Juan? -le pregunté.

-Juan está bien -me dijo él. -Lo atiende el doctor Fernando Álvarez, que es catedrático de medicina.

Tuve que saber por otros la verdad. Estaba en el castillo del puente de Congosto cuando me llegó la noticia, y supe que venía mi esposo de enterrar el cadáver. Aterrada, me precipité en su camara.

-¡Fernando! Decidme la verdad, ¿qué ha ocurrido?

Él mandó salir a los que lo acompañaban. Con la mirada baja, me estuvo contando los detalles:

-Cuando llegué, lo encontré muy mal. Su médico me dijo que padecía tisis.

Observé a mi esposo a través de las lágrimas, y pensé: -Todo nuestro futuro perdido...

-He de deciros que murió en brazos de vuestra abuela -añadió él. -Aunque muy anciana, y casi ciega, quiso abandonar su retiro y desplazarse a Salamanca para acompañarlo.

***

A partir de entonces, una gran tristeza invadió mi corazón. Al parecer Bruto, su lebrel favorito, no se había apartado un momento de su lecho.

-El día que lo enterramos en la iglesia mayor, el perro se echó a la cabecera de la tumba, dispuesto a morir de inanición con él -me dijo Fernando. -Y aunque lo separaban, él volvía a ocupar su lugar.

Al ver que insistía le pusieron un cojín, y no se movió mientras el cuerpo estuvo allí sepultado. Le llevaban de comer y beber, y sólo salía cuando tenía una necesidad, regresando enseguida a su almohada. Allí lo encontramos nosotros cuando volvimos de acompañar a Isabel hasta Portugal, junto con nuestras hijas María y Catalina.

Yo lo tomé y lo llevé conmigo, para mi compañía y su recuerdo.

En cuanto pudimos, trasladamos a Avila los restos de mi hijo, a la iglesia de santo Tomás. No tengo que decir que fue la boda de Isabel la más triste que nunca hubo, y los funerales los más dolorosos que en España se hicieran por ningún príncipe ni rey.

En Burgos, un pregón del Consejo impuso un luto riguroso a todos. Acordamos que ninguna mujer se quitara las tocas negras, y que nadie usara ropa de color, hasta que hubiera otro mandato en contrario. Los hombres no se arreglarían la barba. Se prohibió hacer desposorios o bodas, así como tañer instrumentos en las casas y fuera de ellas.

Recuerdo que, cuando Fernando y yo estábamos en público, no dejábamos de mirarnos; y aunque teníamos roto el corazón, nos esforzábamos en disimularlo.

Estaba mi nuera Margarita con esperanza de maternidad y pasó el invierno conmigo, en Alcalá de Henares. Sabía yo que estaba enferma, que había tenido mucha fiebre y dolores de vientre. Un día mi enfermera, Violante de Albión, me mostró una vasija donde vi un amasijo de tejidos ensangrentados.

-Es un aborto, el feto de una niña. Con la pena, la princesa ha acabado malpariendo...

Me estremecí, y cubrí aquellos restos con un gran pañuelo de seda que llevaba en la mano.

-Habrá que darle cristiana sepultura -indiqué con tristeza.

XXXVII. CON LA IGLESIA HEMOS TOPADO...

He pasado toda mi vida gastando dinero a favor de la Iglesia, que tiene más oro que yo.

Por suerte, en numerosas ocasiones hemos podido aprovechar para levantar las iglesias otros edificios antiguos. En Granada mandamos construir la de san Juan de los Reyes en el lugar donde estuvo la mezquita de los Convertidos, como llamaban a los cristianos que se pasaron al Islam. La consagramos como templo cristiano el día cinco de enero y pudimos conservar el minarete, que tiene pequeños arcos de ladrillo sobre columnillas de yeso.

El convento de san Francisco fue el primero que creamos en esa ciudad. Ordené yo su fundación, pues le había hecho una promesa al santo de Asís; lo hice edificar en el lugar que ocupaba el más importante palacio nazarí, utilizando parte de sus dependencias. He mandado que lleven allí mi cuerpo, hasta que esté acabada la Capilla Real.

El de santa Cruz es el más importante de Granada: ocupa una gran extensión de terreno de huertas que pertenecieron a los reyes nazaríes, y donde hubo en tiempos algunos palacios.

Después de la conquista, establecimos la primera catedral en la mezquita de la Alhambra. La consagró el obispo con el nombre de santa María de la Encarnación, y dos años más tarde se trasladó a una iglesia que levantamos en el Realejo.

Por fin, un quince de septiembre hace cuatro años, mi esposo y yo fundamos el monasterio de santa Isabel. Lo ocupan las monjas clarisas, y su primera abadesa ha sido doña Luisa de Torres, viuda del condestable de Castilla don Miguel Lucas de Iranzo. Lo hicimos construir en las antiguas huertas y jardines del palacio de Aixa la Horra.

También, al fundar la iglesia de san José, lo hicimos donde estaba la mezquita de al-Murabitin, o de los morabitos o ermitaños. Se ha conservado el alminar, y sólo se ha añadido el cuerpo de campanas.

***

El clero madrileño posee la mayor parte del suelo urbano de Madrid. Ya dentro de la villa, el primer barrio que encontramos es el de Santiago; hay allí, muy cercanas unas de otras, hasta cinco antiquísimas iglesias. En tiempos lejanos había sido un continuo ir y venir de musulmanes y cristianos; ahora se ve caminar por sus calles a los clérigos y prelados, junto con miembros de los más nobles linajes madrileños: los Herrera, Toledo o Luzón.

La decana es la de Santa María, una antigua mezquita musulmana. Pero la más importante es sin duda la iglesia de san Salvador, cuya campana da el toque de queda a las nueve de la noche, y en la que se reúne el concejo madrileño para celebrar sus sesiones.

En torno a la plaza de san Salvador o de la Villa, en el centro del Madrid antiguo, están el mercado principal, la picota y la cárcel. En este barrio se encuentra el estudio de gramática de la ciudad, que hace años recibió mi protección al prohibir el establecimiento de ninguna otra escuela. Al fin y al cabo la había creado Beatriz Galindo, que fue mi instructora, y que terminó con la precaria situación de los maestros, subiéndoles el sueldo ese mismo año.

El gran caserón de los Lasso, construido por Pedro de Castilla, sirve de aposento al cardenal Cisneros. En esta casona se hospedaron mi hija Juana y su marido cuando estuvieron en Madrid. Es la que marca, con su imponente mole, el límite entre la vieja y la nueva morería.

También nosotros hemos parado en ese lugar. Desde hace casi treinta años, Fernando y yo acudíamos a misa en la contigua iglesia de san Andrés, a través de un paso alto que unía el palacio con el templo. La casa de los Lasso, la iglesia, y una de las casas solariegas de los Vargas, forman la plaza de la Paja, la más amplia del recinto amurallado.

Vive allí Francisco de Vargas, uno de nuestros corregidores más ilustres. Tanto confía mi esposo en él que no hay delito, por difícil que sea de indagar, que no remita a su averiguación. Por eso ha quedado en Castilla, a modo de refrán en materias dudosas y oscuras, decirse: *Averigüelo Vargas*.

***

Hay que decir que en España son los obispos más guerreros y cortesanos que ministros de Dios, pues en lugar del báculo manejan la espada. Por eso dice Beatriz de Bobadilla:

-No hay clérigo pobre ni casado rico, señora...

Sin ir más lejos, el cardenal Pedro González de Mendoza era hijo del marqués de Santillana, el autor de las *Serranillas*. Sucedió a don Alfonso Carrillo de Acuña en el arzobispado de Toledo. Era un hombre agraciado; siempre lo fue, hasta la hora de su muerte: aunque entonces tenía el cabello completamente blanco, gozaba de una dentadura perfecta y de un noble perfil aguileño.

Pleno de vida y experiencia, era un humanista. Amaba la literatura y el arte, dibujaba muy bien, sabía música y le gustaba dirigir las representaciones de teatro. Aunque había entrado en religión muy joven, conocía bien la vida y la mentalidad de las gentes, y se aprovechaba de ello.

Fue leal a mi causa en tiempos de mi coronación, y presidía el Consejo Real. Tenía yo nueve años cuando se enamoró a primera vista de doña Mencía de Lemos, dama que había venido desde Portugal, y la hizo su amante. Él ya había cumplido los treinta, pero estaba en lo más alto de su fama; gozaba de buen rostro y gentil apariencia, y ella se prendó de sus muchos encantos. Enseguida, se encargó don Pedro de favorecerla.

-El arzobispo de Toledo es como el abad de Compostela, que se come el cocido y aún quiere la cazuela -reía Beatriz, y lo defendía Isabel de Valencia:

-Aunque es hombre muy rico, atesora las riquezas no para disfrutarlas, sino para distribuirlas -decía.

Vivió siempre en Guadalajara; desde niño tuvo grandes privilegios en la corte de mi hermano Enrique, y fue él quien asistió al bautizo de la Beltraneja, celebrado en Madrid. Su

casa, a las puertas de Guadalajara, es de las más hermosas de España, y creo que de Europa.

-Con nosotros llegó a ser Canciller del reino -les recordé a mis damas. -Algunos decían que era el tercer rey de España. -Beatriz asintió:

-Aunque fue obispo de Sevilla, de Calahorra y de Sigüenza, disfrutaba de los placeres de la vida, sin ningún sacrificio

-Isabel de Valencia intervino:

-Podría comprarse un condado con lo que se gastó en la edificación de aquel palacio. Sobre todo en las dos salas de verano abiertas al jardín, refulgentes por causa del oro y con hermosas columnas de mármol...

-En realidad, el palacio pertenece al duque, su hermano -indiqué.

-Sí, pero don Pedro siempre lo ha utilizado como propio.

-Lo sé. En tiempos tenía una gran pajarera, en parte cubierta y en parte cercada con alambres de cobre. Estaba llena de perdices de varias especies, hermosas grullas con las crestas blancas, tórtolas y palomas. Una de las veces que visité el palacio vi que se habían adquirido unos ánades de color púrpura, y varias gallinas africanas, negras con pintas blancas.

Es este palacio de forma cuadrada y tiene dos claustros superpuestos, adornados con tallas de leones y grifos. Hay en su centro una fuente monumental, y tiene pequeñas cámaras y salas, todas con artesonados dorados mezclados con diversos colores, sobre todo en azul, y adornados de flores. En una inmensa sala están pintados los escudos de todos los antepasados del cardenal, así como el suyo.

-En nuestra primera visita, mandó poner en su capilla ricas sillas y asientos de oro y plata -rememoré. -Abundaban en el altar las piedras preciosas, y perlas de gran valor, con muchas imágenes de oro y todo cubierto de brocado.

-Además de espléndido, el cardenal era buen orador -intervino Isabel de Valencia.

El cardenal Mendoza se enamoró varias veces, y tuvo hijos con tres mujeres -les dije. -La primera de ellas, la dama portuguesa doña Mencía, era hermosísima, graciosa y de gran corazón.

Tuvieron dos hijos, y al mayor lo llamaron Rodrigo; su padre le añadió el sobrenombre de Díaz de Vivar, en recuerdo del Cid Campeador, del que decía descender. Nació en Guadalajara, cuando yo tenía once años. El segundo, don Diego, se apellidó Hurtado de Mendoza; nació en el castillo de Manzanares, donde su madre vivía rodeada de lujo.

Más tarde tuvo a Juan con doña Inés de Tovar, una dama vallisoletana de mi madre. Recibió éste una esmerada educación, tanto en las armas como en las letras; jugaba muy bien al ajedrez y sabía tañer y trovar.

-La gente decía de ellos que eran fruto de las travesuras del arzobispo -rió Beatriz, mirándome con picardía. -Y vos también perdonabais sus deslices, llamándolos *los bellos pecados del cardenal*. -Yo asentí:

-A Juan Hurtado de Mendoza lo destinó su padre a la Iglesia, al contrario que a sus hermanos. Pero él abandonó la carrera eclesiástica y se casó en primeras nupcias con Mencía

de la Vega -recordé. Beatriz se encogió de hombros:

-El arzobispo se las apañó bien, y consiguió que sus hijos fueran legalmente reconocidos...

Era cierto, yo misma los legitimicé en Tordesillas. Ello sirvió para que fueran admitidos en la corte, nombrados para importantes cargos del Estado, y elevados a la categoría de nobles. Entorné la mirada, recordando:

-Cuando el mayor, Rodrigo de Mendoza, se casó con Leonor de la Cerda, Fernando y yo asistimos a la boda. Fue el año de la conquista de Granada... -Isabel movió la cabeza.

-Era hija del duque de Medinaceli, y la historia terminó en tragedia. A poco de casados tuvieron un hijo, que murió pocos meses después. La madre, abatida, falleció al poco tiempo...

-Es cierto -afirmó Beatriz. -Él tenía fama de mujeriego y ella, cansada de su infidelidad y muy triste por la muerte de su hijo, murió de agotamiento. Luego, él se casó en secreto con una tal María de Fonseca. -Asentí:

-Cuando yo me enteré, hice anular el matrimonio y mandé encerrar a Rodrigo en el castillo de Cabezón...

Para desagraviar al cardenal, una vez que fui a Guadalajara le mandé decir que me honraba de comer en su compañía. Pero él le contestó al emisario que lo había yo tratado como a un capellán, y que saldría por una puerta si yo entraba por la otra.

-Según él, os había sacado de la rueca para instalaros en el trono, y podía según su voluntad devolveros a la rueca -dijo Beatriz, y yo sonreí.

-No creas que sus palabras me asustaron. Nunca más nos volvimos a ver, excepto en una breve visita que le hice, poco antes de su muerte, en plena vejez.

El arzobispo consumió gran parte de su vida practicando la alquimia y buscando tesoros entre las ruinas. Al final, gastando mucho y deseando gastar más, murió en la villa de Alcalá, el mismo día que marchábamos sobre Loja.

A su muerte dejó incontables riquezas, ya que era rico por su casa, y además por ser arzobispo de Toledo y obispo de Sigüenza. Hay en ésta ciudad un hermoso castillo donde vive su hijo, quien heredó todos sus bienes y está casado con la hija del duque de Medina Sidonia. Cuando don Pedro murió, yo misma propuse a Cisneros para ser nombrado cardenal.

***

-Mi primer confesor fue fray Tomás de Torquemada -estuve recordando. -Me lo habían impuesto cuando era yo casi una niña, y aún vivía mi hermano Enrique; pertenecía a la orden de los dominicos y era descendiente de conversos.

-Es tan orgulloso que hace pasar su soberbia por religión -decía mi madre. -Y, aunque se abstiene de los pecados de la carne, da rienda suelta a otros vicios peores...

Aprovechándose de mis pocos años, quiso inculcarme el odio que él sentía; y, aunque no lo consiguió, me arrancó la promesa de introducir la Inquisición en mis reinos cuando llegara la hora.

-Más tarde tuve como confesor al buen fraile jerónimo fray Hernando de Talavera -les dije a mis damas. -Él ha ejercido una gran influencia en mí, sobre todo en temas religiosos.

-¿Cómo lo conocisteis?

-Era yo muy joven cuando tuve noticias de él. Me dijeron que era prior en el monasterio de santa María del Prado, que estaba a las afueras de Valladolid, al otro lado del Pisuerga.

El curita alto, delgado y joven, se atragantaba cuando me veía llegar. Parecía tímido porque cada vez que lo visitaba se ponía rojo hasta las orejas. Ya cuando me veía desde lejos se ruborizaba, sin saber dónde esconder las manos.

-Era descendiente de judíos, benigno con los musulmanes -les dije, y Beatriz asintió.

-Recuerdo su origen de judío converso, y que tiempo después lo nombrasteis, contra su voluntad, obispo de Granada. ¿Por qué lo elegisteis a él? -Me quedé pensativa:

-En principio, yo sólo buscaba un confesor. El primer día me sorprendió que fray Hernando me recibiera sentado en el confesionario, y a mí me dejara de rodillas, pues ya sabéis la vieja costumbre que existe en Castilla: que en las confesiones nos arrodillemos los príncipes y reyes, haciendo lo propio el religioso que nos confiesa.

-Según me dijeron, él llamaba al pan pan, y al vino vino -medió Beatriz. Yo estaba de acuerdo:

-Es cierto. -Y cuando yo se lo advertí, me dijo: -No, señora. Vos de rodillas y yo sentado, porque es el tribunal de Dios y estoy haciendo sus veces.

-Y vos, ¿qué contestasteis?

-No repliqué, pensando que era la persona que yo necesitaba, y sin más hice mi confesión. Tiempo después quise nombrarlo obispo, pero él se negó, pretextando que no lo sería hasta que tomáramos Granada a los moros.

Era este fray Hernando tan ordenado que hacía sacudir una vez por semana las ropas de su casa, para librarlas de la polilla. Mandaba que sacaran al exterior las colchas, doseles, tapices y alfombras.

-Prohibía a los suyos que tuvieran en sus cuartos queso, pan, o cualquier cosa que pudieran oler y comer los ratones -dijo Beatriz. -Y exigía que se abrieran gateras en las puertas de todas las cámaras, y que pusieran ratoneras.

Yo lo recordaba muy bien: las ratoneras tenían un agujero redondo en la madera, y un muelle de alambre. Se pinchaba el queso en una punta, de forma que cuando el ratón metía la cabeza y tiraba, se quedaba enganchado por el cuello.

-Siempre traía en danza a los mozos, pajes y reposteros -sonreí. -Mandaba proteger las ropas de cama de las goteras y humedad, y ponerlas muy de mañana al aire en verano y al sol en invierno... -Isabel de Valencia asintió:

-Me han dicho que no consentía la entrada en su cocina a los perros o gatos, ni a nadie

que no fuera preciso. Y aconsejaba que tuvieran cuidado en gastar poco azúcar, especias y miel, sin que se malgastara ni una miga de pan.

Con motivo de la visita de unos caballeros franceses, me escribió una carta diciendo: *No os echo en cara vuestras donaciones ni mercedes, ni que honréis la corona gastando en ropas y nuevos vestidos. Pero sí os reprendo porque habéis danzado, y más por la imprudencia de mezclar en la cena a los caballeros franceses con las damas castellanas.*

-Pero yo seguí danzando siempre que podía, en cualquier fiesta de la corte -le dije a Beatriz.

-¿Y, qué podéis contarnos de Francisco Jiménez de Cisneros, vuestro actual confesor? -Yo suspiré:

-No necesito deciros, porque ya lo sabéis, que es muy intransigente. Es amigo de Gutierre de Cárdenas; éste lo apoyó para sustituir a fray Hernando de Talavera, que es ahora arzobispo de Granada.

Cisneros es alto y flaco; tiene una gran nariz, pómulos marcados y unos ojos marrones y profundos, con mirada de ave. Sus facciones son tan duras como su temperamento. Es muy delgado, puro nervio. Siempre fue un hombre áspero, nunca se prestó a mórbidos juegos afectivos tan comunes entre algunos clérigos. Como administrador siempre ha sido terrible: se da entero y es metódico, exacto, inflexible. Muchos sienten terror cuando lo ven.

-Es, sobre todo, una persona sana de espíritu -añadí.

-Y, ¿por qué os fijasteis en él?

-Cuando lo conocí no me mostró ningún respeto. Eso me extrañó mucho, y le pregunté si sabía con quién estaba hablando.

-Con la reina, que es polvo y ceniza como yo -me contestó.

-Su familia vive en Madrid, y ha adquirido renombre gracias al cardenal -intervino Isabel. -Según dicen, él duerme en una tabla. -Yo me quedé pensativa.

-Cuentan que debajo de sus ropas suntuosas continúa llevando el hábito de su orden. Y, aunque lo nombramos cardenal, es cierto que vive como simple monje franciscano.

Tan arrebatado es, que llega a ser violento. Hace poco se ha producido un levantamiento general de los moriscos andaluces, motivado por las medidas evangelizadoras de Cisneros. Pero me tranquiliza tenerlo conmigo y sé que, después de mi muerte, no ha de descuidar ni a mis vasallos ni a mis reinos.

***

He tenido que negociar muy duramente con la sede romana, pues desde allí querían imponerme a los obispos. Era tal la terquedad del papa Borgia que mandé salir de sus Estados a mis embajadores, hasta que cedió a mis propuestas.

-Rodrigo Borgia tiene varios hijos, y al parecer es extremadamente rico -le dije a

Fernando, y él sonrió:

-Que yo sepa, ningún papa ha muerto de un simple cólico de espinacas...

El clero suele ser muy ignorante; muchos frailes olvidan sus reglas y son más mujeriegos que las gentes del mundo. Se lo digo a Fernando y él ríe, divertido:

-Y más brutos que el sastre del Acebuchal, que con un ronzal tomaba las medidas...

Por eso, cuando el papa quiso establecer la Inquisición en Castilla, me opuse yo por dos razones: una, porque no quería en mis tierras el poder del papado; la otra, por los males que la persecución religiosa podía acarrear a mi pueblo.

A Fernando, en cambio, lo movían otros intereses: sabía los muchos dineros que de esa forma lograría, con las confiscaciones hechas a musulmanes y judíos. Aunque me resistí, intervino mi antiguo confesor, fray Tomás de Torquemada.

-Me convenció diciendo que existía ya desde hacía siglos, no sólo en los estados pontificios, sino en toda Europa -les dije a mis amigas. -Al mismo tiempo trataba de coaccionarme, haciéndome creer que era mi obligación admitirla.

-Al final, se salió con la suya. -Yo asentí:

-Tuve que aceptar la bula del papa, aunque retrasé su entrada en vigor.

Pero los medios suaves no dieron resultado y se autorizó a los dominicos para establecer la Inquisición en Sevilla. Nombraron inquisidor general a Torquemada, que era por entonces prior de dominicos en un convento de Segovia.

-Más tarde la impuso en Córdoba, Castilla y Aragón -recordó Beatriz.

Por entonces habían quemado en Florencia al docto dominico Savonarola. Lo hicieron a fuego lento y con poca leña, por lo que duró el suplicio más de dos horas en las que se oían de muy lejos sus gritos y gemidos. En España, el celo de Torquemada rayaba en la locura; pues perdonaba los pecados de la carne, pero condenaba a cualquiera que atacara a la Iglesia. Fueron infinitos los quemados, lo mismo en Sevilla que en el resto.

-Tanta prisa se daba, que antes de decir *ayunemos* ya tenía la gallina en el buche -recordó Isabel de Valencia, y Beatriz se echó a reír.

-Era supersticioso y muy intolerante. Y, como el cura de Berrocal, no sabía leer más que lo que ponía en su breviario...

-Pero tanto los frailes dominicos como mi esposo lo apoyaban -dije yo. -Y lo mismo hacía Nicolás Franco, que era nuncio del Papa.

Dieron comienzo las hogueras para judíos y moros, siguieron para los cristianos y, aunque traté de evitarlas en lo que podía, no conseguía nada contra el brazo del santo Oficio.

-Tuve que recurrir muchas veces al papa contra algunas medidas crueles, lo recuerdo muy bien -añadí. -Hasta que amonestó a los inquisidores por su excesivo celo, y los amenazó

con destituirlos, si llevaban tan al pie de la letra su tarea.

Estuvimos recordando que una vez, al salir de Madrid mis damas y yo, vimos en las afueras a dos hombres colgados, con los testículos atados al cuello por haber sido convictos de sodomía. Dos días después avistamos una muralla donde estaban colgados por los pies seis cristianos de Italia, por el mismo motivo. Una de ellas nos dijo, horrorizada:

-He oído que antes del juicio les cortan los testículos y se los cuelgan al cuello, porque tienen los inquisidores mucho odio a este vicio.

-¡Qué espanto! -coreamos todas.

-Lo cierto es que estaba yo muy harta de Torquemada -suspiré. -Y era tan grave lo que estaba ocurriendo en Sevilla, que tuve que desplazarme allí para remediarlo.

Se hallaba la ciudad sumida en el terror, por causa de los muchos fuegos y hogueras establecidos por la Inquisición.

-Habían sucedido numerosas muertes y otras calamidades a causa de su fanatismo -les dije. -He de confesar que también por mi equivocación, aunque actuase de buena voluntad, por las falsas ideas que me había imbuido.

-Pero vos no habéis consentido que condenaran a ningún erudito en ciencias, ni tampoco en filosofía -trató de disculparme Beatriz. -Yo suspiré:

-No hablemos más de esto. Qué más quisiera que me hubieran dirigido siempre personas como fray Hernando de Talavera... mas por desgracia no fue así. Por eso, en cuanto pude, aparté de mi lado al Gran Inquisidor.

XXXVIII. CAMINOS

Casi siempre, durante la primavera, permanecíamos en Castilla. Llevaba yo muchos años casada, de forma que ya consideraba a mi esposo parte de mi vida, aunque mis sentimientos por Gonzalo seguían siendo los mismos. Me seguían acompañando mis damas de siempre, y entre ellas no faltaba Lucía Medrano, que sigue conmigo. Con ella he llegado a tener una gran confianza.

-Fernando visitaba mi lecho las noches que no compartía la cama con su amante, que se había instalado en Aragón -le dije, y ella sonrió.

-Vuestro marido no es peor que la mayoría de los hombres -indicó, burlona.

Es Lucía una dama muy culta, como lo son María Pacheco y Juana de Contreras. Las tres me han seguido a todos lados; ahora no se apartan de mí, y con sus conversaciones hacen que las horas no me parezcan tan largas.

-Aunque era un padre cariñoso con nuestros hijos, nuestra vida familiar era muy diferente a la que yo disfruté con mi padre y mi madre -le dije. -Su idea de la vida doméstica consistía en ir de caza con nosotros.

-Es cierto -intervino María. -Le encantaba ir de caza para montar los mejores corceles y azuzar a los perros... -Yo me quedé pensativa.

-Salíamos antes de despuntar el sol -rememoré. -Subiendo por pésimas montañas llegábamos a algún castillo, después de viajar muchas leguas. Allí, el señor nos organizaba cacerías; cobrábamos alguna pieza o nos llevábamos con nosotros grandes pieles de jabalíes...

Me gusta recordar aquellos días, cuando tanto nosotros como nuestros criados íbamos a horcajadas sobre nuestras monturas, nosotros a caballo y ellos en mulas. En ocasiones las señoras usábamos jamugas o sillas de montar, bordadas en terciopelo y con escudos repujados. Junto a nosotros avanzaban carretas con numerosas mercancías.

-En una ocasión, llegamos a una vieja abadía -evoqué. -Había permanecido deshabitada durante siglos, y ahora las casas y vallas estaban derruidas. Los niños iban en un carro cubierto, y vosotras cabalgabais a mi lado; avanzábamos aguantando la lluvia, y llegamos de noche...

-Lo recuerdo muy bien -asintió Juana de Contreras. -Ibamos empapadas hasta los huesos,

pero allí nadie se quejaba.

-Vosotras, los niños y yo habíamos cantado al son de la gaita, pero al final íbamos en silencio, demasiado cansadas.

Me parece verlos ahora: Isabel montaba a horcajadas sobre la silla, como si la hubieran pegado al caballo. Juan, a medio vestir, dormitaba en el carro; Juana y María estaban durmiendo sobre unas alfombras, y Catalina descansaba en la cuna.

-Catalina tosía mucho, hasta que comenzó a asfixiarse -recordó Lucía, y yo asentí.

-Nunca la había visto tan enferma -le dije. -Tanto que la tomé en brazos y empecé a respirar en su boca, para aliviarla.

-Es cierto. Luego, el médico ordenó que le aplicáramos hojas de menta bajo la nariz.

-Qué memoria tienes, Lucía -le dije.

-Así es, señora -sonrió. -Recuerdo que al cabo de un rato la niña respiraba bien. La dejamos sudando en la cuna, donde la cubrimos con una toquilla...

***

Siempre, con buen y mal tiempo, acudía yo a remediar cualquier turbación que ocurriera en Castilla. Y, aunque estuviéramos en pleno invierno, no me arredraban el frío ni la lluvia.

-Mientras vuestro esposo estaba ausente, solíais hacer a caballo jornadas hasta de tres días -intervino María Pacheco.

-Y de tres malas noches -reí, y ella prosiguió:

-Es que siempre han ido parejas la fuerza de vuestro cuerpo y la de vuestra voluntad. Soportabais también el calor, pues a veces pasabais el invierno en Burgos, y el verano en Andalucía... -Yo suspiré.

-Desde niña sabía que el que quiere reinar tiene que trabajárselo.

Parábamos en pequeños lugares, casi siempre habitados por moriscos, y yo no me cansaba de observar sus viejas costumbres. Para encalar sus casas cogían las mujeres grandes trozos de cal y los metían en una artesa; echaban agua encima y la mezcla empezaba a hervir, despidiendo humo y burbujas. Al final, estaba tan caliente como si la hubieran puesto al fuego. Más tarde, cuando habían apagado la cal, cogían las cañas con las brochas y encalaban las paredes con ella. La costra en las fachadas estaba tan espesa, de tantos años de pintar y repintar, que las esquinas se habían redondeado. Las pequeñas ventanas se habían empezado a cegar, y terminarían por cegarse del todo si ellas seguían encalando.

-Siempre andabais de acá para allá, cruzando puertos y cabalgando lo mismo que un soldado -dijo Lucía, moviendo la cabeza. -Y si había que castigar los desmanes de algunos caballeros ibais en persona, cercando sus castillos y animando a los soldados con vuestra presencia.

-Hallábamos lugares tan toscos que tocaban a misa con una jarra, como suele decirse -contesté, riendo, y ella asintió:

-Comíamos carne de chivo porque no había corderos. Recuerdo que había que guisarla con mucho adobo para que no supiera a bravío.

-Es cierto, lo recuerdo muy bien -afirmó María. -Se asaba la pierna con especias, con clavo y nuez moscada; de esta forma estaba más sabrosa y tierna, y se desprendía del hueso...

En una ocasión tuve que realizar un importante viaje a las provincias del norte. Pasamos por el Espinar, luego por Segovia, Aranda y Lerma, y llegamos a Burgos donde permanecimos unos días. Seguimos hasta santo Domingo de la Calzada y, después de tan largo camino, pudimos avistar el árbol de Guernica, donde yo juré los fueros y fui reconocida como señora de Vizcaya.

-Ni el estar encinta os moderaba, y hasta llegabais a abortar con el traqueteo -agregó Juana de Contreras. -Pero no por eso dejabais el camino...

Siempre me aconsejaba Fernando que no me alejara de nuestras fronteras, pero yo contestaba que iba con mis soldados, y con mis amigas. Y que, llevando buena compañía, no hay camino difícil.

-Como dicen las gentes en Castilla, hallábamos en Benavente buena villa y peor gente... -rió Lucía. -Pero nos alojaban muy bien.

El castillo que hay en ese lugar es el mejor de España, después de los de Granada y Sevilla. Pertenece a don Rodrigo, el duque de Medina Sidonia, que es un hombre imponente y uno de mis nobles más ricos. He de reconocer que su físico siempre me impresionó. Se lo dije a Juana, y ella estaba de acuerdo:

-A todas nos gustaba. Recuerdo que todas las salas de su casa estaban decoradas con oro, y las columnas eran de mármol.

En el castillo había un subterráneo que bajaba hasta el río, de forma que podían descender los caballos; y tantos sótanos para molinos, cuadras y almacenes como no he visto en ningún otro sitio.

-Eramos muy bien recibidas por el duque, que se mostraba muy espléndido -dije, y María intervino:

-Era muy aficionado a los animales salvajes. Según me dijeron, tenía varios leones y un lobo que comían juntos, sin hacerse ningún daño. Al parecer su cuidador era un negro al que le gustaba acariciarlos, y ellos lo correspondían. -Yo asentí:

-Tuvo también un elefante que murió en un invierno, por no poder soportar el frío -les dije. -Alguien me aseguró que se necesitaban mil quinientos ducados anuales para dar de comer a aquellos animales.

Una vez cabalgaba yo por Tierra de Campos, acompañada por mis damas. En un carro

tirado por mulas iban las tiendas de campaña, que por la noche usábamos las mujeres. Otro llevaba dos barricas de pólvora y varios cántaros de agua, reservados para la bebida. Desde el amanecer llevábamos mucho camino hecho y, pasado el mediodía, nos sentíamos muy cansadas. También las bestias acusaban la fatiga; quizá por eso mi caballo tropezó, encabritándose. Y aunque me aferré a su cuello caí por las orejas sobre un montón de estiércol.

-¡Socorro, que alguien me ayude!-grité.

Acudieron a toda prisa caballeros, damas y soldados. Por suerte no sufrí ninguna herida, ni siquiera un rasguño, tan sólo un grandísimo susto.

Ni que decir tiene que quedé llena de porquería, pero me libré de un golpe mayor. Una de mis damas comprobó que se me habían ensuciado la falda y las medias, así como los zapatos. Cuando se lo recordé a Lucía, no pudo contener un gesto de asco.

-Después de haberse retirado los caballeros de la escolta, nosotras os descalzamos y os quitamos las medias. Yo misma me encargué de desabrocharos la falda exterior, y varias que llevabais debajo.

-Hasta la camisa me sacasteis -reí, y ella asintió:

-Remangados los brazos, entre todas frotamos las prendas en un río cercano y las pusimos a secar...

Entonces, todas lo tomamos a broma. Cuando la ropa estuvo seca montamos de nuevo y regresamos a Zamora, donde Fernando me aguardaba. Me preguntó dónde había ocurrido el percance, y le contesté que en Tierra de Campos. Él se echó a reír.

-Donde sueltan a los perros y atan a los gatos -bromeó.

No he tenido un hogar como suelen tener los reyes, pues íbamos de un lado a otro y sin casa propia, como las tribus de gitanos. Por necesidad he usado los palacios de los nobles y clérigos, que eran mis huéspedes y me daban cobijo.

También me he visto obligada a refugiarme en humildes celdas de conventos, aunque las monjas las adornaban para mí con alfombras y cojines. O en castillos medio derruídos, donde algunos tapices colgados hacían de paredes. He recorrido la península en todas direcciones, durmiendo en camastros de aldeas y hasta al raso y a la intemperie. En cuanto al alcázar de Madrid, es muy incómodo y triste. Por eso prefiero parar en las casas de mis vasallos.

-Con razón dicen que es dichosa la golondrina que vive en su nido -suspiré.

Esto me recordó las golondrinas se cobijaban bajo el alero, en el palacio de Guadalajara. Se trata de una construcción muy extensa, y sus alrededores están siempre llenos de excrementos de estos pájaros. No se refugian en los edificios vecinos, aunque también tienen aleros en sus tejados; sólo en éste lo hacen. Moví la cabeza:

-Aunque digan que tener casa propia es gran fastidio, os aseguro que es peor no tenerla, pues un hogar no se paga con dinero. -Lucía se encogió de hombros:

-Señora, donde está el rey está la corte, y vos la llevabais a cuestas...

También el castillo que hay en Guadalajara es de los mejores de España, aunque tampoco es mío. De forma cuadrada, el patio está adornado con leones de piedra. Cada sala tiene veinte cámaras con camas vestidas de brocado, colgaduras y bordados muy ricos; y en sus puertas hay clavos de bronce cincelados de muchas maneras, con escudos y águilas. Allí me suelo guarecer cuando paso.

Beatriz había entrado silenciosamente en la alcoba. Llevaba en un cesto unas cuantas toallas, limpias y planchadas. Las dejó a un lado, y se acomodó frente a mí. Atendió a la conversación, y luego me estuvo recordando que cuando yo era joven solía cabalgar en una mula castaña, sobre una silla guarnecida de plata dorada.

-En las fiestas ibais sobre un paño de carmesí de pelo, vistiendo brial de terciopelo con un capuz de grana, y a veces usabais vestidos moriscos. -Yo sonreí.

-Pero otras veces hacíamos a pie cinco leguas al día, vestidas como las mujeres del pueblo. Y en todas partes hallábamos posada...

-En las arcas llevábamos cojines y mantas -evocó ella. -Sólo en el camino de Santiago abundaban las hosterías, así que normalmente teníamos que ir preparados para improvisar una cama con nuestras sábanas y almohadas. -Asentí con un gesto:

-Dentro de las arquetas iban mantelillos y espejos de metal, junto con los platos, cuchillos y trinchantes de hierro, y los estuches de labor. Además, llevábamos redomas con aceite de azahar, y escobillas para limpiar las ropas...

Me detuve un momento, pensativa, y luego añadí:

-En cada sitio había que improvisar un hogar, ya fuera en el caserón de algún noble o en un convento de frailes... -Ella me interrumpió:

-O en un desmantelado castillo, o en una venta del camino...

-Tan sólo en Guadalupe, los frailes jerónimos me han hospedado siempre como si estuviera en el cielo -afirmé. Mi amiga soltó una risita:

-Por cierto, que en nuestros viajes nunca faltaba un fraile, que bebía a hurtadillas el vino de su bota...

-En cualquier venta nos comíamos un potaje, con buenos bocados y mucho gusto -dije, y Lucía rió alegremente:

-Como que no hay salsa mejor que la buena gana...

Puedo asegurar que me son familiares todos los lugares, paisajes y caminos de España. No olvidaba yo nunca un rostro que veía, tanto entre las gentes de palacio como en cualquier faena campesina. En mis andanzas he descubierto muchas riquezas y miserias, y me he detenido a hablar con todas las gentes de mis reinos.

-Aún recuerdo una terrible epidemia de peste, cuando los ricos huían y se quedaban los

pobres saqueando sus casas -rememoró Juana de Contreras. -Y cuando acudían los médicos era como el socorro de Escalona que, cuando el agua llegaba, ya estaba quemada la villa...

Aquella peste había asolado Madrid, de forma que los vecinos quedaron indefensos a merced de la plaga. Sobre todo se cebó en los vagabundos y gitanos que visitaban la ciudad, extendiendo luego la epidemia.

En el ayuntamiento no podían reunirse en concejo por el peligro de contagio. Las tabernas, más que lugares donde tomar un vaso de vino, servían de albergue a los enfermos. Algunos taberneros se hicieron de oro, pues si no les dejaban aumentar el precio del vino, lo mezclaban con agua.

***

Con el fin de distraer las largas cabalgadas, íbamos las mujeres oyendo a los músicos, inventando vestidos o mirando a los toros en los campos. Una vez, en el trayecto de Medina a Arévalo, era tan asfixiante el calor que un negro de mi servidumbre y dos mozos de espuela se abrasaron de sed, sin que nadie pudiera socorrerlos, por haberse quedado atrás.

-Para festejar la victoria de Toro, fuisteis andando descalza desde el palacio de Tordesillas al monasterio de san Pedro, que está situado a las afueras; cuando llegasteis, os sangraban los pies -intervino María Pacheco.

-Es cierto -sonreí. -Recuerdo que, en aquel tiempo, todas aprendíamos gramática. Por eso decían las gentes: estudia la reina, todos son ahora estudiantes...

Según Fernando, tenía yo un corazón de hombre en cuerpo de mujer, pues visitaba fundaciones y casas donde atendían a locos furiosos, tontos y melancólicos. -Lucía se acordaba muy bien:

-Vimos a varios atados en jaulas con cadenas de hierro, a los que nosotras socorrimos con algunos cuidados. -Juana asintió:

-Uno de ellos comenzaba a rezar en hebreo y terminaba soltando blasfemias en judío. Según nos contaron, no lo habían quemado en la hoguera porque no estaba en sus cabales...

***

En varias ocasiones visité Pontevedra, en tierras de Galicia. Es ciudad muy antigua y grande, con un puerto de mar en donde pescan gran cantidad de sardinas. Después de cabalgar tres leguas se llega a la pequeña villa de Caldas, que tiene aguas calientes y sulfurosas. Partiendo de allí fuimos nosotros a la antiquísima ciudad de Padrón, que en otro tiempo se llamaba Iria.

-Bajo el altar mayor de una iglesia vimos una cavidad en la piedra, donde dicen que descansó el cuerpo de Santiago -comenté. -Nos dijeron que, al dejar el cuerpo sobre la peña, ésta se derritió como la cera -Beatriz entornó la mirada:

-Es cierto. Salimos luego por las orillas del río por donde, según nos contaron, pasó la

nave que trajo sin remeros desde Judea el cuerpo de Santiago...

A cuatro leguas se encuentra la ciudad de Compostela, donde dicen que reposa el cuerpo de Santiago el Mayor.

-Se cree que está enterrado con dos discípulos bajo el altar mayor, aunque nadie ha visto el cuerpo, ni siquiera yo cuando estuve allí hace unos seis años -indiqué.

Se halla la ciudad enmedio de un círculo completo de montañas, fortificada con una muralla muy antigua, y con sólidas torres. Tiene muchos conventos, y actualmente Fernando se ocupa en la reforma de los Agustinos. Su principal iglesia es la de Santiago, que hemos dotado con bellos ornamentos: todos llevan el escudo de Castilla y Aragón, bordado en oro y piedras preciosas.

-He oído que el rey de Francia le ha hecho a esta iglesia numerosos regalos, entre ellos tres enormes campanas -intervino María Pacheco, y yo asentí:

-También donó una cruz adornada con piedras preciosas, que muestran a los peregrinos. Y una Virgen de oro que lleva un Niño en brazos, con una soberbia corona... -Ella movió la cabeza.

-Hay muy poca devoción allí, y es tan grande el griterío del pueblo en la iglesia, que aquello parece una feria...

Cuando estuvimos por última vez llovía a mares, y siguió diluviando durante varios días. Por fin, un domingo, el viento consiguió aclarar el cielo, ahuyentando las nubes y haciendo que luciera el sol.

XXXIX. MIGUEL

Como mi único hijo varón había muerto sin descendencia, correspondía ser mi heredera a Isabel, que era reina de Portugal. Meses después de aquella desgracia celebramos cortes en Toledo: en ellas se reconocía a la infanta como sucesora al trono, desoyendo las reclamaciones de mi yerno Felipe, quien reclamaba sus derechos por su matrimonio con Juana.

Aguardábamos por entonces un pequeño heredero. Salieron Isabel y su esposo desde Lisboa para ser jurados en Castilla, y ella venía encinta, con un gran vientre que la incomodaba. Estaba embarazada de ocho meses y, dado su estado de salud, ello constituía un peligro. Los médicos se lo habían advertido. El nacimiento tuvo lugar en Zaragoza, donde habíamos viajado para celebrar cortes en la ciudad; allí vino al mundo un niño al que llamamos Miguel, por haber nacido el día de ese santo.

Tenía ella un dolor muy fuerte a un lado del muslo, y que había ido creciendo con el embarazo; empezó casi por nada, pero luego se hizo más largo y más agudo. No podía yo imaginar que, no contenta la fortuna con mis desgracias, fallecería Isabel de improviso a poco del alumbramiento.

***

Mis tres damas habían salido, y sólo Beatriz se quedó conmigo. Pronto se le unieron Violante y Catalina de Albión que, como buenas enfermeras, acudían varias veces al día a cambiarme la ropa. Seguimos hablando del tema.

-Dios se la llevó a su gloria con los veinte recién cumplidos -seguí yo diciendo. -Beatriz se había santiguado:

-Murió de parto, y dejó de repoblar el mundo -suspiró. -Recuerdo que de pronto se había quedado muerta, con la matrona al lado ofreciéndole un vaso de leche.

-Tomadla -le dijo, -os hará bien. Y no fue más que incorporarse para coger el vaso cuando el corazón se detuvo.

-Venid por favor, iba a tomar el vaso de leche pero está como muerta -la oímos gemir.

Eran las dos de la mañana. Su esposo se quedó solo, nosotros nos quedamos solos, el recién nacido no se quedó sólo porque yo lo recogí. Y todos dejados de la mano de Dios.

-Ella siempre tuvo el temor de que fallecería en el alumbramiento, y antes de dar a luz

había confesado y recibido los sacramentos -recordó Violante de Albión. -Y es que aquélla que está predestinada, en parto ha de morir... -Su hermana Catalina asintió:

-Empezaba subirle la fiebre. Tenía los pechos turgentes, hinchados y rojos, y ardiendo... Cuando todavía el niño no había salido a la luz, del gran dolor que sintió, se quedó muerta. -Yo no pude evitar un escalofrío.

-El arzobispo de Toledo se hallaba presente cuando ocurrió -suspiré.

Ambas hermanas se acomodaron junto a mí. Catalina siguió rememorando:

-Aquello fue terrible. La dulce princesa Isabel... -Yo había inclinado la cabeza.

-Era tan delicada que no tuvo fuerza para soportarlo, fue como si se hubieran desgarrado sus entrañas -añadí, dolorida. -Tuve que resignarme a no volverla a ver. Por suerte, el arzobispo la confortó en su última hora...

***

Gonzalo regresó en un momento muy triste para mí, cuando acababa de perder a mi hija. Estaba la corte triste y enlutada, y yo lo esperaba con el corazón afligido. Nos alojábamos por entonces en la aljafería de Zaragoza, el antiguo castillo levantado por los sarracenos, que ahora mi esposo está haciendo restaurar. Fernando bajó a buscarlo mientras yo aguardaba, sentada en el trono. Supe después que le había dicho:

-Vamos con la reina, que tiene muchos deseos de veros y se le hace la espera demasiado larga...

Pero al final no tuve paciencia. Me incorporé y, bajando del estrado en que estaba con mis damas, acudí al rellano de la escalera a recibirlo. Allí se hincó Gonzalo de rodillas y me besó las manos.

-Señora, lamento infinito la pérdida de vuestra hija -me dijo, abatido.

No pude contenerme. Lo alcé del suelo, y nos abrazamos delante de mi esposo. Puse las manos en sus hombros y lo miré a los ojos, mientras él buscaba mis manos para besarlas de nuevo.

-Mi Gran capitán...

Después de aquella muerte, era tanta mi pena que caí enferma de peligro. Todavía tiemblo al recordarlo: aquel nuevo golpe me puso al borde de la tumba, pues en poco más de diez meses había perdido al príncipe Juan y a la infanta Isabel, reina de Portugal y princesa de Castilla...

¿Dónde volverme, y cómo remediarme? Quisiera Dios que se cambiara el rumbo de la naturaleza y no tuviéramos las madres que parir a los hijos, sino que el cielo los enviara ya crecidos. Una fiebre abrasadora se apoderó de mí, una sed ardiente me devoró, y pronto me repugnaron los alimentos. Recordé que mi abuela decía:

-Hijos y duelos, viene a ser lo mismo...

***

A Miguel, el infante recién nacido, lo nombramos heredero del trono. Lo era ya de la corona portuguesa, por parte de su padre, y lo fue luego de Aragón y Castilla.

Mi nieto había nacido frágil, aunque gracioso y sonriente; tenía cara de ratoncillo y estaba en su cuna dorada, agitando las manitas húmedas de babas. En cuanto a nuestro yerno, don Manuel de Portugal, se había marchado a su país, dejando al niño con nosotros. Estaba yo enferma en Zaragoza, donde se habían reunido las cortes para reconocerlo como príncipe heredero. Por eso, en cuanto pude valerme, decidimos irnos a Granada para descansar algunos meses. Fernando bromeó tristemente:

-Oficio merdulero, criar a la hija y luego al nieto. -Traté de animarlo:

-Es el niño más guapo que he visto. -Él me contestó, fatigado:

-Una familia numerosa, y ahora él es todo lo que tenemos... -Yo me incliné sobre la cuna.

-Nunca nos abandones -pronuncié en voz baja.

Conforme pasaban los meses, el niño se aferraba a la vida. Al principio lo dejábamos sobre la alfombra, y él tendía sus pequeñas manos, para que lo cogiéramos. De forma inesperada, un día empezó a caminar torpemente. Vigilábamos sus movimientos, y yo lo sujeté enseguida:

-Ven acá, mi amor... -Su abuelo lo miraba, absorto:

-Andas ya muy bien. Ahora tienes que seguir creciendo, haciéndote fuerte y valiente -le dijo con orgullo.

Lo cogí en brazos y él me tiró del pelo, riendo.

-Abuela -dijo con media lengua. Saltó de nuevo al suelo y fue tambaleándose hacia Fernando.

***

Pero no habían pasado tres años cuando un mes de julio, estando nuestra corte nuevamente en Granada, Miguel enfermó. La nodriza irrumpió en mi alcoba, muy alterada.

-Señora, venid enseguida -me dijo.

Noté algo siniestro en su voz, y me esforcé por mantener la calma.

-¿Le ocurre algo a Miguel? -La mujer se detuvo, incapaz de responder.

-Venid, señora -repitió cautamente.

Ella me precedió, y al llegar a la alcoba hizo seña de que me adelantara. No me atrevía a respirar, y avancé silenciosamente.

-¿Qué tienes, mi amor? -dije, aproximándome.

Lo alcé de la cuna y noté que ardía; lo sostuve en brazos y observé sus ojos vidriosos. Al mismo tiempo, advertí un extraño olor en su aliento.

-¡Hay que llamar al doctor, enseguida!-chillé. -Por favor, cuanto antes...

-Ahora mismo, señora -replicó ella, inclinándose.

El médico llegó, y estuvo dando instrucciones. Una sirvienta acercó un barreño de agua fría y otra le tendió unas toallas. Él puso a mi nieto en la cuna y lo fue empapando con el agua helada.

Extrajo luego unas sanguijuelas de un bote, y se las colocó en el pecho. Los animalillos se retorcían, chupando.

-¿Se curará con eso? -pregunté en voz baja.

-Pronto lo veremos -me dijo. -Aguardad fuera, os lo ruego.

Pero la calentura persistía. Cuando volví casi atropello a una sirvienta que me miró, asustada. Cubrí al pequeño con sus ropas, y observé su rostro demacrado.

-Abuelita -gimió.

-Estoy aquí, mi vida -le dije.

-Me duele la cabeza -Yo le acaricié la frente, que ardía.

-Este niño necesita beber...

La sirvienta me alargó un vaso con agua. Me arrodillé junto a Miguel, lo incorporé y le puse el vaso en los labios. Él lo rechazó.

Bebe un poco -le dije al oído.

Catalina de Albión le estuvo dando friegas con alcohol; le refrescó el vientre, luego las piernecillas, y le cambió la ropa húmeda. El niño, mientras tanto, se dejaba hacer.

-Tiene mucha fiebre -dijo ella y cerré los ojos, agotada.

-Ya sé que tiene mucha fiebre -murmuré. -¿Qué vamos a hacer? -Mi nieto abrió los ojos.

-Abuela, no te veo...

-Estoy aquí, ángel mío. No me iré de tu lado.

Todos permanecían de pie, y guardaban silencio. Me apoyé en la cuna, y así estuve un buen rato, hasta que me pareció que se dormía. Poco después, noté que una mano se apoyaba en mi hombro.

-Ah, Fernando, sois vos. -Él habló en voz muy baja:

-Venid conmigo, Isabel.

De pronto, fui consciente de lo que acababa de ocurrir: había muerto Miguel, el heredero al trono, en quien estaban puestas todas las esperanzas. Se me hizo salir a la fuerza, mientras lo amortajaban.

-¡Llevadme a su lado! ¡Tengo que verlo por última vez!

Dos horas después me dejaron ver a mi ángel, que yacía en un blanco ataúd, junto a una montaña de flores.

***

Su muerte nos abatió profundamente a los abuelos. Disimulamos lo mejor que pudimos y, aunque nos veíamos incapaces de soportar tantas desgracias, nos mostrábamos en público con el rostro sereno, aunque todos adivinaban nuestro pesar.

En el entierro de Miguel nos acometió a todos un extraño vértigo. Muchos hombres se arrancaban los cabellos y barbas, mientras las mujeres y los niños se daban bofetadas en la cara, pegaban con sus cabezas en las esquinas del catafalco, y se arañaban el rostro hasta hacerlo sangrar. Todo el mundo andaba rapado, los hombres con sacos de forraje encima y las mujeres con las faldas del revés, yendo muchos vestidos de estameña.

Desde entonces, aunque digan que no hay mal sin consuelo y que un dolor alivia a otro, se ha arruinado mi salud. Demasiada fortaleza he tenido para sufrir la muerte de mis hijos, dos yernos y dos nietos.

En mis sueños me parece verlo metido en su blanco ataúd, tirado por dos caballos blancos y atravesando la alameda, donde los otros niños juegan al corro...

XL. JUANA

Juana tuvo desde su infancia un carácter tan raro y melancólico que ni siquiera jugaba con los niños de su edad. Fernando solía bromear a su costa:

-Llueve o relampaguea, o nuestra moza se mea -reía.

-Era la preferida de todas nosotras, que la animábamos a que bailara -me dijo Beatriz. Yo le contesté, pensativa:

-Pocas veces bailaba, pues era su carácter brusco y difícil, muy alegre a ratos y otros melancólico. Hablaba poco, y trabajaba menos. Según decía mi madre, era como la preñada de Loja, que cuanto veía se le antojaba. -Ella sonrió.

-Es verdad. Era si culo veo, culo quiero...con perdón.

Mientras sus hermanas estaban jugando, ella cogía un pedrusco y se sentaba en un escalón, llevando la falda recogida con un puñado de almendrucos dentro. Estiraba la falda y las almendras se esparcían, luego las iba golpeando una a una. Sacaba el almendruco y le despegaba la piel.

-Está muy tierno, y tiene muy buen sabor -me ofrecía.

También le gustaban los piñones, cuando estaban maduros. Metía el filo de una navajilla por la hendedura del piñón, y la cáscara se dividía en dos.

-Cuando vayamos a Valladolid, tenemos que comprarlos -decía. -Son los mejores que he comido...

Beatriz estaba bordando a mi lado; soltó la labor y se volvió a mirarme. Le dije, agradecida:

-Cuando Fernando y yo estábamos luchando, nuestras hijas quedaban a tu cuidado. Juana aprendió contigo todas las labores del hogar. -Ella asintió.

-Cosía y bordaba con mucha habilidad. Siempre se creyó la menos bonita, aunque yo la veía muy hermosa y trataba de convencerla:

-Tenéis un rostro ovalado muy fino, ojos hermosos y el cabello abundante y castaño, lo que os hace muy atractiva -solía decirle.

-Eso es cierto -afirmé. -Y cuando creció, me recordaba tanto a la madre de Fernando que

en broma la suelo llamar suegra. -Beatriz prosiguió:

-Es la más inteligente y culta. A los quince años hablaba de corrido el francés y el latín. -Yo estaba de acuerdo:

-Sabe música y toca muchos instrumentos: el clavicordio, el órgano, la vihuela... También le gusta la lectura.

-Es porque le pusisteis a mano una gran biblioteca. Recuerdo que había en ella obras de Virgilio, Tito Livio y Séneca, junto con los cuentos de Boccaccio y varias novelas. Yo también las devoraba -confesó Beatriz.

-Es cierto -rememoré. Siempre tuve afición a leer, más que mi marido, y procuré transmitírsela a mis hijos. Les facilitaba toda clase de libros, entre ellos obras de poetas del tiempo de mi padre, como Juan de Mena. -Me quedé pensativa un momento. -También Juan Álvarez Gato, mi actual mayordomo, es un gran poeta -le dije.

Le estuve contando que Juan descendía de uno de los primeros conquistadores de Madrid. Mi padre lo tuvo en mucha estima, y también sirvió a mi hermano Enrique. Aunque era converso, quise yo traerlo a mi lado. Casó con una noble dama madrileña, perteneciente a uno de los principales linajes de la villa, doña Aldonza de Luzón.

-Su antepasado, sin temer la defensa que hacían los moros desde las murallas, subió con tanta ligereza por una de ellas que los del real empezaron a decir que parecía un gato. A él le deben los madrileños su apodo -añadí, sonriendo.

Seguí pensando en Juana. Sobre todo, le gustaban las leyendas relacionadas con las sagradas escrituras.

-Sin ser tan religiosa como sus hermanas, dormía a veces en el suelo o se flagelaba, imitando las vidas de los santos -le dije a Beatriz. -Como es lógico, siempre procuré frenar esas tendencias. -Ella asintió:

-Hacíais muy bien. Para una niña, no eran sanas.

Pensaba ella que todas las criadas que la servían eran brujas. Aseguraba que el diablo daba golpes en sus puertas y ventanas.

-Por la noche las acompaña en la cocina y allí quiebra ollas, platos y escudillas -se quejaba. -Las enseña a congelar las nubes, y a traer a los hombres en un instante desde tierras lejanas -decía, convencida.

Recordándolo, moví la cabeza:

-Se pensó muy en serio si Juana misma no estaría embrujada. -Mi amiga afirmó con un gesto:

-Recuerdo que, desde jovencita, le gustaban los hombres y se asomaba a la ventana por ver si llegaba algún caballero. Y os decía, medio en broma: -*Casadme, padres, que me arde el cuerpo...* -Yo suspiré:

-Fue la segunda en contraer matrimonio, después de Isabel y al mismo tiempo que Juan -le dije, y ella se puso seria:

-Dicen que el día que te casas, o sanas o empiezas a enfermar...

***

Pasando el tiempo, se había convertido Juana en una jovencita muy bella, de ojos verdes y rasgados. Tenía las pestañas largas, una dentadura perfecta, y mostraba en sus modales una graciosa distinción.

-Juana, querida, habéis crecido mucho -le dijo un día su padre. -Creo que habrá que buscaros un buen marido.

Ella se mostró confusa primero, y luego ilusionada.

-¡Yo también lo creo! -exclamó.

-Debemos concertar su matrimonio con el archiduque de Austria, Felipe el Hermoso -me dijo más tarde Fernando. -Ello hará, entre otras cosas, que podamos aislar a los franceses del resto de Europa.

Se trataba del hermano de nuestra nuera Margarita. Era hijo como ella de Maximiliano, emperador de Austria y Alemania, y de su difunta mujer, María de Borgoña.

-Según dicen es el joven más hermoso del mundo -añadió mi marido, y yo sonreí:

-El amor entra por los ojos...

-Eso es cierto -contestó él. -Aunque hay algo que me preocupa, y es que se rumorea que tiene muy mala intención.

Se detuvo un momento, y añadió, pensativo:

-Juana tendrá que tomar lecciones de inglés. -Yo, que había estado leyendo, dejé el libro a un lado, y observé:

-No necesitará hablar inglés, allí donde va...

Durante un tiempo le estuvimos preparando el ajuar, y mi tesorero sabe bien que gasté en él muchas onzas de oro. Sólo en camisas, le dí más de doscientas: las tenía bordadas en plata y otras en sedas de colores con florecillas, ramitos y hojas. Le preparamos una pequeña corte de damas distinguidas y de noble linaje, y le asignamos una doncella de su edad, llamada Beatriz de Mendoza, para que la ayudara en todo.

La acompañaba otra Beatriz, muy querida de ella; era hija de Beatriz de Bobadilla, y muy agraciada, como todas las que viajaron a Flandes en su compañía.

Hasta Castilla había llegado la fama de galán que tenía su futuro marido, de forma que todas las señoras la felicitaban y le gastaban bromas sobre su buena suerte, por causa de aquella boda tan bien concertada.

Ella vivía como en un sueño, siendo la envidia de todas las damas de la corte, que no se

cansaban de decirle que iba a unirse al príncipe más agraciado de Europa.

-Tiene fama además de ser un excelente jinete, un brillante conversador y un diestro bailarín -le aseguraban.

***

Dicen que los hijos casados traen los duelos doblados, y yo no supe más de duelos que cuando casé a los míos. No podía yo imaginar que estos amores, iniciados bajo tan buenos auspicios, fueran a acabar de forma tan desgraciada.

Por fin, Juana iba a salir de España para desposarse en Flandes. Como estábamos en guerra con Francia, era imposible que viajara por tierra.

-Habrá que prevenir un posible ataque de los franceses -me había advertido mi esposo.

Así que organizamos su viaje por mar. Aparejamos una gran flota, que la conduciría a su futuro país y traería de vuelta a la princesa Margarita, para casarse con Juan. No montamos ninguna ceremonia triunfal, fiestas ni grandes luminarias; el propio Fernando estaba lejos, ocupado en otras tareas de estado.

Quería yo pasar las últimas horas con mi hija, en la nave que había de llevarla a su nuevo destino, y le envié un mensaje a Gonzalo de Córdoba.

-Dentro de poco, acompañaré yo a Laredo a mi hija Juana que va a embarcarse rumbo a Flandes, para encontrarse con su futuro marido -le hice saber.

En efecto, la seguí hasta el puerto de Laredo, donde nos aguardaba Gonzalo. Al llegar vimos que la mar estaba muy brava, y el oleaje golpeaba con fuerza en las rocas. Después de saludarnos, él mostró su preocupación:

-Creo que la princesa debe aguardar a que amaine la tormenta -indicó. Juana no ocultó su disgusto.

-¡Qué fastidio, tener que esperar! -Gonzalo se inclinó ante ella.

-Lo siento. Me temo que no podréis embarcar todavía. -Ella lo observó con enfado.

-Os ordeno que me subáis a bordo -insistió con tozudez.

En cuanto supo que la nave podía partir, embarcó la primera. El barco entero estaba cubierto de flores y, desde algunos navíos, las damas y caballeros la aclamaban, enmedio de la música. Gonzalo me ayudó a subir en la barca; luego, los remeros nos acercaron lentamente.

-¿Estáis bien? -Asentí.

-Muy bien, os estoy muy agradecida.

Se acomodó a mi lado, y fuimos juntos hasta la galera; allí me dejó a solas con mi hija, y estuve un buen rato hablando con ella. Más tarde volví a tierra en una lancha; pero no se pudo atracar por los muchos remolinos que hacía la resaca.

-Es preciso desembarcarla en brazos -dijo alguien.

Él se adelantó, pareciéndole desacato que me rozaran las manos de algún marinero.

-A la reina no puede tocarla ninguno de éstos -se opuso.

Con esta excusa se metió en el agua hasta el pecho, y saltó a mi barca. Iba a cuerpo, vestido con un sayo de brocado y terciopelo carmesí.

-Si no tenéis inconveniente, señora, cabalgaréis sobre mi espalda -me dijo.

Sin aguardar respuesta, a la vista de todos me subió a caballo para sacarme a tierra. No tardaron en correr las habladurías:

-Volvió a tierra a hombros el Gran capitán -decía la gente.

-¿Es posible?

-Os juro que es la pura verdad. Y con muchas voces y risas de ambos...

Pronto, en toda Castilla se comentaba que la reina había ido sobre los hombros de Gonzalo, y lo que nos divertimos con ello.

La flota que llevaba a mi hija era de ciento veinte barcos y quince mil hombres; en muchas semanas no llegaron noticias de ellos y pasé una gran incertidumbre, pues estaba la mar muy agitada.

Por fin supimos que habían arribado a su destino con no pocas averías, tanto en los barcos como en el séquito, por las muchas fatigas que padecieron en aquella navegación tan azarosa.

-El mar estaba alborotado, y la flota tuvo dificultades a causa del viento -me explicó mi esposo. -No zozobraron de milagro, porque llevaban marinos expertos.

Al cabo de algún tiempo, como no recibía noticias de Juana, me mostré preocupada:

-Había prometido escribirme a menudo, a ser posible todas las semanas -le dije a Fernando. -Lo ha olvidado demasiado pronto... -suspiré.

Recuerdo que aquel mismo año, en el mes de diciembre, el papa Borgia expidió una bula en que le concedía a mi marido el título de rey Católico.

XLI. SEGURIDAD EN CASTILLA

Al principio de nuestro matrimonio, Fernando alegaba que yo como mujer no podría gobernar. Pensaba, como muchos hombres, que las mujeres sólo sirven para dar a luz, y para complacerlos a ellos.

Yo, en cambio, creía que el cielo da el gobierno a quien quiere. Así que, utilizando aquella opinión en su contra, le dije:

-No tenemos hasta ahora más que una hija, Isabel. ¿Os gustaría que, por no ser varón, viniera algún heredero secundario de la corona de Castilla, y le quitara el trono?

Oyéndome tuvo que ceder, sin que se tratara más el asunto. Desde entonces decidimos que reinaríamos unidos, apareciendo ambos sin distinción en las monedas. Ahora se disgusta por lo mucho que se me elogia en asuntos de gobierno, pues tuve bastante con cuarenta meses para cambiar Castilla.

-Habéis de reconocer que al final se hace lo que vos queréis -rió mi prima Clara.

Ella había venido a la corte a recoger los mil florines que yo le había prometido hacía tiempo, y decidió quedarse un mes para acompañarme. Luego el mes se convirtió en un año, y aquí sigue conmigo.

-¿Tú crees? -pregunté sonriendo. Ella asintió, convencida:

-Algunos dicen que vos sois el rey, y él sólo un servidor, pues no hace otra cosa que cumplir vuestros mandatos. Y, además, que los nobles os temen más que a él.

-¿Eso dicen? -reí.

-Como lo oís, querida prima. Además, comentan que él no puede despachar su correspondencia sin vuestro permiso. Que leéis todas sus cartas, y si encontráis algo que no os gusta, las despedazáis en su presencia.

-Pues mira, es verdad -admití. -Él no puede hacer nada en Castilla sin permiso mío, así lo decidimos hace mucho tiempo. Nunca renuncié a mis derechos, pues era reina propietaria, y no podía consentir quedar relegada al papel de consorte. -Me detuve un momento, y añadí: -También asumí mis deberes: aunque estaba encinta cuando empezó la guerra contra Portugal, cabalgué sin descanso para conseguir dinero y ayudas.

Mi antigua maestra, Beatriz Galindo, estaba sentada leyendo junto a la chimenea. Nos

observó un momento.

-Tomasteis prestados de las iglesias los objetos de plata, y mandasteis fundirlos -me dijo, y yo asentí.

-Con el producto que saqué hice reforzar las almenas, comprobar los puentes levadizos y abrir nuevos fosos. No gasté nada en mi persona.

-En cambio, algunos caballeros acudían al campo de batalla cargados de joyas y de ricos vestidos...

-Es cierto -afirmé. -Y por eso los mandé requisar, para cubrir los gastos de la guerra. De esa forma pude armar a mis soldados para someter al enemigo. -Clara intervino de nuevo:

-Recuerdo que al duque de Medina Sidonia lo obligasteis a ceder las fortalezas que tenía ocupadas, ¿no fue así?

-Así fue -le dije. -Y a los que resistían les poníamos sitio hasta que se entregaban. Algunos fueron juzgados, y condenados a la horca si habían cometido algún crimen.

Era necesario por entonces controlar todas las fortalezas rebeldes, pues servían de guarida a los forajidos que robaban en sus alrededores. Ni las tierras podían labrarse ni los caminos recorrerse; los habitantes de las aldeas tenían tanto miedo que las abandonaban y las dejaban despobladas. Por eso, mi marido les prohibió a los gitanos que anduvieran errantes, pues de esa forma podían escapar a la acción de la ley.

-Lo hallamos todo tan desbaratado, que a todo tuvimos que acudir -proseguí. -En las ciudades y pueblos de España había tantos ladrones y asesinos que ningún hombre podía defenderse, ni tener seguras a sus mujeres y a sus hijas. -Clara me dio la razón:

-Es cierto. Les daba igual que fueran casadas, vírgenes o monjas, pues lo mismo forzaban a sus parientas más cercanas...

-Otros salteaban a los mercaderes y caminantes que iban a las ferias, y los mataban cruelmente -terció Beatriz. -Los más atrevidos llegaban a ocupar las tierras y fortalezas de la corona; luego, desde allí saqueaban tanto los ganados como los demás bienes.

-También cautivaban a muchos -recordé. -Y pedían a sus familiares rescates más altos que si los hubieran tomado lo moros...

Traté yo con mis procuradores de crear una liga ciudadana para imponer la paz y el orden, en especial en el campo, donde abundaban los delitos. A todos mis súbditos honrados les rogué que colaboraran, y lo conseguí. De esta forma, contando con su ayuda, aproveché la antigua Santa Hermandad, organizándola a mi manera y dándole poder de castigar con severas penas a los delincuentes.

-Ordené que cada cien vecinos de todas las ciudades, lugares y villas mantuvieran a un hombre de a caballo, que estaría a las órdenes de un capitán -añadí.

Establecimos la primera Hermandad en Burgos; luego en las villas de Castilla y Aragón,

de donde se extendieron a Galicia, Toledo y a toda Andalucía. Desde entonces, sus cuadrilleros protegen de los salteadores las casas y campos, guardando la honra de las mujeres y sus hijas.

-Cierto es que ahora los caminos están más seguros -admitió mi prima. -Las fortalezas no tienen que cerrarse a piedra y lodo, pues nadie se atreve a robarlas.

He pretendido ser justiciera, aunque me tacharan de inflexible; de esta forma traté de acabar con los abusos de otros tiempos, cuando mi hermano Enrique ocupaba el trono de Castilla.

-Prefiero que algunos me aborrezcan, con tal que me respeten -suspiré.

Por entonces hubo que enviar comisionados a Galicia para que hicieran cumplir mis órdenes. Y, como muchos no las obedecían, más de cuarenta fortalezas rebeldes fueron arrasadas hasta los cimientos para destruir el poder de los caballeros bandidos.

-Tuve que mandar que ajusticiaran a los principales ladrones y homicidas -recordé con disgusto. -De todas formas, aunque castigamos a muchos, cientos de ellos lograron huir a Portugal.

Durante mi reinado he tenido que castigar los crímenes y corrupciones que habían consentido mi padre y mi hermano. Sabido es que en su tiempo la justicia era pésima, y estaban pervertidos los procuradores y abogados. Para remediarlo creé doctores en derecho, pagados por la Diputación, a los que prohibí que recibieran regalo alguno.

En sólo un año, ellos resolvieron más asuntos de los que antes despachaban en veinte. En ocasiones los he puesto a prueba, por ver si aceptaban obsequios o dinero, y nunca he podido comprobar que lo hicieran.

También en Andalucía se dictaron graves sentencias contra toda clase de abusos, de forma que los nobles me rogaron que templara mi mano, pues los espantaba mi rigor. Así, mientras algunos me acusaban de ser dura y fría, otros me tenían por fuerte y discreta...

***

El padre de Fernando murió en Barcelona a la edad de ochenta y un años, que fueron muchos si se considera la ajetreada vida que llevó. He de reconocer que mi suegro nos adoraba a todos.

Por entonces, como mi esposo se había ido a Aragón a tomar posesión del reino, me quedé sola para hacer frente a la guerra de Portugal. Pasé en Extremadura los meses de aquel tórrido verano, organizando cercos al tiempo que negociaba con el enemigo. Con gran trabajo cabalgaba todo el día, desde el amanecer hasta muy entrada la noche. Logré así acabar la guerra, pues desbaratamos a los portugueses y los obligamos a huir, junto con su rey.

-Muchos de sus soldados se han lanzado al Duero, pensando huir a nado -me informaron. -Entre los que murieron en la lucha y los que se ahogaron en el río, fallecieron más de tres mil. Hemos conseguido prisioneros, armas y caballos, así como una gran cantidad de oro...

Mandé yo llevar a Toledo las banderas que se tomaron, y siguen allí, dando memoria de lo sucedido. Después de cinco años de lucha, un mes de octubre firmamos la paz con Portugal. Su rey renunció al reino de Castilla y a realizar la boda prevista con su sobrina, Juana la Beltraneja.

-Se os brinda una favorable situación -le dije a ella. -Podéis ser abadesa en Guadalajara, y conservaréis muchos de vuestros privilegios.

-¿Y qué recibiré a cambio? No pienso acceder, por nada del mundo...

Varios años después le dimos a escoger entre casarse con mi hijo cuando tuviera edad, o entrar de monja en un convento. Ella cedió por fin, enclaustrándose en el monasterio de santa Clara de Coimbra donde, según me han dicho, ha roto varias veces la clausura para marchar a la corte.

-La hija de mi hermano no ha dejado nunca de firmar como reina de Castilla -le dije a Clara, que se había sentado a mi lado. Ella afirmó con un gesto:

-Lo sé. Por eso, para más seguridad, prometisteis a vuestra hija Isabel con don Alfonso, hijo del rey de Portugal... -Yo me eché a reír.

-Eres muy aguda, querida.

XLII. FLANDES

El primer desengaño que tuvo mi hija Juana fue que su prometido no acudiera a esperarla; durante más de un mes, tuvo que viajar sola.

En el camino se agolpaban las gentes para verla pasar, de forma que en ocasiones tuvo que bajar del carruaje y montar sobre una mula ricamente enjaezada, para que todos pudieran verla, mientras que el almirante Enríquez no se separaba de ella.

Recibía Juana las aclamaciones con gran sencillez, y aunque corría la noticia de su encanto y belleza no se engreía, dirigiéndose con agradecimiento a cuantos salían a recibirla. Tuvo que hacer su entrada en Amberes cabalgando sobre la mula, pues no cesaban de aclamarla. Con todo, aunque los caballeros del cortejo debían turnarse por estar rendidos, ella no mostraba ninguna fatiga.

-En Amberes se sintió enferma, viéndose obligada a guardar cama -me comunicaron. -Por fin, a mediados de octubre se produjo el encuentro entre ellos.

Apenas hubo presentaciones entre damas y caballeros, mostrándose el novio en extremo encantador. Aquélla debió de ser una de las pocas ocasiones en que Felipe estuvo con ella sencillo y afable.

-No consintió que Juana le hiciera ninguna reverencia -me dijo Fernando. -Tanto se han agradado los novios, y tanto se encendió su deseo, que han adelantado la boda quince días.

Con esto me quedé tranquila pues, aunque sabía que Juana no había estado muy bien de salud, al parecer ya la había recobrado.

-Fue la princesa quien no quiso esperar -comentaron los embajadores, y el obispo afirmó:

-Conociéndola, no me extraña. Al parecer, mandaron llamar al primer sacerdote que encontraron, para que los uniera a toda prisa, al objeto de consumar el matrimonio aquella misma tarde. -Yo traté de disculparla:

-Pero tengo entendido que celebraron después la ceremonia con gran solemnidad...

Fernando comentó, muy serio:

-Más que un marido pactado, ha visto Juana en Felipe al hombre que siempre deseó. A ella sólo parece interesarle el débito carnal...

Mientras lo aguardaba, ella gastaba bromas y cuidaba de acicalarse, entre las risas de las

damas que, como flamencas, eran muy dadas a los amoríos. Según parece, aunque todavía no fuera reina de Castilla, la acosaban ya sus cortesanos pidiéndole rentas, para cuando lo fuera.

-Y su marido no se queda atrás -me dijeron.

***

Desde el principio supimos que era Felipe vanidoso, superficial y enamoradizo.

-Pronto se ha cansado del pan de su casa -me dijo Fernando. -Ahora va de banquete en banquete, y de dama en dama. Y ella, que es tan celosa...

Me dolió escuchar su versión. Pues, aunque haya sido yo celosa a mi manera, he terminado por curarme. Pero ella nunca sanará, y temo que los celos van a acabar con su salud.

Cierto es que, al poco tiempo de casada, se presentó la enfermedad que marcaría su vida. No obstante, según me dijeron, estaba por entonces muy hermosa y gentil; de las muchas ropas que yo le regalé, lo que más usaba al parecer era un sayo morisco de terciopelo, bordado con tres mil piezas de oro.

-Dice el embajador que enseguida se ha quedado preñada, y da gusto verla -me informó mi esposo.

Pero muy pronto me llegaron otras noticias: Juana estaba tan desquiciada que había abandonado sus obligaciones en la corte. Al parecer, se había rodeado de disolutos monjes franceses; no cumplía sus deberes religiosos ni pagaba a la servidumbre, reteniendo su salario durante meses.

Mandé a un prior de mi confianza para saber la verdad, y él me relató con detalle las infidelidades de Felipe.

-Vuestra hija anda taciturna, recelosa y de mal humor, porque se siente vigilada, y rodeada de espías -me dijo. -Poco a poco, la princesa ha ido mostrando un ceño cada vez más adusto, y un aspecto muy desaliñado.

-¿Es posible? No lo puedo creer.

-Sí, señora, pues anda ya sin ningún arreglo, y atormentada por los celos. No sabe que la mujer compuesta quita a su marido de otras...

-Además, que en cuanto se casó se quedó encinta -traté de disculparla.

Quería yo que mis enviados de confianza me informaran de todo, así lo bueno como lo malo, pero ella no accedía a recibirlos. Supe que dependía para sus gastos del despensero de Felipe, que le administraba el dinero en forma desastrosa.

-Por ese motivo no paga ella a sus criados -me dijeron.

Así que mi hija no hacía más que llorar, al verse lejos de nosotros y abandonada por su esposo.

-Se ocupa él tan sólo de danzar con otras mujeres, así como de los torneos, la caza y el juego de pelota, sin hacer caso de sus quejas y necesidades...

Le había yo enviado pajes y mayordomos castellanos, pero su marido los sustituyó por otros flamencos, y eso la enfureció:

-¡Esos hombres me han protegido desde niña! ¡No tenéis derecho a apartarlos de mí!

-Perdonad, pero ya lo he hecho -replicó Felipe con frialdad.

Al fin, mi hija consiguió hacerme llegar a un mensajero con una carta: en ella me relataba sus desgracias, sin saber que ya las conocía.

***

Del primer alumbramiento de Juana nació una niña a la que llamaron Leonor. Después de parir quedó ella muy sana y alegre, hasta el punto de que no parecía haber estado nunca tan mal dispuesta y descuidada. Tan fuerte se encontraba que quiso amamantar a su hija, cosa que ha hecho también con los demás.

-Es tal la abundancia de su leche que, de no alimentar a la niña de forma natural, es incapaz de sufrir el dolor en sus pechos -nos dijo el obispo. -Don Felipe está muy orgulloso de ello, hasta el punto de llamar a las damas de la corte, y hasta algunos caballeros, para que la observen. Yo mismo lo puedo asegurar, porque la he visto.

-También a mí me enorgullece -le dije con sinceridad.

-Por su propia voluntad confesó y volvió a la práctica de la religión, cosa que antes no hacía, pues tenía el corazón endurecido y vacío de piedad -me informó, satisfecho.

Me dijo que Felipe, por mediación de sus vicarios reales, había concertado matrimonios entre los nobles de su corte y las doncellas más adineradas que acompañaron a mi hija.

-Ha convenido con ellos que un tercio de su dote habrá de ir a parar al tesoro real -agregó.

Al parecer, la hija de Beatriz de Bobadilla le había confesado a Juana que estaba enamorada de un joven castellano.

-Os ruego que me dejéis volver a España, pues quiero casarme con él -le dijo.

Así lo ha hecho y, aunque ella es hija de los marqueses de Moya, el novio no le va a la zaga en lo que a alcurnia se refiere.

***

Quince meses después de dar a luz a la pequeña Leonor, a mi hija le nació en Gante un hijo varón; lo bautizaron con el nombre de Carlos y, con el tiempo, este infante ha de ser mi heredero. Según me han dicho, vino al mundo en un retrete del palacio.

-Mi hija ha heredado de mí una gran facilidad en sus partos -dije, cuando lo supe.

De nuevo, Juana había caído en sus crisis de celos. Asistía por ello a una fiesta en la corte y, al parecer, de madrugada sintió los primeros dolores.

-Tan aprisa venía la criatura que tuvo que correr hacia la letrina más cercana, donde dio a luz al niño entre suciedades y excrementos -me dijeron.

Tuvo después otro embarazo del que nació mi nieta Isabel y, en cada gestación, su mente desvariaba más y más. Cuando se ausenta su esposo, cae en una apatía tan grande que pasa las noches enteras reclinada en un almohadón, con la mirada vacía.

-He oído que desde el nacimiento de Leonor ha dejado Felipe de prestarle atención, y anda siempre entendiéndose con otras mujeres -me dijo Fernando. -Juana sabe que le es infiel, pero se muestra tan obsesa que no quiere más que yacer con él en la cama -Yo moví la cabeza:

-Y pariendo un hijo tras otro... -suspiré.

***

Al fallecer mi nieto Miguel, tanto Juana como su marido se habían titulado herederos y sucesores en Castilla y Aragón. Ya había nacido en Gante el pequeño Carlos, y les pedí que lo trajeran conmigo.

-No quiere Felipe venir a Castilla, y ha ordenado que se aplazara el viaje -me informaron. -Dice que son nuestras tierras ásperas, con malos caminos y posadas peores, y él no puede prescindir de sus comodidades y su buena cocina.

Dijo además que era imposible traer al príncipe Carlos, que aún no contaba el año de edad. Pienso yo que se trataba de falta de dineros, pues tenían ellos que negociar con las provincias ricas, y eso les llevaba su tiempo. Así que aguardaron en Flandes el nacimiento de Isabel, viniendo luego sin ninguna prisa.

-En octubre, los archiduques se pondrán en camino -nos comunicó el embajador.

Leonor tenía tres años entonces, Carlos dieciocho meses, y la pequeña Isabel tenía tres. Fueron hacia París, y salió tanta gente a verlos que de la apretura que hubo se ahogaron algunos en la calle.

Después de descansar allí, fueron acogidos en Blois por el rey de Francia. A la entrada del castillo, cerca de París, cientos de arqueros y piqueros suizos los recibieron presentando sus armas. Al encontrarse con el rey se abrazaron, como indicaba el protocolo.

El maestro de ceremonias ya le había advertido a mi hija que el rey la besaría como bienvenida, pero al llegar ese momento ella retrocedió asustada y salió corriendo de la recepción.

-El rey francés los agasajó durante ocho días con cacerías y fiestas -nos dijeron. -Comenzaron los festejos con justas, torneos y saraos de todas clases: hubo danzas al estilo alemán, donde los franceses y los borgoñones rivalizaban en sus trajes y alhajas. No faltaron los juegos de pelota, pues el rey francés se había informado bien de los gustos de su huésped.

Después, en una fiesta religiosa, le dijeron a Juana que la reina de Francia le entregaría

unas monedas, para que las dejara como limosna en el cepillo de la iglesia. Pero ella lo interpretó como una humillación y se negó a hacerlo, por mucho que la quisieron convencer.

-La reina se disgustó tanto que Felipe tuvo que apresurar la partida, y han tomado ya el camino de España -me dijo Fernando.

Hubo que acondicionar toda la ruta que seguirían, ensanchar los caminos y afianzar los puentes, pues iban a atravesarlos con más de cien pesados carromatos. Desde varias leguas a la redonda, las gentes acudían a contemplar el espectáculo.

-Jamás se ha visto nada igual, con el doble cortejo de los nobles flamencos que acompañan a Felipe, y el castellano que sigue a doña Juana -decían.

Al pie de los Pirineos tuvieron que descargar todo el equipaje que llevaban con ellos, y devolver los cien carros a Flandes. En su lugar, una reata de mulas vizcaínas cargó con los pesados fardos.

Hacía más de cinco años que nuestra hija había dejado Castilla. La primera parada que hicieron en España fue en Fuenterrabía, donde se alojaron en un castillo frente al mar.

Gutierre de Cárdenas y el conde de Miranda, acompañados de otros caballeros, fueron allí para dar la bienvenida a los recién llegados. A partir de ese momento, los flamencos empezaron a notar las diferencias entre sus costumbres y las nuestras.

-Ya en su recibimiento les extrañó que las damas brillaran por ausencia, y que el saludo fuera acompañado de reverencias y beso en la mano -me confesó más tarde Miranda. -Además, no comprendían que el torneo típico español se realizara con picas y lanzas...

Los holandeses admiraban el talle de las españolas y sus rostros ovalados, pues las flamencas abundaban en carnes; se provocaron no pocos enredos, y aquel cortejo se convirtió en una ocasión para encontrar marido. Un joven que venía en el séquito, hijo bastardo de un conde holandés, causó la admiración de muchas damas:

-No es mal parecido -decían. -Tiene fama de ser un diestro espadachín, y es buen conversador. Sólo tiene un defecto, que no sabe hasta dónde puede llegar...

Por fin, a primeros de marzo, la comitiva entró en Vitoria; ocho días después viajaban a Burgos, haciendo jornadas pequeñas en torno a dos leguas y media, pues los caminos no permitían mayores empresas. A últimos de marzo pudieron llegar a Madrid, donde en esas fechas se celebraba la semana santa. Pero, estando en plenas fiestas, supimos la muerte del príncipe Arturo de Inglaterra, marido de nuestra hija Catalina.

***

Siempre que en Madrid se aguarda a personas reales, los vecinos sacan de los baúles sus mejores galas para lucirlas en la ocasión. Yo, que estaba en Toledo, había ordenado que salieran todos a recibirlos, y que no vistieran de luto.

Acordamos que para la entrada se empedrara el centro de la ciudad, y retribuimos

cumplidamente al regidor para que los recibiera con palios de brocado. Entraron por la puerta de Guadalajara; para llegar a ella había que pasar antes la del Sol, y el primer tramo de la calle Mayor.

-Los nobles y los grandes señores están casi siempre ausentes de Madrid -le dije a Fernando, preocupada. -Raras veces se dejan ver allí, pues viven en sus heredades fuera de la ciudad, vigilando sus tierras y castillos

-Ya han sido avisados por el Concejo, para que con su presencia den mayor lucidez a los festejos -me contestó él.

Cuando llegaron Juana y Felipe, todos los caballeros se hallaban presentes, y las damas asomadas a los balcones de las casas. La fiesta debía ser de mucha gente a caballo, y ordenamos que todos vistieran ropas de colores, para que pareciera mayor la alegría.

-Les han hecho un gran recibimiento -me dijo Fernando.

Acudieron también los pecheros: constituyen la mayoría de la población madrileña, y pertenecen a ella desde los ricos mercaderes, bachilleres y licenciados, hasta los alarifes y artesanos. En estas ocasiones salen con sus lanzas todos los oficios de la villa.

-No obstante, no permitiremos los juegos, por causa del luto que tenemos -le dije yo a mi esposo, y él no pareció muy convencido:

-¿No será porque sabéis que en Flandes los hacen mejores, y no queréis quedar mal ante nuestro yerno? -sugirió con franqueza.

Aún así, mi esposo mandó que se corrieran varios toros. No sabía que a ellos no les agradaban las corridas de toros, ni las procesiones, ni los autos de fe. Felipe estaba de muy mal humor: Juana se hallaba de nuevo encinta y él no encontraba a las damas españolas tan complacientes como a las flamencas.

La fiesta se celebró junto a la ermita de Atocha, en el lugar tradicional del mercado; hay allí extensas huertas y viñedos, y en estas ocasiones acuden muchos comerciantes y artesanos. Cerca tiene sus enormes casas de mayorazgo Francisco Ramírez, el esposo de Beatriz Galindo, que es también nuestro secretario.

Su familia alcanzó notoriedad en los tiempos de la dominación musulmana, de la mano de García Ramírez, el defensor de la imagen de nuestra Señora de Atocha. Luego, en las campañas contra los últimos moros de Andalucía, fue él quien estuvo al mando de las bombardas, cerbatanas y otros artefactos.

Por aquellos días, animé a mis hijos a que visitaran el hospital de La Latina, recién construido por Beatriz en solares de su marido; hecho esto, se dirigieron a Toledo, donde aguardábamos nosotros.

***

En una aldea muy próxima, en Olía, Felipe enfermó de sarampión y tuvo que permanecer

encamado varios días.

El doctor Parra, médico de la corte, le hizo ver a Juana que no le convenía estar tan cerca de dolencia tan apestosa; le pidió que, si no por ella, lo hiciera porque estaba de nuevo embarazada. Pero Juana no hizo caso de sus advertencias.

-No se recata de besarle y, lo poco que ha dormido durante los seis días que ha durado la enfermedad, lo ha hecho recostada sobre el pecho del enfermo -nos informó el doctor.

Mi marido decidió visitar a su yerno, al que no conocía, rompiendo el protocolo. Felipe no sabía una palabra de español y Fernando no hablaba alemán, así que Juana, aunque estaba agotada, tuvo que hacer de intérprete entre ellos.

-Cuando salí de España, hace seis años, apenas conocía esta lengua; pero ahora la domino perfectamente -aseguró.

A primeros de mayo, el enfermo ya convaleciente y su esposa se dirigieron con gran solemnidad a Toledo. Media legua antes vieron a Fernando, que había salido a su encuentro; así que, cuando entraron en la ciudad, iba él cabalgando entre ambos.

-Los príncipes van lujosamente ataviados de terciopelo y seda, con adornos de oro y guarnición de piel -comentaron las gentes. -Por el contrario, el rey y la reina llevan ropa negra, y sus prendas están confeccionadas con tejidos de lana...

Me hallaba yo por entonces muy sola, privada de todos mis hijos. A la muerte de Juan, de Isabel y de mi nieto Miguel, había que añadir la marcha de María a la corte de Lisboa, y la de Catalina a Londres. Ahora, además, guardaba luto por mi joven yerno, el príncipe Arturo.

Después de tanto tiempo, tendría el consuelo de abrazar a Juana. Recibimos al matrimonio a la puerta del salón del trono, y ambos hicieron ademán de besarnos las manos. Pero yo los alcé sin ningún protocolo y los hice entrar, rodeando a mi hija con el brazo.

Habían pasado pocos días cuando, mientras los demás asistíamos a funerales y oficios religiosos, el archiduque viajaba a Aranjuez, a practicar sus deportes favoritos.

-Lo apasionan la caza y pelota -trataba de disculparlo ella.

Tiempo después Juana y Felipe, que eran ahora príncipes de Asturias, juraron como herederos del trono. Fueron en procesión bajo palio hasta la catedral de Toledo, donde hubo un rezo de Tedeum, y recibieron la bendición solemne. Felipe iba vestido a la usanza española.

-Se ha colocado una peluca, con lo que ha provocado los celos de su esposa -decían.

Recuerdo que el templo se hallaba abarrotado, pues acudió toda la nobleza, destacando entre ellos el condestable de Castilla y los duques de Alba. También asistió el alto clero, y todos oímos una misa oficiada por Cisneros, que era ya arzobispo de Toledo.

-Estábamos nosotros situados en una de las gradas junto al altar mayor, y un escalón más bajo se hallaban ellos -me dijo hace poco Fernando. Yo recordé con emoción:

-Y estaba Juana tan bella como un ángel...

A últimos de mayo, las cortes de Castilla prestaron juramento. Españoles y flamencos se entendían cada vez peor, surgiendo a cada paso riñas entre ellos. En cuanto abandonó Toledo, Felipe escribió los suyos diciendo que agradecía a Dios haberle permitido dejar aquella ciudad a sus espaldas.

-Sin embargo, su lujo y liberalidad han conquistado a muchos españoles - aseguró Fernando.

Más tarde, dentro de mi cámara, me dijo Juana cosas tan disparatadas que vi con toda claridad que su mente desvariaba. Supe entonces que iba a quedar mi reino en manos de una enferma y de un yerno hermoso, pero superficial y falto de cariño.

-Hasta mis vasallos notaron cómo envejecí en pocos días -murmuré.

XLIII. GONZALO

-Nadie ha podido nunca dejar de notar vuestra predilección por Gonzalo de Córdoba -me dijo Clara, y yo sonreí.

-He de reconocer que a veces he provocado los celos de Fernando. Y que, desde el momento en que Gonzalo se propuso servirme, lo correspondí con pasión. Fue siempre mi gran caballero...

-Sobre todo, desde que salvó a vuestra hija Isabel de morir en las aguas de aquel profundo río -recordó mi prima.

-Es cierto. Era muy caudaloso, y la arrastraba sin remedio... Confieso que llegué a sentir verdadero pavor.

Hace tres años me comunicaron la muerte de su hermano. Él estaba en Italia y me dirigió una larga carta, refugiándose como nunca en mi afecto. Luego, en un viaje por Andalucía, traté de verlo en su residencia de Córdoba. No estaba, y nos recibió su cuñada.

-Lamento mucho la pérdida de vuestro esposo, señora -dije sinceramente. -Era un amigo muy leal.

-Y yo os lo agradezco -dijo, con una reverencia.

Ignoro si aún recuerda Gonzalo el día en que nos conocimos. O cuando, mirándolo los ojos, lo elegí como mi capitán. Muchos años han pasado desde que lo llamaban príncipe de la Juventud, cuando vencía en los torneos que yo presidía. Ahora me cuentan que sigue mostrando en las batallas el mismo entusiasmo, y que el papa le ha entregado la rosa de oro.

Hace poco le envié un magnífico caballo al que puse por nombre Santiago. Al parecer lo monta en las guerras de Italia, luciendo en sus armas mis colores. Me han dicho que lleva la cara descubierta; aunque le piden que la cubra él se niega a hacerlo y recorre así el campamento, llamando a los soldados por sus nombres. Todo el reino de Nápoles ha pasado a España gracias a Gonzalo; esta ha sido mi última y mayor satisfacción.

***

Hacía tiempo que no me llegaban noticias de él. Luego supe que había enfermado y sufría grandes calenturas, que ni de día ni de noche se aliviaban. Aquello me produjo una gran tristeza.

Mi esposo entró con aspecto cansado. Llevaba una casaca azul, pulcramente abrochada, y su mirada estaba ensombrecida. Capté su rápido parpadeo, el fruncimiento de sus cejas.

-¿Qué ocurre, Fernando? -Él alzó la cabeza. Daba la impresión de no haber dormido y estar todavía soñoliento, cuando eran ya las diez de la mañana. Su actitud no me agradaba demasiado, pues contaba con pasar una mañana tranquila.

-Creí que lo sabíais. Han llegado noticias de Italia...

Yo me estremecí. Me había visto obligada aquellos días a mostrarse falsamente alegre, aunque no dejaba de pensar en la enfermedad de Gonzalo.

-¿Cómo iba yo a saberlo? ¿Ha ocurrido algo malo? -pregunté.

Me sentía oprimida por una fúnebre premonición. La habitación estaba en penumbra, pero no quise abrir la ventana.

-¿Algo malo? -frunció el entrecejo, y asintió: -Pues sí, al parecer Gonzalo ha sido vencido por el enemigo. -Sentí que me mareaba. La actitud de mi esposo no inducía a la esperanza.

-¿Gonzalo está herido? -Él sonrió con malicia.

-No he dicho que esté herido, sólo que lo han derrotado. -Apreté los labios. Su afirmación me llenó de alivio.

-Es extraño que el Gran capitán pierda una batalla -le dije. Fernando se mostró despechado: tenía las facciones contraídas, y las manos cerradas con fuerza. Hizo una pausa y me observó burlonamente.

-Vaya con vuestro capitán, resulta que es invulnerable -dijo con frialdad. Sus ojos agudos parecían querer taladrarme.

Me encontraba perdida en un abismo de dudas. Me acerqué al escritorio que había al otro lado de la habitación; hice un esfuerzo, y me volví:

-¿Qué es lo que ha pasado, en realidad? -pregunté.

Él se había sentado, apoyando los pies en un escabel, y habló con voz grave:

-Gonzalo está muy enfermo, Isabel -Lancé un grito ahogado.

-¡No me digáis eso! -Él se expresó en tono irónico:

-¡Ni que fuera vuestro amante! ¿O es que acaso lo es?

Antes de concluir la frase, pareció lamentarla. Yo me puse tensa: a partir de aquel momento, tendría que andar con cuidado. Me negaba a responder, y contesté con otra pregunta:

-¿De qué habláis? Me estáis ofendiendo.

Me observó con mirada astuta. Percibí el recelo en su rostro, una cierta desconfianza, casi una acusación.

-Me han llegado ciertos rumores... -Noté en la boca un sabor acre, y tragué saliva. Me incliné sobre el escritorio.

-¿Qué clase de rumores? -Él silbó entre dientes, golpeando el suelo con el pie.

-No me obliguéis a repetirlos.

Iba a haber contestado con dureza, pero me contuve. No me era posible seguir con la conversación. Me había serenado lo suficiente como para recordar quiénes éramos, y las consecuencias de nuestros actos. Observé brevemente a mi esposo.

-Estáis cansado, y yo también lo estoy. Vamos a dejar este enojoso tema, ¿no os parece? -Fernando aspiró hondo, como si sintiera que habíamos llegado a una situación peligrosa.

-Sé que él os adora -pronunció con amargura. -No hay que ser un lince para adivinarlo.

La escena había hecho que se acrecentara mi tristeza; horas más tarde, tras haber escrito unas letras dirigidas a Gonzalo, cogí la misiva, la rompí en mil pedazos y me la guardé en el bolsillo.

Dejando la sala donde estaban mis damas, me dirigí a mi alcoba y me eché en la cama. Cerré fuertemente los ojos y recé, para que se produjera un milagro. Gradualmente me fui tranquilizando, y me quedé dormida.

***

En tal peligro estuvo Gonzalo que lo desahuciaron los doctores. Supe que el papa le había enviado a sus mejores médicos.

Unos embajadores me dijeron que desde principios de este año ha tenido graves presentimientos y teme numerosas desgracias. Al parecer, tiene la sospecha de que morirá pronto, de un humor melancólico que acabará con su vida.

Me contaron que muchas doncellas de todos mis estados van descalzas por las iglesias pidiendo su salud, pues en el fondo todas lo aman, lo que hace que me sienta celosa.

Unas elogian la belleza de su cuerpo y rostro; otras su gran justicia y valor, y todas se espantan de su generosidad, mayor que la del rey más poderoso. Sobre todo, admiran que dondequiera que está ampara a las mujeres y a su honra.

Hace poco, yo también me encontraba enferma. Habían transcurrido varias semanas y no recibía ninguna carta suya. Pero luego, cuando ha venido a verme, me extrañó que no mostrara ningún padecimiento ni desánimo.

Había yo salido con algunas señoras a pasear por los alrededores; me acompañaban Isabel y Leonor, hijas de Juan Chacón. Leonor se ha casado con el actual marqués de Villena, y ambos son señores de la Puebla de Montalbán. Estaban también María de Velasco, y su amiga Magdalena de Araoz.

A la vuelta, charlábamos en el patio de armas cuando Beatriz llegó corriendo.

-¡Señora, subid a la torre!¡Rápido! -gritó. Luego vino hacia mí.

-Isabel -me susurró al oído. -Viene Gonzalo, está llegando al castillo con varios de sus hombres.

Subimos por la empinada escalera, y me dispuse a aguardarlo en mis habitaciones. Como estaba inquieta, me dirigí hacia una ventana en el muro exterior, para mirar abajo. Vi cómo desmontaba de su magnífico caballo; hubiera salido a su encuentro, pero me dominé. Me sorprendió lo que había cambiado, sin perder atractivo.

-No puedo vivir su amor -suspiré.

Me recosté en el alféizar, hasta que sonaron unos golpes en la puerta.

-Está abajo -me dijo Beatriz. -Si queréis, yo lo recibiré. Al fin y al cabo, aunque sea viudo y casado otra vez, todavía resulta agradable... -bromeó.

Lo vi saludarla a la entrada, mientras yo aguardaba en la torre. Luego, durante todo el tiempo que duró su visita, Fernando se estuvo interponiendo entre ambos, con lo que en todo el día no pudimos hablar en privado. Al final, mientras bajábamos al patio, me apoyé en su brazo. He de decir que todavía se estremece mi cuerpo cuando me toca, y arde mi piel al contacto con sus dedos. Tiemblo cada vez que él me sonríe.

-Os veo pálida -me dijo. -¿Os encontráis bien? De un tiempo acá, me tenéis preocupado.

Yo, que en verdad me encontraba bastante enferma, traté de ocultárselo.

-Tengo una salud excelente -mentí. Él me observó con fijeza.

-Creo que me engañáis.

Cuando se marchaba, quise hablarle por última vez.

-¡Gonzalo! -lo llamé, y me arrepentí enseguida.

-¿Os ocurre algo, señora? -Yo denegué, buscando al mismo tiempo una excusa:

-He oído que el papa Borgia ha muerto, al beber por error un vino envenenado que le sirvió su propio hijo César. ¿Es verdad eso? -Él asintió.

-Ese mozo es de tan mala condición que no retrocede ante el veneno o el puñal, sin importarle que la víctima sea su hermano, su padre o el marido de su hermana Lucrecia.

-Pues eso quería preguntaros, nada más.

XLIV. JUANA OTRA VEZ

No duró mucho el buen entendimiento entre Juana y su esposo: se portó Felipe con nosotros de una manera indigna, pues durante su estancia se mostró adusto, y hasta grosero.

Ya en otoño, él había manifestado su voluntad de regresar a Flandes pretextando negocios en Bruselas, sin aguardar el parto de su mujer.

-Ni siquiera quiere pasar las navidades en España -se quejaba ella.

-Así se verá libre de las exigencias matrimoniales de su esposa -comentaban todos en la corte.

Mucho me costó que se quedara Juana con nosotros, mas al fin pude conseguirlo. Juntos viajaron a Zaragoza, donde iban a despedirse; pero, dejando allí a mi hija, Felipe volvió a vernos a Madrid, donde mantuvimos una fuerte discusión:

-Si mi mujer no puede seguirme, yo renunciaré gustosamente al lecho de *madame* -nos dijo.

Por todo ello, estaba yo con tal mal ánimo que todos se espantaban de la palidez de mi rostro y el gran cambio que había sufrido mi expresión.

-Es porque la abruman las rarezas de su hija -explicaban mis damas.

-Eso es verdad -corroboraban. -Desde que Juana está de nuevo embarazada, sufre grandes alucinaciones y angustias...

-Cuando se despidieron, Juana se pasó llorando toda la noche -nos informaron luego. -Aún así, él permaneció más duro que un diamante.

En cuanto Felipe salió para Flandes, mi hija se alejó de nosotros, yendo a Alcalá de Henares y encerrándose en sus habitaciones. Fue el marido tan poco galante, que en más de veinte días no le envió ninguna carta. Más tarde, cualquier pretexto le ha servido para no volver a Castilla. Recuerdo que Beatriz Galindo me avisó:

-Señora, Juana está muy enferma. Día y noche permanece sin leer ni trabajar en nada, sentada en una silla, muda y con la mirada en el suelo.

Yo ya lo sabía. Su tristeza se había agravado de tal forma que a menudo la acometían accesos de furor: se retorcía y abría las puertas, llamando a voces a Felipe. Luego acababa llorando a mares. Fue inútil que mi esposo y yo acudiéramos con todo un equipo de los mejores

médicos de la corte.

-Los doctores achacan su melancolía al embarazo -me dijo él. Yo suspiré, pero no dije nada.

***

Hace ya un año, y a los nueve meses de los solemnes actos en Toledo, les nació un nuevo hijo al que llamó Fernando. Vio la luz en Alcalá y, aunque endeble, era un niño precioso.

-Es el primero que ha tenido en España -se comentaba. -Y la madre no ha mejorado, sino muy al contrario.

-La infanta cada vez da síntomas más claros de locura -afirmaban mis damas. -Aunque ha parido entre risas y burlas, como su madre solía hacer...

El bautismo se celebró con gran pompa en Alcalá. Pasó luego Juana al castillo de la Mota, donde siguieron sus desvaríos; tan terrible era su estado que daba pena a todo el mundo, no sólo a los más allegados.

-Come poco o nada y la vemos más flaca que nunca -cuchicheaban las criadas. -Y es que está celosa de las aventuras de su esposo, y quiere marcharse con él...

A veces parecía transportada; no hablaba con nadie y, aunque sólo tenía veintitrés años, su enfermedad iba avanzando día a día.

-Nuestra hija Juana me preocupa mucho -me dijo Fernando. -Creo que... está completamente loca. -Yo le contesté con franqueza:

-Hace tiempo que dudo de su cordura.

Decidí ir a visitarla y me derrumbé nada más verla, pues lloraba con desesperación. Fui a besarla en la frente, y ella me rechazó.

-Quiero marcharme con Felipe -me dijo, temblando. -¿Qué estará haciendo ahora?

-No lo sé, querida. Probablemente esté muy ocupado en Flandes -traté de consolarla. Ella arqueó las cejas.

-O quizá esté de caza... o follando con otras.

Permanecí en silencio. No sabía lo que me preocupaba más, si la locura de mi hija o la indiferencia de Felipe. Durante días tuve que enfrentarme a los alaridos de Juana.

-¿Porqué no puedo volver a Flandes? -gritaba.

-Ya iréis, tened paciencia -trataban de acallarla sus damas.

No pude aguantar más. Me sentía tan mal que me vi obligada a regresar a Segovia. Había yo dejado cuidándola al obispo de Burgos, el mismo que la acompañara en su visita a Blois.

***

Estaba yo enferma en el alcázar cuando Juana, que seguía alojada en Medina del Campo,

una noche del mes de diciembre decidió marcharse con su esposo, y dio la orden de partir.

-Ha llegado un mensajero, y dice que es urgente -me avisaron. Enseguida adiviné que había venido a comunicarme cuán mal andaba aquel triste negocio de mi hija.

-Está bien, lo recibiré.

Lo hicieron pasar, y se inclinó en una profunda reverencia.

-Señora, vengo a traeros malas nuevas -pronunció, con la mirada baja. -El obispo me ha mandado deciros que doña Juana ha querido escapar, para regresar a los Países Bajos.

Si Fernando no me hubiera sostenido, creo que me habría desmayado.

-Es lo que os decía -me indicó en voz baja, y yo asentí.

-Habrá que recluirla en un lugar seguro, en bien de su persona -musité.

Añadió el mensajero que había llegado Juana a escandalizar a los criados en la escalinata del castillo, pues salió allí medio desnuda, hacia el lugar donde estaban las cabalgaduras que necesitaba para su viaje.

-Para contenerla, y utilizando sus poderes, Fonseca tuvo que ordenar que levantaran los rastrillos y cerraran las rejas -me informó. -Al encontrarse con las puertas de la fortaleza cerradas tuvo un gesto de rebeldía, hasta el extremo de pasarse la noche al sereno en el patio, con mucho viento y humedad y aguantando el frío del invierno.

Añadió que la segunda noche, muy a su pesar, tuvo que aproximarse al calor del fuego que habían encendido en el patio.

Yo no podía con mi cuerpo a causa de las fiebres, ya tan resentida desde la muerte de mis hijos mayores y mi nieto. Aquella noticia me obligó a dejar mi reposo y a presentarme en Medina. Todos en Castilla sabían lo quebrantada que estaba.

-Para intentar aliviar a su hija, la reina se ha desplazado hasta Medina del Campo -se comentó enseguida. -Y eso, a pesar del cáncer que está minando su salud...

Cuando llegué al castillo, me dijeron que Juana llevaba cuatro o cinco noches en una cabaña que había en la explanada. Hablé con una de sus jóvenes damas:

-La encontramos aferrada a la reja, tan furiosa que parecía una leona de África -me dijo. -Tuvo tal acceso de rabia que Fonseca, espantado, corrió a encerrarse bajo dos vueltas de llave... -Otra asintió:

-Cayó de rodillas con el rostro apoyado en las cadenas del puente, y permaneció así toda la noche, a pesar de nuestros esfuerzos. Hasta la mañana siguiente no consintió en dejarse llevar a la modesta casa del guarda...

Como estaba a unas pocas leguas, fui a buscarla, y allí la encontré. Me pareció casi una niña, apoyada en la pared con los brazos caídos. No llevaba toca, y miraba al frente con rostro inexpresivo. Parecía pegada al muro, como si la hubieran sujetado con un gran alfiler como hacen los chiquillos con los murciélagos, o los físicos con las mariposas.

Hacía mucho frío, y ella no llevaba más que una camisa con las mangas demasiado cortas. Se le había manchado la ropa de un barro oscuro que se le pegaba a las piernas. Pero no parecía sentir nada, ni frío ni cansancio, y estaba quieta, apoyada en la pared, sin moverse, con los ojos vacíos. Me observó inexpresiva, con su rostro enjuto. Traté de sonreír.

-¿Pretendéis que cojamos una pulmonía?

Observé que la nevada había arreciado, formando una blanca alfombra sobre la planicie desnuda.

-Regresad conmigo; todo se arreglará.

-No. -Yo me volví hacia los hombres que me acompañaban.

-Llevadla con cuidado -les indiqué a los guardas. -Ella se revolvió:

-¡Soltadme, malditos! -gritaba, dando patadas para liberarse.

Al fin pudimos conducirla al castillo. La vi muy quebrantada por el espanto y el dolor, y me dijo palabras de tan poco respeto, tan fuera de lo que una hija debe decir a su madre, que si yo no advirtiera la situación tan triste en que estaba, no lo hubiera sufrido de ninguna manera.

Tuve que soportar la furia desatada de una mujer ya sin control, una hija con la razón perdida. La acompañó el obispo hasta las murallas, lo que acrecentó su cólera. En el patio de armas le llevaron un plato de comida, y ella lo rechazó.

-¡No quiero comer!

Entonces, me percaté de la enorme desgracia que había caído sobre nosotros.

***

Ella y su hijo se quedaron conmigo en Segovia. Había pasado el invierno, y Felipe no había vuelto. Un día Juana me vio escribiendo a su marido, y cambió su actitud:

-¿Por fin vais a dejarme marchar?

Cuando supo que no era esa mi intención, tuvo una crisis de furia. Empezó a destrozar lo que tenía a mano.

-Por favor, Juana, tenéis que calmaros.

Se puso a gritar, y salió corriendo de la habitación. Se dirigió a la terraza en la planta superior, donde se refugió en un entrante que había en el muro. Yo la había seguido.

-Vamos, regresad.

La ayudé a bajar hasta el pie de la torre; fuera, la nieve pisoteada formaba montones grisáceos. Traté de convencerla:

-Hacedlo por el niño -rogué.

***

Convoqué a los mejores médicos de Europa que ensayaron con ella todas las medicinas

conocidas. Incluso le envié a Cisneros para confortarla, y lo recibió de tal forma que él nunca se lo ha perdonado.

-Os aconsejamos que hagáis la cura con ruegos, y no por temor -me sugirieron los doctores.

Pero con ruegos no la recibía y por la fuerza daba tanta lástima que nadie lo intentaba. Le prometí enviarla a Flandes cuando mejorase el tiempo, lo que aplacó un tanto sus accesos de desesperación.

Así que todo esto cargaba sobre mí, además de otros grandes trabajos y cuidados. La situación se hizo tan grave que al comenzar la primavera consiguió su propósito, y no tuve más remedio que disponer su viaje. Pero los vientos no le fueron propicios, y tuvo que esperar dos largos meses en Laredo, hasta que los prácticos avisaron que el tiempo era apto para navegar.

-Dejad con nosotros al pequeño Fernando -le rogué, a lo que ella accedió.

Estaba avanzada la primavera cuando Juana salió otra vez hacia Flandes, para ir al encuentro de Felipe y de los tres pequeños que había dejado en los Países Bajos. Cuando embarcó, pensé que quizá nos estábamos viendo por última vez. Atrás había quedado el enfrentamiento entre nosotras, una de las causas que han abreviado mis días.

Me prometió ser allí más cuerda, pero a los tres meses se recibieron malas noticias. Sus problemas no desaparecían.

-El matrimonio sigue roto y ella empeora más y más -me dijo el obispo. -Además, su altivez le resta simpatías en Flandes.

-Si es que alguna vez tuvo algunas -pensé.

-Las damas de la corte le reprochan que les hable con tanto desprecio -siguió. -Para vengarse le han dicho que, como tiene esclavas, las trata como a ellas.

-¿Me decís que se hace acompañar de esclavas en su corte de Flandes? -le pregunté, y él asintió.

-Así es, señora.

Estábamos Fernando y yo en Toledo, cuando nos llegó la noticia de que nuestra hija había perdido completamente la razón. Las infidelidades de Felipe provocaban en ella furiosos arrebato de celos. Al parecer, recién llegada a Bruselas, enmedio de un baile se había abalanzado sobre una hermosa dama de la corte, favorecida por su marido.

-La atacó violentamente, perdido el control de sus actos -nos informó el embajador. -Hubo insultos, golpes e incluso una agresión tijeras en mano, pues con ellas le desfiguró la cara. -Yo me sobresalté.

-No es posible. Juana no haría eso.

-Lo siento, pero sí lo es. Cortó además sus cabellos en presencia del archiduque, y de muchos caballeros y señoras. A su vez fue ella maltratada por su esposo, indignado por su

comportamiento.

Todo el mundo comentó el escándalo, lo mismo en la corte flamenca que en otros países; incluso en España, donde pronto llegaron rumores sobre unos hechos tan lamentables.

Tal impresión nos causó la noticia que Fernando cayó enfermo; yo misma quedé acongojada, recordando haber visto actuar de forma parecida a mi madre. Así que mi salud, que ya estaba herida, empezó a hundirse de un modo cruel.

-Me siento agobiada -les dije a mis damas. -Me comunican que Juana duerme mal, y no hace más que llorar... -Ellas permanecieron en silencio, aunque sospeché que ya lo sabían.

-Me han dicho que come muy poco, por lo que está cada vez más flaca -proseguí. -No quiere hablar, y parece que está transportada...

El obispo nos informó de que su enfermedad iba muy adelante; preocupada sólo por su marido, vivía sumida en la desesperación, con el ceño fruncido, meditabunda día y noche, sin proferir palabra.

-Y si alguna vez lo hace, es en forma violenta -añadió. -De tal forma le amarga la vida a su esposo, que ha llegado él a pensar en el suicidio. Para consolarse, busca sus concubinas entre las damas de la corte, o en prostitutas de burdeles cercanos...

En los primeros días de diciembre, otra vez nos comunicaron un acercamiento entre Juana y Felipe. Pero, habiendo pasado sus arrebatos amorosos, él volvió a encerrarla en su cuarto.

Supimos que esta vez había acudido a la huelga de hambre, el mismo truco que empleó en España cuando se enfrentó con nosotros.

-Pero también grita y golpea la puerta; en suma, organiza frecuentes escándalos -me dijo Fernando.

Supimos por el obispo que le escribía cartas a su marido, tan llenas de ansias amorosas que en ocasiones lograban su objetivo, consiguiendo que Felipe volviese al lecho conyugal. Pero luego, mi yerno fue distanciándose cada vez más, atendiendo a los problemas de estado o evadiéndose con la distracción de la caza.

-O acudiendo a nuevas relaciones que puede controlar más fácilmente -nos dijo el prelado.

Mientras, ella dejaba pasar horas, y aún jornadas enteras, encerrada en un cuarto oscuro. No dejaban de llegar noticias de su desvarío:

-Permanece en completa soledad, no quiere ver a nadie -nos decían. -Tiene la mirada perdida en el vacío, y todos los signos de estar sumida en la locura más profunda.

Cuando Fernando trataba de alentarme, yo le decía:

-Sé muy bien que de este mal no curará jamás. Como mucho, tendrá alguna ráfaga de lucidez, como le ocurría a mi madre...

XLV. CATALINA

Mi hija Isabel se casó por vez primera a los veinte años; Juana contrajo matrimonio con diecisiete, María se casó a los dieciocho y Catalina a los dieciséis.

Fue de nuevo Gutierre de Cárdenas quien dio escolta a Catalina hasta La Coruña, cuando iba a desposarse a Inglaterra. Y hace tres años, a mediados de noviembre, se celebró su boda en Londres con el príncipe de Gales. El heredero inglés era una persona enfermiza y murió al poco tiempo.

María no puede venir ahora, por hallarse en trance de parir. Hace poco, mis damas estuvieron hablando de ellas:

-Isabel les llevaba demasiado tiempo a las demás -dijo Beatriz de Bobadilla. -Nueve años a Juana, doce a María y quince a Catalina. Por eso, Juana convivía sobre todo con sus dos hermanas pequeñas.

-Tienes una magnífica memoria -sonreí.

En cuanto a la boda de las dos menores, diré que María se casó con el viudo de su hermana Isabel, sin ninguna ilusión. Se trata de don Manuel el Afortunado, que es rey de Portugal; por lo tanto ella es reina, aunque nada tiene que ver con la sucesión de Aragón y Castilla.

-Al final, parece que su matrimonio ha resultado muy feliz -me dijo Fernando. -Pero Catalina... -dudó.

-De la boda de Catalina no quiero ni hablar -dije con firmeza.

Esta unión entre la menor de mis hijas y el príncipe de Gales se había concertado hace tiempo, cuando ella contaba dos años de edad. Las negociaciones para el casamiento duraron más de diez años, sobre todo por cuestión de la dote; así que, cumplidos los quince, le llegó a Catalina la hora de convertirse en princesa de Inglaterra.

-Siempre ha sido muy hermosa, con sus ojos garzos y unos dientes parejos y blancos -rememoró Leonor. -Desde niña tenía las pestañas largas, el pelo rojizo de un tono muy vivo, peinado en trenzas con una raya al centro. Pero cuando íbamos de excursión al campo se lo soltaba en parte, y entonces lucía una hermosa melena... -María de Velasco afirmó:

-Sus mejillas eran sonrosadas, sobre una piel muy blanca. Cuando salió para casarse

llevaba consigo doce damas de compañía, de los mejores linajes de Castilla... -Yo asentí:

-Iban a desposarse con otros tantos nobles de Inglaterra -le dije. -Las habíamos elegido sobre todo por su belleza, ya que sabíamos que el rey Enrique admiraba la hermosura de las españolas. -Ella hizo un gesto de desagrado.

-Vuestro esposo accedió gustoso, pues deseaba que las doncellas casaran con caballeros principales de la corte inglesa, para tener más influencia en ella -recalcó, y Beatriz se echó a reír.

-Quizá, pensando que los negocios de Estado se arreglan bien en las alcobas...

-Por lo demás, le procuramos un lucido séquito de personajes importantes, sin que faltaran para el servicio de su casa cocineros, pinches o lavanderas -añadí, pensativa. Beatriz asintió:

-Recuerdo que usaba Catalina cuando dejó Castilla unos chapines con guarnición de plata dorada, de una mano de altos -dijo animadamente. -Llevaba una tiara de piedras preciosas, y un colgante esmaltado en rosicler y verde. -Yo evoqué con nostalgia:

-Le había yo encargado varias cofias de holanda, y tocados de terciopelo carmesí, con diamantes y perlas. Y sus pajes lucían sombreros de plumas...

A los criados de baja condición les encargamos que se ocuparan de menesteres ordinarios, tales como llevar hachones para alumbrar, servir a la mesa y fregar los suelos. Luego, cuando a mi hija le llegó la pobreza, uno de sus mayores males fue tener que mantener este séquito.

Estuvieron en La Coruña algo menos de un mes, en espera de zarpar para Inglaterra. En ese tiempo se procedió a avituallar las naves, porque los que partían eran más de dos mil.

-Sólo de cántaras de vino se montaron diez mil... -añadí.

Catalina salía a pasear en falúa por la rada del puerto y otros lugares de la costa, cuando la mar estaba en calma. En ocasiones la acompañaba el capellán, que le hablaba en latín. Tenía que hacerlo, ya que mi hija no hablaba la lengua de su prometido, ni él el castellano; así que decidimos que se entendieran en latín, mientras ella aprendía el inglés. A finales de agosto, después de una misa solemne, zarpó la armada a mediodía con rumbo a Inglaterra, con salvas de artillería que producían un gran estruendo.

La voz de Beatriz me sacó de mis cavilaciones:

-Era una hermosura ver tantas velas desplegadas, con los vientos propicios y todos los gallardetes flameando al aire... Iban los navíos emparejados, cada pareja siguiendo a la anterior. -Yo asentí:

-Se hizo así para que los más veleros no tomaran ventaja, y unos pudieran ayudar a los otros.

Llevaban tres días de navegación cuando les acometió un gran viento; una de las naves,

que por descuido mantenía las velas arboladas, se fue a pique en un abrir y cerrar de ojos. No se pudo rescatar a ningún tripulante, y los demás navíos tuvieron que buscar refugio en el puerto más próximo, que resultó ser el de Laredo, en la costa de Cantabria.

-A últimos de septiembre zarparon de nuevo con rumbo a Inglaterra, y arribaron al puerto de Plymout a primeros de octubre -seguí recordando.

Según nos dijeron, lo mismo nobles que villanos se agolpaban en las calles para ver a mi hija, al principio por curiosidad y luego por sincero afecto. Nada más pisar el suelo inglés dispusimos que se celebrara en la catedral un Te Deum, en acción de gracias.

-Para acudir no quiso Catalina utilizar ningún carruaje -afirmé. -Caminó a pie, como cualquier peregrino, y las buenas gentes de la mar la acompañaron con mucha devoción...

Esta gente de Inglaterra es muy rústica, y además está empobrecida por los muchos conflictos civiles que tienen. Con la guerra que llaman de las Dos Rosas llevan treinta años, habiéndose hundido en la ruina la mayoría de los barones ingleses. Les expliqué a mis damas:

-La llaman así porque la familia Lancaster tiene como emblema una rosa roja, y la de York una blanca. Son estos dos linajes los que mantienen tan larga lucha.

Catalina fue presentada al príncipe Arturo, que acababa de cumplir quince años. Tenía este joven la figura espigada, no recia, pero tampoco endeble; su cabello era muy rubio, y sus ojos azules. Al parecer, ya en aquella ocasión tenía una tosecilla que atribuyeron a una mojadura; nada hacía suponer que en menos de un año lo llevaría a la tumba.

-Parecían felices, y todas nos alegrábamos por ello -recordó mi prima Clara.

Se casaron a mediados del mes de noviembre en iglesia de san Pablo, que era la principal de Londres. Todas las mañanas el príncipe Enrique, entonces cuñado de mi hija, se presentaba a caballo para escoltarla por las calles de la ciudad, donde la multitud los aclamaba.

-Ella montaba sobre una mula de Castilla, ricamente enjaezada... Llevaba un vestido blanco recamado de joyas y se tocaba con una mantilla que yo le había regalado. -Beatriz asintió:

-Y mientras, el príncipe Arturo estaba cada vez más pálido, aunque nada hacía presagiar su próximo final.

Según dijeron, estaban tan contentos los suegros de mi hija que el rey, aunque tenía fama de tacaño, costeaba el vino que se bebía en abundancia, no sólo en Londres, sino en toda Inglaterra. Las doncellas que fueron con ella se lucieron mucho en los bailes; ella misma bailó con el príncipe Arturo, y todos se hacían lenguas de la buena pareja que formaban.

-La dote de mi hija ascendía a doscientas mil coronas -les dije a mis damas. -De ellas, habíamos entregado cien mil cuando los esponsales, y las otras cien mil las dimos en el plazo de un año. De esta segunda parte, algunas se enviaron en vasos de oro, cuberterías de plata y gran cantidad de piedras preciosas...

-Por ser la menor, ella fue siempre la más querida de su padre -intervino Leonor.

-Y a quien más le ha tocado padecer, pues su vida en ese país ha sido tan desdichada como pocas -suspiré. -No era más que una niña cuando se desposó, cambiando la rueca de hilar por el cetro y la espada... -Su hermana Isabel asintió:

-Desde que quedó viuda del príncipe Arturo, en Inglaterra todos la llaman la princesa Desventurada.

-Nunca en tierra de moros se vio tanta crueldad como allí han mostrado hacia ella -afirmó Beatriz. -Dicen que la han tenido con hambre, y sin vestir...

-Eso es cierto -dije con tristeza. -Ni siquiera nosotros, sus padres, pudimos hacer nada para remediarlo.

Han dicho ahora los médicos que está contagiada de la tisis que padecía su marido, y que acabó con él. Por si fuera poco, el matrimonio no se consumó, y Catalina permanece doncella.

XLVI. DESVELOS

Al cabo del tiempo, vuelven las cosas por donde solían. Por suerte no me han abandonado mis dos Beatrices, que siempre me acompañaron en mis idas y venidas junto a los secretarios, tesoreros y cronistas. Entre ellos no faltaba nunca Alfonso de Palencia, que está ahora muy envejecido.

Ambas han irrumpido en mi alcoba, sacándome de mis cavilaciones. Vi que traían el almuerzo y se afanaban alrededor de la pequeña mesa colocando las viandas, el vino y el pan. Aunque les dije que no tenía apetito, me han obligado a comer.

-Estáis triste -me increpó dulcemente mi antigua maestra.

-Nada de eso. Estaba recordando otros tiempos, cuando recorría Castilla junto con mis hijos, algunos caballeros y vosotras, mis damas. -Ella asintió:

-Solíamos leer y trabajar a la luz de unos hachones humeantes, o en algún caserón alumbrado tan sólo por unos pocos tragaluces. Así aprendisteis el latín.

Era cierto. En las clases me acompañaban mis damas María Pacheco y Juana de Contreras, junto con Leonor de Luján. Ésta me dejó para contraer matrimonio con Juan de Portugal, y son ahora reyes de Chipre. Por cierto, que en su boda di seis mil florines de oro para la dote.

Mi antigua maestra prosiguió:

-Usábamos a modo de bufete una tabla armada sobre caballetes, y en unos arcones se sentaban los hombres, mientras nosotras lo hacíamos en cojines, y sobre el empedrado... -La otra se echó a reír:

-Las pocas sillas que teníamos estaban desportilladas -recordó. -Sólo algún tapiz nos resguardaba del frío, y algunas alfombras morunas de la humedad del suelo...

Luego ha entrado Teresa Enríquez, que es mi camarera mayor y estuvo casada con Gutierre de Cárdenas, que fue mayordomo del príncipe Juan. También a ella le hicimos donación de muchas tierras y bienes, pero ahora quiere retirarse del mundo.

-Te echaba de menos -le dije.

Teresa ha enviudado hace poco. Desde que murió su marido vive desprendida del lujo, vistiendo como pobre, con ropas de estameña negra. Las otras han dado en llamarla la loca del Sacramento, por su gran devoción. Le hice señas de que se acercara.

-Arréglame las almohadas, por favor.

-Ahora mismo, señora. -Suspiré:

-¿Sabes? Últimamente recuerdo a menudo el asedio de Granada, cuando fundamos en Santa Fe el primer hospital de la Sangre. Allí cuidabas de los soldados, les llevabas ropas y alimentos, y acudías sin melindres a las más repugnantes tareas. -Ella sonrió:

-Yo también lo recuerdo. Éramos entonces tan jóvenes, y tan confiadas... Luego, con el tiempo viene la razón. -Asentí:

-Es verdad que con el tiempo viene la razón, pero también se va la salud.

***

La navidad pasada la celebramos en Medina. También allí, durante los oficios del jueves santo, Fernando y yo estuvimos lavando los pies a doce mendigos. Y en primavera viajamos al monasterio jerónimo de Olmedo, donde tenemos nuestras habitaciones privadas.

A comienzos de junio enfermé de cuartanas; luego, en el mes de julio, enfermó también mi marido. Cuando lo supe, traté de bromear:

-Vos, que no podéis, tendréis ahora que llevarme a cuestas...

Pero él mejoró, y yo voy a peor. Se ha propuesto sobrevivirme y lo conseguirá, porque es tozudo como buen aragonés. A veces le digo, riendo:

-Vos metéis el clavo en la peña y lo claváis con la cabeza.

Estuvimos también en Segovia, buscando reposo para mi frágil estado de salud. Paramos en el alcázar, que es mi preferido para nuestras estancias en la ciudad; pasamos luego a nuestro alojamiento del monasterio del Parral, y por fin a los aposentos reales del convento de Santa Cruz. No creo que pueda ya regresar por allí.

Volvimos más tarde al palacio de Medina, donde yo me levantaba a ratos; y, como siempre me han gustado los papagayos, encargué varios para entretenerme. También hice traer una jaula grande para un tordo que me regaló mi marido. Beatriz, como suele hacer, se deslizó en mi alcoba sin hacer ruido.

-Señora, han traído las telas para que vistáis a vuestros gatos de Algalia -me anunció sonriente, y pensé que no cabía la tristeza en su mundo.

-Ah, muy bien. Empezaré mañana a confeccionar sus vestidos.

Una vez que me hallé en el palacio, compré árboles de adorno y frutales para la huerta trasera, y ordené hacer obras en mis habitaciones para que me llegase el aire del campo. Situado en el ángulo oeste de la plaza mayor, es mi residencia preferida, desde que Gonzalo Chacón tomara posesión de él en mi nombre.

-Teníais diecisiete años entonces -evocó Beatriz, con un asomo de nostalgia.

Aparte de los buenos recuerdos que tengo del lugar, admiro su grandeza como escenario de importantes hechos históricos, ya que en él nacieron varios reyes. Allí residí con mi corte

durante largas temporadas, y lo fui adornando con lujosos techos mudéjares, tapices y numerosas obras de arte. Sus huertas y jardines están situados en la zona posterior, hacia la calle del Rey.

He de decir que con el tiempo Juan Chacón, mi antiguo mayordomo y conquistador de Granada, hijo de Gonzalo y de Clara Alvarnáez, había enviudado de su primera esposa, Luisa Fajardo. De ella tuvo a Isabel y a Leonor, que me atienden ahora como camareras mayores. Después, Juan ha contraído matrimonio con una dama muy joven, doña Inés Manrique de Lara. Yo la he acogido en mi corte y, según imagino, le dará en adelante más hijos.

Puedo afirmar que ha sido este año uno de los más tristes y destartalados que ha conocido España. Se han producido varios terremotos en distintos lugares, derrumbándose en Andalucía algunos palacios y castillos. Al parecer, han cogido debajo a muchas gentes; los que pudieron escapar, quedaban atónitos por tanta desgracia.

El año antepasado se cogió poco pan en Castilla, y el pasado recolectaron menos. En éste, vinieron tantas aguas que se perdieron todas las cosechas. Una tarde cayeron de tal forma que se llevaron los sembrados, y hubo un temblor de tierra tan fuerte que todos lo tuvimos como anuncio de grandes catástrofes. A consecuencia de la hambruna, de dos años acá se han sucedido pestes, y varias sucias plagas de modorra pestilencial.

***

Además de enferma, estoy demasiado cansada de las veleidades de Fernando. Con los cincuenta y tres años que tiene piensa que disfruta de una sana madurez, y sigue cortejando a otras mujeres. Sospecho ahora de una tal Germana de Foix, que es prima suya y sobrina del rey de Francia.

-No tenéis que preocuparos, señora, pues son parientes muy cercanos -me dijo Leonor. -Además ella podría ser su hija, pues acaba de cumplir los diecisiete años.

-Sí, pero hace poco le encontré un camafeo que la representaba.

Se lo mostré a mis damas.

-Me parece ceñuda y cejuda -dijo mi prima Clara. -Además de no ser bonita, es bastante rechoncha.

-Me han dicho que es un poco coja -se burló Beatriz. -Y que le gusta frecuentar las huertas y jardines de los hombres casados... -Clara añadió:

-Es muy aficionada a fiestas y banquetes, donde come como un sabañón. Si sigue así, pronto llegará a hacerse redonda.

–De esta forma, si salta de la cama, podrá hundir los suelos y matar a tres cocineros que duerman debajo -bromeé, y Beatriz movió la cabeza:

-Señora, no perdéis el humor.

-Es lo último que querría perder -contesté.

Hubo una pausa, y María de Velasco habló en tono confidencial:

-He oído que viaja rodeada de damas pintadas de albayalde y bermellón, que azufran sus cabellos para pintarlos de color -nos dijo. -Lucen tocados atrevidos y ropas indecentes, van llenas de collares, zarcillos y pulseras, con muchos joyeles en la frente, y se acuestan con todos...

***

-Hablando de mi esposo, lloraba yo porque volviera y ahora me pesa que haya venido -le dije a Beatriz, y ella pareció sorprendida.

-¿Es posible, señora? Sé que en el pasado hubo dificultades en vuestro matrimonio. Pero ahora... -dudó.

-Bueno, hemos tenido los mismos altercados que cualquier pareja -tuve que reconocer.

Seguimos conversando un rato. Según Beatriz, para la mujer no había más que dos destinos honorables: el de casada, o el de monja.

-Y esas se morirán sin haberlo catado -dijo.

Me eché a reír de buena gana, y ella continuó:

-Fuera de eso no quedan más que migajas: la soltera se convierte en solterona, si no es que pierde la virginidad.

-Y las madres solteras, con frecuencia, acaban en rameras... -afirmó Clara, convencida.

No sé por qué, me recordaron a la abuela; sus opiniones eran semejantes. Siguieron perorando, sin que yo volviera a mediar, porque me sentía demasiado cansada. Beatriz se ajustó un colgante que llevaba pendiente del cuello, y observó el medallón

-Yo sé el motivo de que los frailes no se casen -añadió, maliciosa. -Si lo hicieran, tendrían que vivir con la misma mujer durante el resto de su vida; así, si no les gusta, la cambian por otra...

Todas se echaron a reír, y ella continuó:

-Además, dicen para sí: *Las mantienen otros, y yo gozo de ellas...* -No pude evitar intervenir:

-Vamos, Beatriz...

Hizo una pausa, y me miró:

-¿Acaso no es verdad? Según ellos, no es pecado preñar a una esclava, ni tratarla como a un animal. -Yo trataba de ponerme seria, sin conseguirlo.

-Si te escuchara el cardenal... -Ella arrugó el ceño.

-¿El cardenal? Ese, cuando pide por Dios, pide para dos... Por cierto, hace unos días tropezó, y rodó algunos escalones -añadió, divertida. -Os aseguro que disfruté con el percance.

Yo me había quedado pensativa. Vi que Isabel Chacón estaba junto la chimenea, y miraba las llamas devorar la madera.

-Isabel, ¿crees que Fernando va a echarme de menos? -Ella se sobresaltó:

-¿Por qué decís eso?

-Sé que me acepta porque no tiene otra cosa, pero no tardará en buscarse un remedio. -Todas se mostraron escandalizadas:

-Por favor, señora, no digáis esas cosas.

-Señora, por favor...

Aquella noche decidí llamar a Fernando para que se acostara conmigo. De madrugada le hice prometer que no trataría de quitarle el reino a nuestra hija Juana, casándose de nuevo. Varias veces cambió de postura, y al cabo de un rato saltó de la cama.

-Perdonadme, Isabel -dijo con la mirada baja, y calló tan bruscamente como había empezado.

-¿Puedo saber qué os pasa? -Él ahogó un bostezo.

No puedo -suspiró, como si lamentara seguir hablando. -Yo me encogí de hombros; tenía que ser paciente.

-No os preocupéis. Por cierto, he soñado que a mi muerte pedíais la mano de la Beltraneja, y que os la negaban. -Él parpadeó.

-Qué cosas soñáis -dijo con brusquedad.

No lo comenté, pero también había soñado que se casaba en Valladolid con Germana, aunque en esta ocasión no tenía fuerzas para intervenir en justas ni cañas. Los aragoneses lo aplaudían, pues querían un heredero varón, pero ni en sueños era capaz Fernando de preñar a nadie.

En mi pesadilla lo vi muy deshecho, a causa de ciertos potajes que ella le daba para aumentar su potencia, ya que estaba ansiosa de tener sucesión para el reino. Me pareció que le administraba testículos de toro, que le producían cagaleras, de forma que no podía tenerse en pie y se hacía llevar en su silla de manos...

***

-Siempre deseé tener nietos -le dije a mi enfermera, Catalina de Albión. -No quiere Dios que muera teniendo niños junto a mí, que alivien mis penas y melancolía. -Ella sonrió.

-De vuestra hija Isabel tenéis ahora dos nietos, señora.

-Esos están en Portugal, y sólo los conozco de oídas. Los de Juana viven en Bruselas... -Ella me acomodó el embozo.

-Dicen que la pequeña Leonor es la criatura más salada que existe -afirmó. -Es una niña robusta, de buen carácter, y casi nunca ha estado enferma.

Se detuvo un momento, y prosiguió:

-Al parecer, el pequeño Carlos está muy crecido. Me han dicho que se pasea en un carretoncillo, con tanta fuerza que parece tuviera cinco años cumplidos -dijo con dulzura. Yo asentí:

-Es un chiquillo con una gran dureza física, y muy extrovertido. No me preocupa su porvenir.

Me quedé pensativa. El propio Fernando, que nació en Castilla y a quien yo desteté en mi regazo, padeció una extraña enfermedad a la que sobrevivió de milagro, y se encuentra ahora con sus padres. Y mi preferida, la infanta Magdalena, ha muerto hace poco.

-Fueron unos días angustiosos -me estremecí.

Estaba recordando a los niños cuando su imagen se desvaneció, al tiempo que la voz de Catalina se hacía lejana. La víspera había tenido alucinaciones; me pareció escuchar voces y quise responder.

-Traed mis vestidos, tengo que salir -repetía, mientras Fernando trataba de calmarme.

-Estáis muy débil, Isabel.

-Quiero ver a los niños, jugar con mis hijas...

-Está delirando -oí que decían y extendí una mano, anhelante:

-Por favor, por favor...

Para colmo de males han llegado noticias de Felipe, el esposo de Juana: al parecer, ha despedido a los pocos criados españoles que le quedaban a mi hija. Creen que no lo sé, pero he oído cómo varias dueñas lo hablaban en mi cámara, creyéndome dormida.

-Como ella se resistía, la ha encerrado sola en una habitación -murmuró una de ellas. -Toda la noche la pasó la infeliz golpeando en el suelo con un palo, sin conseguir ablandar a su esposo. Y eso, aunque lo llamaba a voces sin parar, y él estaba durmiendo en el piso de abajo...

Yo seguí con los ojos cerrados, como si nada hubiera oído. Sé que está Juana cada vez más corroída por los celos; no desea más que acercarse al marido, como la hembra al macho, y escandaliza a todo el mundo profiriendo insultos más propios de una ramera que de la hija de un rey.

Por la noche tuve otra pesadilla. Esta vez soñé que Felipe moría pronto y Juana se convertía en una sombra, en un triste fantasma que arrastraba el cadáver de su esposo por tierras de España, aguardando su resurrección muy enlutada y con el pelo desgreñado.

En cuanto a Catalina, mi hija menor, sé que la han prometido con el hermano de su marido muerto y ha de casarse con Enrique, que es ahora el rey de Inglaterra.

-Tengo de él muy malas referencias, pues tanto se ha dado a las mujeres de la vida que ha contraído la sífilis -me dijo Fernando, y yo musité:

-Quien hace hijos, hace cuchillos para su garganta...

Cuando Beatriz Galindo lo supo, no trató de ocultar su indignación:

-He oído que ese Enrique, además de ser un mujeriego, se muestra sanguinario y cruel.

Según la profecía de cierta gitana, también Catalina contraerá la enfermedad y, después

de unos años, será repudiada por su esposo. Sólo le vivirá una hija, pues tendrá numerosos abortos y partos prematuros por causa de la sífilis.

XLVII. TESTAMENTO

En abril he cumplido cincuenta y tres años. Durante los últimos meses no he podido abandonar el lecho, pues llevo cien días fatigada con esta enfermedad, y cada vez estoy peor.

Por eso, sintiéndome morir, he pensado redactar mi testamento y entregarlo a un secretario. Lo decidí un doce de octubre, el mismo día en que descubriera el nuevo mundo Cristóbal Colón.

A todo el que viene a consolarme, pienso que no le duele nada. En cambio, ando yo con los ojos hundidos y la cara amarilla, con vómitos y asco. No tengo gana de comer, y sí ventosidades por la boca y un dolor remiso en el vientre, con antojo de cosas ruines y poco provechosas.

Hace días, mis damas y yo hablamos del documento que contenía mis últimas voluntades. Estaban ellas recostadas en sus cojines de terciopelo, y yo trataba de corregir algunas cosas, sentada en el sillón donde suele acomodarse mi esposo. Beatriz de Bobadilla entró en el gabinete, secándose las manos en una toalla de lino.

-Aquí me tienes, haciendo testamento -le dije, pensativa.

Trató de sonreír, pero en su interior estaba preocupada.

-Habéis hecho bien, dejándolo hasta ahora -me dijo con expresión amable. -Pues quien da lo suyo antes de tiempo, puede quedar desnudo... -Yo miré alrededor.

-He decidido dejaros a vosotras mis telas más ricas -les indiqué a todas. -En los arcones hallaréis sedas, tafetanes y camisas moriscas... Ah, y también algunos perfumes traídos de oriente. -Leonor pareció entristecerse.

-No penséis en eso -protestó.

Hubo un largo silencio. Me incorporé con trabajo, apoyándome en el brazo del sillón.

-Leonor, llama al cardenal -indiqué. -Quiero que elija, entre los libros de mi biblioteca, algunos de temas religiosos. Hay en ella más de cuatrocientos títulos, algunos muy valiosos. -Ella se puso en pie.

-Iré a buscarle -dijo. -No tardaré, señora.

A poco volvió con Cisneros, que se le adelantó. Alzó la mano para bendecirme, mostrando su anillo eclesial.

-Señora, veo qué estáis escribiendo -observó. Yo me incorporé a duras penas.

-Hago mi testamento. Os he legado varios libros, creo que os agradarán. -Me detuve, respirando con dificultad. -Hay entre ellos un misal en pergamino, con letra menuda y muchas iluminaciones. Tiene las cubiertas de oro y por detrás las flechas, todas labradas a cincel, con más de doscientas perlas medianas...

Me quedé pensativa. La cabeza me daba vueltas, y los párpados me pesaban. Mientras me daba las gracias con mucha ceremonia, un paje le ofreció de mi parte una copa de vino. Él la tomó con una leve inclinación.

-Estáis en todo, señora... -Yo disimulé una sonrisa, y le indiqué un asiento que había junto al fuego.

-Hago lo que puedo -suspiré.

Vi su delgada figura, recortada contra las llamas del hogar. Bebió un trago de vino y chasqueó la lengua.

-Exquisito, aunque demasiado fuerte para mí -objetó.

-Espero que no os siente mal.

-Dios no lo permita -respondió, santiguándose. -Bien, ahora tengo que irme, si lo permitís. Os agradezco vuestro legado, que aprecio en lo que vale.

-No tiene importancia -le dije.

El cardenal me bendijo de nuevo y salió, dando largas zancadas. Beatriz se había sentado a mi lado, y noté que aguantaba la risa.

-Amén -se burló.

Su regocijo era contagioso. Mientras charlaba con las otras, yo la estuve observando:

Ella ha tenido muchos hijos, de los que sólo le vivieron seis. Perdió al mayor, pero enseguida tuvo a Pedro, que creció rebelde y violento. Su padre lo mantuvo encerrado en una jaula casi dos años, a pan y agua, pero de nada le sirvió: en cuanto lo dejó salir, él se unió a unos piratas que asolaban el Mediterráneo. Los otros han sido hombres de bien: se han casado, y uno de ellos ha llegado a obispo. He oído que se dice en la corte: *Después de la reina de Castilla, la Bobadilla*.

Me di la vuelta hacia mi amiga, y apoyé la mano en su brazo.

-Pienso que, cuantas más riquezas deje, más se alegrarán algunos mi muerte -Ella se volvió, y advertí un ligero temblor en sus labios.

-¿Cómo podéis decir eso? - Yo me encogí de hombros.

-El que hereda finge llorar, pero en su interior está riendo... -Ella trataba de no mostrarse apenada, pero su voz se ensombreció:

-Todo el mundo os venera, señora -dijo, y yo suspiré:

-De un tiempo a esta parte, temo que ocurran muchos males en Castilla -declaré con franqueza. -Y es que todos sabemos que Juana, que me ha de suceder en el trono, no está en

sus cabales. Quizás mi hija esté pagando ahora las faltas de sus antepasados... -Beatriz sonrió con tristeza:

-Es posible -admitió.

-Daría lo que fuera por su curación -proseguí. -Pero, aunque le deje todas las tierras y castillos del mundo, no puedo devolver la salud a su mente. -Mi amiga asintió:

-El mundo entero es una casa de locos. Y, para conocerlos, hay que haber estado junto a ellos...

-Tienes mucha razón -murmuré.

En cuanto a Fernando, sé que muerta estaré, y aún lo de mi entierro regateará. No obstante, le he suplicado que tome de mis joyas las que más le gusten, para que viéndolas pueda recordarme mejor. Le he dicho que lo espero en otra vida.

-Allí nos veremos -me dijo, y yo añadí:

-He de ordenar los asuntos de mi gobierno, y dejar bien claras las cosas en Castilla. Como parece que he recuperado fuerzas, quisiera firmar mi testamento antes de morir.

-Haced lo que gustéis -asintió, con la mirada baja. -¿Qué habéis pensado respecto a la sucesión de vuestros reinos?

Yo tardé en contestar. No quería que se sintiera excluido.

-Quiero que dirijáis Castilla en nombre de Juana, hasta que nuestro nieto Carlos cumpla los veinte años -él pareció conforme:

-Es una decisión prudente, Isabel.

Más tarde, me reuní de nuevo con mis damas. Quería disponer que mi cadáver no fuera embalsamado, y que me enterraran en el convento de san Francisco de Granada, con hábito de franciscana. Al mismo tiempo, pensaba legar una cantidad para el mantenimiento de mi esposo.

-Temo que no sea tanto como él hubiera deseado -les dije. Mi prima Clara afirmó con certeza:

-Nunca Fernando estará contento con nada.

La luz que entraba por la ventana era mortecina, y sentí que el tiempo se me iba de las manos.

-Como sabéis, he nombrado heredera de mis reinos a Juana, con tal de que gobierne con los fueros, usos y costumbres de Castilla -proseguí. -En mi testamento le ruego que conserve mis reinos unidos. -María de Velasco preguntó:

-¿Y en cuanto a Gibraltar, señora?

-Le pediré que no abandone esa ciudad, ni la cambie por nada, ni consienta en cederla... -Ella asintió, muy seria:

-Ojalá sea así.

Eché un vistazo alrededor. Vi que Beatriz de Bobadilla se había sentado en un escaño, a mis pies, y escribía algo sobre las rodillas, como si lo estuviera tomando al dictado. Apoyé la mano en su hombro.

-Tenía yo once años cuando nos conocimos -recordé. -Desde entonces apenas nos hemos separado, y hasta pienso que seguirás a mi ataúd cuando vayan a enterrarme a Granada... Por cierto, te ruego que digas por ahí que no soy como aparezco en los retratos, que no me favorecen nada -Un brillo travieso le cruzó la mirada.

-Es cierto -dijo, incorporándose. -El único aceptable es uno en que estáis adorando a la Virgen, rodeada de vuestra familia... -Hice un esfuerzo, y proseguí:

-He dispuesto que en Nápoles nadie vista de luto. También, que los habitantes de las Indias no reciban agravio en sus personas ni en sus bienes, sino que sean bien tratados. Pero dudo que así se cumpla... -dije, moviendo la cabeza.

Nadie comentó nada y añadí, despacio:

-He ordenado que vendan en almoneda pública los tapices que decoran mis palacios. En cambio, todos los objetos de oro y plata serán para vosotras.

-Me detuve un momento. De nuevo hubo alrededor un denso silencio. Tomé aliento, y hablé con voz cansada:

-Entre ellos hay un joyel de oro con esmaltes y rubíes, y una pequeña cruz de oro, con cuatro rubíes y un diamante... Quiero legar esto a mis dos Beatrices -me limité a decir, ya sin fuerzas.

***

El aire, frío ahora, trae aromas de otoño: he mirado por la ventana, fascinada por la rojiza puesta de sol.

Cada hora que pasa nos hiere y sólo la última nos mata; a mí la enfermedad me va apretando y se acerca mi fin. Mientras desayunaba, han anunciado la visita de mis dos médicos de cabecera:

-Don Francisco de Alcázar, y el bachiller de Guadalupe, piden licencia para examinaros, señora -ha dicho un criado, inclinándose. Yo hice un gesto cansado con la mano.

-Está bien, hazlos pasar. -Se retiró hacia atrás.

-Así lo haré, señora.

Se oyeron unos pasos apagados y entraron ambos, uno tras otro. Los acompañaba Salvador Calvo, mi boticario, y se han interesado por mis digestiones y sobre cómo había dormido.

-No puedo quejarme... -respondí con mi mejor sonrisa, aunque apenas tenía fuerzas, y no sentía brazos ni piernas.

Después de una visita rápida, se han dado media vuelta y se han ido. El boticario

permaneció junto a la puerta; llevaba puesto su blusón de trabajo.

-Si necesitáis algo, señora... -dijo, limpiándose las manos en el delantal.

Yo le he dicho que no; me ha dedicado una reverencia y ha salido como una exhalación, mientras Clara permanecía a mi lado.

-Han vuelto a recetaros las tisanas de siempre -indicó. Yo me había hundido de nuevo en las almohadas:

-A dolencia mortal, no hay hierba que valga -tuve que admitir.

Y es que hace días que padezco fiebres permanentes que terminarán, según dicen, en hidropesía. Tengo todo el cuerpo ulcerado y tanta sed que no se sacia con ninguna bebida, si no son unas gotas de vino que me enardecen la virtud. Ellos ahora me lo dan, por lo que pienso que, o el vino está malo, o soy yo la que no está nada buena.

Mi prima me obligó a tenderme de nuevo. Se acomodó a mi lado y, tras un corto silencio, añadió:

-Dice vuestro nuevo médico, ese que es catedrático en Zaragoza, que el motivo es una úlcera secreta que el trabajo y la agitación os produjeron durante las guerras de Andalucía... -Yo contesté, entre divertida y resignada:

-Eso ya lo sé. Por pudor la he mantenido oculta, no habiéndola mostrado a ningún médico. -Ella me puso la mano en la frente.

-Y eso, ¿por qué? -se interesó.

Me esforcé en sonreír.

-Siempre he pensado que es una enfermedad fea e incurable...

-No digáis eso, señora.

-Sí que lo es, a manera de un cáncer que se hubiera engendrado en mi natura -proseguí, cerrando los ojos. -Es una fístula que tengo en mis partes vergonzosas... -Ella rozó con sus dedos mi mejilla, y suavizó la voz:

-Dicen todos que es tanta vuestra honestidad, que cuando os daban la extremaunción no habéis consentido que os descubrieran el pie.

-Es cierto -respondí. -Pero la verdad es que no quiero que nadie vea mis llagas, ni mis podredumbres. Nunca quise que me tocara nadie que no fuerais vosotras, mis queridas amigas...

Se levantó, luchando por contener las lágrimas.

-Ahora, debéis descansar -dijo, y se dio la vuelta para salir.

Mientras arreglaban la capilla ha entrado el cardenal Cisneros, y me ha pedido que rezara con él. Se ha hincado de rodillas en el suelo de piedra.

Me pareció un árbol añoso, tan enjuto, con su color aceitunado, y sus manos secas que parecen talladas en bronce. Para consolarme me ha dicho que también los reyes han de morir.

Sacando fuerzas de flaqueza, yo le contesté que también ahorcan sin gana, y se sale bien ahorcado...

***

Beatriz me había acompañado en mis rezos y, cuando el cardenal salió, tomó mi mano entre las suyas. Me observó un momento, pensativa:

-Sé que el hombre a quien de verdad habéis querido es Gonzalo de Córdoba, vuestro capitán -Yo me sobresalté.

-Es demasiado tarde para hablar de esas cosas -contesté en voz baja. -¿Dónde estará ahora? -suspiré. -Ni siquiera en mi lecho de muerte consigo olvidarlo. -Mi amiga sonrió.

-¿Recordáis cuando os dedicaba sus versos, hace tanto tiempo?

-Ahora he de pensar en asuntos más serios -murmuré.

-Todavía no estáis muerta, Isabel -dijo impulsivamente. -Mientras respiréis, debéis tener esperanza. Al menos, os quedan los recuerdos... -Yo sonreí con amargura.

-A veces pienso que he querido a dos hombres a la vez, aunque digan que no caben dos en un pensamiento. A Gonzalo lo he amado desde mi juventud. Por ello, y a causa de los celos, mi marido es injusto con él. -Ella habló con franqueza:

-Nunca se podrán entender, porque Fernando es receloso y siempre ha sido un gran tacaño. Gonzalo es rumboso, quizá demasiado... y ha conseguido grandes victorias en Italia. Vuestro esposo le pide cuentas y él se las rinde con ironía: cien mil ducados en guantes perfumados, para preservarse las tropas del mal olor de los cadáveres enemigos, vencidos y muertos en el campo de batalla... -Yo asentí, con una sonrisa:

-Otros cien mil por escuchar que el rey le pide cuentas al que le ha regalado un reino...

El dormitorio estaba en penumbra y sólo un hachón alumbraba la mesa donde estaba mi testamento, seguido de mi codicilo, que no he redactado hasta el final.

-Quizá reciba en Roma la noticia de mi muerte por parte de algún viajero castellano -suspiré. -Quizá se la den unos mercaderes italianos o franceses... -Beatriz se incorporó.

-Señora, vais a hacerme llorar...

De nuevo me quedé pensativa, y estuve un rato sin despegar los labios. En ocasiones me hago la dormida, y hoy estaba demasiado cansada.

-Déjame sola -supliqué.

Murmuró una disculpa y abandonó la habitación, limpiándose las lágrimas.

Ella tiene razón. No puedo borrar de mi mente a Gonzalo, el caballero de mi edad juvenil. Él siempre me quiso, desde los quince años en que fue a servirme de paje. Ha sido la fuerza de mi vida, mi verdadero confidente.

¡Cuánto lo he querido! Su rostro ha sido una obsesión que siempre me acompaña; su ausencia me ha lacerado muchas veces, de una manera física. Ahora, nuestro amor es todo

nostalgia y respeto; los años han llegado a sublimarlo y, aún así, temblamos todavía ante el más ligero contacto. Envidio a la mujer que lo posee, la más afortunada del mundo. Pero no la odio: trato de apreciarla, aunque mi corazón se sienta herido.

Fernando se ha convertido para mí en una acogedora costumbre, a pesar de nuestras diferencias y encubiertos amores. Sencillamente, he tratado de ignorar sus infidelidades. A veces, descansando junto a mi esposo, era Gonzalo quien ocupaba mis pensamientos. Gracias a que estábamos lejos he podido ser dueña de mí misma. Sólo mi dignidad de reina ha evitado que compartiera su cama: mi cuerpo pertenece a Castilla, y por tanto a Fernando, pero mi corazón es sólo suyo.

¿Podrá alguien conocer la hondura de nuestros sentimientos? Nunca la historia podrá saber hasta qué punto nos hemos amado. Él me entregó su amor, a cambio del que yo le diera; y recibió mucho favor, tanto como yo pude darle. Si hubiéramos cedido, quizá nuestra amistad se hubiera esfumado hace tiempo.

Temo que, al faltar yo, la codicia y la injusticia de mi esposo lo hagan sufrir, pues siempre lo ha mirado con envidia, sobre todo en los últimos tiempos. Y, como tiene celos, nunca será capaz de perdonarle el gran amor que nos hemos tenido.

Tiene razón Beatriz: ambos han de enfrentarse sin remedio, pues Gonzalo es generoso y magnánimo, y mi marido avaricioso. Cuentan que Fernando le ha dicho hace poco: *Mejor rey hubieras sido tú que yo*. Por la antipatía que le tiene trata de oscurecerlo en Castilla y no le concede el maestrazgo de Santiago que le había prometido; pues lo juró ante la cruz y los cuatro evangelios, en presencia de varios caballeros.

***

El mes de noviembre ha sido oscuro y gris. Tras haber terminado este escrito dedicaré a la oración el tiempo de que pueda disponer, recibiré los sacramentos y pasaré a la eternidad

Mientras, en todo el reino se llevan a cabo procesiones, peregrinaciones y rogativas, pidiendo a Dios por mi salud. Yo sólo pido que me dejen tranquila y, en todo caso, que recen por la salvación de mi alma.

Después de su último viaje, Colón ha sido preso y vuelve a España cargado de cadenas. Al entrar en Sanlúcar le comunicarán que he fallecido; es lo peor que le puede ocurrir, pues quedará desde ahora triste y solitario, más oprimido por las desgracias que por la misma enfermedad. Pues faltando yo, que soy su apoyo, no cosechará más que ingratitudes. Temo que la noticia sea la perdición de aquellas islas y tierras; hasta ahora sólo se han cometido en ellas algunas injusticias, y aún esas han tratado de ocultármelas.

Pienso también en Juan de Flandes, mi fiel pintor de corte, que a mi muerte tendrá que abandonarla. Y aunque sea el mejor de nada le valdrá, pues no le renovarán los encargos. Es posible que Fernando subaste mi colección, y hasta las pinturas de la capilla real de Granada; él es más práctico que yo, y desprecia las que llama mis tontas aficiones.

Doblarán las campanas de Medina del Campo mientras los campanarios de Burgos, Toledo, Sevilla y Zaragoza, lanzan al aire sus tañidos de muertos. Aullarán los vientos entre las torres del castillo de la Mota; tronarán las bombardas desde sus muros, y en las calles llorarán las mujeres.

Al día siguiente se organizará la comitiva que me lleve a Granada; durante semanas me acompañarán varios prelados, caballeros y otras personas distinguidas, así como gentes del pueblo. Y en Inglaterra llorará una joven viuda, mi hija Catalina, con el presentimiento de mi muerte.

Dada la estación en que estamos, es posible que llueva a mares. Avanzará el cortejo por tierras de Toledo, llevando mi ataúd sobre unas simples parihuelas cubiertas de tapices, mientras mi cuerpo se va descomponiendo entre trigales y montes de olivos.

El temporal habrá transformado para entonces los caminos en torrenteras y habrán de afianzar mi féretro con gruesos cordeles, para que no se deslice. Temo que haya jinete que se ahogue en los remolinos. Quizá tengan que derribar algunas verjas y ensanchar puentes, para que pase el carromato que llevará las parihuelas.

La comitiva, alumbrada por los hachones funerarios, llegará por caminos abruptos hasta los montes granadinos, cruzará el Darro y avanzará por la vega del Genil. Es posible que medie ya diciembre cuando atraviese las puertas de la Alhambra, donde aguardarán los franciscanos con sus túnicas pardas, entre el estruendo de los atabales. Y en Nápoles, mi querido Gran capitán se vestirá sin duda de luto por mí.

EPÍLOGO

Me había adormecido. Volvía a mi memoria la ciudad de Granada, resonaban los cascos de las caballerías remontando las calles empedradas y un diluvio de sol bañaba las cimas coronadas de nieve. Recordaba el vuelo de los pavos reales y sus gritos como graznidos, el rosal de pitiminí y en las cuadras los caballos pateando, sacudiendo las crines, mientras un prolongado relincho quebraba el silencio. El calor subía de las tierras bajas, mezclado con los aromas del Genil.

En la cocina, las mujeres se afanaban avivando el fuego. Horas soñadas junto a los cipreses del Generalife, los arrayanes y las grandes palmeras.

De pronto me sentí confusa: vi que mi madre estaba junto a mí y, al resplandor de las bujías, sus ojos eran como brasas. Fue como una aparición, aquella dama pálida y delgada, con unas trenzas rubias sobre los hombros, dejando entrever la piel nacarada. Una cabeza erguida y señorial; unos pechos firmes pese a la vejez, sobre un talle de matrona antigua, y las manos de marfil en posición de absoluta calma. Me tomó suavemente en sus brazos.

-¡Madre, has vuelto! -susurré, demasiado turbada.

-He venido a buscarte -dijo con voz muy dulce, pero yo me asusté:

-¡No quiero morir! -Ella se puso seria. Sus ojos eran intensamente azules.

-No tienes elección, Isabel -añadió, inclinándose, y sentí una punzada en el pecho.

-¡No voy a morir! Sólo estoy soñando... -Rió en silencio y me acarició la mejilla.

-Hoy tienes una cita, alguien te espera arriba -indicó, y su voz me llegaba distante. Alcé la mirada, y sólo distinguí unas sombras borrosas. Estaba temblando de miedo.

-Voy a vivir, Gonzalo me rescatará. Quiero estar con él, saber que está a mi lado...

-Sin duda -me tranquilizó. -Ahora, duerme tranquila...

Un velo le oscureció el rostro. La voz de Beatriz me sacó de mi ensoñación:

-Por unos momentos creyeron los médicos que estabais muerta -me dijo, y no pude evitar un escalofrío. Me incorporé, exhausta.

-¿Qué día es hoy? -le pregunté, y mis palabras apenas se oyeron.

-Hoy es día veintitrés de noviembre del año mil quinientos cuatro, señora -susurró en mi oído.

-Un día tan bueno como cualquier otro para despedirse del mundo...

Ella no contestó. A la luz de los humeantes candiles veía a mis damas, orando en voz baja; Beatriz se persignó y cayó de rodillas, mientras trataba de ahogar los sollozos. A través de los postigos entreabiertos, pude distinguir el pálido brillo de una estrella fugaz. Murmuré:

-En la eternidad, más allá del tiempo, donde no existe el sufrimiento podréis quizá besar mis manos, capitán...

NOTA DEL TRANSCRIPTOR.

Isabel falleció en el palacio real de Medina del Campo. Su último deseo fue que su cadáver recorriera el reino, hasta terminar reposando en Granada.

Algún tiempo después el palacio de Madrigal, donde había nacido, pasó a ser convento. Lo ocuparon las dos hijas naturales de Fernando, María y Mª Esperanza de Aragón.

Su biblioteca terminó en almoneda pública.

Al margen de la fábula o de la novela, Isabel y Gonzalo se amaron desde su juventud. Este sentimiento les duraría toda su vida. Muerta la reina, él guardó fidelidad a su memoria: en sus últimos años se retiró al monasterio de san Jerónimo, en Córdoba.

***

Giran los cangilones lentamente, acarreando el agua que se derrama, el mulo da vueltas con los ojos tapados y el tiempo parece detenerse. Los álamos bisbisean, a la orilla del río y entre los juncos. Cerca juegan los niños de los hortelanos. Tiran cantos al río y tienen las mejillas coloradas, como los melocotones del huerto. Una perra amarilla olisquea el camino, sale corriendo y vuelve atrás. Mira a la noria y persigue a los niños, por encima del puentecillo de tablas.

ÍNDICE

I. En Honor a la Verdad
II. Mi Padre
III. Con Mi Madre, en Arévalo.
IV. Las Gentes de Castilla
V. El Reinado de Enrique
VI. En la Corte de Enrique
VII. Mi Cuñada
VIII. Alfonso
IX. El Primer Amor
X. Mi Caballero
XI. Vientos de Boda
XII. Reencuentro
XIII. Una Importante Decisión
XIV. Fernando
XV. La Boda
XVI. Primeros Sobresaltos
XVII. Amores de Fernando
XVIII. Adiós a Mi Hermano Mayor
XIX. Problemas con Fernando
XX. Mis Hijos
XXI. Una Gran Familia
XXII. Primeras Batallas
XXIII. La Conquista de Málaga
XXIV. El Heredero
XXV. A las Puertas de Granada
XXVI. Conquista de Granada
XXVII. Ritos Desconocidos
XXVIII. Los Judíos
XXIX. Las Guerras de Italia
XXX. Las Indias

XXXI. Mi Vida en la Corte
XXXII. Las Obligaciones de una Reina
XXXIII. Bodas de Isabel
XXXIV. Viaje a Aragón.
XXXV. En el Reino de Aragón.
XXXVI. Mi Príncipe
XXXVII. Con la Iglesia Hemos Topado
XXXVIII. Caminos
XXXIX. Miguel
XL. Juana
XLI. Seguridad en Castilla
XLII. Flandes
XLIII. Gonzalo
XLIV. Juana Otra Vez
XLV. Catalina
XLVI. Desvelos
XLVII. Testamento
Epílogo
Nota del Transcriptor
Índice
Personajes relacionados con Isabel

PERSONAJES RELACIONADOS CON ISABEL

HIJOS DE ISABEL:

ISABEL. Dueñas, 1 oct. 1470

Abortos: NIÑO, NIÑA.

JUAN. Sevilla, 30 junio 1478

JUANA. Toledo, 6 nov. 1479

MARÍA. Córdoba, 29 jun. 1482

(Aborta de una melliza)

CATALINA. Alcalá de Henares, 16 enº 1485

MUJERES DE LA FAMILIA:

CATALINA DE LANCASTER. Abuela paterna de Isabel. Nieta de Pedro el Cruel.

ISABEL DE BRAGANZA. Abuela materna de Isabel.

ISABEL DE PORTUGAL. Madre de Isabel

JUANA DE PORTUGAL. Esposa de Enrique IV.

CLARA. Prima de la reina

MARÍA DE ARAGÓN. Duquesa de Villahermosa, cuñada de la reina.

MARGARITA. Casada con el príncipe Juan.

HOMBRES DE LA FAMILIA:

JUAN II DE CASTILLA. (De la familia Trastámara). Padre de Isabel.

ENRIQUE IV el Impotente. Medio-hermano de Isabel.

ALFONSO. Hermano de Isabel. Príncipe de Asturias y pretendiente al trono.

FERNANDO II DE ARAGÓN. Primo y esposo de Isabel.

DAMAS DE LA REINA MADRE:

CLARA ALVARNÁEZ. Portuguesa, caballeresa de Santiago, casada con Gonzalo Chacón.

BEATRIZ DE SILVA Y MENESES (SANTA)

ISABEL DE SILVA.

MARÍA LÓPEZ. Dama de la reina madre, nodriza de Isabel.

JUANA PIMENTEL. Viuda de D. Álvaro de Luna,

MARÍA DE MENDOZA. Sobrina del cardenal Mendoza, casada en 1460 con D. Beltrán de la Cueva. Hija del gobernador de Granada, nieta del segundo marqués de Santillana.

MENCÍA DE MENDOZA. Hermana de la anterior.

GUIOMAR DE CASTAÑEDA. Casada en 1470 con Jorge Manrique. Hija del conde de Fuensalida y de Dª María de Silva.

LEONOR CHACÓN, hermana de Gonzalo Chacón.

ISABEL CHACÓN, hermana de Gonzalo Chacón

DAMA DE LA REINA JUANA:

MENCÍA DE LEMOS. Portuguesa, vino con el séquito de la 2ª esposa de Enrique. 1ª amante del Gran Cardenal, madre de Rodrigo y de Diego.

NODRIZA DE ISABEL:

MARÍA LÓPEZ. Dama de la reina madre

CAMARERAS MAYORES DE ISABEL:

BEATRIZ DE BOBADILLA. marquesa de Moya, casada con Andrés Cabrera, alcaide del Alcázar de Segovia, mayordomo de la reina

TERESA ENRÍQUEZ. La “Loca del Sacramento”, esposa de Gutierre de Cárdenas, maestresala de la reina. Prima de Fernando.

CLARA ALVARNÁEZ. Aya de la reina madre. Portuguesa, caballeresa de Santiago, casada con Gonzalo Chacón.

INÉS MANRIQUE DE LARA. 2ª esposa de Juan Chacón

BEATRIZ GALINDO, LA LATINA. (24 años más joven que Isabel)

DAMAS DE ISABEL:

BEATRIZ DE SILVA (SANTA). (n. 1422, 29 años más que Isabel) Doncella de la reina madre.

LEONOR DE LUJÁN, reina de Chipre. Se casó con Don Juan de Portugal

ISABEL DE LUJÁN.

ISABEL DE SILVA. Dama de la reina madre.

LEONOR DE LA CERDA. Hija del duque de Medinaceli, casada con Rodrigo (asistieron los reyes a su boda en 1492)

MENCÍA DE LA VEGA SANDOVAL. 1ª esposa de Juan.

MENCÍA DE LA TORRE.

ELVIRA DE CASTRO, monja después en un monasterio

BEATRIZ DE SOSA.

ISABEL CASTAÑEDA.

JUANA DE VALENCIA.

BEATRIZ DE BOBADILLA (SOBRINA). Se va a Tenerife y se casa con Fernando Peraza.

JUANA DE CONTRERAS.

MARÍA PACHECO.

LUCÍA MEDRANO.

ENFERMERAS DE ISABEL:

VIOLANTE DE ALBIÓN Y SUS HERMANAS. (La servían en su cámara, y en su “retrete” o alcoba)

MARÍA DE VELASCO. Casada con Juan Velázquez, primer maestre de la casa del príncipe.

Amiga de:

MAGDALENA DE ARAOZ. Dama de la reina. Madre de Ignacio de Loyola.

****

CASA DEL PRÍNCIPE JUAN:

CONDE DE BENAVENTE. Padrino del príncipe.

DUQUE DE MEDINA SIDONIA. Chambelán real del príncipe.

FRAY DIEGO DEZA. Tutor del príncipe. Dominico, teólogo, futuro Gran Inquisidor.

JUAN DE CALATAYUD.

JUAN VELÁZQUEZ. Primer maestre de la casa del Príncipe. Casado con María de Velasco, amiga de Magdalena de Araoz.

FERNÁN, Paje del príncipe, hijo de Beatriz Galindo.

NICOLÁS DE OVANDO. Paje del príncipe, futuro gobernador de las Indias.

GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO. Paje del príncipe, futuro historiador.

SERVIDUMBRE FEMENINA DEL PRÍNCIPE JUAN:

MARÍA DE GUZMÁN. Niñera.

JUANA DE ÁVILA. Segunda niñera.

****

ECLESIÁSTICOS:

PEDRO GONZÁLEZ DE MENDOZA. (Guadalajara, 1428 - 1495). Arzobispo de Toledo y político. Fue el quinto hijo de Iñigo López de Mendoza, primer marqués de Santillana

ALFONSO CARRILLO DE ACUÑA. Arzobispo de Toledo Antes que D. Pedro. Mentor de Isabel desde la Infancia (la coronó). La acompañó en Guisando.

ALONSO DE FONSECA. Obispo de Ávila. Pretende a la reina Juana. Tío de PEDRO, amante de ésta.

JUAN ARIAS DÁVILA. Obispo de Segovia, traicionó a Enrique, entregó la ciudad a Isabel.

ALFONSO SÁNCHEZ DE VALLADOLID. Obispo de Ciudad Rodrigo.

OBISPO DE CORIA. Acompaña a Isabel en Guisando.

OBISPO DE BURGOS. “ ” “

FRAY TOMÁS DE TORQUEMADA. Confesor de Isabel. Dominico, descendiente de conversos. Gran Inquisidor.

FRAY HERNANDO DE TALAVERA. Confesor de Isabel. Prior del convento de Santa María, de Valladolid. Arzobispo de Granada. Descendiente de judíos, benigno con los musulmanes.

FRANCISCO JIMÉNEZ DE CISNEROS. Confesor de Isabel. (Sustituye a Talavera). Amigo del cardenal Mendoza, lo sucede como Arzobispo de Toledo.

LUCIO MARINEO SÍCULO. Capellán de la reina.

FRAY LORENZO. FRAY MARTÍN DE CÓRDOBA. Frailes mendicantes, profesores de Isabel en Arévalo.

CAPILLA: Maestro de capilla, sacristán mayor, capellanes, cantores, instrumentistas, limpiadores.

NOBLES:

GONZALO FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA Y AGUILAR. (Montilla, 1453-Granada, 1515) Político y militar español, conocido como el Gran Capitán. Fue paje de ALFONSO, el hermano de Isabel, y pasó luego al servicio de ésta.

DIEGO HURTADO DE MENDOZA. Segundo MARQUÉS DE SANTILLANA 1er. DUQUE DEL INFANTADO (Creación por Fernando V e Isabel I de Castilla). Hijo del primer marqués de Santillana. Hermano del cardenal Mendoza.

D. BELTRÁN DE LA CUEVA. Favorito de Enrique IV, se casó con Dª Mencía de Mendoza, hija de Diego Hurtado

GUTIERRE DE CÁRDENAS. Viene de D. Álvaro de Luna. Maestresala de Isabel, uno de sus consejeros más fieles.

FADRIQUE ENRÍQUEZ. Almirante, leal a su causa.

PEDRO DE PADILLA. Adelantado. La acompaña en Guisando.

PEDRO ARIAS DÁVILA. Hermano del obispo de Segovia.

JUAN PACHECO. Marqués de Villena, suegro del MARQUÉS DE CÁDIZ. Murió poco antes que Enrique IV.

RODRIGO PONCE DE LEÓN. Marqués de Cádiz. Rival del DUQUE DE MEDINA SIDONIA.

RODRIGO DE MENDOZA. Hijo mayor del Cardenal, casado con Leonor de la Cerda, hija del duque de Medinaceli (asistieron los reyes)

DIEGO HURTADO DE MENDOZA. 2º hijo del Cardenal. Clérigo.

JUAN HURTADO DE MENDOZA Y TOVAR. 3º hijo del Cardenal, casado primero con Mencía de la Vega.

ANDRÉS Y PEDRO. Hermanos de la Beltraneja, hijos de Pedro de Fonseca, encomendados a la custodia de Isabel.

ALONSO ENRÍQUEZ. Primo de Fernando.

CABALLEROS:

PEDRO GIRÓN, Maestre de Calatrava, prometido a Isabel, muerto en Villarrubia.

PEDRO DE FONSECA. Sobrino del obispo de Ávila, amante de Juana de Portugal.

PEDRO DE BOBADILLA. Gobernador del castillo de Arévalo, padre de Beatriz, atendía a la reina madre, junto con seis damas portuguesas.

ANDRÉS CABRERA. Alcaide del alcázar de Segovia, Mayordomo de la reina (luego marqués de Moya). Casado con Beatriz.

GONZALO CHACÓN. 1º Señor de Casarrubios. Alcaide de Arévalo. Maestresala, Guarda mayor y Mayordomo, Despensero mayor de la reina. Viene de D. Álvaro de Luna, era su joven camarero. Se casó con CLARA ALVARNÁEZ.

Hijo: JUAN CHACÓN Y ALVARNÁEZ. Mayordomo mayor de la reina y conquistador de Granada. Se casó con LUISA FAJARDO, señora de Cartagena.

Hijas: ISABEL y LEONOR CHACÓN.

Se casó por 2ª vez con INÉS MANRIQUE DE LARA Camarera Mayor de Isabel.

JUAN ÁLVAREZ GATO. Casó con doña ALDONZA DE LUZÓN.

GONZALO DE BAEZA. Camarero mayor de la reina.

JORGE MANRIQUE. Poeta, casado con Guiomar de Castañeda

GÓMEZ MANRIQUE. Cortesano y poeta, Corregidor de Toledo. Casado con Juana, dama de Isabel.

ALFONSO DE PALENCIA. Cronista de Isabel y Fernando.

FERNANDO DEL PULGAR. Secretario de los reyes (converso)

FERNÁN ÁLVAREZ DE TOLEDO. Secretario de la reina (converso). Enviado a Trujillo, reclama el castillo al MARQUÉS DE VILLENA.

LORENZO BADOZ. Médico de Isabel (judío).

DOCTOR FERNANDO ÁLVAREZ. Catedrático de medicina.

FRANCISCO DE ALCÁZAR, y el BACHILLER DE GUADALUPE. Médicos de cabecera.

SALVADOR CALVO. Boticario.

PASCUAL DE AMPUDIA. Formador de la infanta Isabel.

ANDRÉS DE MIRANDA. Formador de la infanta Juana.

ANTONIO MORO. Retratista inglés: “Pinturas del príncipe e infantas”.

JUAN DE FLANDES. Pintor de la reina.

RODRIGO DE ULLOA.

NICOLÁS FRANCO. Nuncio del papa Sixto IV.

PERALTA. Aragonés.

CRIADOS: Ballesteros, monteros, maceros, porteros, cocineros y mozos de servicio.

Knossos